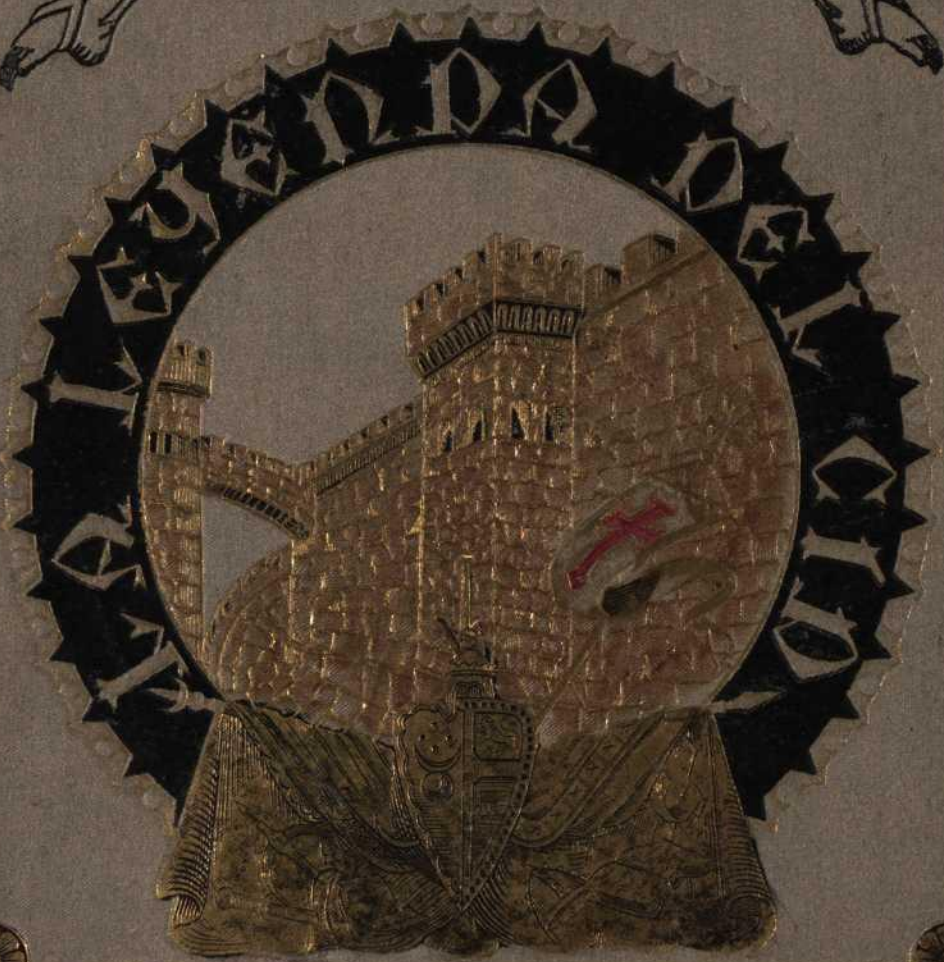




BIBLIOTECA  
UNIVERSAL

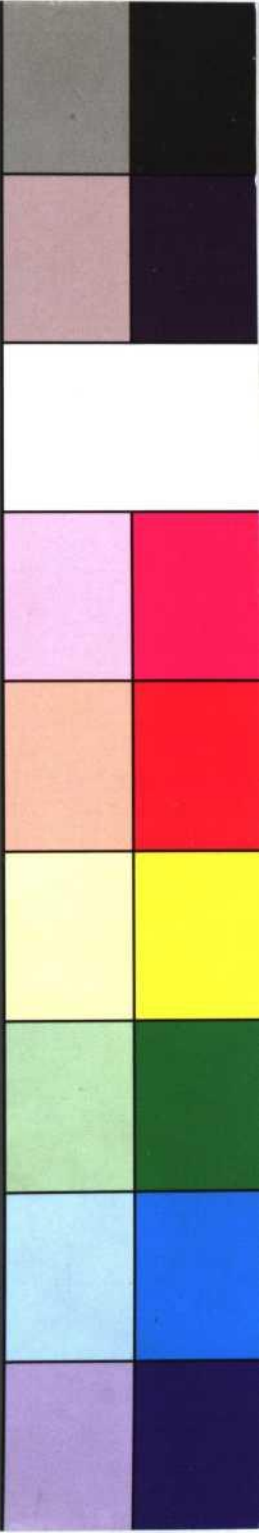


Inches 1 2 3 4 5 6 7 8  
Centimetres 1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19

**TIFFEN** Color Control Patches

© The Tiffen Company, 2007

Blue Cyan Green Yellow Red Magenta White 3/Color Black









8

Doc  
A















LA

# LEYENDA DEL CID





LA  
LEYENDA DEL CID

ESCRITA EN VERSO POR

DON JOSE ZORRILLA

É ILUSTRADA POR

D. J. LUIS PELLICER



BARCELONA

MONTANER Y SIMON, EDITORES

CALLE DE ARAGON, NÚMS. 309-311

1882



R. 51731

T 3783  
C. 1077110



---

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES

---

Al los Excelentísimos  
Ayuntamiento y Diputación Provincial  
de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad  
de Burgos.

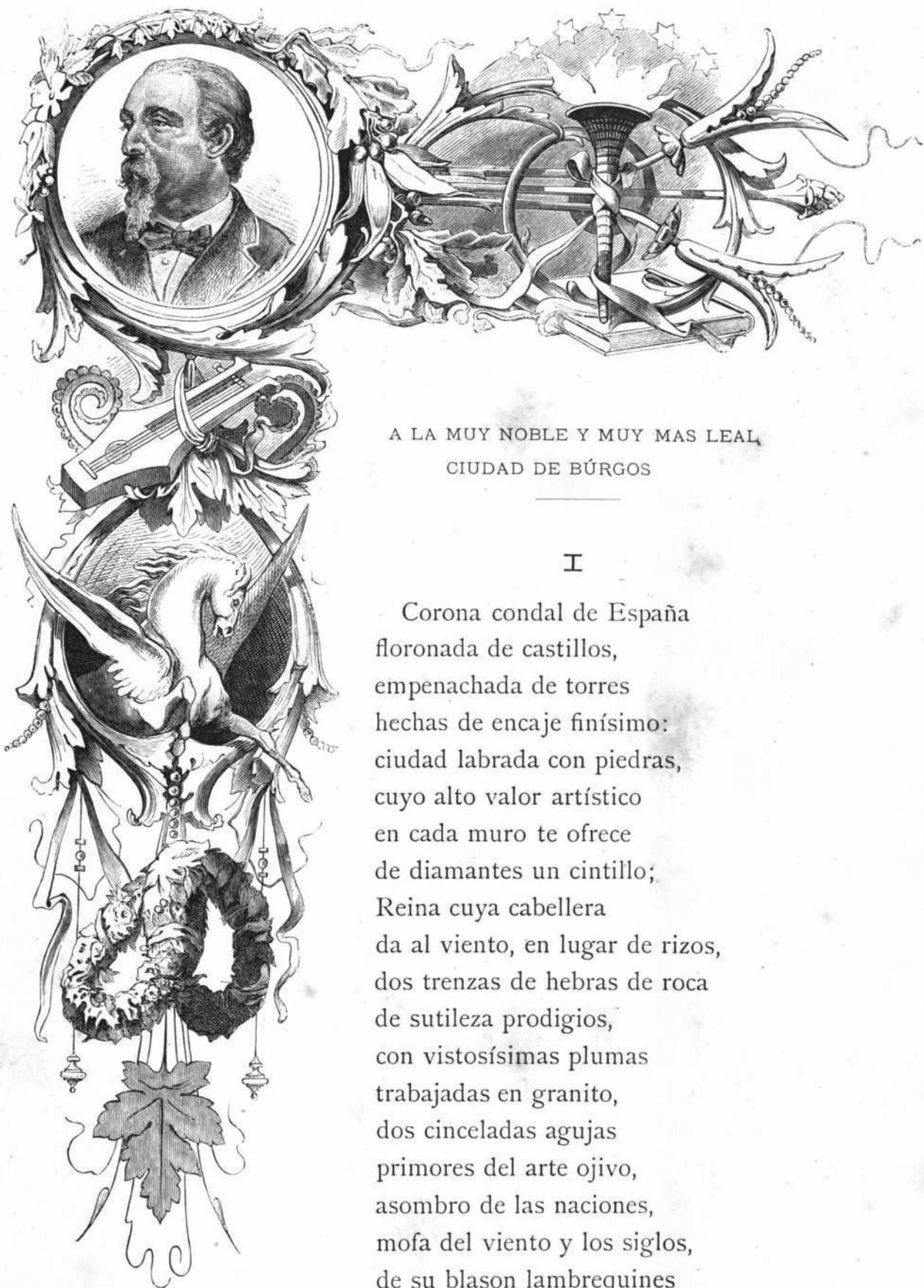
Los poetas no tenemos más que nuestros versos para pagar nuestras  
deudas; y con los de este libro intento yo pagar la de gratitud que con la lici-  
dad de Burgos tengo contraída, por los obsequios que fué la primera en  
prodigarme a mi vuelta de América.

Holgárame yo deseando como Cervantes que mi obra fuera la me-  
jor y la más perfecta concebida por humano entendimiento: pero tal  
cual es, me contentaré con que el Exmo Ayuntamiento y la Dipu-  
tación Provincial de Burgos la acepten, y se la presenten al pueblo  
Burgalés como ofrenda del agradecimiento y prenda del amor filial de  
José Lorrilla

Barcelona 2 de Agosto de 1881.







A LA MUY NOBLE Y MUY MAS LEAL  
CIUDAD DE BÚRGOS

I

Corona condal de España  
floronada de castillos,  
empenachada de torres  
hechas de encaje finísimo:  
ciudad labrada con piedras,  
cuyo alto valor artístico  
en cada muro te ofrece  
de diamantes un cintillo;  
Reina cuya cabellera  
da al viento, en lugar de rizos,  
dos trenzas de hebras de roca  
de sutileza prodigios,  
con vistosísimas plumas  
trabajadas en granito,  
dos cinceladas agujas  
primores del arte ojivo,  
asombro de las naciones,  
mofa del viento y los siglos,  
de su blason lambrequines  
y de su gloria obeliscos;



ciudad madre de los reyes  
y los hidalgos invictos  
que dieron en tus solares  
al reino español principio:  
muy noble ciudad de Burgos,  
sultana de los castillos,  
oye lo que con el alma  
en estas hojas te digo;  
y haz cuenta que respetuoso  
ante tus puertas me hincó,  
para ofrecerte de hinojos  
un ejemplar de éste libro.

Nobilísima ciudad,  
aunque no nací tu hijo,  
por ser madre de mi madre  
te tengo filial cariño.  
De los campos que á tu asiento  
sirven de alfombra en un pico,  
del viejo Muñó á la falda  
y á la sombra de un sotillo,  
hay un rincon de tu tierra  
que fué de mi madre y mio,  
donde ésta con su memoria  
me ha dejado un paraíso.  
Ya ves que son burgaleses,  
aunque tu hijo no he nacido,  
la sangre que en mí circula  
y el aire con que suspiro.  
Por eso te he amado siempre,  
y mientras ciego y perdido  
erré por mar y por tierra  
del mundo en el laberinto,  
en medio de sus escollos,  
á través de sus peligros,  
por encima de sus glorias  
y á despecho de su olvido,

tu recuerdo siempre fresco,  
como laurel inmarchito,  
arraigado en mi memoria  
sombreando mi alma ha ido.  
Fotografiado he llevado  
en mis pupilas el sitio  
donde á orillas del Arlanza  
elevas tus edificios;  
y el susurro de tus olmos,  
y el murmullo de tu rio,  
y el timbre de tus campanas  
he llevado en mis oidos.  
De tí jamás un recuerdo  
me dió al corazon martirio,  
de tí jamás una espina  
se me enconó en el espíritu.  
Tus memorias, juguetonas  
cual tus corderos merinos,  
sabrosas como tu leche,  
doradas como tus trigos,  
por do quier para mí fueron  
de mis penas lenitivo,  
de mis esperanzas faro,  
de mis dolores alivio.  
Tu espolon entre dos puentes,  
el torreado frontispicio  
del arco imagineriado  
que restauró Cárlos quinto,  
tus desmantelados cubos,  
tus arabescos postigos,  
tus agudos campanarios,  
tus cruceros cupulinos,  
tus filigranadas torres,  
tus nobles templos tan ricos  
en cresterías y mármoles,  
en verjerías y vidrios,



en sus naves prodigados,  
en sepulturas y nichos,  
bóvedas, y botareles,  
ajimeces, balconcillos,  
pórticos, escalinatas,  
pasamanos, fustes, plintos,  
por camarines y claustros  
de detalles tán prolijos,  
de labor tán minuciosa,  
de tán diferente estilo  
crestonado, alicatado,  
losanjeado, laberíntico,  
fenicio, celta, romano,  
godo, árabe, bizantino.....  
esas mil partes, en fin,  
que forman el nunca visto  
conjunto del noble todo,  
que hace del Burgos antiguo  
por el nuevo abigarrado  
un cuadro característico,  
original, pintoresco,  
sin par, y palpable y vivo,  
se conservó en mi memoria  
perennemente esculpido.  
Por eso te he amado, Burgos,  
y al volver de un ostracismo,  
que nó por ser voluntario  
menos amargo me ha sido,  
corrí anheloso á tu seno  
como á su oasis nativo  
vuelve á través del desierto  
el árabe peregrino.  
Tú, ciudad leal y noble,  
con espontáneo cariño  
reconociste al poeta  
vagabundo y fugitivo;

abrazaste al hijo pródigo,  
le diste en tu hogar asilo,  
le diste asiento en tu mesa,  
convocaste á los amigos,  
y celebraste su vuelta  
cual la de tu hijo legítimo,  
con saraos, serenatas,  
convites y regocijos.

Por eso te adoro, Burgos:  
porque la primera has sido  
que de mi niñez quisiste  
volver á escuchar los himnos;  
y aunque echaste en ellos menos  
cuando volvistes á oírlos  
los juveniles arranques  
de su vigor primitivo,  
no me los desestimaste;  
pues sabes que si es preciso  
morir ó llegar á viejo,  
envejecer no es delito.

Por eso he determinado,  
mas que audaz, agradecido,  
dedicarte este volúmen,  
tan sin valor por ser mio.

Porque ¡ay de mí! noble Burgos,  
no tengo para ello títulos:  
pues nada soy en el mundo,  
ni nada jamás he sido.

Yo que marché por la tierra  
solo, independiente, altivo,  
dejando entre sus zarzales  
fuí pedazos de mí mismo.

Yo no he creído jamás  
en la fe de los políticos,  
y nunca viento á mis versos  
ha dado ningun partido.

Yo que luz, ni poesía,  
ni fe en mis tiempos he visto,  
poeta ignaro y excéntrico  
extraño á los tiempos míos,  
evocando los recuerdos  
de las centurias que han sido  
he vivido entre las ruinas  
cual solitario pelícano;  
razas y revoluciones  
han girado en torno mio  
sin poder arrebatarme  
ni un solo instante en su giro.  
Y á fuerza de ocupar siempre  
el centro del remolino  
social, que todo lo mueve  
arrastrándolo consigo,  
he llegado á estacionarme:  
y anonadado y perdido,  
á fuerza de no ser nada  
no doy razon de mí mismo.  
Así que no me preguntes,  
Burgos, quién soy ni qué he sido,  
do voy, ni de dónde vengo,  
porque no sabré decírtelo.

Soy un átomo amante,  
que voy sonoro  
por la atmósfera errante,  
do canto y lloro:  
pero mi canto  
no se sabe si es nunca  
cantar ó llanto.

---

Yo mismo tal vez ignoro  
quién soy y de dónde vengo,  
dónde voy y por qué tengo  
triste ó gayo el corazon.



Tal vez de alegría lloro,  
tal vez de tristeza canto,  
mas de mi himno y de mi llanto  
no sé acaso la razon.

---

Burgos, siento que es mi alma  
de tinieblas un abismo,  
y yo dentro de mí mismo  
no osé nunca penetrar.  
¿Quién soy, dó voy, de dó vengo,  
por qué canto, por qué lloro?  
Pregunta al viento sonoro  
dónde va sobre la mar.

Pregunta á sus verdes ondas  
de dónde vienen: pregunta  
al agua por qué se junta  
para hacer un nubarron;  
pregunta quién es al astro  
que radia en el firmamento,  
pregúntale al sentimiento  
por qué hiere al corazon.

Mál quién soy, quien me pregunte,  
su curiosidad emplea;  
¿qué os importa quién yo sea,  
de dó vengo y dónde voy?  
Yo soy un ave de paso  
á quien Dios dió una voz suave:  
¿os gusta el canto del ave?  
oidme, cantando estoy.

Mas ¿quién es, os dice el ave  
á quien teneis enjaulada?  
No; pero si preguntada  
os pudiera responder,  
os diria, ¿qué os importa  
mi plumaje ni mi acento?

yo soy una hija del viento,  
dejadme al viento volver.

Ave de paso, quién sea  
que no me pregunte nadie:  
dejad al astro que radie,  
dejad al viento vagar,  
dejad que el mar en la playa  
rompiendo sus ondas siga,  
sin que sus ondas os diga  
de dónde vienen el mar.

Dejad cuajarse á la niebla  
que por la atmósfera sube,  
sin preguntar á la nube  
por qué revienta en turbion;  
y dejad libres que canten  
el pájaro y el poeta;  
¿quién mide ni quién sujeta  
su vuelo y su inspiracion?

Dejadme: ave de paso  
que nunca anida  
y que vuela al acaso  
sola y perdida,  
yo siempre he ido,  
por el aire del mundo  
solo y perdido!

## II

¿Quién soy?—No sé.—Voz suelta sin pecho que la exhale,  
voz que ella misma ignora su germen productor,  
que busca sólo acaso que el aire la propale,  
yo soy tal vez un eco de incógnito rumor;  
mas eco procedente de mal sondado abismo,  
que vive por sí mismo, de sí germinador,  
yo soy la voz perdida que va todos los ecos  
buscando que del mundo se esconden en los huecos,  
para corear con ellos un himno al Criador.

Yo soy la voz que agita perdida en las tinieblas  
la gasa trasparente del aire sin color,  
que sobre el tul ondula de las flotantes nieblas,  
que del dormido lago se mece en el vapor.  
Voz de hálito amoroso que con afan aspira  
los cálidos efluvios de inextinguible amor:  
y cuando entre las nieblas y los vapores gira  
los himnos exhalando con que de amor delira,  
se embriagan con el ámbar de amor con que respira,  
suspiran con el hálito de amor con que suspira  
el pájaro, el insecto, y el árbol, y la flor.

Tal vez soy ese incógnito  
vago lamento  
que en los vacíos ámbitos  
se oye del viento.  
Su són perdido  
¿quién sondará si es nunca  
canto ó gemido?

¿Quién soy?—Lo ignoro.—Tengo en mi sér  
tinieblas tales, tal confusion,  
que á un tiempo siente pena y placer,  
ánsia y hastío mi corazon.  
Hoy desdichado, feliz ayer,  
jamás descifro mi condicion,  
y mi voz nunca puedo saber  
si es un lamento ó una cancion.  
Misterios deben del alma ser:  
pero yo de ellos en conclusion  
sólo averiguo que por do quier  
pedazos dejo del corazon.

Yo soy como el arroyo;  
desde que brota,  
por do va en cada hoyo  
deja una gota:

que es mi destino  
dejar gotas del alma  
por mi camino.

### III

¿Quién soy?—¡Quién sabe!—Mi sér ignoro:  
mas de armonía guardo un tesoro:  
y siendo armónica mi condicion,  
átomo suelto, libre, sonoro,  
donde hallo un eco produzco un són.  
Y ya se exhale de un arpa de oro,  
ya de una ermita del esquilon,  
ya del aullido de un muezzin moro,  
ya de las turbas en rebelion,  
ya de un insecto que errante zumbe,  
ya de una gruta que honda retumbe,  
ya de un torrente que se derrumbe....  
ya del bramido del aquilon  
que el roble añoso crujiendo abata,  
que atorbelline la catarata,  
que los peñascos de la mar bata,  
ó los cimientos de un torreón,  
cuanto á mi paso despierta un eco  
sordo, estridente, trémulo, hueco,  
cóncavo, agudo, vibrante ó seco,  
en mí una fibra tocando armónica  
encuentra unísona repeticion;  
y el són más débil, más fugitivo,  
me presta el tema, me da el motivo  
de una plegaria ó una cancion.

Y en una peña desencajada,  
en la cruz puesta sobre un camino,  
en una torre desvencijada,  
en el murmullo del mar vecino,  
en los escombros de un monasterio,



en la flor única de un cementerio,  
en el arranque de un puente hundido,  
en el fragmento de una inscripcion;  
en algo móvil que no haga ruido,  
en algo oculto que dé un sonido,  
en algo há mucho puesto en olvido,  
fundo una historia, sondo un misterio  
de que dar cuenta ó explicacion.

Con una brisa que el aire plega  
de una neblina que el aura azula,  
hago un relato que se despliega  
de todo un libro por la extension,  
como un arroyo que de una vega  
por entre el césped corriendo juega,  
y ya se avanza, ya se recula,  
ya sobre él pasa, ya no le llega,  
ya se derrama, ya se acumula,  
ya se desborda y el llano anega,  
ya en un remanso creciendo ondula,  
ya sobre el musgo de un coto salta,  
ya de menudas gotas le esmalta  
y huye brincando por la pradera,  
desparramando su agua parlera  
por la vertiente de la ladera  
hasta que, escaso de agua y de són,  
de su postrera lágrima rota  
la última gota se hunde y agota  
de arena seca por la absorcion.

Así de un fútil recuerdo vago,  
de la más nímia suposicion,  
campo y escena de cuentos hago  
do mis delirios pongo en accion.

Yo soy como la hormiga:  
do quier recoge  
el granillo y la espiga  
para su troje:

y á su hormiguero  
 marcado con su huella  
 deja el sendero.

#### IV

¿Quién soy?—¿Cuál es mi sino?  
 ¿Quién sabe? Peregrino  
 que gira sin camino  
 del mundo en rededor,  
 lo mismo en los sillares  
 do apoyan sus pilares  
 los domos seculares  
 del templo del Señor,  
 que al pié de los lentiscos  
 de los agrestes riscos,  
 donde hace sus apriscos  
 el mísero pastor,  
 recojo los cantares  
 y cuentos populares  
 que narra en sus hogares  
 el vulgo, de sus lares  
 ignaro historiador.

Yo hago una historia de una patraña,  
 que oigo á la ciega supersticion  
 contar al fuego de una cabaña  
 de un aguacero de invierno al són.  
 Convierto en tiernos cuentos sencillos  
 de los pastores la relacion,  
 y á los palacios y á los castillos  
 voy á hacer luégo su narracion.  
 Mas por do quiera voy anudando  
 con almas tiernas honda afeccion;  
 y por do quiera que voy pasando,  
 pedazos dejo del corazon.

Yo soy como la abeja;  
 que en los rosales

toma la miel que deja  
luégo en panales:  
y á su colmena  
del dulce de las flores  
va siempre llena.



¿Quién soy?—¿Quién lo sabe?—Yo mismo lo ignoro.  
Creyente sincero del Dios en quien fio,  
á él solo me humillo, y á él solo le imploro,  
do quier le he hallado velando en bien mio;  
do quier le bendigo, le canto y le adoro:  
do quier sus creencias evoco con brío;  
cantar mi fe firme no tengo á desdoro:  
no tengo del pobre vergüenza ó desvío,  
mi pan con él parto, su mal con él lloro:  
y no me da nunca recelo ni hastío  
su sórdido traje, su oscura mansion.  
Los más escondidos rincones exploro,  
y en todos á todos mi fe les confío,  
contando á los unos un cuento sombrío  
y haciendo con otros ferviente oracion.  
Tal es mi destino: sin oro ni hogares,  
excéntrico, errante, locuaz, vagabundo,  
mi herencia son sólo mi fe y mis cantares  
do quier que me lleva mi fe por el mundo,  
y allí donde un dia mi espíritu mora,  
yo soy el consuelo del alma que llora:  
yo cierro las llagas que el tiempo no cura  
con bálsamo suave de amor y ternura:  
yo riego la herida que encona la ausencia  
de dulces recuerdos de amor con la esencia;  
y á mí me confían su afan y sus cuitas  
las almas que abrigan pasiones secretas  
á eterno silencio y misterio sujetas,  
y cuyas historias conservo yo escritas.

Yo vivo con esas: yo sé sus azares:  
 yo lloro con ellas su afan y pesares,  
 yo parto con ellas su oculta afliccion:  
 y cuando abandono por fin sus hogares,  
 la hiel de sus penas las vuelvo en cantares  
 y mi alma las mando bajo una cancion.

Yo soy como las nubes,  
 que los vapores  
 derraman hechos lluvia  
 sobre las flores;  
 mi alma es un vaso  
 que miel vierte en las almas  
 que encuentra al paso.

## VI

¿Quién soy?—Tú no lo ignoras, ¡oh patria á quien adoro!  
 tú, cuyas tradiciones son mi único tesoro,  
 cuya futura gloria mi solo sueño de oro,  
 cuya aficion y estima son mi único laurel:  
 tú, que eres sola el gérmen de mi cantar sonoro,  
 que para tí acompañan el pastoril rabel,  
 el caracol marino y el tarabuk del moro,  
 la lira de la Grecia y el arpa de Israel.  
 Yo soy átomo frágil á quien el viento mueve,  
 insecto susurrante que zumba sin cesar,  
 el trovador errante del siglo diez y nueve  
 que cruza mar y tierras en brazos del azar,  
 y voy, de mi fe mártir, mas fiel á mi destino,  
 á España por do quiera cantando sin cesar;  
 y por do quiera francos encuentro en mi camino  
 amigos que me esperan y hospitalario hogar.

Como una ave de paso  
 que nunca anida  
 y que vuela al acaso  
 sola y perdida,



yo siempre he ido  
por el aire del mundo  
solo y perdido.  
Pero avé como el águila  
de noble vuelo,  
la voz para mis cánticos  
busco en el cielo:  
y donde alcanza  
mi voz va derramando  
fe y esperanza.

## VII

¿Comprendes, noble Burgos, de crónicas archivo,  
de tradicion venero, de inspiracion tesoro,  
por qué como poeta con tus recuerdos vivo,  
por qué como á la madre que me engendró te adoro?  
¿Comprendes por qué el estro que en mí atesoro  
no puede decir nunca si canto ó lloro,  
y que por eso incierto siempre mi canto  
unas veces es himno y otras es llanto?  
¿Comprendes que al poeta libre y amante  
da Dios la voz y el alma para que cante,  
y que por eso en hojas doy á los vientos,  
pedazos de mi alma, cantos y cuentos?  
Ya de la mia, Burgos, tienes las llaves:  
de mi llanto y mis himnos la causa sabes.  
Ya de hoy no me preguntes quién soy, qué tengo,  
dónde voy, ni de dónde cantando vengo.

Vengo del Occidente  
do muere el dia,  
á volver al Oriente  
mi poesía,  
y en tus hogares  
á volver á mis cuentos  
y á mis cantares.

## VIII

Y como de el primer dia  
en que pude oir y hablar,  
mi madre me entretenia,  
con los cuentos que sabia  
de Ruy Diaz de Vivar,  
cifra primera de gloria  
de la castellana historia  
y del burgalés solar,  
de Ruy Diaz la memoria  
voy la primera á evocar.

Mas no esperes que con pompa  
de homérica entonacion  
emboque la épica trompa,  
y al romper mi canto, rompa  
en épica invocacion.

No: va á acompañar mi acento  
un viejo y tosco rabel;  
con él canto: y me contento  
con que oiga mi pueblo atento  
lo que le cante al són de él.

A que mi patria me entienda,  
no aspira á más mi ambicion:  
otro prez y honras pretenda:  
mi atmósfera es la leyenda,  
mi campo la tradicion.

Si en tal aire cojo viento  
y en tal campo hacino miés.....

Burgos, no llevo otro intento  
sino que en tu hogar asiento  
entre tus hijos me dés.

---



espuntaba una mañana  
de abril, el mes de las flores;  
de sus vírgenes olores  
impregnada el áura sana,  
    esparcía sus aromas  
de Arlanza por las riberas,  
perfumando sus praderas,  
valles, oteros y lomas.

No suele en comarcas tales  
el mes de abril tan temprano  
dar con tan pródiga mano  
capullos primaverales:

    mas el año en que esto pasa,  
temprano en flores y mieses,  
á los pueblos Burgaleses  
cosechas rindió sin tasa;  
    y vieron los africanos  
de la Castilla fronteros,  
apuntalar sus graneros  
á los pueblos castellanos.

Era que ya comenzaban  
sus pueblos á rehacerse,  
y por tierras á extenderse  
que á los árabes ganaban.

Era que ya amanecía  
el albor de aquella aurora  
que de la fortuna mora  
la estrella apagar debía.

Era, en fin, que ya la mano  
del Dios que humilla y levanta,  
comenzaba la fe santa  
á levantar del cristiano.

En la edad pues en que empieza  
mi cuento, con el risueño  
albor de un dia abrileno  
(segun la historia lo reza)

asumia en su persona  
la autoridad real suprema  
don Fernando, en real diadema  
vuelta la condal corona.

Sancho el Mayor, rey navarro  
su padre, le dió esta herencia  
porque gozara existencia  
par con su aliento bizarro.

El hijo, con la osadía  
y el valor de él heredados,  
fué ensanchando sus estados  
palmo á palmo cada dia;

y al burgo ruin dando creces,  
en donde los fundadores  
fueron los legisladores  
de Castilla á un tiempo y jueces,

fué extendiendo los cimientos  
de una capital cristiana,  
que á amparo de su ley gana  
cada año acrecentamientos.



Y es que está ya ardiendo el rayo  
con que ha de apagar Castilla  
la luna mora, que aún brilla  
desde Calpe hasta el Moncayo:

y que se traba y prolonga  
ya aquella lucha bizarra,  
que concluyó en la Alpujarra  
comenzando en Covadonga.

Era, en fin, que ya los soles  
de siete siglos corrian,  
que hacer señores debian  
del mundo á los españoles;

y aquella fe castellana  
audaz, ignara y grosera,  
tal vez salvó á Europa entera  
de ser hoy mahometana.

Por aquel valor salvaje  
y aquella fe intransigente,  
que á la ilustracion de Oriente  
jamás rindió vasallaje,

volvió á pasar el Estrecho  
la raza de Agar vencida,  
y hoy de la Europa es la vida  
y la ilustracion un hecho.

Bendita, pues, la ignorancia  
de aquel nuestro fanatismo,  
que dió á nuestro patriotismo  
tanta fe, tanta constancia:

y bendito nuestro atraso,  
que hizo culta y floreciente  
á Europa, á la árabe gente  
cerrando de Europa el paso.

Siete siglos nos batimos:  
siete centurias de glorias,  
que han llenado las historias  
con las hazañas que hicimos.

Y de una de estas centurias,  
gloria de España, á hablar voy,  
mientras á la España de hoy  
desgarran sueltas las furias.

Del poeta es la mision:  
su voz al pueblo dirige  
cuando al pueblo más aflige  
alguna desolacion.

Hoy, en vez de ser profetas  
del porvenir desastrado,  
consuelan con lo pasado  
á sus pueblos los poetas.

Cual las golondrinas son,  
que no echan nunca en olvido  
el muro en que hicieron nido  
en la pasada estacion;

porque siendo hija del cielo  
la poesía divina,  
cuando el presente declina  
tiende ella al pasado el vuelo;  
y mirado este á través  
del tiempo y de la distancia,  
cobra vida é importancia  
y más poético es.

Depurado y desprendido  
de las mortales miserias,  
por las sociales lacérias  
no le vemos ya roido.

Sólo los recuerdos son  
veneros de poesía:  
siempre crée de más valía  
lo perdido el corazon.

Aun imberbe, á mi nacion  
se lo dije; y hoy en dia  
que es cana la barba mia,  
no he cambiado de opinion.

Política..... ni la tengo  
ni me podrán convencer  
de que una es fuerza tener,  
ni con ninguna me avengo.

Tal vez lo entiendo yo mal:  
pero mi opinion sería  
que hiciera la patria mia  
política nacional.

Mas política de bando  
ni me place ni la entiendo,  
y sólo un poeta siendo  
no tengo ambicion de mando.

Basta, pues, de digresiones;  
yo no sé si es la política  
quien tiene España raquítica  
y á cola de las naciones:

mas yo que, sin ambicion,  
versos tan sólo sé hacer,  
útil tan sólo he de ser  
con versos á mi nacion.

Hice versos á destajo;  
y fundo mi patriotismo  
en hacer siempre lo mismo  
y en vivir de mi trabajo.

Yo sé que los versos son  
ocupacion harto fútil  
y trabajo casi inútil  
para el bien de la nacion:

mas no supe otro jamás:  
y á creer no me acomodo  
que soy apto para todo  
como piensan hoy los más.

Versos hice y los haré  
miéntras dure mi existencia;  
me dan pan é independencia,  
y no sé quién más me dé.

Que solo quien no progresa  
soy, dirán, y quien no avanza;  
mas voy con fe y esperanza  
caminando así á mi huesa;  
y al cabo de la jornada,  
para morir me es igual  
cama de encajes colgada  
que paja en el hospital.

Mi patria, cuando en la lid  
de existencia tal sucumba,  
me hará justicia en la tumba.....  
Vuelvo á los tiempos del Cid.

## II

Volvamos á la mañana  
de abril, el mes de las flores,  
en la cual de sus olores  
impregnada el áura sana,  
esparcia sus aromas  
de Arlanza por las riberas,  
perfumando sus praderas,  
valles, oteros y lomas.

Burgos, corte de Castilla,  
pobre aún de caserío,  
se contemplaba en el rio  
del cual se tiende á la orilla,  
como moza labradora  
que de despertarse acaba,  
y en el arroyo se lava  
ante la casa en que mora.

Burgos, aunque reina no era  
de toda España Castilla,  
de un rey en ella la silla  
veía por vez primera;  
porque bajando de Asturias  
van ya los reyes cristianos



cuenta á pedir en los llanos  
al moro de sus injurias;  
y aunque por las viejas leyes  
de sus jueces áun se rige,  
Burgos ya jueces no elige,  
ni condes: corona reyes.

Ciudad guardada por muros  
y con puentes defendida,  
Burgos, al crecer, olvida  
sus orígenes oscuros:

y aquella humilde aldeana  
que se cunó en una choza,  
aunque áun no rica y áun moza,  
ya aspira á ser soberana.

Torres son ya sus zarcillos,  
y fosos sus ceñidores;  
ya no se toca con flores  
sinó con recios castillos.

En torno suyo, en lugar  
de campesinos hogares,  
se levantan ya solares  
de porvenir secular.

Y entre los cien lugarejos  
que salpican sus campiñas,  
como sus jóvenes viñas  
agazapados conejos,

Arlanza por ambos lados  
de su cultivada vega,  
lame, espeja, arrulla y riega  
cien castillos blasonados.

Y en aquellos torreones  
y solares de Castilla,  
germinaba la semilla  
de los bravos infanzones  
que debian engendrar  
la nobleza castellana,

que llevó la cruz cristiana  
triunfante de mar á mar.

Nobles de Asturias, Galicia,  
de Navarra y de Leon,  
alzan ya en ellos pendon  
y sustentan ya milicia.

Y Burgos, la albergadora  
de labradores sencillos,  
del reino de los castillos  
comienza á ser la señora.

En uno de ellos, sentado  
en la cúspide de un cerro,  
de puntas de piedra y hierro  
como un jabalí erizado,

vive un asturiano conde  
que con el rey mucho priva:  
con cuya prez positiva  
su orgullo audaz corresponde.

Rico en valor, pobre en vicios  
y sobrado de riquezas,  
al rey con grandes proezas  
tiene hechos grandes servicios.

Robusto y sano, aunque viejo,  
al rey Fernando acompaña,  
tan bizarro en la campaña  
cuan útil en el consejo.

Mucho el rey en él se fia  
y él mucho en verdad merece:  
mas toda su prez empece  
su insufrible altanería.

Ni crée que puede á él igual  
estar hombre á su nivel,  
ni que haya quien, par con él,  
sea en nada su rival.

Sirve al rey como á Señor;  
mas no piensa que del rey

le puede alcanzar la ley,  
no siendo el rey que él mejor.

Tiene al rey por el primero;  
mas del rey como segundo  
no cree que va por el mundo,  
sinó como compañero;



El conde Lozano

y aunque fiel á su señor  
le asiste y le satisface,  
cree que es él quien al rey hace  
con sus servicios favor.

Tal es el conde asturiano  
que en aquel castillo habita,  
y á quien la crónica escrita  
titula el conde Lozano.

Si Gomez, Gormaz ú Orgaz  
á antes de éste usó ó se puso,  
no sé; por Lozano es uso  
tomarle: séalo en paz.

De averiguaciones largas  
sobre nombres no me ocupo;  
bien este nunca se supo;  
con qué averígüelo Vargas.

Lozano ó no, el en cuestion,  
conde ó no conde, en mi escrito  
lo es, y ni pongo ni quito:  
me atengo á la tradicion.

Del cerro, en que su castillo  
está sentado, la falda  
cubre un tapiz de esmeralda  
hecho de trébol, tomillo,  
césped y musgo muy grueso,  
que se pierde en la llanura  
bajo la ondosa espesura  
de un robledal muy espeso.

Desde la verde colina  
que aquel castillo corona,  
de tierra una extensa zona  
defiende en torno y domina;  
siendo aquella posesion  
un productivo solar,  
y un buen puesto militar  
de muy fuerte posicion.

Del castillo dependiente  
y por él bien protegido,  
de palomas como nido,  
de abundancia como fuente,  
comenzábase á formar  
un caserío de exótico  
aspecto, entre árabe y gótico,  
que empieza á pueblo á aspirar.

Hoy no es más que una alquería;  
y entre el bosque que la esconde,  
rompe extensa y labra el conde  
tierra no há mucho baldía.

Cuida esta granja un colono,  
y labriegos y soldados  
la dan con lanza y arados  
labor, y tal vez abono

tambien con su sangre misma;  
pues no há mucho que hizo osada  
por su coto una algarada  
la ribereña morisma.

Mas desde entónces acá  
tanto Castilla creció,  
que á lo que entónces osó  
jamás á osar volverá.

El moro está tan lejano,  
que puede ya sin recelo  
dejar sin guarda en el suelo  
su miés el conde Lozano.

Tiene una hija el conde aquel  
que entra en su quinceno abril,  
como una garza gentil,  
lozana como un clavel;

blanca como una azucena,  
casera como una hormiga  
y rubia como una espiga,  
la cual se llama Jimena.

Nunca en el suelo español  
desde el tiempo de Tubál  
belleza á la suya igual  
alumbró la luz del sol.

Sus cabellos son un rayo  
de luz en hebras partido:  
de su piel está el tejido  
hecho con nardos de mayo:

su sonrisa es una aurora  
que á su faz da un albor suave;  
su voz es cántico de ave  
que á quien le escucha enamora.



Su boca es una granada;  
sus ojos un cielo doble  
son: y la da su aire noble  
el de una reina ó una hada.

Del viejo conde hija sola,  
único y postrer capullo  
de su raza, á quien su orgullo  
pospone todo y lo inmola,  
tiene en su casa sin tasa  
la libertad y el poder,  
y es en forma de mujer  
el buen ángel de su casa.

De gracia y virtud tesoro,  
del débil amparadora,  
de casa gobernadora  
y sostén de su decoro,  
cuantos en su casa moran  
ó de su casa dependen,  
como á su honor la defienden,  
y como á su ángel la adoran.

Su nodriza, montañesa  
que desde que la dió el pecho,  
la ha aderezado su lecho  
y la ha servido á la mesa,  
logró para su marido  
la guarda de la alquería,  
por vivir en compañía  
de la de quien madre ha sido:  
pues muriendo la condesa  
al dar á Jimena aliento,  
vió desde su nacimiento  
su madre en la montañesa.

Así que una y otra ya  
como hija y madre se ven;  
y á que se avengan tan bien  
avenido el conde está.

La alquería y el castillo  
son, pues, morada igualmente  
de ambas, á estilo corriente  
en aquel tiempo sencillo,

en que el siervo y el señor  
solian á un tiempo dar,  
al calor de un mismo hogar,  
á su intimidad calor:

y ante el siervo y el colono  
en su castillo ó su aldea,  
servia la chimenea  
al castellano de trono.

El viejo conde Lozano,  
cuyo genio altivo y fosco  
le hacia con todos hosco  
y á quien nadie iba á la mano,

mas que á Jimena queria  
como á la luz de sus ojos,  
y de la cual los antojos  
más mínimos prevenia,

con su nodriza no más  
era manso y halagüeño;  
y nunca la puso ceño,  
ni la contrarió jamás.

Y como creia que era  
el solo amor de la niña,  
que con ella se encariña  
como una hija verdadera;

y comprendiendo que al par  
ella á Jimena adoraba,  
á su capricho y sin traba,  
dejólas á ambas obrar.

Y hacia bien: la asturiana  
era de lealtad modelo  
ó no la habia en el suelo  
de la tierra castellana.

Bibiana (que este era el nombre  
de la asturiana nodriza)  
no descuidó olvidadiza  
nunca el honor del rico-hombre;  
y cual madre verdadera  
de la hija de su señor,  
guardó en sus manos la flor  
de la honra de ambos entera.

Franca, empero, y complaciente  
la asturiana con Jimena,  
de tacto mujeril llena,  
de su genio la corriente  
sabe llevar con tal tino  
que la muchacha no avanza,  
si en ella no se afianza,  
un paso de su camino.

Jamás Bibiana atajó  
su voluntad frente á frente,  
ni sola por la pendiente  
nunca expuesta la dejó.

Tenia, pues, en Bibiana  
la venturosa Jimena  
esclava de adhesión llena,  
amiga, madre y hermana:

y el viejo conde Lozano  
fiado en tan buen guardian  
no tuvo el menor afán  
de ir las jamás á la mano.

Él, tranquilo, á sus negocios  
del castillo se ausentaba,  
y ausente ó nó, no turbaba  
sus quehaceres ni sus ocios.

Iban y venían juntas  
de la alquería al castillo,  
y sentábanse en un trillo,  
y aguijonaban las yuntas,

y trepábanse en los carros,  
y trampas en las montañas  
iban á las alimañas  
á poner tras los chaparros:  
y de nardos y amapolas  
coronadas, se las via  
con infantil alegría  
correr tranquilas y solas  
del castillo á la alquería,  
de la alquería al castillo;  
que en aquel tiempo sencillo  
tales costumbres habia.

Así hoy y de esta mañana  
con la luz tibia y serena,  
entraba tras de Jimena  
en la alquería, Bibiana;

y miéntras que su marido  
iba al campo con sus yuntas,  
en su hogar soplaban juntas  
el fuego mal encendido:

y cuando á solas quedaron,  
ido el marido, en su hogar,  
de este modo á platicar  
ambas á dos comenzaron.

Y aquí, para que marchemos  
bien de su diálogo en pós,  
á lo dicho por las dos  
su nombre al márgen pondremos.

Dirá algun crítico acaso  
que esto es de comedia á modo,  
y que es barajarlo todo  
por salir mejor del paso:

pero esta es la gran ventaja  
que tienen nuestras leyendas;  
de modas son como tiendas,  
que todo en ellas se encaja.

## III

- JIMENA ¿Estamos solas, Bibiana?
- BIBIANA No hay hombre en casa, Jimena.
- JIMENA Hablemos.
- BIBIANA Enhorabuena:  
ya de hablar tenia gana.  
Poco hace que silenciosa  
andabas y distraida.
- JIMENA Claro-oscuro de la vida:  
ahora estoy de hablar ganosa.
- BIBIANA De enamorados costumbre  
dicen que es.
- JIMENA Eso es: entabla  
tú ahora un sermon.
- BIBIANA Vaya, habla  
mientras yo avivo la lumbre.
- JIMENA Digo, pues, que me escribió.
- BIBIANA ¿Quién?
- JIMENA Rodrigo.
- BIBIANA ¿Cuándo?
- JIMENA Ayer.
- BIBIANA ¿Y has contestado?
- JIMENA ¡Mujer!  
¿estás loca?
- BIBIANA Creí.
- JIMENA No.  
Vendrá él mismo esta mañana  
á recibir de mi boca  
la respuesta.
- BIBIANA ¡Tú estás loca,  
Jimena!
- JIMENA ¿Por qué, Bibiana?
- BIBIANA ¡Dar cita á un mozo!
- JIMENA ¿No es noble?  
¿no estarás tú aquí conmigo?  
¿no oirás lo que le digo?



- BIBIANA Y será la falta doble,  
pues yo contribuiré  
á hacer tu culpa más grave:  
y si tu padre lo sabe.....
- JIMENA ¡Pues si yo se lo diré!
- BIBIANA ¿Tú se lo dirás?
- JIMENA Hoy mismo.
- BIBIANA Y á las dos por la ventana  
nos echa el conde.
- JIMENA ¡Bibiana!
- BIBIANA Si no le da un paroxismo  
de cólera y se desmaya.
- JIMENA ¿Pues no he de acudir á él  
si me propone el doncel  
pedirle hoy mi mano?
- BIBIANA ¡Vaya!  
¡No pica poco alto el mozo!
- JIMENA Nieto es de Diego Porcelos.
- BIBIANA Harto hará con sus abuelos  
sin dineros y sin bozo.
- JIMENA Tál como es, es tán valiente,  
que por su gran corazon  
ya en Castilla y en Leon  
anda en bocas de la gente.
- BIBIANA Sé que en una montería  
de un jabalí al rey libró.
- JIMENA Muerto á sus piés le dejó  
cuando al rey acometia.
- BIBIANA Nadie lo vió.
- JIMENA Estaba solo  
y extraviado el rey.
- BIBIANA Se inventa  
mucho de lo que se cuenta  
en la corte.
- JIMENA El rey contólo.
- BIBIANA Y el rey lo inventa tal vez

al padre para premiar  
 en él: son los de Vivar  
 gente en verdad de honra y prez.  
 Mas diz que ha venido á ménos.

JIMENA Podrá haber sido en hacienda,  
 mas no hay nadie que pretenda  
 rebajarles en lo buenos.

BIBIANA De ajar al mozo no trato;  
 mas diz que al rey sin respeto  
 dejó tirado en un seto  
 á la par con el jabato:  
 y pues ni cortés le alzó,  
 ni sacó de su accion fruto,  
 paréceme que es tan bruto  
 como el bruto que mató.

Sintió, Jimena, la injuria  
 de tal frase, y sintió el fuego  
 pronto á estallar de una furia  
 justa, con ímpetu ciego.

El genio feroz del conde  
 se reveló un punto en ella:  
 mas su ímpetu corresponde  
 resistir á una doncella.

Bajó los ojos, calló,  
 y dejó la ira pasar.  
 Pasó, sonrió y tornó  
 conversacion á trabar.

Y una mirada tan pura  
 como el sol de la mañana  
 posando sobre Bibiana,  
 la preguntó con dulzura:

JIMENA ¿Por qué le quieres tan mal?

BIBIANA No le tengo antipatía,  
 pero tengo la manía  
 de que ha de sernos fatal.

JIMENA ¿Por qué?

BIBIANA

Con él he soñado  
dos veces ya, y en las dos  
corria de ambas en pos  
furioso y ensangrentado.



JIMENA

Dos veces tambien con él  
soñé y sangre le teñia,  
pues de la guerra volvia  
con el sangriento laurel:  
con que el doble sueño augura  
que va á ser un gran guerrero.

BIBIANA

Es que aún no te he dicho entero  
mi sueño: en él su figura  
era la de un asesino:  
la sangre que le manchaba  
era tuya: te acababa  
de matar.

JIMENA

¡Qué desatino!

BIBIANA Yo soy muy supersticiosa:  
soñarlo ambas, es preciso  
que sea del cielo aviso.

JIMENA ¡Delirio!

BIBIANA Siempre me acosa  
desde que tal he soñado:  
y el mozo, por quien sentia  
al principio simpatía,  
por darme miedo ha acabado.  
Rompe con él.

Tornó el fuego  
de la ira á arder en Jimena;  
pero, más que altiva, buena,  
dijo, templándose luégo:

JIMENA Bien: si debo..... romperé,  
y si despues que le veas  
y le hables hoy, tal deseas  
que haga.....

BIBIANA ¿Le amas?

JIMENA Sí á fe.

Siento que en mi corazon  
se acrecienta cada dia  
su cariño.

BIBIANA Niñería  
sin consecuencia.

JIMENA Pasion  
profunda, segun la siento  
mi corazon asaltar,  
y ocuparme sin cesar  
voluntad y pensamiento.

Interrumpió su quehacer  
Bibiana, y muy tristemente  
dándola un beso en la frente  
dijo á la doncella.....

BIBIANA A ser  
lo que me dices verdad,

y tal á ser tu pasion,  
 va á ser..... ¡es mi conviccion!  
 una gran fatalidad.

JIMENA ¿Por qué lo ha de ser?

BIBIANA Escucha.

Tú eres niña y áun no ves  
 la sociedad tal cual es;  
 yo, sin perspicacia mucha,  
 tengo tacto y reflexion;  
 y en mí la falta de ciencia  
 suplen la grande experiencia  
 del tiempo y la observacion.

Tu padre con el rey priva  
 años hace, y se me alcanza  
 que nunca la real privanza  
 partirá con alma viva.

Don Diego Laínez, padre  
 del doncel que te enamora,  
 sea porque al rey ahora  
 mostrar gratitud le cuadre  
 á la estirpe del mancebo  
 que la vida le salvó,  
 ó por razones que yo  
 ni alcanzo ni alcanzar debo,  
 del rey á obtener empieza,  
 segun se dice, un favor,  
 que tiene ya ojo avizor  
 á toda nuestra nobleza.

La ambicion es mala amiga  
 y con la envidia se aloja,  
 y al conde tu padre enoja  
 que se piense y que se diga  
 que puede hombre alguno haber  
 que le pueda hacer mal tercio:  
 en política y comercio  
 todo el mundo es mercader;



y el favor es mercancía  
que todos quieren pujar,  
aunque tengan que empeñar  
toda su hacienda en un día.

Si en otra ocasión pudiera  
dar tu mano á don Rodrigo,  
lo que es hoy, ya te lo digo,  
es imposible que quiera.

El conde, si otro en Castilla  
favor gana y es don Diego,  
ha de odiarle desde luego,  
y ha de ser su pesadilla.

La demanda de tu mano  
por su hijo tomará á injuria:  
que la ambición y la furia  
turban el juicio más sano.

Nunca el amor querrá ver  
en demanda semejante  
sino afán de irle delante  
en la privanza y poder.

Calló Bibiana: Jimena  
quedó muda y pensativa,  
de nueva tan aflicta  
devorando mal la pena;  
y la nodriza creyendo  
corroborar motivándola  
su razón, acariciándola  
siguió á Jimena diciendo:

BIBIANA

Jimena del alma mía;  
si fuera sólo un capricho  
todo esto que aquí te he dicho,  
jamás dicho te lo habría.

Tengo á tu padre respeto,  
gratitud, veneración;  
pero de tal posición  
te he revelado el secreto

á riesgo de entristecerte,  
porque como á hija te quiero,  
y á tu desdicha prefiero  
mi desventura y mi muerte.

Muchos nobles le han pedido  
para sus hijos tu mano,  
y por el conde Lozano  
desairados han salido.

El conde á tu inclinacion  
atenderá, no lo niego;  
pero el hijo de don Diego  
viene en muy mala ocasion.—

Convencida imaginaba  
ya á la muchacha tener  
y peroraba á placer;  
mas con su amor no contaba.

No sé qué vago rumor  
de Jimena hirió el oído,  
por Bibiana no sentido  
de su charla en el calor,  
que atajándola, sin tiento  
se lanzó á la celosía  
de un ajimez, que se abria  
en el contiguo aposento.

Siguióla inquieta Bibiana:  
y empinada en la tarima  
del alféizar, por encima  
de su hombro, por la ventana  
miró, pero ambas en vano  
gastaron vista y oído:  
ni nada vieron, ni el ruido  
se percibió más lejano.  
—¿Qué fué?—preguntó Bibiana.  
—No sé,—respondió Jimena:  
Creí oír..... mas nada suena.

BIBIANA No vendrá tan de mañana.

JIMENA Pero al fin ha de venir  
 hoy ó mañana; ¿qué hacer?  
 ¿con él sin razon romper?  
 ¡No! Ni yo le he de decir  
 lo que él acaso no sabe  
 y en lo que parte no tiene;  
 ni á mí este amor me conviene  
 que sin razon por mí acabe.

BIBIANA Déjame lo á mí pulsar.  
 Veremos despues de oir  
 lo que te viene á decir,  
 cómo lo hemos de arreglar.  
 ¿No sabe él ya que yo sé  
 que te ha visto y que te ha hablado?

JIMENA Sabe que hay siempre á mi lado  
 quien nos oye y quien nos ve:  
 y que de no ser así  
 ni me viera ni me hablara;  
 que más que mi amor me es cara  
 la honra limpia en que nací!

BIBIANA Bien, Jimena; y pues que todo  
 como ha debido ha pasado,  
 despues que él se haya explicado,  
 yo me explicaré á mi modo.

Y con lo mal que el tiempo anda  
 y con vuestra poca edad,  
 yo haré sin dificultad  
 que él suspenda su demanda.

Y si os quereis bien los dos  
 y Dios el tiempo mejora,  
 lo que no atemos ahora  
 más tarde lo atará Dios.

Y así diciendo Bibiana  
 y dando un beso á Jimena,  
 tornó aquella á su faena  
 y esta tornó á la ventana.

## IV

Levantóse el caserío  
de aquella granja del conde  
de un castillo de los moros  
con los viejos paredones.  
Sobre unas ruinas romanas  
por los moros fabricóse;  
quemáronle los cristianos:  
y, abandonado en el bosque,  
creció sobre la maleza,  
sus ruinas guardando el monte  
ocultas desde su pérdida  
por los moros hasta entónces;  
y cuando el conde Lozano  
con el rey vino á la corte  
de Castilla y fincó en ella,  
las descubrió en el desmonte.

Era el castillo condal  
de piedra una inmensa mole,  
que campeaba sobre un cerro  
sin que las vistas le estorbe  
nada en torno: dominando  
sus macizos torreones  
llano y valle, cual vigía  
de aquellos alrededores.  
En tiempo de Cárlo-Magno  
unos ricos borgoñones  
con el rey mal avenidos  
fueron de él los fundadores.  
Rico en agua, esbelto y sólido,  
sobrado de habitaciones,  
abundante en caza y aguas  
su comarca, superiores  
sus terrenos, su aire sano,  
buenos y bravos sus hombres,

de palacio y fortaleza  
tiene á un tiempo planta y dotes.  
Así que al hallar en ruinas  
el moruno, desprecióle  
el conde, y á sus colonos  
pudiendo útil ser, cediósele  
al marido de Bibiana,  
de cachicanes, pastores  
y motriles para albergue.  
El colono, más que pobre  
ruín, aprovechó los muros  
y los bajos de las torres:  
y escombros vendiendo y piedras  
á ricachos hidalgotes  
de lugar, para él se hizo  
en ellas habitaciones:  
y en torno de ellas y á vista  
de sus mismos miradores,  
dejó el recinto en que tiene  
cuadras, rediles y trojes,  
y las demás dependencias  
de su tráfico y labores.  
Pero por fuera y por dentro,  
todo ello fué hecho conforme  
del viejo castillo moro  
permitieron trecho y corte;  
de modo que la alquería  
era un conjunto deforme  
de partes heterogéneas,  
en el más gayo desórden.  
Aquí de un arco cargado  
de cúficas inscripciones  
cerraba el hueco un tabique  
hecho de toscos adobes.  
Más allá, y entre dos tapias  
de escombros y de cascote,



se abre un pórtico arabesco  
festonado de agallones,  
frisado de alicatados  
y cargado de labores  
laberínticas, miniadas  
con minuciosos primores.  
Allá en la esquina en que corta  
el viento de oriente al norte,  
junto á un ajimez esbelto  
gira un balconaje enorme,  
del cual formó el buen labriego  
un corredor sobre postes,  
y sobre el cual dan las luces  
del aposento en que come.  
Este ajimez pintoresco  
y este corredor que corre  
á Oriente con escalera  
á un jardinillo sin flores,  
están sombreados y orlados  
por los verdes pabellones  
de las hojas de una parra  
que bajo de ellas les coge:  
y trás de la celosía  
de aquel ajimez, fué donde  
se apostó muda Jimena,  
y allí permanece inmóvil.

Por cuanto alcanza la vista  
su vista el campo recorre  
y escucha atenta, mas nada  
alcanza á ver, nada oye.

Jimena á quien ama espera,  
y en su tardanza supone  
falta de amor ó palabra,  
ó empeños que desconoce.  
El corazon amoroso  
vagas sospechas la roen,

y hacen tal vez que las lágrimas  
á sus pupilas se agolpen,  
¡Ella espera..... y él no viene!  
y el sol en el horizonte  
corrió ya un cuarto del cielo:  
ya envió á los trabajadores  
de su primera comida  
Bibiana las provisiones:  
y su marido muy pronto  
es fuerza que á casa torne.

Las dos veces que ha venido  
el enamorado jóven,  
para acercarse ha tomado  
minuciosas precauciones.  
Una apenas era día,  
otra empezaba á ser noche:  
y ambas para no ser visto  
amparábase del bosque;  
y obró en ambas el mancebo  
como caballero noble,  
que evita cáuto apariencias  
que la calumnia provoquen:  
que el español que es hidalgo,  
jamás á su dama expone  
en lenguas y ojos del vulgo  
por cartas, ni por balcones.

Hoy, si viene, no ser visto  
es imposible que logre:  
todo el campo está ya lleno  
de sol y trabajadores.

Ya no vendrá: tal vez tenga  
para ausencia tal razones,  
para falta tal excusas  
que en tal conducta le abonen;  
mas como no las alcanza  
Jimena, que en vano absorbe

todos los ruidos del aire,  
que, apoyos engañosos  
de sus esperanzas frágiles,  
al alzarse en él se rompen,  
desesperanzada al cabo  
del ajimez retiróse.

## V

Pero no bien apartó  
la faz de la celosía,  
pasos de alguno sintió  
que al huerto saltado había;  
y al ajimez se volvió.

Jimena, con alborozo  
y sobresalto á la par,  
vió al enamorado mozo  
que procuraba el embozo  
sobre la faz conservar:

y en la amante imprevision  
de tal gozo y sobresalto,  
corrió á la otra habitacion  
y echóse, abriendo el balcon,  
en el corredor de un salto.

Bibiana al par, que tal ve,  
corrió al ajimez de junto  
al balcon: y á punto fué,  
porque ya el mozo en tal punto  
del balcon llegaba al pié.

Jimena intentó ordenar  
del huerto al mozo salir:  
pero no pudo llegar  
tal órden á pronunciar  
porque él la empezó á decir:

«Jimena del alma mia,  
si cual yo os amo me amais,  
hoy ha amanecido el dia  
en que el alma á la alegría

y á mí el corazon me abrais.

»Yo en decir como en obrar  
soy breve, recto y sencillo:  
mi padre acaba de entrar  
vuestra mano á demandar  
al conde, en vuestro castillo.

»Mi padre lo ha consultado  
con don Fernando primero,  
y el Rey su vénia ha otorgado;  
que salga el Rey desairado  
por vuestro padre no infiero.

»Yo al mio hoy acompañé  
hasta el castillo, y corrí  
á deciros el por qué  
tanto á la cita tardé;  
mirad si el tiempo perdí.

»Debo á mi padre aguardar  
del robledal á la vera;  
no me quisiera arriesgar  
á que un instante tuviera  
por su hijo allí que esperar.

»Con que pues sabeis desde hoy  
el favor que con el Rey  
tiene mi padre, y yo estoy  
en que á su demanda es ley  
que acceda el conde..... me voy.

»Jimena del alma mia,  
si vuestra mano me dan,  
dijo el Rey que al otro dia  
del casamiento, me haria  
de una hueste capitan.

»Si tál mano y tál bandera  
llego en un dia á lograr,  
Jimena, en España entera  
no ha de haber rey ni bandera  
que abata la de Vivar.»

Y así el mancebo diciendo,  
y el balcon tan bajo viendo,  
de la retorcida parra  
el pié en un nudo poniendo,  
trepa y del balcon se agarra:



y con esfuerzo pujante  
que la baranda estremece,  
ízase de ella delante;  
la da un beso..... y de un gigante  
salto..... cáe..... y desaparece.

Por rápida que acudió  
Bibiana al balcon y á ella,  
ni el beso de él atajó,  
ni vió si se le volvió  
aturdida la doncella.

Jimena en su confusion  
y en su duda la asturiana,  
quedaron en conclusion  
como quien ve una vision  
al abrir una ventana.

Ninguna osando abordar  
la delicada cuestion  
de lo que se pudo dar  
ni tomar en el balcon,  
mirábanse sin chistar.

Colocándose por fin  
Bibiana en la situacion,  
dijo: «Quien pudo al balcon  
saltar, bien pudo al jardin:  
mas no es esta la cuestion.

»Ya no hay remedio: tu mano  
dió ya ó la negó á don Diego  
tu padre el conde Lozano.»

JIMENA Y á la boda el soberano  
ha accedido desde luégo.

BIBIANA Que eso no te dé esperanza.

JIMENA ¿Por qué?

BIBIANA Porque ni con Dios  
parte el conde la privanza;  
y aquí está la maladanza  
del negocio entre los dos.

JIMENA ¿Crées que mi padre quizás  
resistir osará al Rey?

BIBIANA Tu padre es hombre que atrás  
nunca se hará, ni jamás  
sufrirá de nadie ley.

JIMENA ¡Dios sea entónces mi escudo!  
Ya he dado á Ruy el corazon  
para siempre.

BIBIANA No lo dudo:  
sólo teniéndole pudo



llegar hasta tu..... balcon.  
Dios quiera que ese mancebo  
fatal á ambas no nos sea.

JIMENA ¿Ya vuelves á eso de nuevo?

BIBIANA Créer en sueños no debo,  
lo sé: ¡mas tengo esa idea!

De silencio trás buen trecho,  
Bibiana, oyendo arrancar  
á Jimena un ¡ay! del pecho,  
dijo: «Ya el mal está hecho:  
á lo hecho pecho..... y andar.»

## VI

Cuando al fin de su carrera  
Rodrigo Diaz llegó  
del robledal á la vera,  
á un paje no más halló  
que le habló de esta manera:

«Tu padre, á escape al tornar  
á Burgos torvo y mohino,  
te envia por mí á ordenar  
que deshagas el camino  
y le esperes en Vivar.»

El mancebo, aunque azorado  
por lo que el paje le dijo,  
obedeció á lo mandado  
en la sumision criado  
y el respeto de un buen hijo;  
y vueltas dándose á dar  
á lo que á entender no acierta,  
no dejó de caminar  
cavilando hasta la puerta  
de su casa de Vivar.

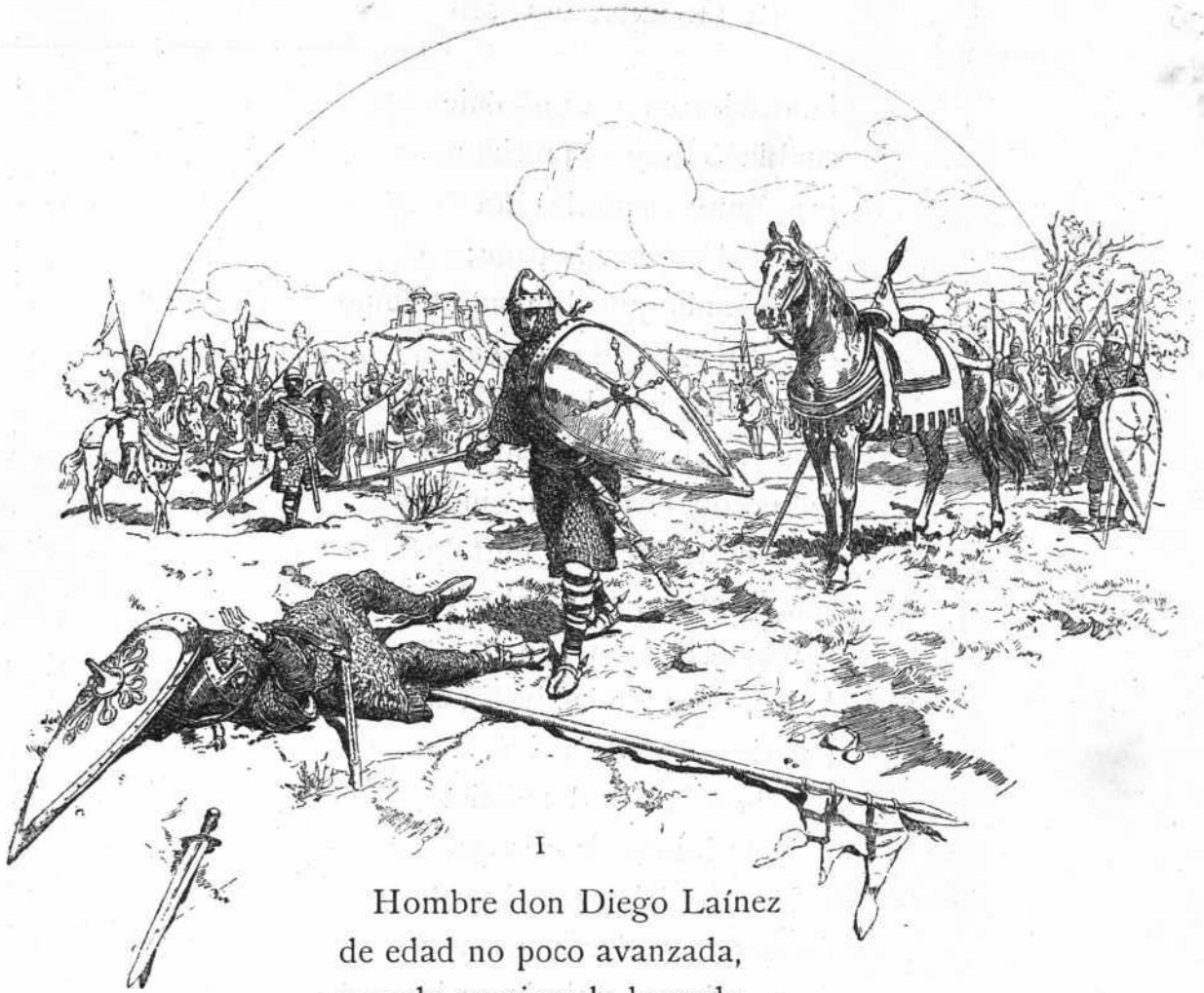
Cuando á más del medio dia  
repecharon del castillo  
Jimena y su ama la via,  
dijo á aquella en el rastrillo  
el paje que se la abria:

«El conde á Burgos no há un hora  
al partir á rienda suelta,  
dejó ordenado, señora,  
que no volvais desde ahora  
á salir hasta su vuelta.»

Jimena, aunque no avezada  
á que nadie la dirija  
órden así formulada,  
la así por su padre dada  
acató cual buena hija.

Y, aunque azorada, á no dar  
su brazo á torcer resuelta,  
se fué en silencio á encerrar  
en su aposento, la vuelta  
del conde en él á esperar.





I

Hombre don Diego Laínez  
de edad no poco avanzada,  
cuando empieza la leyenda  
mal zurcida en estas páginas,  
era muy bien quisto en Burgos,  
y cabeza de una casa  
hidalga, rica y antigua  
ántes ya de Iñigo Abarca.  
Habíase envejecido  
peleando en cien batallas  
en pró del rey don Fernando  
con numerosa mesnada:  
y asistido habia á aquella  
lid fratricida é infáusta  
en que fué muerto su hermano  
don García de Navarra.  
Conquistó á Ubierna y á Orbel;  
y supo tan bien guardarlas  
contra navarros y moros,  
que el rey le ofreció donárselas.

Don Diego, cuya progénie  
cual la del rey es preclara,  
juzgó que aceptarlas era  
servir al rey por la paga;  
mas viendo que al mismo tiempo  
con el tiempo se mellaban  
en el servicio del rey  
su salud, hacienda y armas,  
fué poco á poco esquivándose  
de la corte, siempre ingrata  
con el que no adula al príncipe  
y ante el poder no se arrastra.  
Léjos, pues, de las intrigas  
palaciegas, se ocupaba  
de sus negocios domésticos  
y de su hijo en la crianza.

Don Rodrigo era el postrero  
de tres; pero dos, por causa  
de una de esas mil dolencias  
que se dicen profilácticas,  
eran mozos de altos cuerpos,  
pero de fuerzas escasas;  
por traer en los pulmones  
grande flaqueza heredada.

Por uno de esos misterios  
que tan solamente alcanza  
Dios, que hizo del cuerpo humano  
la maravillosa máquina,  
al tercer parto su madre,  
del mal desembarazada  
que por tísis de la suya  
á su estirpe inoculaba,  
dió á luz en su tercer hijo  
una muestra inesperada  
de robustez y de fuerza,  
y en proporciones sin tacha.

Don Diego que en aquel hijo  
funda toda su esperanza  
de perpetuar su familia  
de extincion amenazada,  
dió desde niño á Rodrigo  
una educacion gimnástica,  
que al completo desarrollo  
de su vigor ayudara.  
Crecer le hizo en ejercicio  
continuo; y dado á la caza,  
á la lucha y al manejo  
del caballo y de la lanza,  
logró á los diez y nueve años  
ser una muestra acabada  
de un noble de la Edad media,  
tiempo de fe y de batallas.

Rodrigo, hidalgo de entónces,  
tenia sólo en el alma  
la fe de Cristo y la idea  
de echar al moro de España:  
y en estas dos cualidades,  
fuerza hercúlea y fe cristiana,  
del noble de aquellos tiempos  
el porvenir estribaba.

Tal es Rodrigo, que hoy tiene  
amistad y favor gana  
con el infante don Sancho,  
á quien en edad iguala:  
porque desde que la vida  
salvó al rey de una alimaña,  
don Sancho con fe de mozo  
mucho del mozo se paga;  
y si á reinar llega un dia,  
claro es que con él se labra  
un gran porvenir por poco  
que por sí el mancebo haga;

y por eso es ya Rodrigo  
en la edad corta que alcanza  
el orgullo de sus padres  
y el adalid de su raza.



Con esta puede una hueste  
sacar si quiere á campaña,  
porque tal es en Castilla  
su parentela de larga.

Por su virtud á don Diego  
todos sus deudos acatan:  
cuantos tienen sangre suya  
todos su padre le llaman;  
y no hay en sus tierras hombre  
á quien apunte la barba,  
que no dé su sangre toda  
por él, si se la demanda:  
ni hay uno de los que forman  
de su pendon la mesnada,  
que cuando al campo le saque  
tras de Rodrigo no salga.



Porque ya tiene el mancebo  
la simpatía ganada  
de sus gentes, y en él cifran  
el porvenir de su raza.

Doña Teresa Rodriguez,  
de alto linaje entroncada  
en la nobleza de Asturias  
que es la más vieja de España,  
es la venturosa madre  
de este doncel cuya fama  
ha de ensordecir la tierra  
con el són de sus hazañas.  
Don Diego ha tenido en ella  
durante vida tan larga  
un aliento en la fortuna  
y un consuelo en la desgracia.  
De sus secretos domésticos  
y su honor depositaria,  
la honra de su casa en ella  
tuvo siempre buena guarda:  
y desde el sillón de cuero  
donde envuelta en tocas blancas  
se sienta á su puerta, su honra  
como el sol luz pura rádia.  
Don Diego y doña Teresa  
ven al rey veces muy raras,  
en ocasiones extremas  
ó imprevistas circunstancias.  
Rara vez van á palacio:  
pero cuando van les trata  
el rey como se merecen  
tan buen viejo y tan gran dama.  
Sus riquezas han tenido  
por las guerras grandes bajas:  
pero gozan en Castilla  
consideracion muy alta.

Este rico-hombre de Burgos,  
esta rica-hembra asturiana  
y este mozo, en quien se fundan  
tan risueñas esperanzas,  
tienen su casa en Vivar;  
lugar muy pobre de casas,  
mas rico de hombres valientes  
y de generosas almas.

Para seguir esta historia  
comenzada esta mañana,  
de esta casa solariega  
entremos en una cámara.

La última luz del crepúsculo  
ya el occidente se traga,  
haciéndola por momentos  
más trémula y más escasa.

En un aposento vasto,  
en cuyas paredes blancas  
cuelgan cabezas de fieras  
entre panoplias y armas,  
Rodrigo, su noble madre  
y sus hermanos aguardan  
la vuelta de su buen padre  
con impaciencia y con ansia.  
Inquietud desconocida,  
zozobra insólita y vaga  
les roe los corazones  
y les atribula el alma.

Mil veces ha ido don Diego  
á la ciudad del Arlanza  
desde Vivar, pero nunca  
les dió zozobra su marcha.  
Mucho ha tardado mil veces:  
tardó dias y semanas  
en volver de allá; mas nunca  
les extrañó su tardanza,

Hoy, ansia sin precedentes,  
impaciencia inmotivada  
el alma les atribula  
y el corazon les escarba;  
á cada ruido que sienten,  
á cada sombra que avanza  
por el camino, se asoman  
con afan á las ventanas:  
mas sobre el camino espira  
el ruido, la sombra pasa,  
y no es él quien la proyecta,  
ni su caballo el que le alza.

Saben los cuatro que ha ido  
don Diego por la mañana  
á ver al conde Lozano:  
mas nadie sabe la causa  
que le obligó por la tarde  
á emprender nueva jornada  
á ver al rey, sin que el rey  
á la corte le llamara.

Siendo cual es el asunto,  
siendo él quien es, y el monarca  
siendo un rey que con él usa  
de benevolencia tánta,  
¿qué hay de extraño si su vuelta  
Diego Laínez retrasa,  
siendo el negocio una boda  
y dos leguas la distancia?

Probabilidades, cálculos  
y razones hay sobradas  
para tal viaje, tal prisa  
y semejante tardanza;  
mas sobre todos los cálculos  
que en las razones se basan,  
sobre todas las medidas  
y las cuentas más exactas,

está el corazón que siente,  
y la intuición del alma  
que prevé lo incalculable  
y presente la hora aciaga.

Y hé aquí por qué su familia  
espera al viejo con ansia:  
porque el corazón alberga  
lo que la razón rechaza.  
Así esperan: y aunque á veces  
alguno de ellos arranca  
del pecho un suspiro ahogado.....  
suspiran, pero no hablan:  
la madre por no afligirles,  
los hijos por no faltarla  
al respeto que la deben,  
sin que les pregunte, hablándola:  
porque en aquel siglo bárbaro  
todavía era, á Dios gracias,  
el padre para los hijos  
la imagen de Dios en casa.

Así esperan..... y se cierra  
la noche, y en torno ataja  
la vista de las tinieblas  
la densa, insondable masa,  
en cuyo lóbrego fondo  
nada pueden las miradas  
ver ya, aunque en él mil quimeras  
la imaginación levanta.

La lobreguez en silencio  
tiempo hacia que miraban  
la rica-fembra y sus hijos  
inmóviles en la estancia,  
cuando Rodrigo á sí mismo  
formulándose en palabras  
su idea fija, dijo alto:

«¡Válgame Dios! ¡cuánto tarda!»

Cual si un fantasma evocase,  
á su voz inesperada,  
todos sintieron tornárseles  
la faz invisible pálida;  
mas como si Dios hubiera  
escuchado su plegaria,  
al ¡válgame Dios! se oyeron  
sobre el camino pisadas.  
El relincho de un caballo  
rasgó la atmósfera, y rápida  
sintieron del de su padre  
la bien conocida marcha.

«¡Él es! ¡Luz!»—gritó Rodrigo:  
y á su voz que avisa y manda  
los siervos atropellándose  
sacaron candiles y hachas:  
mas cuando llegaron todos  
al zaguan, ya se apeaba  
de su caballo don Diego  
con presteza desusada.

Dióles la faz, y por cima  
del embozo de la capa  
pudieron ver que traia  
descolorida la cara,  
enmarañado el cabello  
de la cabeza y la barba,  
el entrecejo fruncido  
y las pupilas con lágrimas.  
Efecto acaso del cierzo,  
que con sus ásperas rachas  
en la rapidez del paso  
el semblante le azotaba.

La capa á tomarle un mozo  
fué: pero él le dijo:—«Aparta;»  
y umbral adentro metióse  
de los hombros arrastrándola.

«¿Qué tienes, padre?»—le dijo Rodrigo: y respondió: «Nada:» y emprendió escalera arriba descendiéndose la espada.

Salió al descanso á abrazarle su mujer; pero él negándola su abrazo, la dijo: «Quita, que quien me toca se mancha.»

Siguió adelante: siguióle su familia acongojada, triste y silencioso séquito formándole hasta su cámara; mas él, volviéndose á ellos en el umbral de su estancia, les dijo con gesto trémulo y voz descompuesta y áspera:

«Nadie conmigo.—No quiero ni necesito ya nada.

Cada uno á su cuarto.—Dios nos alumbrará mañana.»

Cerró la puerta de golpe: dió á la llave en la cerraja vuelta por dentro, y afuera dejó á su gente asombrada.

«A obedecer todo el mundo,» dijo Rodrigo en voz alta.

«Dios manda en el universo y nuestro padre en su casa.»

Criada en principios tales la familia castellana, cada cual se fué á su lecho oidas tales palabras; mas desde él oyeron todos toda la noche en su estancia ir y venir á don Diego como á un leon en la jaula.



## II

Y al tiempo que sucedía  
esto en Vivar, al rastrillo  
llegaba de su castillo  
el conde que á él se volvía.

Echó pié á tierra, y llegó  
Jimena á abrazarle; pero  
él con semblante severo  
su abrazo la rechazó.

«¿Qué traes, padre?»—le pregunta  
la niña atemorizada:  
respondióla el conde—«¡Nada!»  
y la cara cejijunta

volviendo á su servidumbre  
dijo:—«Mañana volvemos  
á Asturias, donde tendremos  
mejor sol que nos alumbre.»

Dijo, y á su cuarto fuése:  
Jimena al suyo tornóse,  
y sin que chistar nadie ose  
aunque tal orden le pese,

buscaron todos sus lechos,  
como á siervos corresponde,  
que las órdenes del conde  
á obedecer están hechos.

Mas desde el suyo Jimena  
oyendo á su padre estuvo  
que en vela en su cuarto anduvo  
como en su jaula una hiena.

## III

A la mañana siguiente,  
rayando apenas el alba,  
estaban en pié ya todos  
de Láinez en la casa.

Cuantos de él, bajo su techo  
reciben pan ó soldada,  
á que se despierte y llame  
esperan en la antesala.  
Les dijo ayer que debia  
Dios alumbrarles mañana,  
y con la luz que amanece  
á Dios y á don Diego aguardan.  
Adheridos á su jefe  
como á su tronco las ramas,  
esperan en Dios y creen  
de don Diego en la palabra;  
y no habiendo comprendido  
la escena anoche pasada,  
á que se la explique esperan  
cuando se despierte y salga.

Abrió por fin las dos hojas  
de la puerta de su estancia  
don Diego, y pudieron todos  
ver que estaba hecha su cama.  
Un noble su cama no hace  
cuando de ella se levanta;  
conque no ha entrado en la suya  
puesto que la tiene intacta.

Don Diego tiene los ojos  
hinchados, la cara pálida,  
la calva testa sin toca  
y la cintura sin daga.  
Todo muestra en su persona  
negligencia desusada,  
que está revelando un duelo  
que el corazon le ataraza.

Con casi invisible seña  
mandó á sus hijos que entraran,  
y cuando puertas adentro  
les tuvo, volvió á cerrarlas.

En cuanto á solas con ellos  
quedó su padre en su cámara,  
fuése al mayor, y cogióle  
la diestra entre sus dos palmas.  
No para estudiar en ella  
sus quirománticas rayas,  
que áun este abuso hechicero  
no habia entrado en España;  
sino para hacer con ella  
una experiencia extremada,  
con la cual piensa que su honra  
de allí en buena mano salga.

Asió, pues, del primer hijo  
la diestra; y de su avanzada  
edad y senil flaqueza  
á pesar, con fuerza tanta  
se la apretó, que el mancebo  
no pudiendo retirarla  
exhaló un ¡ay! y los ojos  
se le arrasaron en lágrimas.  
Soltóle el viejo, y ante él  
poniendo la puerta franca,  
le dijo: «¡Véte: el que llora  
no es digno más que de lástima!»  
Tomó al segundo la diestra;  
y con ira al estrujársela,  
al rostro que palidece  
de hito en hito le miraba.  
Cayendo el mozo de hinojos  
gritó: «¡Padre, que me matas!»  
y el viejo dijo soltándole:  
«¡Véte, se muere y no se habla!»

Fuése en seguida á Rodrigo,  
que viendo en silencio estaba  
lo que hacia con los otros,  
sin comprender de qué trata:

Tomóle también la diestra;  
 y en medio de sus dos palmas,  
 los cuatro dedos cruzando  
 por debajo, asegurándola,  
 enclavijó los pulgares  
 por encima, y apretándosela  
 cada vez más, parecía  
 que intentaba triturársela.  
 Subió el dolor hasta el codo,  
 y Rodrigo, que empezaba  
 á ponerse rojo de ira,  
 exclamó al fin con gran saña:  
 «Padre, al tenerme esa mano,  
 si quien eres no mirara,  
 con la que me dejas suelta  
 por Dios que te acogotaba.»

Siguió apretándole el viejo  
 sin curar de la amenaza,  
 y del dolor en el colmo  
 gritó el mozo ebrio de rabia:  
 «Suéltame esa mano, padre,  
 que la suelta se me escapa!»  
 y levantando la zurda.....  
 sintió la derecha salva.

«Suéltalas, le dijo el viejo,  
 suéltalas, hijo de mi alma:  
 que sueltas las necesitas  
 para lavar mi honor ambas.»

RODRIGO ¿Qué dices, padre? ¿Estás loco?  
 ¿Quién en tu honor puso mancha?

LAÍNEZ ¡Quien puso en mi faz su mano!

RODRIGO ¿Su mano un hombre en tu cara?

LAÍNEZ Sí.

RODRIGO ¡Tú mientes ó deliras!  
 Padre, ¿á tí una bofetada?  
 ¿y vives..... y vivo..... y vive

un solo hombre de tu raza?  
¿Quién es él?

LAÍNEZ Oye.

RODRIGO Su nombre:  
no pierdas tiempo en palabras;  
porque las manchas del rostro  
con el sol se tornan llagas,  
y se gangrenan muy presto  
si con sangre no se lavan.

LAÍNEZ Escúchame.

RODRIGO No: no quiero  
más que su nombre y tu espada.

LAÍNEZ ¿Le buscarás?

RODRIGO Al instante.

LAÍNEZ ¿Le matarás?

RODRIGO En la cara  
le heriré, si me hace frente,  
y si huye, por las espaldas.

LAÍNEZ Tiene muy alta la frente.

RODRIGO Mi justicia irá más alta.

LAÍNEZ Es muy fuerte.

RODRIGO Mi razon  
será más.

LAÍNEZ El rey le ampara.

RODRIGO Le mataré aunque le encuentre  
del mismo rey en la cámara.

LAÍNEZ En ella me hizo el ultraje.

RODRIGO ¿Y el rey lo vió?

LAÍNEZ En ella estaba.

RODRIGO Morirá aunque se cobije  
del mismo rey á las plantas.

LAÍNEZ ¿Aunque arriesgues?.....

RODRIGO Aunque arriesgue  
la salvacion de mi alma.

LAÍNEZ ¿Lo juras?

RODRIGO Ante ese Cristo

que tienes junto á tu cama.

LAÍNEZ Pues arrodíllate y toma  
mi bendicion y mi espada.

Arrodillóse Rodrigo,  
puso don Diego sus palmas  
sobre su cabeza y díjole:

«¡Dios ampare tu demanda!»  
Y tomando un gran mandoble  
que sobre su mesa estaba,  
colgóselo al cinto; un beso  
dióle y díjole: «Levanta.»  
Levantóse el mozo y dijo:

RODRIGO Su nombre no más me falta.  
¿Quién es?

LAÍNEZ El conde Lozano.

RODRIGO ¡Jesucristo!

LAÍNEZ ¿Qué te pasa?

RODRIGO Nada.

LAÍNEZ Entonces ¿por qué á Cristo  
invocaste?

RODRIGO Porque á espaldas  
con ese nombre he sentido  
que el mundo entero me echabas.

LAÍNEZ ¿Y vacilas?

RODRIGO No es extraño  
que un momento vacilara  
tal carga al tomar en hombros,  
dándome al mundo por carga.

LAÍNEZ Suéltala pues.

RODRIGO No me insultes.  
Padre: con la cuchillada  
con que le abra el pecho, voy  
á abrirme yo mismo el alma:  
mas para tu hijo, señor,  
ántes que tu honor no hay nada.

LAÍNEZ Mas si ántes te lo dijera.....

RODRIGO Lo mismo te contestara.  
Mi corazon es de carne,  
mis pasiones son humanas;  
pero de ahogarme á mí mismo  
soy capaz si me lo mandas.

LAÍNEZ Quien manda así sus pasiones  
será un héroe!

RODRIGO No es hazaña  
cumplir mi deber contigo:  
ser hijo tuyo me basta.

Tornóle á abrazar el viejo;  
y cruzando la antecámara,  
llevándole por su mano  
abrió el balcon de la sala.

A la plaza de Vivar  
daba aquel balcon, y estaba  
ansiosa de saber algo,  
llena de gente la plaza.  
Laínez mostrando á su hijo  
dijo al pueblo con voz clara:  
«Desde hoy es mi hijo Rodrigo  
la cabeza de mi casa:  
él presidirá mi mesa  
y se ceñirá mi espada.  
Infanzones de Vivar,  
desde hoy al ir á campaña  
él montará mi caballo,  
y guiará mi mesnada,  
y él meterá por Castilla  
mi pendon en las batallas.»

Dió á Rodrigo un viva unánime  
la multitud exaltada,  
y tornó al silencio viendo  
que el noble mozo iba á hablarla.  
Rodrigo con voz de trueno  
que retumbó en la montaña



dijo, echando el medio cuerpo  
por cima de la baranda:

«Hijosdalgos de Vivar,  
nuestro honor tiene una mancha.  
Hay un hombre que á mi padre  
ponérsela osó en la cara.



¡A caballo! y con su sangre  
miéntras no quede lavada,  
que á Vivar no vuelva vivo  
ni un solo hombre de mi raza!»

Dijo y cerrando el balcon  
pidió el caballo y la lanza;  
y á punto de medio dia  
partia con su mesnada.

## IV

Aquella mañana misma,  
y en el punto mismo acaso

en que pedia Rodrigo  
 contra él armas y caballo,  
 en el cuarto de Jimena  
 entraba el conde Lozano;  
 y su hija, apénas entraba,  
 le echaba al cuello los brazos.

—«Padre, ¿qué tienes? le dijo:  
 ¿no estás aún desenojado?  
 Bendíceme: ayer me hicistes  
 en el alma mucho daño;  
 y por tu enojo de anoche,  
 la noche habemos pasado  
 en vela; tú dando vueltas,  
 yo tus huellas escuchando.»

—«Tienes razon, hija mia,  
 respondió el sombrío anciano:  
 ayer volví con enojos  
 que durarán muchos años.  
 Siéntate y oye.»—Sentáronse  
 cada cual en un escaño;  
 y en guisa tal entablóse  
 entre padre é hija el diálogo.

CONDE

Nada hay para mí en la tierra  
 que valga como tú tanto;  
 tú eres lo único á que atiendo,  
 y eres lo único que amo.  
 Por tí he procurado hasta ahora  
 ir al par del rey Fernando,  
 y para tí creí poco  
 áun al infante don Sancho.

JIMENA

¡Padre!.....

CONDE

Escucha. Por la sobra  
 de libertad que has gozado,  
 los frutos de mi esperanza  
 en flor se me malograron;  
 todo mi afan se ha perdido

y en tierra con mi obra has dado,  
dando tú esperanzas locas  
á un mozuelo castellano,  
que sin merecer atarte  
de tus chapines los lazos,  
ha osado enviar á su padre  
á pedir al rey tu mano.

Jimena á su padre oyendo  
hablar así de su amado,  
enrojeció: mas templóse  
y díjole balbuceando:

JIMENA Pues, padre; ¿los de Vivar  
no son nobles hijosdalgos?

CONDE Los nobles reyes de Oviedo  
son nuestros antepasados,  
y no hay par nadie en Castilla  
con los que de allí arrancamos:  
las montañas crían águilas  
y las llanuras milanos.

Has puesto además los ojos  
do sólo te era vedado  
ponerlos; los de esa raza  
son para la nuestra infáustos.  
Tiempo hace ya que esas gentes  
voy en mi camino hallando:  
siempre tropezar con ellos  
me temí, y ya he tropezado.

JIMENA Padre, no comprendo bien  
lo que me estais platicando,  
porque lo estais dando vueltas  
cual si temierais soltarlo.

CONDE No temo nada; don Diego  
ante el rey se me ha igualado,  
y yo le hice echarse atrás.

JIMENA ¿Cómo?

CONDE Con mi propia mano.

JIMENA Padre, tiemblo al comprender  
lo que habeis hecho, hablad claro.

CONDE La mano en la faz le puse.

JIMENA ¡Y ante el Rey!

CONDE Sí.

JIMENA ¡Cielo santo!

CONDE En la presencia del rey  
subírseme osó tan alto,  
que al salir á la antesala  
le traté como á un villano.

JIMENA ¡Ay padre mio! ¿Qué hicísteis?

CONDE Tal vez hice demasiado:  
mas ya está hecho, y yo nunca  
de mis hechos me retracto.

JIMENA Dad satisfaccion al rey.

CONDE Yo ni áun al rey satisfago;  
hoy partimos de Castilla:  
de sus dominios me extraño.

JIMENA Pensadlo bien, padre mio.

CONDE Ya está todo preparado;  
carros, gente y hacanea  
ya te aguardan en el patio.  
Tú partirás con Bibiana  
delante, al rey don Fernando  
mientras yo escribo; y enviada  
mi carta, saldré á alcanzaros.

JIMENA Miradlo, padre, dos veces.

CONDE Ya doscientas lo he mirado,  
y tú estás ciega, y no miras  
que tu pensamiento alcanzo.

JIMENA ¡Señor!.....

CONDE Lo que tú quisieras  
volver á ver, y yo trato  
de que no veas, es á él,  
y más no has de verle: vamos.

Jimena que no vió nunca  
 con ella á su padre airado,  
 y vió que con él serian  
 ruego y razones en vano,  
 de miedo y angustia trémula  
 cogiendo sumisa el manto,  
 bajó al patio trás el conde  
 sus lágrimas enjugando.

El conde altivo, hecho á ver  
 ir juntos en sus mandatos  
 la ejecucion y la órden,  
 como el trueno y el relámpago,  
 no aguardó más que á ver puestas  
 á las hembras á caballo,  
 para dar de la partida  
 la señal: dióla y marcharon.

La cabalgata, compuesta  
 de cien jinetes mallados,  
 cien peones ballesteros,  
 cuarenta mulas, diez carros,  
 y el servicio de Jimena  
 de un deudo del conde al mando,  
 comenzó á bajar la cuesta  
 y á adelantar por el llano.

Salió el conde á los adarves  
 á ver del soto á lo largo  
 tenderse aquel cordon de hombres  
 que eran todos sus vasallos.  
 Jimena que iba en el centro  
 del viejo deudo al cuidado  
 y servida por Bibiana,  
 decia á esta por lo bajo:

JIMENA Bibiana, razon tenias.

BIBIANA Mas ¿qué pasa? ¿dónde vamos?

JIMENA Por haberme al rey pedido  
 del reino nos extrañamos.

- BIBIANA ¿Y su privanza?  
JIMENA Perdida.  
BIBIANA ¿Y tu esperanza?  
JIMENA Se ha ahogado.  
BIBIANA ¿Dónde?  
JIMENA En la faz de don Diego  
do el conde puso la mano.  
BIBIANA ¡Dios mio!—¿Y los de Vivar?  
JIMENA Aunque sufran tál agravio,  
ya es entre ellos y nosotros  
imposible todo lazo.  
BIBIANA ¡Ay Jimena y tú le amabas!  
JIMENA —¡Ay Bibiana, le idolatro!  
¡Su amor no sabré echar nunca  
del alma en que está arraigado!

Llegaba el deudo solícito  
por si las servia en algo,  
y ellas al verle acercárselas  
la conversacion cortaron.  
Continuó la cabalgata  
en silencio caminando,  
hasta dar en la espesura  
en que remataba el páramo;  
y allí á mirar el castillo  
por movimiento simpático  
todos sus húmedos ojos  
por última vez tornaron.

Ya el conde viéndoles léjos,  
habíase retirado  
del adarve y escribía  
su despedida á Fernando.  
Los que partían á entrarse  
por la espesura empezaron,  
hácia el castillo volviendo  
los ojos á cada paso.

Y al darle su adios postrero  
en lágrimas arrasados,  
los de Jimena y Bibiana  
no pudieron con el llanto  
ver una nube de polvo  
que, por el opuesto lado  
saliendo al llano, elevaban  
los piés de muchos caballos;  
y miéntras entraban ellas  
de los árboles por bajo,  
como un huracan salian  
los que llegaban al llano.

## v

Era costumbre de entonces;  
un noble, señor de estados,  
no dependia del rey,  
le prestaba voluntario  
servicio con su mesnada;  
mas si descontento, ó harto  
de su servicio, con él  
queria romper el pacto,  
le decia ó le escribia:  
«Señor, os beso las manos;  
desde este momento dejo  
de ser ya vuestro vasallo.»

Si los servicios del noble  
rehusaba el soberano,  
se lo intimaba, le daba  
treinta y tres dias de plazo  
para salir con su gente  
de las tierras de su mando,  
y rota entre ambos la liga,  
quedaban libres entrambos.

De esta costumbre aceptada,  
y de esta ley al amparo,



estábase despidiendo  
del rey el conde Lozano,  
en un pergamino, en donde  
con legibles garrapatos,  
habia escrito la frase  
convenida en tales casos.  
Y ya tenia sujeto  
su pergamino enrollado  
con un cordoncillo de oro  
con el cual le estaba atando;  
y ya habia puesto cera  
del cordon en los dos cabos,  
para dejar con dos sellos  
lo escrito dentro cerrado;  
cuando oyó un clarin que hacia  
con són imperioso y alto  
seña de abrir el rastrillo  
á álguien que llega del campo.  
Frunció el conde el entrecejo  
al oir són tan osado,  
que manda más que demanda  
abrirle al castillo paso.

Y estaba de tal audacia  
la explicacion esperando,  
con impaciencia visible  
y ceño áun encapotado,  
cuando el noble que debia  
ir á dar al rey Fernando  
su pergamino, en la cámara  
entró con otro en la mano.

«¿Qué hay?—dijo el viejo.—Señor,  
respondió el recién llegado,  
un paje de hoscas modales  
este pergamino os trajo.  
—¡Y cómo!—¿Cómo? en la punta  
de la lanza: y en reparos

sin andarse, presentómele  
diciendo: Al conde tu amo.  
—¿De quién?—No quiso decirlo;  
diómele desde el caballo,  
tomésele, y volvió grupas  
con no visto desenfado.»

Abrió tal misiva el conde;  
y al leer con ojos ávidos  
el nombre del que la firma,  
se le tornó el rostro pálido.  
Si de cólera ó de miedo  
no es fácil adivinarlo,  
porque dos voces á un tiempo  
al corazon le han hablado  
con aquel nombre su ira  
y su conciencia; y los rayos  
que en él la ira le enciende,  
en él la conciencia apágalos.

Hé aquí lo que el pergamino  
decia en sus garrapatos;  
que escribir bien, no fué nunca  
propiedad de fijosdalgos:

«Esto es lo que yo Ruy Diaz,  
hombre libre é infanzon,  
escribo al conde Lozano  
ante Dios nuestro Señor.  
Non fué de un home sesudo  
ni de un infanzon de pró  
facer denuesto á un fidalgo  
que es tan noble y más que vos.  
Mano en mi padre pusisteis  
delante al rey con furor,  
sin curar al denostarle  
de que soy su fijo yo.  
¿Y cómo vos atrevisteis  
á un home á quien solo Dios,

siendo yo su fijo, puede  
facer aquesto, otro non?  
Mal fecho ficisteis, conde;  
yo vos reto de traidor,  
y en el campo vos atiendo  
fasta la puesta del sol.  
Non vos valdrá el ardimiento  
de mañero lidiador,  
porque lidiarán conmigo  
la justicia y la razon.  
Catad que salgades, conde;  
que tan mozo como soy,  
yo os reto de solo á solo  
fiando mi causa á Dios.  
Y ved que si non viniéredes  
do atendiéndoos estoy,  
pondré fuego á vuestros montes,  
non vos dejaré un pastor  
ni una oveja con pellejo,  
ni una espiga en granazon,  
ni una yerba con un tallo,  
ni un árbol con una flor.  
Si non viniéredes, conde,  
ataré el vuestro blason  
del mi caballo á la cola,  
é arrastrando de mí en pos  
le llevaré por las tierras  
de Castilla y de Leon,  
acusándovos por ellas  
de cobarde y de traidor.  
Y esto es lo que yo, Ruy Diaz  
de Vivar, libre infanzon,  
escribo al conde Lozano  
á los piés del Redentor.»

---

No podía el conde ménos  
de sentir la conviccion  
de que él era en tal demanda  
el desleal agresor;  
pero al leer las palabras  
del reto y la acusacion  
del mancebo de Vivar,  
su vanidad le cegó.

No vió que aquellas injurias  
escritas en el dolor  
de la afrenta hecha á su padre  
por el jóven infanzon,  
nunca equivaler podian  
á la injuria que infirió  
él á su padre sentándole  
en la faz un bofeton;  
y ofendido de aquel reto,  
prueba noble de valor  
y amor filial en el jóven,  
de cólera se embriagó.

Resuelto de un modo ú otro,  
cara á cara ó á traicion  
á vengarse de Rodrigo,  
por él herido en su honor,  
caballo, broquel y lanza  
á grandes voces pidió,  
y salió á él del castillo  
con toda la guarnicion.

Desde lo alto del cerro  
tendiendo en su derredor  
una mirada voraz  
como la de hambriento halcon,  
en medio de la llanura  
al mozo á ver alcanzó,  
que le esperaba á caballo  
y apoyado en su lanzon.

El conde al verle allí solo,  
con alegría feroz,  
bajando á escape la cuesta,  
dijo... «¡Ah rapaz, allá voy!»

## VI

Cuando en confuso tropel  
salió el viejo conde al llano,  
yendo contra el castellano  
treinta jinetes con él,  
teniendo con ellos cuenta,  
y saliendo del abrigo  
del bosque, en pró de Rodrigo  
destacáronse otros treinta.

No quieren los de Vivar  
venganza mal obtenida;  
mas es de honra la partida,  
y la quieren igualar.

Por eso trás de sus treinta  
los trescientos avanzaron,  
y en círculo comenzaron  
á envolver á los sesenta:

maniobra que en conclusion  
por resultado iba á dar  
la liz cerrada guardar  
de ventaja ó de traicion.

Y así el bando castellano  
guardador de su honra avanza,  
y así ansioso de venganza  
avanza el conde Lozano.

Sobre el mozo, ebrio de ira  
corre, y de su sangre ávido  
mirando que ante él impávido  
ni tiembla ni se retira:

sin ver que, segun con él  
la distancia ciego estrecha,  
corre y encima se le echa  
la treintena del doncel.

Al fin por ciega que fuese  
su carrera y su ira brava,  
el torbellino avanzaba  
y era fuerza que le viese.

Percibió la polvareda  
que alzaban al avanzar  
los jinetes de Vivar  
salidos de la arboleda:

y vió lo que á su salida  
no calculó: que era el riesgo  
en que le ponía el sesgo  
que tomaba la partida.

El conde en su red cogido,  
pero fiando á la par  
de la gente de Vivar  
en el honor conocido,

á los suyos de repente  
gritando: «¡Alto! ¡no seguirme!»  
paró su caballo en firme  
y quedó inmóvil su gente.

A su vez los de Castilla  
refrenando sus corceles,  
quedaron, á su honra fieles,  
inmóviles en la silla.

Si el conde fió en su astucia  
para salir de la red  
de los de Vivar, la sed  
de venganza que le acucia  
más tarde para saciar  
en el mancebo inexperto  
engañándole, es incierto  
y arriesgado de afirmar:

mas con tal evolucion,  
se encontró el conde Lozano  
cara á cara y mano á mano  
con el burgalés garzon.

El conde, con la carrera  
tal vez escaso de aliento,  
dejó en el primer momento  
que el mozo así le dijera:

«Que no habeis leido creo  
bién el pergamino mio;  
yo os retaba á desafío  
y vos venís á torneo.»

—«Rapaz, dijo el conde, vete  
por donde has venido: y piensa  
que para vengar tu ofensa  
eres aún un mozalbete.»

Echó al Lozano el mancebo  
una mirada arrogante  
y con tranquilo semblante  
volvió á decirle de nuevo:

«A quien por razon tán alta  
se arriesga en tán buena obra,  
en el corazon le sobra  
lo que en los años le falta.

»A mi padre he prometido  
la infame mano cortaros,  
y en ser quien sois sin reparos  
á cortárosla he venido.»

Esto al escuchar Lozano,  
de cólera enrojció;  
mas intrépido siguió  
diciéndole el castellano:

«Para daros el castigo  
que vuestra injuria merece  
traigo á lo que me parece  
gente bastante conmigo;

»mas sólo me han de servir  
siendo nobles de Vivar,  
el campo para guardar  
en que habemos de reñir.



»Reñid, pues, y compasion  
de mis años no tengais;  
porque os mato ó me matais;  
traigo esa resolucion.»

Dijo el mozo; y en el acto,  
tomando á caballo vuelto  
campo, se vino resuelto  
sobre el conde estupefacto.

Reinó un silencio leal  
de los dos en rededor,  
y el conde, ebrio de furor,  
tomó su salida mal.

Hirió con el acicate  
á su corcel con tal furia,  
que cual se cegó en su injuria  
Dios le cegó en el combate.

Descompúsose en la silla  
con los botes del corcel,  
y al primer bote con él  
dió en el suelo el de Castilla.

Cayó el conde mal herido  
en el ijar por la lanza,  
de vida sin esperanza  
quedando en tierra tendido.

Dió sobre él el castellano  
con no vista ligereza;  
guardó el conde la cabeza  
por instinto con la mano;

y alzando el mozo la espada  
cuando el brazo el conde alzó,  
la mano le cercenó  
de la primer cuchillada.

Mirando los del caido  
el número superior  
del bando del vencedor,  
le dieron por bien vencido:

y las gentes de Vivar  
cuyo ódio no les alcanza,  
exentos de su venganza  
les dejaron alejar.

Echó pié á tierra Rodrigo.  
y fué con salvaje calma  
á ver cómo daba el alma  
al Criador su enemigo.

Su mano, al verle espirar,  
tomó y guardó en la escarcela;  
volvió á montar; metió espuela  
y dió la vuelta á Vivar.

Entónces con la fiereza  
de esta edad semi-salvaje,  
al muerto se llegó un paje  
y le cortó la cabeza.

Y aquel trofeo de horror  
en los arzones colgando,  
montó, y salió galopando  
á alcanzar á su señor.

## VII

Costumbres de aquella era  
caballeresca y feroz,  
en que degollando moros  
se glorificaba á Dios,  
y que no habia un exceso  
que no obtuviera sancion,  
como tuviera por móvil  
honra, fe, patria ó amor.

Estaba Diego Laínez  
recostado en un sillón,  
acabado su yantar  
en su oscuro comedor.  
Entornados tiene aposta  
ventana, puerta y balcón;

porque á quien sin honra vive  
le ofende la luz del sol.  
Su familia silenciosa  
está de él en rededor,  
esquivando sus miradas  
por velarle su afliccion.  
Ninguno hizo en aquel dia  
á los manjares honor:  
porque tampoco Laínez  
bocado de ellos probó.  
Laínez y su familia  
y Vivar todo, están hoy  
sufriendo de honda impaciencia  
febril sobrexcitacion.  
Partió Rodrigo, y en tanto  
que no torne vencedor,  
no saben si tienen honra  
ni si él por ella murió.  
Diego Laínez ha hecho  
voto y juramento á Dios,  
si es que no torna Rodrigo,  
de no dormir en colchon,  
ni comer pan á manteles,  
ni oir de amigos la voz,  
ni ceñirse más la espada,  
ni montar más su bridon,  
ni hacer ni admitir visitas,  
ni ver á su confesor  
más que á la hora de la muerte,  
ni dejar su habitacion,  
para no mostrar al mundo  
la faz donde él recibió  
y toda su raza en él  
la afrenta de un bofeton!  
Por eso Diego Laínez  
de su mesa no tomó

más que agua y pan, sin llegar  
á la mesa su sillón:  
y por eso su familia  
de su mesa en rededor  
calla, y bocado no prueba  
por no doblar su aflicción.

Y así se pasó la siesta,  
y la tarde se pasó,  
y la noche se venía  
de su crepúsculo en pos:  
y la sombra por la tierra  
se iba extendiendo veloz,  
y el cielo tornando negro  
iba su azul pabellón;  
y conforme iba muriendo  
la luz que infunde valor,  
muriendo iba la esperanza  
del viejo en el corazón.  
¡Si su hijo ha sido vencido!....  
¡si su mañero ofensor  
le ha hecho caer en un lazo!....  
¡si la acendrada pasión  
que tiene á Jimena le hace  
posponer la honra al amor!....  
si él abandonó su causa.....  
si Dios á él abandonó.....  
y el viejo al pensar en esto,  
por no perder la razón,  
cierra los ojos y reza  
fervorosamente á Dios.

Entraba un paje las lámparas  
á encender con un farol,  
á tiempo que las campanas  
tocaban á la oración,  
cuando tropel de caballos  
á lo lejos se sintió,

y por la calle adelante  
crecer y acercarse el són.  
Púsose en pié el buen Laínez:  
y al repentino rumor,  
pasó su alma á sus oídos  
y su pulso se paró.  
Toda su familia en pié  
viéndole, se levantó;  
todos como el viejo atentos  
y trémulos de emocion.  
Llegó el tropel á la puerta  
de la casa y se paró:  
mas no osó nadie arriesgar  
palabra ni exclamacion.  
Sintieron subir á un hombre  
la escalera, el corredor  
atravesar..... y..... en la estancia  
Rodrigo se presentó.

«¡Hijo mio!»—exclamó el viejo:  
y atajándole la voz,  
le dijo el mancebo:—«Padre,  
ya podeis mañana al sol  
mostrar vuestra faz ya limpia:  
la mano que os ultrajó  
podeis colgar á la puerta  
en lugar del aldabon.»

Y asiéndola en su escarcela,  
prenda de venganza atroz,  
la mano que cortó al conde  
sobre la mesa arrojó.

Lanzó el anciano un suspiro  
de inmensa satisfaccion,  
al ver la mano que lava  
la mancilla hecha á su honor;

y su familia, que el aire del aliento comprimido para ver y oír, del pecho soltó la respiración.



Costumbres de aquella era  
caballeresca y feroz,  
en que acogotando moros  
se glorificaba á Dios;  
y en que no habia un exceso  
ni un crimen sin galardón,  
como tuviese por móvil  
honra, fe, patria y amor.  
Laínez con una seña  
á su gente despidió,  
y la familia en silencio  
salió de la habitación.

## VIII

Quedáronse padre é hijo  
con la cercenada mano,  
y así el mancebo al anciano  
con honda congoja dijo:

—Cumplí con mi obligacion;  
mas esa mano cortada,  
padre, la siento agarrada  
con miedo á mi corazon.

LAÍNEZ     ¡Tú miedo, Rodrigo mio!  
¡Tú miedo á la infame mano  
que ultrajó á tu padre anciano  
y que cercenó tu brio!  
¿Te arrepientes de ello?

RODRIGO                                 No:  
volveria á hacer lo hecho;  
mas ved qué áspid en mi pecho  
con hecho tál se albergó.

Jimena y yo pasion franca  
nos teníamos, señor;  
y hoy esa mano mi amor  
de su corazon arranca.

Era mi esperanza toda:  
la suya en mí ella fió.....  
y esa es la mano que yo  
la voy á dar en mi boda.

LAÍNEZ     ¡Rodrigo de mis entrañas!  
Tú con hazañas sin par  
te harás de ella perdonar.

RODRIGO   ¡Buen principio á mis hazañas!

LAÍNEZ     Rodrigo, ley del honor  
era lo que has hecho, hacer:  
no hay para un noble mujer  
que valga más que su honor.

RODRIGO   No temais, padre, jamás



que á él falte vuestro Rodrigo;  
esto que os digo..... os lo digo  
porque lo sepais no más.

Cumplí con mi obligacion;  
mas por saberla cumplir,  
no me podeis exigir  
que no tenga corazon.

Bajó el padre la cabeza  
de tal razon convencido,  
y el hijo al verle rendido,  
añadió con entereza:

—Oid mi resolucion,  
padre: no hay otro camino  
para cumplir mi destino  
bien, ú obtener mi perdon.

Cuando todo en nuestro hogar  
duerma y mi madre se acueste,  
partiré yo con mi hueste  
con los moros á lidiar.

Si me matan..... moriré  
como bueno en cáusa buena;  
decid vos, padre, á Jimena  
por qué á su padre maté.

LAÍNEZ ¡Rodrigo!.....

RODRIGO No hagais asombros;  
desde que hice tal proeza,  
os juro que la cabeza  
me estorba sobre los hombros.

Y al moro vóisela á echar;  
mas como cristiano soy,  
á disputársela voy  
y no se la voy á dar.

Y si vuelvo á esta mansion,  
podreis, padre, con banderas  
alfombrar sus escaleras  
y entoldar vuestro balcon.

Y así fué; cuando en su hogar  
su familia en paz domia,  
él á la guerra partia  
con su hueste de Vivar.

## IX

A la mañana siguiente,  
cuando el sol con resplandores  
trémulos, doraba apénas  
del palacio los balcones,  
ya esperaban en su patio  
monteros y cazadores  
con los perros en traíllas  
y en sus perchas los halcones.

Relinchaban los caballos  
amarrados á los postes;  
atarazaban los perros  
inquietos los correones  
de sus collares; chillaban  
ciegos bajo el capirote  
que les encaperuzaba  
los neblís y los azores.

Los podencos de don Sancho  
y los galgos retozones  
de la infanta doña Urraca,  
estando en el ámplio goce  
de la régia inmunidad  
de sus dueños, sus blasones  
ostentando en las mantillas,  
introducen el desórden  
entre personas y bestias;  
sin que mal hacerles ose  
nadie y de sus estropicios  
sin que ninguno se enoje;  
porque la gente adherida  
á los reyes en las cortes,

adulan hasta á las bestias  
por placer á sus señores.  
Iban y venian pajes,  
mayordomos, guarda-bosques,  
palafreneros, ujieres,  
reposteros y ojeadores.  
que cargaban en acémilas  
y á hombro de robustos hombres  
cestas, canastas y cuévanos  
con vajilla y provisiones.  
Todo era algazara, prisas,  
señas, advertencias, voces,  
entre los que van y vienen,  
y encuentros y tropezones.  
Galerías, escaleras,  
pórticos y corredores  
estaban llenos de damas,  
palaciegos, ricos-homes,  
soldados, caballerizos,  
curiosos y espectadores,  
que animaban aquel cuadro,  
alegre, ruidoso y móvil.  
El rey va á caza, y para ella  
ha mandado invitaciones  
á cuantos tienen derecho  
á que con ellas les honre;  
y esperan ya á que se abran  
sus régias habitaciones,  
los dignatarios á quienes  
ir con el rey corresponde.  
Abrió al fin de la áurea cámara  
un rey de armas los portones,  
y al grito de «¡El rey!» quedaron  
todos callados é inmóviles.  
Apareció el rey Fernando  
cuyos ojos vibradores

radiaban una alegría  
que alegró los corazones.  
Aparecieron tras él  
sus hijos y sucesores  
los infantes Sancho, Alfonso  
y García; y, sus facciones  
juveniles y risueñas  
mostrando, como dos flores  
que al matutino rocío  
abren sus frescos botones,  
salieron las dos infantas  
que de la mano se cogen,  
doña Urraca y doña Elvira,  
dos niñas como dos soles.

El rey va no más armado  
con un tremendo mandoble,  
que manejan como un mimbre  
sus dos muñecas de bronce.  
Lleva el infante don Sancho  
un venablo de tres cortes,  
que encadenado á la mano  
despues que hiere recoge.  
El infante don Alonso,  
mozo galan y de porte  
cortesano, sólo lleva  
en la cintura un estoque;  
y el infante don García,  
que es de los tres el más jóven,  
una ballesta que se arma  
y tira con un resorte.  
Las dos infantas, que aves  
cazan sólo y liebres corren,  
llevan no más en el puño  
dos gerifaltes veloces;  
mas tan mansos y domésticos,  
que por sí en él se las ponen,

las traén la presa á la mano  
y en su misma boca comen.

Así el rey y sus infantes  
en medio de aclamaciones,  
para montar hácia el patio  
cruzaron los corredores.  
Pusiéronse en movimiento  
pajes, traíllas, bridones,  
guardas, halconeros, guías,  
donceles y picadores;  
y ya el rey, en pos llevando  
sus infantes y sus nobles,  
pisaba de la escalera  
los últimos escalones,  
cuando á la puerta se oyeron  
del palacio los clamores  
de una mujer y la gente  
se hizo ante ella pelotones.  
«¿Qué es eso?» preguntó el rey,  
deteniéndose en el borde  
del penúltimo escalon;  
y viendo que no responde  
nadie y que siguen los gritos,  
exclamó: «Que desalojen  
esos villanos el pórtico  
y que la entrada no estorben.»

Á la voz del rey airado  
se abrió la gente, y metióse  
desatentada en el patio  
la hermosa Jimena Gomez,  
descabellado el cabello,  
mal abrochados los broches,  
y arrastrando el suelto manto  
y los sueltos ceñidores.  
Trás ella Diego Laínez  
tambien en palacio entróse,

pálido y enmarañados  
 cabello, barba y bigotes.  
 Á los piés del rey Fernando  
 Jimena Gomez postróse,  
 y respetuoso Laínez  
 de él cerca esperó sus órdenes.  
 Y así con ira Jimena,  
 Laínez con calma noble  
 y el rey con pesar, el diálogo  
 entre los tres entablóse.

JIMENA ¡Justicia, señor! ¡Han muerto  
 ayer á mi padre!

EL REY ¿En dónde?

JIMENA Casi al pié de su castillo:  
 en la explanada del monte.

EL REY ¿Cómo?

JIMENA Á traicion.

EL REY ¿Quién?

JIMENA Rodrigo  
 Diaz.

EL REY ¿Él?

JIMENA Sí. De ladrones  
 y asesinos como banda  
 llevaba trescientos hombres;  
 los de mi padre eran treinta:  
 yo su cadáver anoche  
 recogí: está mutilado  
 por un alevoso golpe:  
 la mano diestra le falta.  
 Justicia, señor: á ese hombre  
 pedid su hijo, y entregádmele  
 como las leyes disponen.

Y esto diciendo Jimena  
 con descompuestas acciones,  
 tendia un dedo á Laínez  
 que esperaba de hablar orden.

Levantó el rey á Jimena,  
su mano para que apoye  
la suya al alzarse dándola,  
y á Laínez dirigióse.

EL REY           ¿Oísteis?

LAÍNEZ                Sí.

EL REY                ¿Qué decís?

LAÍNEZ           Que en mi raza no hay traidores:  
mis trescientos liza abrieron  
y lidiaron de hombre á hombre.  
Dios estuvo por Rodrigo;  
y manos que bofetones  
dan á los padres, los hijos  
es muy justo que las corten.

EL REY           ¿No hay rey ni ley en Castilla  
que juzgue de táles golpes?

LAÍNEZ           Los de la mano en el rostro  
á la mano corresponden.

EL REY           Será en Vivar, que nó en Burgos.

LAÍNEZ           En Vivar y en todo el orbe  
donde hay vergüenza en los rostros  
y honor en los corazones.

EL REY           Pues en Castilla hay mis leyes;  
traed, don Diego, á ese jóven  
para que haga de él la huérfana  
lo que mejor la acomode.

LAÍNEZ           Mi hijo fué á tierra del moro  
á pelear.

EL REY                ¿Cuándo?

LAÍNEZ                Anoche.

EL REY           Enviadle á llamar; que vuelva.

LAÍNEZ           Vuestra Alteza me perdone,  
pero no puedo.

EL REY                ¿Por qué?

LAÍNEZ           Porque á mi voz será indócil.



Mi hijo amaba á esa doncella;  
y como la afrenta enorme  
de su padre y su venganza  
un abismo entre ambos pone,  
fué á morir desesperado,  
y es probable que no torne.

Al oír anuncio tal....  
¡oh debilidad terrena!  
sintió de su alma Jimena  
doblarse el ánsia mortal.

Mas domó á su corazón,  
y al punto con alma entera,  
demandó de ésta manera,  
al rey con resolución.

JIMENA ¡Señor, justicia!

EL REY Os la haré:  
mas para hacéroslo creo  
que es preciso haber al reo.

JIMENA Buscadle.

EL REY Le buscaré.

JIMENA Si yo sé que está con vida  
de vuestra ley al alcance,  
yo os traeré á este mismo trance.

EL REY Justicia os haré cumplida  
tal como esté en mi poder.

JIMENA Señor, la palabra os cojo;  
y en vuestros brazos me arrojo  
fiada en vuestro poder.

EL REY Pues mirad que os tomo yo  
á mi vez esa promesa.  
En mi casa y á mi mesa  
vuestro padre se sentó,  
y á amparo mio declaro  
que os tomo, y que por él soy

padre vuestro.

JIMENA

Y yo que estoy  
acogida á vuestro amparo;  
pero en memoria guardad  
que en teniendo de él noticia,  
vendré á que me hagais justicia.  
Dadme la mano.

EL REY

Tomad.

La mano al rey la doncella  
besó: saludó y volviéndose  
á la puerta, partió abriéndose  
la gente en silencio ante ella.

El rey la dejó salir;  
y cuando léjos la vió,  
pidió el caballo, montó,  
é hizo señal de partir.

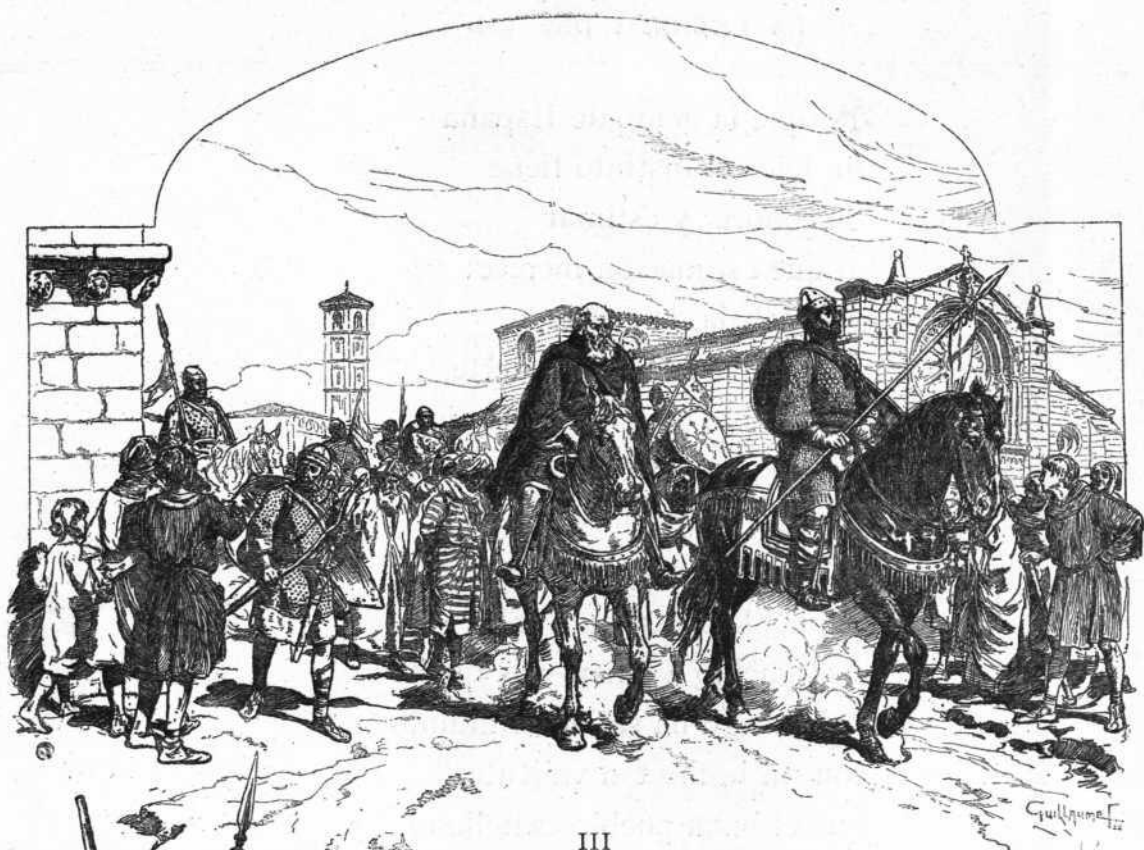
Volvióse todo á poner  
á su voz en movimiento;  
y aprovechando un momento,  
sin que lo echara de ver  
el rey, se acercó al anciano  
Laínez, don Sancho su hijo;  
y así el príncipe le dijo  
apretándole la mano:

«Id á esperarle en Vivar,  
que creo yo, ó mucho yerro,  
que áun no está forjado el hierro  
que á Rodrigo ha de matar.

»Id, y si rey lleugo á ser,  
en la tierra en que yo mande,  
ni ha de haber quien le demande,  
ni ha de faltarle mujer.»

Fuése la corte á cazar;  
y viéndose solo el viejo,  
tomó de Sancho el consejo  
y dió la vuelta á Vivar.





III

inco meses han pasado:  
Rodrigo Diaz no vuelve,  
y han pasado cinco siglos  
en aquellos cinco meses.  
Cinco meses de ventura  
se pasan rápidamente:  
mas estos son de desdichas  
y cinco siglos parecen.  
Cinco meses de esperar  
lo que anhela y no sucede,  
á cualquiera hombre apesaran  
y á cualquier pueblo entristecen.

Todos á Rodrigo esperan:  
Laínez para volverle  
á sus brazos, y volver  
al sér y á la vida viéndole:  
el Rey para castigarle,  
Sancho para protegerle,  
para vengarse Jimena  
y de él por saber la gente,



Porque la gente de España  
de Dios el instinto tiene  
de conocer y estimar  
al que estimacion merece:  
y la cábala, la crítica,  
la envidia y la mala suerte,  
del pueblo en vano á los ojos  
al que algo vale oscurecen,  
rebajan, desacreditan,  
calumnian, roen y muerden:  
el pueblo quién vale sabe,  
y el pueblo á quien vale quiere.

Rodrigo ha salido al mundo  
con un hecho tan valiente,  
que el buen pueblo castellano  
lo que ha de valer prevé;  
y á más, el pueblo en secreto  
al mozo audaz agradece  
el bote con que ha tendido  
á un favorito insolente;  
porque el pueblo de Castilla  
siempre ha querido á sus reyes,  
pero siempre ha detestado  
á los que su alma pervierten.

Castilla, desde los tiempos  
de sus condes y sus jueces,  
aborreció á los validos  
que no valen lo que obtienen.  
Hé aquí porqué por Rodrigo  
Burgos todo está impaciente,  
y cinco meses de ausencia  
cinco siglos le parecen.  
La verdad es que estos cinco  
no es extraño que le pesen,  
por las desventuras nuevas  
en que al transcurrir le envuelven.

El rey Fernando, de genio  
atrevido y diligente,  
con pactos y con victorias  
se habia hecho grande y fuerte;  
y recibiendo homenaje  
y párias de árabes jeques  
y de príncipes cristianos  
que se titulaban reyes,  
habia tomado, al estilo  
de Alemania y del Oriente,  
título de Emperador:  
lo que á la Alemania ofende.  
Como cuando en varias marcas  
partida y de Europa jefe  
Cárlo-Magno, le fué alguna  
en España dependiente,  
el emperador Enrique  
hoy presuntuoso, pretende  
que el nombre de emperador  
el rey D. Fernando deje,  
y Castilla tributaria  
de Alemania se confiese:  
lo que rebaja á Castilla  
que es altiva y serlo debe.

De tal pretension reirse  
pudiera bien si no fuese  
porque el Papa en el asunto  
por el aleman se mete.  
Es aleman el Pontífice;  
por donde naturalmente  
del emperador Enrique  
la demanda favorece.

De Florencia en un concilio  
se acordó que incontinenti  
se enviara un nuncio á Fernando  
que á lo tal le compeliase;

que pusiera en entredicho  
sus reinos, si resistiere,  
excomulgando á sus pueblos  
como á salvajes y herejes.  
Achaque ha sido en política  
á la de Roma inherente,  
sacar á Dios en demanda  
de mundanos intereses.  
Siempre ha sido nuestro pueblo  
castellano, buen creyente,  
buen católico romano  
y hasta fanático á veces;  
pero nunca se ha avenido  
con que vengan á imponerle  
cadena de servidumbre  
que á extranjeros le sujete.  
Llegó el enviado apostólico  
á Burgos: muy reverente  
le recibió el Rey, y el Nuncio  
le mostró mucho copete.  
Temblaron los timoratos,  
se ofendieron los prudentes,  
indignáronse los nobles:  
y en la cuestion ingiriéndose  
los inquietos y los díscolos,  
dieron cara los valientes  
y empezó á arremolinarse  
en pró y en contra la plebe.

El Rey que, entre su creencia  
y su dignidad, se siente  
entre la espada y el muro,  
juntar las Córtes, resuelve.  
Insta el Nuncio: el Rey insiste  
en que por sí obrar no puede  
sin las Córtes, que en Castilla  
son no más las que hacen leyes;



y el Rey y el Nuncio tomando  
los dias conforme vienen,  
van haciéndose uno á otro  
apechar con su corriente.

Las Córtes están ya juntas;  
con ceremonia solemne  
las abrió el rey D. Fernando  
el último de setiembre.  
El Nuncio ha exhibido ante ellas  
las credenciales, los breves,  
y las letras que acreditan  
por el Papa sus poderes.  
Los juristas y los teólogos  
les han dado muchas veces  
muchas vueltas y revueltas,  
una falta por cogerles:  
mas no es hombre el italiano  
que entre las redes se enrede  
sin estar ántes seguro  
de poder romper las redes;  
y por más que entre argumentos  
le vuelven y le revuelven,  
él nada siempre á flor de agua  
y vence si no convence.  
Los prelados y los próceres,  
discusion abierta tienen,  
y los hidalgos y el pueblo  
dan sobre ella pareceres.  
Unos, temiendo al Pontífice,  
que les excomulgue temen;  
otros no temiendo á nadie  
que les subyugue no quieren.  
Unos dicen que á la Iglesia  
debe todo posponerse;  
otros dicen que la honra  
ni la libertad, no deben.

Los unos dicen que el Nuncio  
á arreglarlo todo viene:  
los otros dicen que vino  
en casa ajena á meterse,  
y que en vez de meter órden  
cizaña en Castilla mete;  
que bien San Pedro está en Roma,  
que allá es mejor que le dejen;  
y en fin, que el juego va á oros,  
mas que como á espadas se eche,  
entre San Pedro y Santiago  
aquellas están por éste.

Los árabes que son lince  
y que ven que se entretienen  
los infanzones de espada  
en argucias de arciprestes,  
asieron de sus gumías,  
y á lomos de sus corceles  
entraron por la Rioja  
merodeando impunemente.  
Aprieta el Rey á las Córtes  
para que pronto decreten;  
y apretado por el Papa  
deja que el moro le apriete.  
El Nuncio en nombre de Dios  
á más cada vez se atreve,  
y segun él crece en brios  
del Rey el aprieto crece.  
Si el Nuncio el nombre de Dios  
por escudo no trajese,  
ya el Rey le hubiera arrojado  
por un balcon bravamente;  
mas el Rey, que echara á Enrique  
á la faz su guantelete,  
la sobrepelliz del Nuncio  
á arrugar no se resuelve;

y así los moros avanzan,  
y los pueblos se revuelven  
y las Córtes deliberan  
y el tiempo y la honra se pierden.



Hé aquí cómo están pasando,  
mientras Rodrigo está ausente,  
los cinco meses que á todos  
cinco siglos les parecen.

Y esos cinco meses há  
que en su castillo Jimena  
anda á vueltas con su pena,  
y vueltas á su amor da.

Todos los dias previene  
que á su vuelta estén atentos,  
y todos sus pensamientos  
están puestos en si viene.

Palabra le ha dado el Rey,  
de hacer justicia en su amante,  
y está espiando el instante  
para echar sobre él la ley.

Hasta obtener su castigo  
ni reposa, ni sosiega.

¡Ay! y como nunca llega  
no piensa más que en Rodrigo.

¿Mas quién sonda los arcanos  
del humano corazón,  
si enigmas vivientes son  
los corazones humanos?

Siente aquel pasión extraña  
por lo de que el sér ignora:  
créese éste que odia lo que adora,  
y éste como aquel se engaña.

Jimena á Rodrigo amó;  
pero ¿habrá quien pueda amar  
á quien fué impío á matar  
al padre que le engendró?

Y al suyo mató Rodrigo!  
Comprende muy bien Jimena,  
que en lid y por causa buena,  
de afrenta atroz en castigo:

con razón le mató aquel;  
cruel fué, vive Dios, la afrenta;  
¿mas por tener ésta en cuenta  
es su pena ménos cruel?

Dos hombres no más tenía  
en el mundo á quien amar:  
y á los dos el de Vivar  
se los mató el mismo día.

Si al uno matara Dios,  
el otro al fin la quedara;  
mas ¿cómo volver la cara  
al que queda de los dos?

De la vida en el camino  
tiene de hoy más que ir perdida,  
mirando cómo se olvida  
del muerto y de su asesino;

lo qué imposible va á ser,  
porque en pró del matador  
aboga en su alma el amor  
y en pró del muerto el deber.

Cuando de ella el Rey exija  
poniéndosele delante  
del matador y el amante  
que uno de los dos elija,

ya absuelva á Rodrigo el Rey,  
ya le condene á morir,  
á ella siempre la ha de herir  
en su honra ó su amor la ley:

y sin saber qué resuelva,  
de dudas en un abismo,  
pide á Dios á un tiempo mismo  
que vuelva pronto y no vuelva.

Él con razon le mató  
del fuero de la honra á juicio;  
mas aunque falle propicio  
por él el mundo, ella nó:

y en cuanto vuelva ha de ir  
á cumplir con su deber,  
y el Rey justicia ha de hacer,  
y el que mató ha de morir.

Mas luego que muera él  
y ella sin ambos se quede  
sola en el mundo, ¿ser puede  
su soledad ménos cruel?

Así cinco meses há  
que en su castillo Jimena,  
anda á vueltas con su pena  
y vueltas á su amor da.

Mas ¿quién sonda los arcanos  
del humano corazon,  
si enigmas vivientes son  
los corazones humanos?

Los de don Diego y Jimena  
cinco meses há que á Dios  
se encomiendan, y los dos  
por causa igual é igual pena.

Al Rey cinco meses há  
que el buen Laínez no vió:  
porque por su hijo abogó  
tal vez ofendido está.

Mas poco á don Diego importa  
que el Rey le mire ó nó amigo;  
no teniendo ya á Rodrigo,  
¿su favor qué le reporta?

Por su hijo iba él á la corte;  
si á su hijo no ha de servir,  
el ir á ella ó no ir  
no alcanza lo que le importe.

A veces su situacion  
sonda empero su buen juicio,  
y de su hijo el sacrificio  
le echa en cara su razon.

Con su padre por cumplir  
él al conde fué á matar  
y por ello fué á buscar  
campo bueno en que morir.

Contra su honra se levanta  
su conciencia y le remuerde;  
si por ella á su hijo pierde  
con vengarse ¿qué adelanta?

Él cumplió su obligacion,  
pero al cumplirla le dijo:  
«No exijais á vuestro hijo  
»que no tenga corazon.»

Y si en el de una mujer  
cifró su hijo su esperanza,  
sólo logró su venganza,  
cuatro víctimas hacer:

el á quien su hijo mató,  
su hija que infeliz ser debe,  
él que ha de morir en breve  
y el hijo á quien él perdió.

¿Pero si Dios á Vivar  
triunfante á Rodrigo trae?  
No, que en manos del Rey cae  
que á Jimena ha de vengar.

Y él tal vez de su pasion  
con el poder obtuviera  
nó venganza más entera,  
mas mejor satisfaccion.

Sin saber lo que resuelva  
de dudas en tal abismo  
pide á Dios á un tiempo mismo  
que vuelva su hijo y no vuelva.

Y así cinco meses há  
que oculto en Vivar don Diego  
dando vueltas sin sosiego  
á su pensamiento está.

---

Era la mañana fria  
del primer dia de octubre,  
en que por azar no encubre  
el sol con nieblas al dia.

Dias de los que es extraño,  
en el cielo burgalés  
que se alcancen dos ó tres  
á ver en tal mes del año.

Estaba en su camarín  
Diego Laínez rezando,



á Cristo Dios demandando  
que ponga á su angustia fin;  
cuando paró ante el postigo  
de su casa un mensajero,  
que jinete en un overo  
trae noticias de Rodrigo.

Alborotóse el lugar  
al que llega al conocer,  
y más por él al saber  
que vuelven los de Vivar.

Corrió el pueblo la noticia,  
y alzó en él tal alboroto,  
que por algun terremoto  
parece que se desquicia;

y cuando abrió sus ventanas,  
por ver qué pasa, don Diego,  
ya á gloria, rebato y fuego  
repicaban las campanas.

Subió el mensajero á él  
y al verle el viejo le dijo  
con ansia: «¿Qué es de mi hijo?  
—Ahí viene ya, dijo aquel.

D. DIEGO ¡Viene!

MENSAJERO Cerca.

D. DIEGO ¡Dios divino!  
y ¿cómo?

MENSAJERO ¡Con más honor  
que el rey más grande, señor!  
Leed ese pergamino.»

Tomó don Diego temblando  
la carta que aquel traía,  
y esto leyó, de alegría  
trémulo el viejo y llorando:

«Padre y señor: me he metido  
»á morir en el combate;

»mas no hallando quien me mate,  
»he matado y he vencido.  
    »Como peleo por Dios,  
»creo que es Dios quien me escuda  
»y á llevar siempre me ayuda  
»de mí la victoria en pós.  
    »Cinco reyes cautivé,  
»que por ley son mis vasallos;  
»voy al Rey á presentallos,  
»pues lo que al Rey debo sé.  
    »Idme á Burgos á encontrar;  
»y si mal con el Rey caigo,  
»los cinco reyes que traigo  
»la mano os han de besar.  
    »Principio á mis hechos dí:  
»si el Rey no me los abona,  
»hombre soy de hallar corona  
»con que coronarte á tí.»

Besó con llanto de gozo  
los signos por su hijo escritos,  
y el pueblo á su puerta á gritos  
daba vítores al mozo.

Salió el buen viejo al balcon  
con el escrito en la mano,  
y dijo queriendo en vano  
ser dueño de su emocion:

«Cinco reyes cautivar  
»ha sabido con sus brios  
»y al Rey los va á presentar.  
»¡A Burgos, pues, hijos míos,  
»á Burgos todo Vivar!»

Y á Burgos van, arrastrando  
todos los pueblos en pós  
y á Rodrigo victoreando...  
y ahora, que tino en Fernando  
y en Jimena ponga Dios!



## II

Sus córtés el rey Fernando  
está en Burgos presidiendo,  
escuchando de hombres doctos  
el parecer y consejos:  
mas andan sabios y teólogos  
en pareceres opuestos,  
los unos en pró del papa,  
los otros en pró del reino.  
Todos su opinion sostienen  
con lógicos argumentos  
en pró y en contra, y el caso  
no queda jamás resuelto.  
A las razones de un sabio  
tal vez vacila un momento  
la opinion de la asamblea  
pronta á ceder á su peso;

mas una réplica pronta  
ó un buen silogismo adverso  
á sus razones, destruye  
de su discurso el efecto;  
con que las córtes de Burgos  
parecen un mar revuelto  
cuyas ondas traen y llevan  
los alborotados vientos.

Y en asambleas de muchos  
así ha sido en todo tiempo;  
hay para todo razones,  
mas para nada hay acuerdo:  
todos dicen buenas cosas,  
mas nadie hace nada bueno;  
se exponen todos los males,  
mas nadie ofrece un remedio.  
Yo estoy siempre por los pocos;  
y de pocos, por los ménos;  
las grandes cosas del mundo  
uno siempre las ha hecho.  
Los muchos meten gran ruido,  
producen gran movimiento;  
mas son como aquellos montes  
que sólo un raton parieron.  
Así las córtes de Burgos  
están en este momento  
de aquel parto de los montes  
la reproduccion haciendo.  
Perdido el hilo del caso,  
perdido al rey el respeto,  
todos gritan sus razones  
y aullan sus argumentos;  
pocos en favor del rey,  
muchos del papa con miedo  
están á dar ya muy próximos  
con la razon en el suelo.

Y estaba ya el rey Fernando  
con el capirote puesto,  
á poner fin de sus córtés  
á la discusion resuelto,  
cuando del salon las voces  
ahogó y dominó el estruendo  
con que hizo temblar sus bóvedas  
la voz gigante del pueblo.  
Quedáronse amedrentados  
los próceres en silencio  
ante aquella tumultuaria  
gritería de plebeyos,  
y el buen rey, que de paciencia  
no ha sido nunca modelo,  
abrió el balcon y arrojóse  
sobre el barandal de pechos.  
Para desfogar en álguien  
la ira que amasar le hicieron  
los próceres en sus córtés,  
buscaba acaso pretexto:  
de modo que al asomarse  
cejijunto y zahareño,  
amenazas engendrando  
y castigos prometiando,  
se asemejaba á un nublado  
pronto á lanzar de su seno  
detrás del primer relámpago  
todo un turbion ó un incendio.  
Mas su ira cambió en asombro,  
tornó en sonrisa su ceño  
y su enojo en alegría  
lo que al balcon vió saliendo.

Diego Laínez, jinete  
en su corcel, como él viejo,  
pero como él todavía,  
de jóven con brio y genio,

del palacio hácia la puerta  
caminaba á paso lento  
con altivo continente  
y semblante satisfecho.  
Su hijo en pos de él, en caballo  
encubertado de hierro,  
manchado de polvo y sangre  
desde el acicate al yelmo,  
avanzaba por la plaza  
tras su caballo trayendo  
vencidos y encadenados  
cinco reyes prisioneros.

Cinco jeques musulmanes  
que en Castilla se metieron  
y con quienes dió Ruy Diaz  
en mal hora para ellos.  
Cuatro mil cautivos moros  
cogidos en el encuentro  
les seguian desbarbados  
por ignominia ó por duelo.  
Tras vencedor y vencidos,  
los soldados vivareños  
les custodiaban cercados  
y seguidos por el pueblo;  
y el són de los atabales  
y de las trompas los ecos  
juntos con la voz de todos  
formaban aquel estruendo  
que á través del polvo alzado  
por el gentío revuelto  
llegaba hasta el rey, rasgando  
y haciendo olas en el viento.  
Mas segun iban entrando  
por la plaza y al rey viendo  
puesto en el balcon, las turbas  
iban quedando en silencio.

Cuando en medio de él, debajo  
del balcon llegó don Diego,  
dijo al rey, birrete en mano,  
sin temor, mas con respeto:

«Señor rey, hé aquí á mi hijo;  
no he podido hasta que ha vuelto  
ponerle la mano encima;  
mas en las vuestras le entrego.

»Tiempo há que me le pedísteis  
y aquí señor os lo dejo;  
pero mirad que es ya un hombre;  
y catad, rey, que os prevengo  
que es cachorro de leones,  
y aunque en Vivar de conejos  
nació, trae garras y dientes:  
conque andad con él con tiento.»

«Laínez, respondió el rey,  
con ese leon tan fiero  
meteos acá, y vereis  
cómo le abrazo sin miedo.»

Quitóse el rey del balcon,  
rompió en aplausos el pueblo,  
y desmontando hijo y padre  
en palacio se metieron.

### III

Pero á una seña del mozo,  
en el alcázar del rey  
los cinco reyes cautivos  
metió su guardia tambien;  
y una seña hecha ante muchos  
y que muchos pueden ver,  
ser por muchos puede á veces,  
interpretada á través;  
y como dice un refran  
ciertísimo á mi entender,



suele tomarse la mano  
aquel á quien se da pié;  
y como en Castilla poco  
va de gentío á tropel,  
y como entrarse en palacio  
vieron muchos á ocho ó diez,  
creyéndose autorizados  
para lo mismo otros cien,  
cien vivareños primero  
y mil de Burgos despues  
y todos cuantos cupieron  
se metieron á su vez:  
lo cual suele siempre en juntas  
populares suceder.

Los reyes, los triunfadores  
y los célebres se ven  
en sus triunfos y ovaciones  
en un caso como aquel.  
Espinas son de la gloria,  
sinsabores del placer  
y hiel de la miel del mundo,  
do nada completo es.

Ruy Diaz puso á la gente  
fosca faz; mas tarde fué,  
pues fué ya la galería  
superior á trasponer,  
cuando del salon franqueaba  
ya un rey de armas el cancel  
y salia á recibirles  
á la galería el rey.

Don Diego y su hijo intentaron  
afinojarse á sus piés;  
mas él recibió afectuoso  
en sus brazos al doncel.  
Desde escaleras y patios  
y pórticos pudo ver

el honor que el rey le hacia  
 todo el pueblo burgalés:  
 y el pueblo, que ya le adora  
 porque en él su héroe ve,  
 rompió en vítores que hicieron  
 el palacio estremecer.  
 El rey, que ve de muy léjos  
 y su porvenir prevé,  
 vió que con él ante el pueblo  
 ganaba siendo cortés;  
 y así en voz alta trabó  
 la conversacion con él,  
 para que el pueblo de su honra  
 parte alcanzara á tener.

- 
- EL REY Bienvenido seais, Ruy Diaz;  
 ¿qué es lo que ahí me traeis?
- RODRIGO Cinco reyes tributarios  
 por un conde que os maté.
- EL REY Cinco por uno, Ruy Diaz,  
 es grande usura; que os den  
 su tributo á vos, que vos  
 sois quien preso les habeis.
- RODRIGO Yo les apresé por vos:  
 mas si vos no les quereis,  
 darán párias á mi padre  
 y honraré así su vejez.
- EL REY De buen hijo y buen vasallo  
 buenas prendas ofreceis.  
 Buena es la presa y es vuestra;  
 yo os hago de ella merced.
- RODRIGO Me servirá su tributo  
 al campo para volver.
- EL REY ¿No descansareis en Burgos?
- RODRIGO No me encuentro en Burgos bien.

EL REY ¿Pues en Burgos qué os enoja,  
Ruy?

RODRIGO No me lo preguntéis.

EL REY Yo despejaros de enojos  
á Burgos puedo tal vez.

RODRIGO Yo no puedo en parte alguna  
estarme quieto.

EL REY ¿Por qué?

RODRIGO La inquietud de mi alma corre  
por mis manos y mis piés.  
Yo nací para campear,  
dejadme al campo volver.

EL REY Entrad ántes en mis córtes  
y consejo me dareis.

RODRIGO Soy mozo aún para dáosle.

EL REY Yo soy ya viejo, y hacer  
no he sabido á sesenta años  
lo que vos á veintitres,  
con que entrad: que los que saben  
obrar tan pronto y tan bien,  
pueden tener voto en córtes  
y dar un buen parecer.

Al viejo y al mozo, afable  
tomó las manos el rey,  
y entró en el salon, guardando  
un rey de armas el cancel.  
Y quedó la muchedumbre  
fuera esperando hasta ver  
la salida que tendria  
esta entrada de los tres.

## IV

El rey Fernando en su trono,  
los próceres en su asiento,  
al diestro bando Laínez  
y Ruy Diaz al siniestro,

dijo á éste el rey, en dos frases  
la situacion exponiendo:

EL REY El emperador y el papa  
nos piden párias: ¿qué hacemos?

RODRIGO Negarlas, dijo Ruy Diaz:  
ganaron nuestros abuelos  
nuestra tierra con sus lanzas  
y á nadie párias debemos.

EL REY El papa, dicen los teólogos,  
que es señor del Universo.

RODRIGO De las almas que le pueblan;  
pero nó de los terrenos.

EL REY Alega el emperador  
que las cobró en otro tiempo.

RODRIGO Los que en aquel las pagaron  
con aquel tiempo se fueron.

El emperador y el papa  
son en Castilla extranjeros,  
y sólo el rey de Castilla  
cobra en Castilla derechos.

Así es como desde niño  
lo oí decir á los viejos;  
y así el pueblo lo comprende,  
y así es como yo lo entiendo.

Dijo el mozo: y no hecho aún  
tánto á hablar de un solo aliento,  
ni á hablar en foros, ni estrados,  
ni á dar su voto en congresos,  
sintió que el rostro de pálido  
se le tornaba bermejo,  
y ante los ojos de tantos  
bajó los suyos modesto.  
Sonrió el rey, y notándolo  
los nobles y caballeros,  
dieron muestra de adhesion  
á la opinion del mancebo.

Mas los doctos, los legistas,  
los letrados y los clérigos,  
á las palabras del mozo  
de sus casillas salieron.  
Tomaron aquel rubor  
propio de su edad por miedo,  
y creyeron que era caso  
de apretar los argumentos:  
pensaron que las protestas  
y la autoridad del clero,  
la voz de los ergotistas  
y la fuerza de los ergos,  
el alma intimidarian  
de Ruy Diaz, bajo el peso  
de la cólera de Roma,  
su excomunion prediciendo.  
Creyeron fácil, en fin,  
ahogar aquel rapazuelo,  
que osaba abogar en contra  
del papado y del imperio.  
Y como entónces y ahora  
y siempre el saber y el fuero  
de plumas, borlas y togas  
contra las espadas fueron;  
porque la cuestion del mundo  
es ser en él los primeros,  
quedar encima, mandar,  
y estar en el mejor puesto,  
toda la gente de pluma,  
borla, toga y solideo  
se fué encima de Ruy Diaz  
por mozo, soldado y lego.  
Pero el unánime instinto  
que impulsó contra él á estos,  
les desordenó el ataque  
falto de plan y de acuerdo.

Lo primero, lo preciso,  
lo perentorio para ellos  
era atajar su influencia,  
protestar de sus asertos;  
impedir que la nobleza,  
la gente de armas, consenso  
dando á su opinion, hicieran  
á la suya contrapeso;  
y en repentino desórden,  
diez, veinte, cincuenta, ciento  
reclamaron, protestaron  
é interpelaron frenéticos;  
no dudando al ser traidores  
á su patria ¡crímen negro!  
de él en poner..... ¡mal pecado!  
por encubridor al cielo.  
El rey, á quien importaba  
no poner á nadie freno,  
para ver con quién podia  
contar en un caso extremo,  
calló y dejó que el desórden  
fuera tomando incremento,  
hasta que el hilo saltara  
y asiera él los cabos sueltos.  
La discusion fué á contienda  
rápidamente subiendo,  
y de contienda á tumulto:  
mas Ruy Diaz, tampoco hecho  
á aguantar tales desmanes  
ni á escuchar tales denuestos,  
comenzó á entoldar los ojos  
debajo del entrecejo;  
y miéntras él comprendia  
que era un desacato aquello  
contra el rey, contra la patria  
y contra Dios, acreciendo

se iba el tumulto, y llovian  
epítetos y dicterios,  
prövocaciones, injurias  
y votos y juramentos.  
Cobardes llaman á unos,  
á otros herejes; á estos  
llaman malos castellanos,  
malos cristianos á aquellos:  
y perdido al fin el tino,  
perdido al rey el respeto,  
cruzaron el aire guantes,  
birretes y solideos.

Y estaba ya el rey cansado,  
con el capirote puesto,  
á cortar aquellas córtés  
de tan mal corte resuelto,  
cuando dominó el tumulto  
estallando como un trueno  
un «¡Silencio!» de Ruy Diaz  
que del salon saltó al medio.  
Al trueno de aquella voz,  
al contacto de los hierros  
de que estaba armado, solo  
le dejaron en el centro.  
Estaba el mozo anheloso,  
por la vista echando fuego,  
y temblándole de cólera  
la barba bajo del yelmo:  
y avergonzados y absortos  
contemplábanle de léjos  
todos, cuando el rey le dijo  
mirándole satisfecho:

«Hablad, Ruy Diaz, hablad;  
porque ¡vive Dios! que creo  
que en esta junta de locos  
sois vos el único cuerdo.»



Ruy Diaz con voz sobrada  
para oirse en campo abierto,  
dijo entre airado y confuso  
su situacion comprendiendo:

«Perdonadme, rey Fernando,  
si os he faltado al respeto:  
mas al ver tamaña mengua  
de mí mismo no fuí dueño.

»¡Tántas barbas ya sin yugo,  
tántas testas ya sin pelo,  
contra un mozo á quien apénas  
las barbas están saliendo!

¿Y por qué? porque su patria  
dar no quiere á yugo ajeno,  
ni que se humille ó se venda  
por supersticion ó miedo.

Hombre de guerra, del arte  
de hilvanar frases no entiendo;  
mas sin miedo á nadie, digo  
la verdad como la siento.

»Rey, si ha de ser tributario  
reinando vos este reino,  
grande infamia vais á echar  
sobre vuestro honor por ello.

Tomarnos han las naciones  
por una raza de siervos,  
y pondrán á nuestros hijos  
los collares de sus perros.

Rey, no ven por vuestra honra  
ni el pró ven de vuestros pueblos,  
los que por miedo ó por oro  
os aconsejan hacerlo;

y por mí, si á rey ni á papa  
os bajais á pagar pechos,  
me extraño de vuestras tierras  
y mi vasallaje os niego.

Cristiano soy: ¡sí, por Cristo!  
de lidiar por Cristo vengo;  
pero no son mis señores  
San Enrique ni San Pedro;  
y ántes de que mi cabeza  
doble yo á un yugo extranjero,  
yo mismo, si no hay quien lo haga,  
me la cortaré del cuello.  
Seamos buenos cristianos,  
pero no nos deshonremos:  
y estése San Pedro en Roma,  
dejando á Santiago quieto.  
Enviad al papa doctores  
que le apéen de su yerro,  
y al emperador conmigo  
enviad diez mil caballeros;  
y si al papa no convencen  
y al emperador no venzo,  
yo prefiero, á ser esclavo  
de uno ni de otro, ser muerto.  
Los que digan que Castilla  
debe á nadie pagar pechos,  
son villanos y traidores,  
y á lid sin merced les reto.  
Señor rey: mi fe, mi espada  
y mi corazon son vuestros:  
yo os sostendré por Castilla  
contra todo el universo.»

Dijo Ruy Diaz: pasmados  
los próceres un momento,  
quedaron entre el temor  
y el entusiasmo suspensos.  
Al fin al viejo Laínez  
las lágrimas le rompieron,  
y el rey de Rodrigo Diaz  
echó los brazos al cuello,

Lloró el buen rey de alegría  
 á Ruy abrazado teniendo,  
 y no quedó un diputado  
 que no aplaudiera frenético.



Un valiente á veces hace  
 leones de los corderos,  
 y una gran fe caminar  
 delante de ella los muertos.  
 Infundió á todos la suya  
 Ruy Diaz, ó con el riesgo  
 de aparecer por traidores  
 apechugar no quisieron:  
 quedó, pues, por voto unánime  
 no pagar párias resuelto,  
 y enviar un mensaje al papa  
 y al emperador un reto.  
 Con lo cual el rey Fernando  
 dió por cerrado el congreso,  
 y tornó á la galería  
 con Ruy Diaz y don Diego.

## V

Y mientras el rey tenia  
sus córtés en el salon,  
plaza, patio y galería,  
Burgos atestado habia  
con toda su poblacion;

y aunque como gente buena  
serenamente aguardaba,  
la multitud más serena  
es como la mar, que suena  
siempre, ya mansa, ya brava.

El movimiento y rumor  
de aquel oleaje humano,  
fué atrayendo al corredor  
á todo sér morador  
del alcázar castellano.

Y uno tras otro saliendo  
fueron á la galería  
los infantes, ver queriendo  
quién y por qué tal estruendo  
en el alcázar movia.

Don Sancho, allí al encontrar  
moros atados y esquivos,  
la causa se hizo explicar  
de aquel flujo popular  
y ser tántos los cautivos.

No bien llegó á comprender  
ser presa del de Vivar,  
sin poderse contener  
dejó á la cara el placer  
del corazon rebosar;

y á las infantas llevando  
y á sus hermanos con él,  
pasó, la presa admirando,  
por entre el vencido bando  
de los hijos de Ismael.

Y al moro que superior  
juzgó entre el bando enemigo  
preguntó: «¿Quién tu señor?»  
y sin miedo y sin rencor  
dijo aquel: «Sidi Rodrigo.»

En esto á la galería  
saliendo el rey don Fernando,  
su buen pueblo de alegría  
levantó tal gritería,  
que hizo comba el aire blando.

Entre el buen viejo don Diego  
y su hijo el ilustre mozo,  
muestra el rey muy gran sosiego:  
mas puede ver el más ciego  
cuán lleno está de alborozo.

Tras de la abierta mampara  
sacaron al corredor  
los diputados la cara;  
cuidando que no mostrara  
la ira ó la envidia interior.

La mano al padre á besar  
fueron las infantas niñas  
la muchedumbre al cruzar,  
recogiéndose al andar  
las haldas de las basquiñas:  
y al rey, imágen de Dios,  
fueron á hacer pleitesía  
de sus hermanas en pos,  
Sancho y Alfonso, á García  
conduciendo entre los dos.

Miéntras los más principales  
lo mismo hacian despues  
de los príncipes reales,  
atento á homenajes tales  
calló el pueblo burgalés.

Cumplido el ceremonial  
y cuando en torno reinó  
un silencio general,  
á Rodrigo en guisa tal  
el rey don Fernando habló:

«De esos moros disponed;  
presa de vuestro valor,  
yo os hago de ellos merced;  
y pues sois capaz, traed  
lo mismo al emperador.»

Ruy Diaz, bajo la fe  
de la real palabra, fué  
donde los moros están  
con resignado ademan  
su suerte esperando en pié,

y díjoles: «Dar jurad  
párias á mi rey, y os doy  
mañana la libertad:  
mi madre en Vivar por hoy  
os dará hospitalidad.»

El rey, ó xeke, ó walí  
á quien Ruy se dirigió,  
así lo dicho por Ruy  
en árabe marroquí  
á los suyos explicó:

«Libres nos deja tornar  
si á su rey como señor  
tributo juramos dar:  
á quien nos puede matar  
rendir párias es mejor.»

Apénas esto escucharon  
los moros de su adalid,  
de bruces se prosternaron  
ante Rodrigo, y gritaron  
muchas veces: *¡ia, sid!*

El rey, que no la entendia,  
preguntaba en rededor  
qué era aquella algarabía;  
y el buen Ruy le respondia:  
«Señor, me llaman *señor*.»

Tomó el rey entrambas manos  
á Ruy; y mirándole fijo,  
con modales soberanos  
ante pueblo y cortesanos  
de esta manera le dijo:

«Que hubiese fuera mancilla  
dos señores de Castilla:  
pero sin par tú en la lid,  
nadie tendrá á maravilla  
que tenga un señor y un Cid.

»Cid desde hoy te han de llamar;  
y pues tiene ese valor,  
señoría te han de dar  
los de Cristo y los de Agar  
áun ante el rey tu señor.»

Los moros que esto entendieron  
á sus *jia, sid!* volvieron:  
«¡Salve al Cid!» dijo Fernando:  
y «¡salve al Cid!» repitieron  
todos, al Cid saludando.

Y el pueblo, que comprendió  
lo que en la alta galería  
pasando estaba, rompió  
en inmensa gritería  
y frenético aplaudió.

Y no desbordó torrente,  
ni catarata ó volcan  
reventaron de repente  
con ruido tan estridente  
en mitad de un huracan:



ni rugió mar en tormenta,  
cuando del fondo en que asienta  
levanta con iras locas  
montes de agua, que en las rocas  
estrepitoso revienta;

como estalló el grande estruendo  
del aplauso popular,  
el palacio estremeciendo,  
su noble apodo poniendo  
á Ruy Diaz de Vivar.

## VI

Saboreaba éste anhelante  
de la gloria el gran placer,  
brisa fugaz de un instante,  
que suele en su aura embriagante  
un soplo letal traer:

y entre el buen viejo don Diego  
y su hijo el ilustre mozo,  
mostraba el rey gran sosiego,  
por más que pudiera un ciego  
ver de su alma el alborozo;

cuando rompiendo la gente  
ante sus pasos abierta,  
una enlutada doliente  
se presentó de repente  
del alcázar á la puerta.

Jimena Gomez, vestida  
de negros paños de duelo,  
avanzó descolorida  
arrastrando, mal ceñida,  
manto y haldas por el suelo.

Aunque entre ella no podria  
hallar sitio un alfiler,  
la muchedumbre se abria  
y ante los pasos le hacia  
de la doliente mujer.

Frunció el rey el entrecejo:  
tembló de ira el padre viejo:  
Ruy Diaz palideció;  
y el pueblo en silencio oró  
del rey por el buen consejo.

La triste doncella en tanto  
como una vision fatal,  
los ojos nublos en llanto,  
mal tocada y suelto el manto,  
llegó á la presencia real:

y así con solemne acento  
dijo al rey falta de accion,  
cual sombra sin movimiento  
que arranca á su monumento  
diabólica evocacion:

«Huérfana y á amparo vuestro,  
hoy vuelvo á que me ampareis,  
ó contra vuestra justicia  
yo de Dios me ampararé.  
Ruy Diaz mató á mi padre:  
vos de castigarle en vez  
le tratais en vuestra casa  
como si fuera otro rey.  
Señor, si esta es la justicia  
que á los huérfanos haceis,  
yo, huérfana, ántes de irme  
en un convento á meter,  
delante de vuestro pueblo  
por más que os pese os diré:  
que rey que no hace justicia,  
no merece á mi entender  
ni cabalgar en caballo,  
ni ceñir cruzado arnés,  
ni llevar espada al cinto,  
ni calzar espuela al pié,

ni tener hijos legítimos,  
 ni tener esposa fiel,  
 ni tener vasallos buenos,  
 ni tierra en que nazca miés,  
 ni morir en paz en cama,  
 ni absolucion tener,  
 ni encontrar despues de muerto  
 quien sepultura le dé.»

«¡Por Cristo! exclamó don Sancho  
 sin poderse contener,  
 ¡catad que hablais con mi padre  
 y que estoy yo aquí con él!»  
 «¡Sancho!...» dijo el rey: mas Sancho  
 rota la valla una vez  
 del respeto al rey debido,  
 siguió interrumpiendo al rey:

«Ruy Diaz mató á su padre,  
 y aunque era altanero y cruel,  
 por ser hija suya ella  
 no la digo que hizo bien;  
 mas ya que la ley invoca,  
 que se sujete á la ley.  
 La ley dice: «el que á hembra deje  
 »en orfandad ó viudez,  
 »su esclavo sea, ó marido  
 »si puede casar con él.»  
 De hacer su esclavo á Ruy Diaz  
 no hay modo, siendo quién es;  
 con que echar por el atajo,  
 y á todos nos irá bien,  
 y aunque cien hembras no valen  
 un Cid, casarles y amén.»

Rudo discurso, mas propio  
 de un noble del tiempo aquel,  
 tal exabrupto hizo á un tiempo  
 á Diaz estremecer,

palidecer á Jimena,  
dar á don Diego un traspies,  
y asombrarse á todos: pero  
sacó de un apuro al rey.  
Soñaba él ya con tal boda;  
pero debia á su ver  
entre la boda y la muerte  
dejar más tiempo correr.  
La impetuosidad de Sancho  
rompió del agua el nivel:  
y el rey, diestro nadador,  
corriente abajo se fué.  
Adelantóse á Jimena  
y así la dijo cortés:  
«Perdona á Sancho: y airada  
conmigo ántes de romper,  
vamos á elegir á solas  
lo que mejor nos esté.  
Dáme el brazo, y de mis hijas  
á los aposentos ven.»  
No pudo excusar Jimena  
tal invitacion: y el rey  
á la corte despidiendo  
de su cámara al dintel,  
afable dijo á Ruy Diaz:  
«Recibe mi parabien;  
á Vivar con tus cautivos  
á ajustar tus cuentas vé;  
abraza á tu madre, y prontas  
tu hueste y tus armas ten  
para ir..... donde quiera Dios  
que quien manda á todos es.»

---

## VII

Llevó Ruy á Vivar sus moros:  
todo el pueblo burgalés  
le acompañó vitoreándole  
en clamoroso tropel.  
Su madre hospedó á los jeques;  
y llorando de placer  
besó á Ruy en las dos mejillas  
al echar á tierra pié.  
Los moros se convinieron  
á dejar en su poder  
dos de ellos, mientras el rescate  
juntaban los otros tres.  
Ruy Diaz con su palabra  
se contentó, y mandó hacer  
pandorgas y luminarias;  
y los moros á su vez  
hicieron sus torres de hombres,  
y sus saltos de través  
con gumías apuntadas  
en la garganta y la sien.  
Quedaron todos contentos  
los de España y los de Fez,  
y cuando todos partian,  
y los de Vivar á ver  
su marcha fuera del pueblo  
iban alegres tambien,  
en el umbral de su casa  
Rodrigo y don Diego en pié,  
este diálogo trabaron  
empezado por aquel.

- RODRIGO ¿Qué os parece de esto, padre?  
 D. DIEGO Lo que está de Dios no hay sér  
 que lo impida.
- RODRIGO ¿Y de la boda,  
 qué pensais?  
 D. DIEGO Que os casareis  
 si está de Dios.
- RODRIGO ¡Él me abone  
 en su corazon!  
 D. DIEGO Ten fe.
- RODRIGO ¡Cuando vea y reflexione  
 que yo á su padre maté!...
- D. DIEGO No te quite eso el sosiego.
- RODRIGO ¿Por qué no?  
 D. DIEGO Porque yo sé  
 que el amor, que es niño y ciego,  
 ni reflexiona ni ve.

## VIII

Enigmas vivientes son  
 los corazones humanos  
 y escudriñar sus arcanos  
 jamás podrá la razon.

Con que el rey, sin pretender  
 sus enigmas explicar,  
 mas sabiendo manejar  
 el genial de la mujer,  
 en una larga sesion  
 con Jimena y las infantas,  
 dió á aquella razones tántas  
 que la trajo á la razon.

Entre el amor y el deber  
 encastillada Jimena,  
 de su esperanza y su pena  
 no sabia á cuál ceder;

mas sobre su pena habia  
trascurrido el tiempo ya,  
y su esperanza quizá  
más con el tiempo crecia:

de modo que á la razon  
su corazon al ceder,  
no tuvo mucho que hacer  
el rey con su corazon.

Con su razon tardó más  
en avenirse; á mi ver  
más por mirar al deber  
y por no volverse atrás.

Pero el rey era hombre ducho:  
y tan bien lo manejó,  
que al fin Jimena creyó  
que hacer más seria mucho:

y entre el amor y el deber  
dejando que la convenza  
el rey, pudo sin vergüenza  
dejar al amor vencer.

Al fin en llanto rompió  
de las infantas en brazos,  
y entre ellos hecho pedazos  
el viejo deber quedó.

Con sus hijas aposento  
el rey la dió en su palacio,  
y al duelo sin dar espacio  
y dando al amor fomento,

á Ruy Diaz escribió:  
«Vén: que la ley te condena  
á casarte con Jimena:  
hombre dé quien le quitó.

»Con Valduerna y Belforado,  
con Cardeña y con Saldaña  
la doto, y serás de España  
el baron más hacendado.

»Y pues, cumplida la ley,  
á lidiar tendrás que ir,  
no tardes en acudir  
á la voluntad del rey.»

Llegó á Vivar tal mensaje:  
y como buenos vasallos  
aprontaron sus caballos  
padre é hijo para el viaje.

Dejando órdenes Rodrigo,  
para que á la lid se apreste  
miéntras él torna, su hueste,  
tomó á su madre consigo.

Sus dos hermanos, á quienes  
Rodrigo empequeñeció  
porque su valor le dió  
más favor, fortuna y bienes,

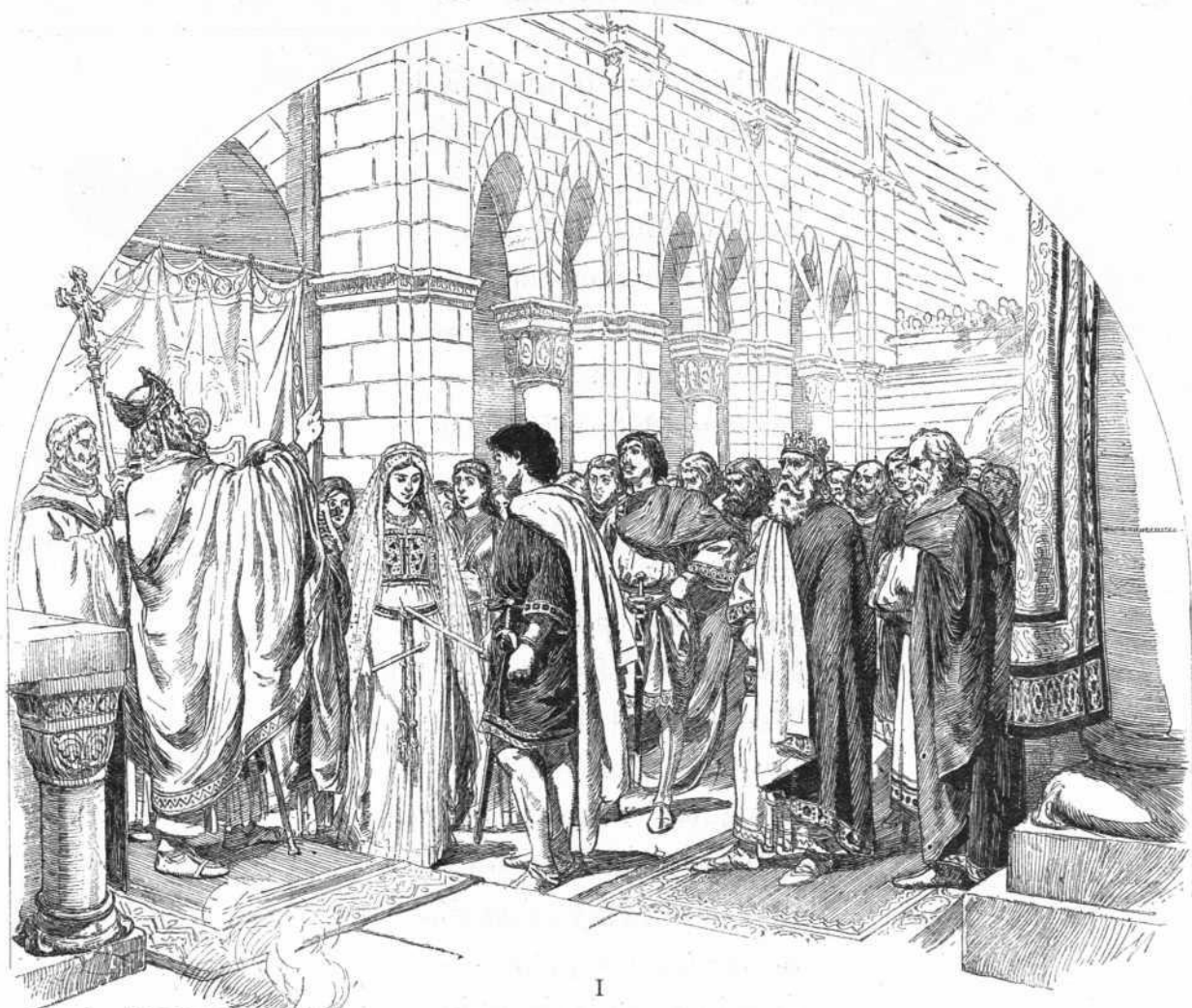
la acompañaban sin ceño  
de envidia vil y rastrera,  
de ver que en su casa era  
el mayor el más pequeño.

Seis acémilas cargaron  
de bodas con el presente,  
y escoltados por su gente  
á Burgos enderezaron.

Y al ir á montar los dos  
al padre preguntó el hijo:  
«¿Qué os parece?»—Y aquel dijo:  
«Hijo, que estaba de Dios.»







I



las diez de la mañana  
del florido mes de mayo,  
ante mucha noble gente  
reunida en su palacio,  
á Jimena y á Rodrigo  
toma el rey palabra y mano  
de juntarlos para en uno  
con indisoluble lazo.  
Jimena está conmovida,  
roja y con los ojos bajos,  
para ocultar la alegría  
de los ojos con los párpados.  
Tal vez se avergüenza un poco  
de entregarse tan de grado  
á aquel contra quien justicia  
pedia airada tan alto.

Rodrigo, tan fresco y ágil  
ante una hueste á caballo,  
delante está de su novia  
un poco encogido y pálido.  
El rey mira sonriendo  
el encogimiento de ambos,  
y á su sonrisa sonrien  
los malignos cortesanos.  
La reina como madrina,  
está de Jimena al lado;  
detrás de ella las infantas  
como testigos del acto:  
y la nodriza Bibiana  
en el nupcial aparato  
no ve más que á su Jimena  
por quien reza por lo bajo.

A la derecha del rey,  
junto á Rodrigo, don Sancho  
le asiste como pudiera  
de lid en campo cerrado.  
Tras de don Sancho don Diego,  
de Ruy con los dos hermanos  
y con su madre Teresa  
asisten al desposado.  
El rey cuando vido juntos  
á todos los convidados,  
se puso en pié y dijo al Cid:  
«Dad á la novia la mano.»

Tendiéndosela á Jimena  
dijo el Cid todo turbado:  
«Jimena, maté á tu padre,  
pero nó como villano:  
de hombre á hombre le maté  
porque á mi padre hizo agravio.  
La ley me hace esclavo tuyo,  
tu marido el rey Fernando;

marido y esclavo á un tiempo  
aquí estoy á tu mandato:  
hombre quité y hombre doy;  
no sé más; lo que sé hago.»

Pareció á todos lo dicho  
muy bien dicho y muy al caso,  
y echaron hácia la iglesia  
su discrecion alabando.

---

Delante de todo el pueblo,  
que se juntó muy temprano  
por ver al rey y á los novios,  
y al pasar por vitorearlos,  
les casó el señor obispo  
en latin un poco bárbaro,  
pronunciado un poco en godo,  
con acento un poco arábigo;  
lengua informe y corrompida  
que áun usan los escribanos,  
los dómnes y los frailes,  
que áun gustan de latinajos.

Hubo misa con sermon,  
salmodía é incensario,  
y paz, que fué á dar al rey  
y á los dos novios un diácono.  
Estuvieron con la corte  
en el presbiterio hincados  
la reina en reclinatorio,  
el rey en sillón de brazos,  
sus hijas en taburetes,  
los infantes en escaños,  
y los novios en cojines  
de terciopelo muy blandos.

Jimena lleva partidos  
los cabellos, y trenzados

con hilos de gruesas perlas  
en dos trenzas de ocho cabos.  
El jubon de mangas cortas  
por el cuello abierto en cuadro,  
muy desgarrado el escote  
y muy bien acinturado.  
El pecho y hombros la cubren  
collares y relicarios,  
con medallas guarnecidas  
de amatistas y topacios.  
Cintillos, pulsos y ajorcas  
lleva puestos en los brazos,  
y anillos de pedrerías  
en los dedos de ambas manos.  
En la falda delantera,  
de damasceno brocado  
cuelga un abanico persa  
de plumas de papagayo.  
Por toca y corona lleva  
de oro en la cabeza un aro,  
y un velo de gasa de oro  
prendido en lugar de manto.  
Las joyas que lleva encima  
en muchos cuentos tasaron;  
herencia son de su padre,  
y de los reyes regalos:  
la luz que destellan, ciega  
con mil destellos y rayos,  
con que parece Jimena  
más que una mujer, un astro.

Ruy Diaz viste un justillo  
con hebillas ajustado,  
cortado el vuelo en almenas  
del cinturon por debajo.  
Las mangas lleva atacadas  
con herretes cincelados,

que cuelgan de las hombreras  
cuando se mueve sonando.

La espada en cinto de cuero  
colgada de acero en ganchos,  
que no usa estoques de corte  
quien gana la tierra á tajos.

Un birretillo de grana  
con una pluma de gallo,  
y guantes y borceguíes  
de ante guadamacilado,

completan la vestidura  
del Cid, en el día fáusto

en que ante Dios á Jimena  
jura amor eterno y casto.

Á la luz de los dos cirios  
que les han puesto en las manos,  
la bendición recibieron  
y el ¡sí! tremendo cambiaron.

Todos los ojos estaban  
en sus semblantes clavados,  
y ellos rojos como guindas  
ante el fuego de ojos tantos.

Los abades y los monjes,  
entónces asaz livianos,  
miraban un poco audaces  
á Jimena de soslayo.

La gente andaba en puntillas  
para mirarla ondulando,  
y el pueblo hacia en el templo  
como en plaza de mercado.

Jimena estaba más roja  
que la flor del amaranto,  
y al ver lo que esto duraba  
se iba el Cid amostazando.

Por fin dió fin el obispo  
á los kiries y los salmos,

y devotos santiguándose  
los reyes se levantaron.  
Abrieron calle entre el pueblo  
los maceros con trabajo,  
y la nupcial comitiva  
cruzó la iglesia á codazos.  
Monjes, abades, obispos  
y canónigos con palio  
salieron á despedir  
á los reyes hasta el átrio.  
Diéronles allí muy graves  
el último guisopazo,  
y así se hicieron las bodas  
de Rodrigo el Castellano.

De la iglesia van saliendo  
los reyes, los desposados,  
los infantes y la corte  
con sus nobles dignatarios.  
Todo es oro, seda, plumas,  
brinquiños, joyeles, lazos,  
pajecillos con blasones,  
y corceles con penachos.  
Los pertigueros delante  
van abriéndoles el paso,  
con bastones regateros  
romper piés amenazando.  
Tras de ellos los concejales  
con anguarinas de paño,  
con monteras de tres puntas  
y medallones dorados.  
Detrás los jueces de Burgos  
con sus varas en las manos,  
y sus birretes con chías  
y sus luengos capisayos;

detrás los reyes, los novios,  
las damas, los cortesanos,  
y detrás los ricos homes,  
y detrás el populacho.

El rey, como buen padrino  
dadivoso y manilargo,  
con él llevaba á los novios  
á yantar á su palacio.

Por las calles por do iban  
hallaban engalanados  
balcones y miradores  
con colchas y con damascos:  
y en miradores y calles  
agitándose apiñado,  
les saludaba de Burgos  
el honesto vecindario.

El suelo estaba cubierto  
de trébol, juncia y mastranzo,  
y las tapias de remata  
y madreSelva con ramos.  
Á la entrada de la plaza  
y á costa del rey alzaron  
de cañas, flores y juncos  
muy pulidos unos arcos;  
y por divertir al rey  
y á los novios por el tránsito,  
hicieron unos festejos  
tan sinceros como záfios.  
Salió Pelayo hecho toro  
con un capúz colorado,  
seguido de mojjigangas  
de gigantes y de enanos.  
Salió tambien Antolinez  
á la jineta en un asno,  
y Pelaez con vejigas  
sacudiendo á los muchachos.

Bailáronse por seis danzas  
las de espadas y de palos,  
con gaitas y tamboriles  
gallegas y zamoranos.

Diez maravedís de plata  
mandó el rey dar á un lacayo,  
porque asustaba á las mozas  
con un vestido de diablo;  
y otros diez á una zagala  
que le ofreció desde un carro  
un gran queso en una cesta  
y dos corderillos blancos.

Iba con el rey Jimena  
trabada de él por la mano,  
con la reina su madrina,  
sus suegros y sus cuñados.

Por las rejas y ventanas  
arrojaban trigo tanto,  
que el rey llevaba en la gorra,  
que era ancha, un gran puñado;  
y como á Jimena Gómez  
se la metian los granos  
por el escote y collares,  
el rey se los va sacando.

Para que lo oyera éste  
dijo don Suero muy alto:

«Aunque es de estimar ser rey,  
estimara más ser mano.»

Mandóle por el requiebro  
el rey un rico penacho,  
y á Jimena para en casa  
mandarle la hizo un abrazo.

Así iba la comitiva  
la ciudad atravesando  
desde la iglesia al alcázar  
entre vítores y aplausos.



Trataba el rey con Jimena  
de trabar plática en vano,  
porque ella su discrecion  
acreditaba callando;  
pues sabe que la mujer  
que habla con un soberano,  
és pez que abre mucha boca  
en agua en que están pescando.

Llegó á palacio el gentío,  
y partiéndose á dos lados  
entróse en él á yantar  
el rey con sus convidados.

## II

La gente á la mesa puesta  
á la del rey hizo honor:  
y estuvo él tan decidior  
como la novia modesta.

El Cid comia y callaba  
como hombre de poca lengua:  
que en hombres bravos es mengua  
mostrar tener lengua brava.

Hubo algo más que el diario  
sin que hubiera demasías;  
pues los reyes de estos dias  
no se comian su erario:

que estaba avizor el moro  
dia y noche en la frontera,  
y en aquellos tiempos era  
caro el hierro y poco el oro.

Lo cual no quiere decir  
que el rey anduviera avaro:  
sinó que el rey no era caro  
en el comer y el vivir.

Mas lo era en el regalar;  
porque tenia por ley

ser pródigo como rey  
y económico en su hogar.

Hubo, pues, lujo de sopas,  
caza, pescado de río,  
tierno pan y vino frío  
servido de plata en copas:

carne y temprana legumbre,  
hojaldre y pastelería,  
y queso y confitería  
de postre, según costumbre.

Comióse bien; y fué en fin  
un festin según se ve  
la comida: aunque no fué  
de Baltasar el festin.

Brindóse tras el yantar,  
bebiendo con discreción;  
y al fin de la colación  
entró en la sala un juglar;  
y en un romance tan rudo  
como el latín eclesiástico,  
salmodió un ritmo encomiástico  
tosco y de tropos desnudo:

mas que al juglar dió gran prez  
en aquella edad sencilla,  
en que él habla de Castilla  
aún estaba en su niñez.

El rey con largueza mucha  
en premio del buen cantar,  
dió un vaso de oro al juglar  
y un sayo azul con capucha.

El Cid, que es muy poco amigo  
de versos y que desprecia  
lo que ni entiende ni aprecia,  
le mandó un saco de trigo.

El rey, por enhorabuena,  
hizo al Cid presentes varios;

la reina unos relicarios  
de gran valor dió á Jimena.

Las infantas la besaron  
dándole el tú como á hermana,  
y al Cid con franqueza llana  
los infantes abrazaron.

Con que, acabado el yantar,  
tornaron todos contentos  
el rey á sus aposentos  
y los novios á Vivar.

Allí, en su hogar solariego  
al dar á Jimena abrigo,  
la dió posesion Rodrigo  
de pan, agua, sal y fuego:  
y legítima mujer,  
quedó instalada en Vivar  
como el ángel del hogar  
de todo el pueblo á placer.

Doña Teresa y don Diego  
con deferencias sin tasa,  
como señora en su casa  
la aceptaron desde luégo:

y habiendo puesto Rodrigo  
en el cuarto en que nació  
su lecho nupcial, llevó  
á él á su mujer consigo.

Cerró las puertas Bibiana:  
y al retirarse discreta,  
á los novios y al poeta  
dijo al par: «Hasta mañana.»

Todo el amor lo acomoda,  
todo lo allana y lo llena;  
los enemigos acoda,  
los extremos encadena;

y olvidando ofensa toda,  
absuelve de culpa y pena:  
por eso se hizo la boda  
de Rodrigo con Jimena.



## III

Ella heredera opulenta  
del rico conde asturiano,  
y él por su hogar castellano  
y por su rey rico en renta,  
juntaron en un solar  
tanta riqueza y poder,  
que sólo reyes á ser  
podrían á más llegar.

Mas no imagines, lector,  
que en Vivar vivía el Cid  
como hoy un duque en Madrid  
ó como en Lóndres un lord:  
porque la oncena centuria  
en la que el buen Cid vivía,  
era una mezcla bravía  
de lujo y bárbara incuria.

Un rico, obispo ó guerrero,  
de siervos ó feligreses  
gastaba el oro en arneses  
de preste ó de caballero.

Llevando de soberano  
lujoso atalaje encima,  
tal vez dormía en tarima  
y comía con la mano.

Y gastando oro sin tasa  
hasta en las casas que hacia,  
apénas tener sabia  
comodidad en su casa.

La de Rodrigo en Vivar  
era la de un labrador,  
hereditario señor  
de un solariego lugar.

Su solar hereditario  
formaban, segun mis cuentas,  
de casas más de doscientas  
con plaza, iglesia y santuario.

Uno es posesion precisa  
para romería anual,  
que siempre ha de acabar mal,  
con palos tras de la misa.

Es costumbre inmemorial  
por ley en Castilla impuesta:  
sin paliza no hubo fiesta  
desde el tiempo de Tubál.

Y como no hay sin santuario  
lugar, Vivar tiene el suyo;  
en el cual, si mal no arguyo,  
se apaleó su vecindario.

Frente de él en un cerrillo  
se elevaba un castillejo,  
fuerte aún, pero ya viejo,  
con foso, puente y rastrillo;

donde en caso de algarada  
salvos hembras y caballos,  
iban señor y vasallos  
á huir la primer entrada;  
pero la espalda al volver  
la rapaz morisma suelta,  
les salia el Cid la vuelta  
por los valles á coger.

Así entónces se vivia  
y no se vivia mal;  
porque siempre juego tal  
que iba á espadas se sabia.

De peor modo hoy se campa:  
nuestra sociedad de hoy  
juega á oros, y yo estoy  
en que se juega con trampa.

En aquella edad de hierro  
en que habia que tener  
algun hierro que coger  
y un castillo en algun cerro,  
de sus tierras cual señor  
era juez territorial  
y juzgaba el Cid no mal  
desde el clérigo al pastor.

Como labrador tenia  
la propiedad del terruño;  
que no labraba su puño  
más que con él defendia.

Defendido y defensor  
viendo cual propio el terreno,  
se hacian uno á otro bueno  
el labriego y el señor;  
y toda la vecindad  
familia suya ó su sierva,  
vino, pan, frutos y yerba  
le pechaba por mitad.

Y como predios tenia  
más de cincuenta en la vega  
que hasta Muñon y Pampliega  
el Arlanza recorria;  
y como todo labriego  
era tenido en pericia  
de labranza y de milicia  
y entraba en la guerra en juego;  
y como en tal tiempo y tierra  
tenia todo vasallo  
de la labranza el caballo  
con caparazon de guerra,  
resultaba que era el Cid,  
y ántes su padre don Diego,  
un riquísimo labriego  
y un poderoso adalid.

Mas no por eso en su hogar  
vivía mucho mejor  
el señor que el labrador  
que por él iba á sembrar.

No habia de ambos en casa  
más que lo muy necesario  
para el servicio diario,  
con comodidad escasa;  
pues con la existencia activa  
que era preciso traer,  
nadie habia menester  
comodidad excesiva.

Lo que más se procuraba  
era tener al abrigo  
mucho vino ó mucho trigo  
por si no se laboreaba:

lo cual suceder solia  
por el repentino daño  
que al mejor tiempo del año  
el moro en la tierra hacia.

Noble y rico un castellano,  
viviera en pueblo ó castillo,  
tenia un vivir sencillo  
mezcla de regio y villano.

La casa partida en dos;  
arriba el señor, abajo  
el siervo: éste á su trabajo  
y él á la buena de Dios,  
vivian ambos en ella  
ni divididos, ni á par:  
uno y otro sin cuidar  
que fuera cómoda ó bella.

No era, pues, la servidumbre  
rudo afan, tirano yugo  
de víctima y de verdugo,  
sino deber de costumbre:

creada fraternidad  
entre el siervo y el señor;  
basada en el mutuo amor,  
nó de este en la autoridad.

Los aperos del trabajo,  
todo en lo que este no piensa,  
cuadra, hogar, cueva, despensa,  
están en el piso bajo:

dó en trabajo no servil,  
viven con muy poco afan  
desde el paje al capellan,  
desde la dueña al motril.

De noche abajo las telas  
se hilan de lienzo y manteles:  
se bebe en hondos picheles,  
se come en anchas cazuelas:

arriba se sirve en plato  
y el vino en copa se escancia:  
el lujo está en la abundancia,  
nó en señoril aparato;



pues suelen en las veladas  
bajar amos y señoras  
á escuchar con sus pastoras  
los cuentos de sus criadas.

Amo y siervo en su interior  
no tienen más diferencia  
que aquella que la decencia  
exige del superior.

Arriba grandes armarios,  
arcas, baules roperos,  
armaduras en percheros,  
junto al lecho relicarios;

y si hay en casa quien lea,  
lo que hace el señor muy mal,  
algun viejo santoral  
ó vulgar farmacopea.

Nada de los mil primores  
fútiles de que hoy usamos;  
palmas al balcon ó ramos,  
y en los aposentos flores.

Allá en algun gabinete  
de una señora feudal,  
luce tapiz oriental,  
trasciende árabe pebete;

viste cuero cordobés  
guadamacilado el muro;  
un atril de nácar puro  
sostiene un libro al revés.

cargadas de vírgen cera  
penden lámparas del techo;  
y alfombran los piés del lecho  
pieles de oso y de pantera;

mas tal vez estos primores  
ante su dueño ataraza  
algun gran perro de caza  
ó una pareja de azores.

Así en Vivar se vivía  
y así en nuestra tierra toda,  
y desde la época goda  
quien vive así hay todavía.

Y plegue á Dios que esta sana  
franqueza entre siervos y amos  
jamás del todo perdamos  
en la tierra castellana.

Los de Vivar á Jimena  
cuya estirpe conocían,  
cuya historia atroz sabían  
y de quien ven la alma buena,  
miraban con el respeto  
con que á una imágen de altar;  
siendo Jimena en Vivar  
de alta reverencia objeto.

Sus colonos asturianos  
la enviaban con pocas cuentas  
las muchas y pingües rentas  
del solar de los Lozanos.

El pueblo á quien generosa  
trató desde que á él ha venido,  
bendecía al buen marido  
de tan noble y buena esposa.

Con las rentas de los dos  
casa y hueste mantenían,  
como sacar no podían  
algunos reyes en pós:

y así viviendo en Vivar  
el Cid Rodrigo y Jimena  
vieron límpida y serena  
la luna de miel pasar.

Amándose con pasión,  
y olvidadas las injurias,  
en Castilla y en Asturias  
adorados ambos son:

Con qué los nuevos esposos,  
idolatrados señores,  
en sus logrados amores  
eran en Vivar dichosos.

Pero dicha sin disgusto  
jamás hay sobre la tierra,  
y siempre al amor la guerra  
tuvo en incesante susto.

El Rey salir á Rodrigo  
mandó á campear por España,  
y el Cid no puede á campaña  
sacar su mujer consigo.

Los que habian jurado á Dios  
dos vidas en una unir,  
tenian que dividir  
otra vez su vida en dos.

Deber y amor exigian  
á la mujer y al marido  
del voto tan mal cumplido  
la union que romper debian:

Y entre el amor y el deber  
y la mujer y el honor  
ni vaciló el Campeador  
ni discutió la mujer.

Triste sí, pero serena,  
le ayudó ella misma á armar;  
partió él al campo, y Jimena  
se quedó sola en Vivar.

## IV

Sostén de Castilla el Cid,  
del Rey de Castilla en pro  
por él fué, riñó y venció  
en una y en otra lid.

Levantó el Rey mucha gente,  
recibió el Cid de sus moros

mil caballos y tesoros;  
y puesto el Rey á su frente,

El Rey y el Cid á domar  
del aleman la arrogancia,  
fueron por tierras de Francia  
las de Alemania á buscar.

Con asombro allá en su tierra  
llegó á oír el aleman,  
que el Rey y el Cid sobre él van  
con diez mil hombres de guerra.

Con qué, entrando en reflexiones  
con datos más valederos,  
comprendió que los corderos  
se le volvian leones.

Segun el viento la capa  
se puso, y cambió lenguaje  
enviando un doble mensaje  
al Castellano y al Papa.

Alcanzó al Rey en Tolosa  
el mensajero imperial;  
y al leer mensaje tál  
dijo: ésto ya es otra cosa.

Mas previniendo un ardid  
si por la mano le toma,  
envió incontinenti á Roma  
por su embajador al Cid.

Para tener algo á raya  
de éste el carácter entero,  
le dió el Rey por compañero  
á Alvar Fañez de Minaya:

Y con una escolta gruesa  
de caballos berberiscos,  
por atajos y por riscos  
diéronse á Roma en ir priesa.

Fernando asentó sagaz  
una tregua sin mancilla,

y dió la vuelta á Castilla  
con el corazon en paz.

Á su palacio llegando,  
fiel vasalla y mujer buena,  
demandando halló á Jimena  
nuevas, que la dió Fernando.

Y al oír que ha de tardar  
el Cid de Roma en volver,  
de ofrecérsele á pesar,  
no quiso en palacio entrar:  
y como buena mujer  
tornó á esperarle á Vivar.

---

Y esperando dia á dia,  
contando el tiempo corrido  
y el que trascurrir debia,  
Bibiana un dia al oído  
la dijo: «Pues, hija mia,  
esto no es tener marido.»

## V

Alvar Fañez, hombre ducho  
en negocios y prudente,  
trabajó muy bravamente  
y alcanzó del Papa mucho.

Mas Ruy que sus miramientos  
por miedo y vilezas toma,  
comenzó á hartarse de Roma,  
su Papa y sus monumentos.

Comparó el lujo pagano  
del clero cardenalicio  
con el mísero servicio  
del buen clero castellano;  
y las costumbres romanas  
llenas de sensual cinismo;

los templos del cristianismo  
llenos de estatuas paganas;

la vieja *auri sacra fames*  
que roe á la vieja Roma,  
que alarga do quier y asoma  
sus viejas garras infames;

aquel su instinto perverso  
é inmemorial de pedir,  
de servirse y no servir  
sin cobrar al universo:

aquel su orgullo tirano  
de centro del mundo ser  
sólo á sombra por yacer  
del Capitolio romano:

le hicieron ratificar  
en que habia obrado en conciencia,  
la romana dependencia  
de Castilla en rechazar.

Con qué el instante no ve  
de volver la espalda á Roma,  
dó siente que una carcoma  
le está royendo la fe.

Minaya que el tiempo pasa  
en procederes de curia,  
puede mal tener su furia  
ni tenerle quieto en casa:

y conociendo su humor,  
teme que no le haga el diablo  
con san Pedro ó con san Pablo  
dar al traste á lo mejor.

Al fin les dió el Papa audiencia;  
y entre príncipes romanos  
y purpurados cristianos  
se hallaron en su presencia.

Expuso Alvar su mision;  
y miéntras Alvar hablaba,

Ruy Diaz examinaba  
la gente y la habitacion.

Al pié del trono papal,  
vió en círculo colocadas  
siete sillas blasonadas  
todas con corona real.

Examinólas atento,  
y vió que el Emperador  
ántes que el Rey su señor  
tenia puesto su asiento.

La sangre se le encendió;  
pero pensando en Jimena  
que era cristiana tan buena,  
como pudo se aguantó;

mas hizo el diablo de modo  
que cuando Alvar concluia,  
vió que el Papa le ponía  
dificultades á todo:

y entendiendo que, alemanes  
el Emperador y el Papa,  
se hacian uno á otro capa  
como dos viejos truhanes,

para probarles con hechos  
que tenia conocida

y aceptada la partida,  
el juego tomando á pechos,

se avanzó á las siete sillas,  
y dió al asiento imperial

una puntillada tal  
que con el pié le hizo astillas:

y sin pararse á mirar  
el general estupor,  
puso la de su señor  
de la que rompió en lugar.

Un príncipe bavarés  
se fué á Diaz con enojo;

mas Ruy Diaz le echó el ojo  
mirándole de través,

y al alzarle aquel la mano,  
le sentó el puño en el pecho,  
haciéndole dar mal trecho,  
sobre el grupo cortesano.



Tras de lo cual se cuadró  
diciendo: «El que bien no lo halle,  
»échese tras mí á la calle  
»y verá lo que hago yo.»

El Papa Víctor airado  
puesto de pié ante su trono,  
dijo con tremendo tono:  
«Sal: estás excomulgado.»

Ruy, que no tembló delante  
de hombre alguno en paz ni en guerra,  
hincó la rodilla en tierra  
y al Papa dijo arrogante:



«Fuerza es que aquí se resuelva  
»del Rey y el Emperador  
»el pleito en nuestro favor  
»antes de que yo me vuelva.

»Y siendo muy buen cristiano  
»de raza y de corazon,  
»no acepto yo excomunion  
»de aleman ni de romano.

»Con qué, ojo alerta vivid:  
»absolvednos á los dos,  
»ó por Papa que seais vos  
»vais á ver quién es el Cid.»

Fijo el Papa le miró:  
y como viéndole, ve  
de su alma el brio y la fe,  
calmándose sonrió.

Comprendiendo que era España  
tierra de hombres tan enteros  
como cristianos sinceros,  
dijo ya manso y sin saña:

«Castellano, absuelto estás:  
»nada miéntras el sol rádie,  
»ni al Emperador ni á nadie  
»pechará España jamás.»

Y fuera porque en conciencia  
viera en Castilla razon,  
ó por no ver la ocasion  
de traerla á dependencia,  
risueño y benevolente  
de Ruy se apoyó en el hombro,  
y fuése, con grande asombro  
de su cortesana gente.

Alvar, que desde la cuna  
fué sagaz observador,  
dijo: «Siempre van á una  
la fortuna y el valor.»

## VI

Nuevas están esperando  
del Cid el Rey y Jimena:  
ella en Vivar con gran pena  
é inquieto en Burgos Fernando.

Ella, el ángel del hogar,  
tuvo con sus propias manos  
los ojos á los hermanos  
de Ruy Díaz que cerrar.

El uno, al fin consumido  
por su enfermedad interna,  
fué de esta vida á la eterna  
pasando á paso medido.

El otro, tal vez del Cid  
envidioso, fué á campaña  
y fué su primer hazaña  
caer en la primer lid.

Trajéronle moribundo  
á Vivar; y, hermana buena,  
en su agonía Jimena  
le ayudó á salir del mundo;  
y desolada en Vivar  
quedó, de su esposo léjos,  
consolando á los dos viejos  
como el ángel del hogar.

El Rey por su parte anda  
mústio y falto de reposo,  
porque el moro revoltoso  
se rebela ó se desmanda.

Y proyectando una empresa  
contra Aragon y Toledo,  
está esperando, con miedo  
de que Ruy no torne apriesa.

Al fin tornó una mañana;  
y Alvar al Rey cuentas dió.

de cómo se aseguró  
la libertad castellana.

De cómo en junta en Tolosa  
un nuncio y jueces romanos  
ante ellos y los germanos  
dejaron á España airosa.

Explicó así porqué tanto  
tardaron de allá en volver,  
é hizo al fin al Rey saber  
lo del Cid y el Padre Santo.

De ello holgó el Rey muy contento;  
y al demandarle jovial  
por qué ante el Papa hizo tál,  
dijo el Cid con firme acento:

«Porque español de fe sana,  
»gobernar al Papa dejó  
»las iglesias: mas no cejo  
»ante la ambicion romana.»

Suspense el Rey se quedó  
á estas palabras del Cid:  
y cuando les despidió  
estar les recomendó  
prontos para entrar en lid.

Y Alvar que todo lo apunta  
y todo lo toma á peso,  
dijo: «Ruy, se me barrunta,  
»que es el solo hombre que junta  
»con buenos puños buen seso.»

Y partiéndose á la par,  
fuése el Rey á su aposento,  
y Alvar y Ruy á descansar:  
aquel á su alojamiento  
y éste á su paterno hogar.

La alegría y el dolor  
saliéronle á recibir  
con el ángel del amor,  
que ayuda consolador  
allí á espirar y á vivir.

Hijo y padres se agruparon  
en los brazos de Jimena,  
y en su regazo lloraron  
por los que en ella encontraron  
al morir hermana buena.

Y con su amor y dolor  
encerrados en Vivar,  
sintieron consolador  
ir poco á poco al amor  
tornando el gozo al hogar.

Que todo amor lo acomoda,  
y acaba con toda pena;  
y Dios la ventura toda  
envió á Vivar con la boda  
de Rodrigo con Jimena.

Mas como Dios siempre es justo  
y ha nivelado en la tierra  
el placer con el disgusto,  
y siempre en continuo susto  
al amor tuvo la guerra,  
volvió á la guerra á llamar  
otra vez el atambor;  
y tornó el Cid á campear  
y á quedar sola en Vivar  
la vejez con el amor.

Y al anochecer del dia  
en que el Cid habia partido,  
Bibiana triste decia  
á su Jimena: «Hija mia,  
»esto no es tener marido.»

## VII

Ruy Diaz, hombre de puños,  
de seso y de corazon,  
es hijo de la fortuna  
y favorito de Dios.

Donde él mete sus dos puños  
de campañas en cuestion  
por sus puños queda siempre  
suyo el campo y el honor.

Donde él en duda ó apuro  
da una idea ú opinion,  
duda y apuro se allanan  
por lo que él imaginó.

El último en la palabra,  
es el primero en la accion;  
y en defensa de Castilla  
siempre dice:—¡Allá voy yo!

El móvil de sus hazañas  
es la gloria y la extension  
del pendon y las fronteras  
de la patria en que nació.

Y ántes de que él de su tierra  
deje arrancar un terron  
á Emperador, Rey ó Papa,  
ni el privilegio menor  
de su absoluto derecho  
de independiente nacion,  
aunque arriesgue padres, hijas,  
hacienda, vida y amor,  
aunque haga campo la Iglesia  
é incurra en excomunion,  
con él se las ha de haber  
Papa, Rey ó Emperador.

Sin una tacha en su vida  
ni una mancha en su blason,

jamás los ojos altivos  
ante hombre alguno bajó:  
jamás volvió un paso atrás,  
ni tuvo retractacion  
que hacer de dicho ni de hecho  
en cuanto dijo y obró.

Invencible combatiente,  
generoso vencedor,  
entre amigos y enemigos  
ganó prez y estimacion.

Los moros le llaman Cid,  
los cristianos Campeador;  
y donde él campéa, campa  
por sí solo como el sol.

A los árabes da miedo,  
á los cristianos valor,  
á los extraños envidia,  
y á todos admiracion.

Los castellanos le adoran,  
el Rey le da su favor,  
y delante de el del Rey  
va á la guerra su pendon.

Mas do lleva por Castilla  
la victoria de sí en pós,  
el pendon del Rey tremola  
sobre el campo que ganó;  
porque el Cid es de Castilla  
la personificacion,  
y donde él vence, es quien vence  
su patria, el pueblo español.

Por eso el rey D. Fernando  
á Calahorra le envió  
de sus derechos á ella  
por juez y mantenedor.

Por sí el Rey aragonés  
á Martin Gomez sacó,

como la primera lanza  
de su reino de Aragon.

Lidióse en campo cerrado:  
bien Martin Gomez justó,  
pero en el segundo encuentro  
le sacó el Cid del arzon.

Bote mortal por desgracia  
para tan buen justador,  
el Cid ganó á Calahorra  
del bote que le mató.

Holgóse el rey D. Fernando  
del pro de su campeon;  
y avezado ya del Cid  
á fiar su honra y su pro,  
«puja,» le dijo; y pujando  
Ebro abajo, en meses dos  
á moros y aragoneses  
trajo el Cid á la razon.

---

Y miéntras él se batia  
por Dios, Rey, patria y honor,  
Jimena en Vivar moria  
de angustia y melancolía  
consumiéndose de amor.

Y de este amor puro y bueno,  
siempre en soledad y luto  
envuelto, y de angustias lleno,  
siente Jimena en su seno  
que gesta ya el primer fruto.

Y viendo que no volvia  
de la guerra á do era ido,  
Jimena triste decia  
á Bibiana: «¡ay ama mia!  
»esto no es tener marido.»

---

## VIII

En su Vivar solariego  
 á su Rodrigo aguardando,  
 tan en cinta está Jimena  
 que espera próximo el parto.

Cuando además dolorida  
 una mañana en disanto  
 bañada en lágrimas tristes  
 tomó la pluma en la mano.

Y despues de haberle escrito  
 mil quejas á su velado,  
 bastantes á domeñar  
 unas entrañas de mármol;  
 de nuevo tomó la pluma,  
 y volvió de nuevo al llanto,  
 y de esta guisa le escribe  
 al noble rey D. Fernando:

«A vos, mi señor el Rey,  
 el bueno, el aventurado,  
 el magno, el conqueridor,  
 el agradecido, el sabio,»

«La vuestra sierva Jimena,  
 fija del conde Lozano,  
 á quien vos marido distes,  
 bien así como burlando;»

«Desde Vivar os saluda,  
 donde vive lacerando;  
 las vuestras andanzas buenas,  
 llévevoslas Dios al cabo.»

«Perdonédesme, señor,  
 que no tengo pechò falso,  
 y si mal talante os tiene,  
 no puede disimularlo.»

«Yo estoy de vos querellosa,  
 y os escribo mal mi grado,



magüer que enemiga os tengo,  
á fuerza de mis agravios.»

«Respondedme en puridad  
con letras de vuestra mano;  
aunque yo al demandadero  
le pagare el aguinaldo.»



«¿Qué ley de Dios vos otorga,  
que podais por tiempo tanto,  
como há que fincais en lides,  
descasar á los casados?»

«¿Qué buena razon consiente,  
que á un garzon bien doctinado,  
falaguero y humildoso,  
le enseñeis á leon bravo?»

«¿Y que de noche y de dia  
le traigais atraillado,  
sin soltarle para mí,  
sino una vez en el año?»

«Y esa que me le soltais,  
fasta los piés del caballo  
tan bañado en sangre viene,  
que pone pavor mirarlo.»

«Y no bien mis brazos toca,  
cuando se duerme en mis brazos,  
y en sueños gime y forceja,  
que cuida que está lidiando.»

«Y apénas el alba rompe,  
cuando le están acuciando,  
las escuchas y adalides  
para que se vuelva al campo.»

«Lástima tiene de verle  
tan extraño y acosado  
la su madre y los mis ojos  
de tanto llorar cansados.»

«Y aun cuando se desposó,  
fizo tan buen desposado,  
que pasar no le dejastes  
tres meses en cuatro mayos.»

«Si lo faceis por honrarle,  
asaz Rodrigo es honrado,  
pues no tiene barba, y tiene  
cinco reyes por vasallos.»

«Yo finco, señor, en cinta,  
y en nueve meses he entrado,  
y me pueden empecer  
las lágrimas que derramo.»

«Que como otro bien no tengo,  
y me lo avedes quitado,  
en guisa le lloro vivo,  
cual si estuviere finado.»

«No permitais se malogren  
prendas del mejor fidalgo,  
que sigue cruces bermejas,  
ni á Rey ha besado mano.»

«Doleos, noble señor,  
de ver que acueste á mi lado,  
en vez de su mancebía,  
una vieja, y suegra al cabo.»

«Que aunque me muestra cariño,  
dos celebros entranzados  
mala amistanza mantienen  
en un hogar y un estrado.»

«Dadle mi escrito á las llamas,  
non se faga dél palacio;  
que en malos barruntadores  
no me será bien contado.»

«Y enderezadme este tuerto;  
ya sabeis lo que os demando.  
Mirad que se ofende el cielo  
de fecho tan mal guisado.»

## IX

Pidiendo á las diez del dia  
papel á su secretario,  
á la carta de Jimena  
responde el Rey por su mano.

Despues de facer la cruz  
con cuatro puntos y un rasgo,  
aquestas palabras finca  
á guisa de cortesano:

«A vos, Jimena la noble,  
la del marido invidiado,  
la discreta, la homildosa,  
la que cedo espera el parto,»

«El Rey que nunca vos tuvo  
talante desmesurado,  
vos envia sus saludes  
en fe de quereros tanto.»

«Que estais de mí querellosa  
decís en vuestro despacho,

y que no suelto á Rodrigo  
sino una vez en el año.»

«Y que cuando está con vos,  
en lugar de falagaros,  
en vuestros brazos se duerme,  
como viene tan cansado.»

«A no vos tener en cinta  
vuestro esposo el alindado,  
creyera de su dormir  
lo que me avedes contado.»

«Mas pues vos tiene, señora,  
con el brial levantado,  
no se ha dormido en el lecho,  
si espera en vos mayorazgo.»

«Que si Rodrigo estuviera  
al vuestro llavero atado,  
en patrimonio ni hacienda  
no hubiera sobrepujado.»

«Si con otros infanzones  
se anduviera paseando,  
vuestro San Miguel de oro  
no estuviera bien parado.»

»Y si yo no hubiera puesto  
las mis huestes á su cargo,  
no fuérades más que dueña,  
ni él fuera más que fidalgo.

»Decisme, que soy mal rey,  
y que descaso casados,  
y que por el mi provecho  
no cuido de vuestros daños.

»Si supiérades, señora,  
que vos quitaba el velado  
para mis namoramientos,  
fuera bien el lamentarlo.

»Mas pues sólo vos le quito,  
para lidiar en el campo

con los moros convecinos  
no vos fago grande agravio.

»Decís, que vuestro Rodrigo  
tiene reyes por vasallos;  
ojalá como son cinco,  
fueran cinco veces cuatro.

»Porque teniéndolos él  
sujetos á su mandado,  
mis castillos y los vuestros  
no tendrán tantos contrarios.

»Decís que entregue á las llamas  
la carta que me habeis dado:  
á contener herejías,  
fuera digna de tal pago.

»Mas pues razones contiene  
dignas de los siete sabios,  
mejor es para mi archivo,  
que no para el fuego ingrato.

»Y porque guardeis la mia,  
y no la fagais pedazos,  
por ella á lo que parierdes  
le mando buen aguinaldo.

»Si fuese fijo, daréle  
una espada y un caballo,  
y cien mil maravedís  
para ayuda de su gasto.

»Si fuere fija, prometo  
de poner su dote en cambio,  
desde el dia en que naciere,  
de plata cuarenta marcos.

»Con esto ceso, señora,  
mas no de estar suplicando  
á la Virgen vos ayude  
en los dolores del parto.»

## X

Y miéntras el Cid triunfante  
va por el Rey su señor  
extendiendo sus fronteras  
de Castilla y de Leon,  
la noble Jimena Gomez,  
mujer del Cid Campeador,  
en sus solares de Burgos  
el primer hijo le dió.  
Fué á visitarla la Reina  
con las infantas en pós;  
hizo el pueblo luminarias  
y el Rey la cumplimentó.  
A bautizar al nacido  
vino á la iglesia mayor  
Poncio arzobispo de Oviedo  
que á Jimena bautizó.  
Grande amigo de su padre  
el conde, á quien haya Dios,  
bendecir quiso la prole  
de su hija y su matador.

Mas no para sancionar  
el hecho en conciencia atroz,  
sinó para dar al hecho  
del muerto en nombre perdon.

Diego pusieron al niño:  
y cuando el riesgo pasó,  
salió á misa de parida  
doña Jimena hecha un sol.  
Para salir, de contray  
sus escuderos vistió;  
que el vestido del criado  
dice quién es el señor.  
Un jubon de grana fina  
la hermosa dama sacó,

con fajas de terciopelo  
picadas de dos en dos.  
De lo mismo una basquiña  
con la misma guarnicion,  
donas que le diera el Rey  
el día que se casó;  
y con los cabos de plata  
un pulido ceñidor,  
que á la condesa su madre  
el conde en donas le dió.

Lleva una cofia de papos  
de riquísima labor,  
que le dió la infanta Urraca  
el día que se veló.

Dos patenas lleva al cuello  
puestas con mucho primor,  
con San Lázaro y San Pedro,  
santos de su devocion.

Y los cabellos que al oro  
disminuyen su color,  
á las espaldas echados,  
de todos hecho un cordon.

Lleva un manto de contray,  
porque las damas de honor  
miéntras más su rostro encubren,  
más descubren su opinion.

Tan hermosa va Jimena,  
que suspenso quedó el sol  
en medio de su carrera  
por podella ver mejor.

A la entrada de la iglesia  
al Rey Fernando encontró,  
y para metella dentro  
de la mano la tomó.

Dícele: «Noble Jimena,  
pues es el Cid Campeador

vueso dichoso marido,  
y mi vasallo el mejor,  
que por estar en las lides,  
hoy de la iglesia faltó,  
á falta de brazo suyo,  
yo vueso bracero soy.

»Y á aqueste fermoso infante,  
que el cielo divino os dió,  
mando mil maravedís,  
y mi plumaje el mejor.»

No le agradeció Jimena  
al Rey tan alto favor,  
que le ocupó la vergüenza,  
y á sus palabras la voz.

Las manos quiso Jimena  
besar, y el Rey las huyó,  
y acompañóla en la iglesia,  
y á su casa la volvió.

## XI

El Rey estaba ya viejo  
de tantas guerras cansado,  
puesto que toda la vida  
se la pasó peleando:  
Empobrecidos los pueblos  
de tantos tributos hartos,  
gastadas las rentas ánuas  
y el tesoro real exhausto;  
mas muchos los enemigos  
y muy envalentonados  
con la impunidad, se hacia  
un ejemplar necesario.

Con la victoria del Cid  
abierto á la lid el campo  
y llegada la ocasion  
que aguardaba el Rey callando,



un día llamó á campaña  
y empezó á alistar soldados  
con las joyas que la Reina  
empeñó para pagarlos.  
El pueblo al ver de sus reyes  
la alta prueba de amor patrio  
dijo: No hayan reyes tales  
á sus pueblos por ingratos.  
Y haciendo los municipios  
esfuerzos inesperados  
y en las iglesias el clero  
por santa á la guerra dando,  
reunieron seis mil hombres  
y al Rey se los presentaron,  
con caballos y con armas  
y con sueldo de medio año.

El Cid en triunfal carrera  
corrió desde el Ebro al Tajo  
contando un triunfo por día  
y una conquista por paso.  
Del huracan con el ímpetu  
y la rapidez del rayo,  
fué en rededor de Castilla  
las fronteras ensanchando.  
El Rey, que era el pensamiento  
de quien él era la mano,  
llegó muy á tiempo á dársela  
al terreno toledano;  
y en los árabes rebeldes  
poniendo juntos espanto  
con el castigo, volvieron  
á los más bravíos mansos.  
Lleváronse por delante  
cautivos, oro y rebaños,  
que á Castilla repusieron  
de pérdidas y de atrasos;

y en seis meses de campaña  
desde diciembre hasta mayo,  
desde Toledo á Coimbra  
corrieron y la sitiaron.

Pero era lugar muy fuerte  
todo en torno amurallado,  
bien guarnecido de torres,  
ceñido de fosos anchos.  
Los moros que la tenian  
eran muchos y muy bravos;  
peleaban dia y noche  
sin temor y sin descanso.  
El cerco los de Castilla  
apretaban, pero en vano;  
ellos están más enteros  
cuanto mejor apretados.  
Seis meses duraba el sitio  
y era ya el invierno entrado,  
y andaban los sitiadores  
de fuerza y víveres faltos.  
Gastábase tiempo y sangre  
y comenzaba el desánimo  
á cundir entre la gente,  
rendida de hambre y cansancio.  
Ya de levantar el cerco  
trataba el Rey, y un asalto  
postrero dar proponia  
el Cid ya desesperado,  
cuando los frailes Benitos  
del convento de Lormano,  
de trigo, mijo y legumbres  
dieron al Rey grande abasto.  
Juraba el abad que en sueños  
le habia Dios revelado  
que Santiago pelearia  
en pro de los castellanos;

y que levantar el cerco  
era hacer injuria al Santo,  
que ya el corcel ensillaba  
para bajar á ayudarlos.

La fe hace andar á los montes:  
ordenó el Rey el asalto:  
fiados en el apóstol  
lanzáronse á él los cristianos,  
y hubo quien vió andar en medio  
del Rey y el Cid á Santiago  
repartiendo cuchilladas  
desde su jamelgo blanco  
Ello es que entraron á fuerza  
en Coimbra los cristianos,  
y dieron gracias á Dios  
por la intervencion del Santo.  
El Cid, resistido al verse  
por la vez primera tánto,  
hizo esfuerzos de energúmeno  
y hazañas de endemoniado.  
Él fué quien entró el primero,  
y á él se dieron despechados  
los moros de la alcazaba,  
como se dieran al diablo.  
Inmenso fué el regocijo,  
inmenso el botin ganado,  
inmensa del Rey la gloria  
inmenso al Cid el aplauso.

Descansó en Coimbra el Rey  
el mes noviembre, y trajo  
en literas á la Reina  
y á las infantas, llamando  
al buen obispo de Oviedo  
con todos sus sufragáneos  
para consagrar á Cristo  
las mezquitas de los bárbaros,

Hubo tres dias de fiestas;  
y al mediodía del cuarto  
en la mezquita mayor  
que á la Virgen dedicaron,  
á Ruy Diaz de Vivar,  
el campeador castellano,  
armó caballero el Rey  
en el altar de Sant Yago.



El Rey le ciñó la espada;  
y no le dió espaldarazo,  
sino le besó en la boca  
como si fuera su hermano.  
Y por hacerle más honra  
la Reina le dió el caballo,  
la armadura don Alonso,  
la lanza y broquel don Sancho.  
Y la infanta doña Urraca  
con sus nacarinas manos  
le calzó la espuela de oro  
sobre un cojin de damasco.  
Porque se la puso trémula,  
roja y con los ojos bajos,  
dieron en decir que fueron  
de chicos enamorados.

Si fueron ó nó, lo saben  
ellos y Dios: los hidalgos  
jamás fian los secretos  
del corazon á los labios.

Así fué el Cid caballero;  
y si su Rey le honró tanto  
fué porque mantuvo el Cid  
la honra del Rey en sus brazos.

## XII

Con qué, firmadas las paces  
y ensanchadas sus fronteras,  
á sombra de sus banderas  
el Rey recogió sus haces:

Y á los reyes de Sevilla,  
Córdoba, Murcia y Toledo,  
impuesto tributo y miedo  
volvióse en triunfo á Castilla.

Mas en su vuelta triunfal,  
de él y su gloria mundana  
triunfó la flaqueza humana  
con enfermedad mortal.

Cuando vencedor volvía  
del aragonés y el moro,  
soñó que San Isidoro  
de su muerte le advertía:

Y confirmó su vision  
el mal que le sobrevino  
en la mitad del camino  
desde Coimbra á Leon.

Entró en aquella ciudad  
en litera conducido,  
de fiebre mortal cogido,  
el día de Navidad.

Y aunque en lecho no se puso  
porque morir en pié quiso,

morir vió que era preciso  
y á morir bien se dispuso.

Se hizo á la iglesia llevar;  
oyó misa y comulgó,  
la corona se quitó  
y exclamó vuelto al altar:

«Dios creador y sostén  
»del mundo, en él todo es tuyo:  
»cuanto hube te restituyo.  
»¡Clemencia de mi alma tén!»

Y delante del altar  
sobre ceniza tendido,  
quitóse el régio vestido  
y se mandó amortajar.

Rey bueno, de juicio sano,  
gran fe y corazon sincero,  
vivió como caballero  
y murió como cristiano.

Pero hizo un mal testamento,  
lo que afanes muy prolijos  
juntar costó, entre sus hijos  
dividiendo en un momento.

Partió el reino en cinco trozos  
y cuando se los legó  
discordia en ellos dejó  
sembrada á sus hijos mozos.

En vano á tiempo le dijo  
el buen viejo Arias Gonzalo  
que aquel testamento malo  
no iba bien á ningun hijo.

El Rey por Rey, ó por viejo,  
ó por paternal amor,  
juzgando el suyo mejor  
no oyó de Arias el consejo:

y preparóse á morir  
dejando obcecado á España

hecha campo de zizaña  
que azizañó el porvenir.

Rey grande y conquistador,  
de su patrimonio estrecho  
un gran reino habia hecho,  
de dia en dia mayor;  
y fuerte por la unidad,  
libre por su independencia,  
le echó al fin de su existencia  
en mayor debilidad.

¡Tal es el hombre mejor!  
En el que más ve y más sabe,  
monton de polvo, no cabe  
más que falacia ó error.

Creen los Reyes que su Estado  
es hacienda propia suya  
que es justo que distribuya  
cada Rey segun su agrado:  
y por este error fatal,  
cual capa vieja y raida  
con cien remiendos zurcida  
de su color cada cual,  
vivió reyezuelo tánto  
la España en hombros trayendo,  
cada cual de su remiendo  
aspirando á hacer un manto.

¡Errores de cada edad!  
por un viejo error muy sendo  
tiene aún España un remiendo  
de muy mala calidad:  
y hoy al contemplar su mapa  
hay quien dice al ver su trazo:  
¡qué lástima de retazo  
cortado á tan buena capa!

## XIII

Sujeto á error por ser hombre,  
pero con fe buena y cándida,  
muere el Rey dejando duelos  
tras una vida sin tacha.

En San Isidoro muere  
de su altar sobre las gradas,  
sobre un monton de ceniza  
con humillacion cristiana.

Cilicios tiene ceñidos  
bajo la pobre mortaja,  
y los salmos de la muerte  
el clero abacial le canta.

Con una vela en la mano  
responde el Rey con voz flaca  
al arzobispo de Oviedo  
que le recomienda el alma.

En torno suyo la Reina,  
los príncipes, las infantas,  
los nobles, los ricos homes,  
Alvar Fañez de Minaya,  
el conde don Per Anzules,  
Ruy Diaz, Gonzalo Arias,  
sus soldados y su pueblo  
lloran rezando en voz baja;  
y se oye en los intervalos  
de las mortuorias plegarias,  
el estertor del que lucha  
con sus postrimeras ansias.

En un intervalo de estos,  
cuando nadie respiraba  
por no turbar al que espira  
con una muerte tan santa,  
desprendida de repente  
de los demás doña Urraca



postróse junto á su padre  
diciéndole desolada:

«Padre, ¿cómo, buen cristiano,  
»mueres en Cristo y en calma,  
»dejándome de tus hijos  
»sólo á mí desheredada?  
»¿Qué te hice yo, padre mio?  
»¿Soy tal vez hija bastarda?  
»¿Por qué á todos mis hermanos  
»dejas mucho y á mí nada?  
»¡En la miseria me dejas  
»siendo de Castilla infanta!  
»¿Quieres que mercado infame  
»de tu honra y mi cuerpo haga?»

El Rey, un punto á la vida  
vuelto por tales palabras,  
alzó la cabeza y dijo:

«Quién de mi deshonra me habla?»

Respondióle el arzobispo:

«Vuestra hija doña Urraca.»

Miróla el Rey ya sin vista,  
mas con los ojos buscándola,  
y díjola: «No te pierdas

»por pobre, ni por liviana.

»En un rincon de Castilla

»dejé á Zamora olvidada

»en mi testamento; tómala:

»como feudo tuyo guárdala;

»y á quien te quite á Zamora,

»que mi maldicion le caiga.»

Todos dijeron «Amén.»

Don Sancho solo callaba,

mirando la triste escena

torvo y con la cara pálida.

El Rey, con su esfuerzo último  
su última fuerza agotada,

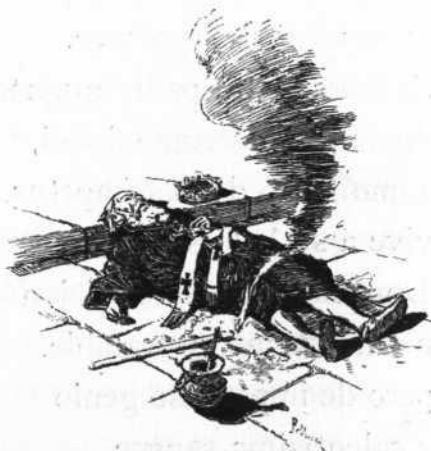
cerró los ojos, dejando  
caer la cabeza calva  
sobre las losas; soltó  
la vela que conservaba  
en la mano, y quedó inmóvil  
vacío el cuerpo del alma.  
La vela entre la ceniza  
chisporroteando humeaba;  
apagóla el arzobispo  
diciendo: «Dios en su gracia  
le reciba;» y sobre el cuerpo  
tendiendo una oscura sarga,  
quitó el muerto de la vista  
de los que por él lloraban.

Vació el pueblo poco á poco  
la iglesia, miéntras hincadas  
junto al cadáver la viuda  
y sus hijos sollozaban.  
Don Sancho permanecía  
inmóvil como una estatua,  
torvo, de pié y apoyado  
en su espadon de batalla.

Por fin el buen arzobispo  
sacó de allí á doña Sancha  
y á la infanta doña Elvira  
enjugándose las lágrimas;  
y el buen viejo Arias Gonzalo  
asiendo de doña Urraca,  
la dijo: «A Zamora vámonos,  
»ántes que alguno allá vaya.  
»Vamos: miéntras en Zamora  
»viva yo y los de mi raza,  
»podrán ir mil á pedíros la,  
»pero ninguno á quitáros la.»

Dióla el brazo, y extendiéndola  
el velo sobre la cara,  
pasaron ante don Sancho  
sin decirle una palabra.  
Y mientras cruzar el templo  
don Sancho les contemplaba,  
juntáronse á él el Cid  
y Alvar Fañez de Minaya.

Se hicieron al Rey exequias  
sinó con pompa sobrada  
con llanto del pueblo, que es  
la más pomposa mortaja.  
Quedó el porvenir preñado  
de tempestades cercanas;  
y, Rey don Alonso siendo  
de la tierra en que se hallaban,  
doña Elvira se fué á Toro  
y don García á Vizcaya;  
don Sancho y su madre á Burgos,  
y Alvar y el Cid á su casa.





I



ño y medio há que don Sancho  
reina en Castilla, y áun nadie  
sus pensamientos penetra  
ni sus intentos precave.  
Sombra de su padre muerto,  
de su guarda como ángel,  
como freno de sus ímpetus,  
vive á su lado su madre.  
Don Sancho, de condicion  
natural manso y tratable,  
pero de impetuoso genio  
y calentísima sangre,  
necesita quien de su alma  
las fieras tormentas calme;  
y no quien las crespas olas  
de sus pasiones levante.

La reina ve cuán difícil  
es dirigir una nave  
de timon tan inflexible  
y de aparejo tan frágil:  
mas doña Sancha la guía  
más de quince meses hace,  
con una mano flexible  
y una vigilia constante.  
Don Sancho cumple severo  
con sus deberes filiales,  
y guarda á su madre viuda  
miramientos sin iguales.  
Él es el rey: él gobierna,  
administra, hace y deshace:  
mas lo que su madre quiere  
no es menester que lo mande.  
Si ella pide, Sancho acuerda:  
si ella exige, él satisface:  
ella es la madre, él el hijo;  
y él va despues, ella es ántes.  
El primogénito siendo,  
ni pudo él imaginarse  
ni nadie dudó en Castilla  
que entera no la heredase:  
con que los cuatro pedazos  
de ella el rey al arrancarle,  
debieron doler á Sancho  
como si fueran de carne.  
Pensar que de carne ó tierra  
ha de dejar que le arranquen  
cuatro pedazos sin dar  
de ira ni dolor señales,  
es abnegacion de monjes  
y heroicidad de mártires:  
pero no es virtud de príncipes,  
ni en don Sancho de esperarse.

Doña Sancha, con el tacto  
delicado que no cabe  
más que en la mujer que ama  
ó en entrañas maternales,  
de don Sancho y sus hermanos  
con infinitos afanes  
procura los rotos hilos  
atar de las voluntades.  
Conoce bien doña Sancha  
de sus hijos el carácter,  
y sabe bien que don Sancho  
cambiará cuando ella falte;  
mas sabe tambien que, noble,  
de palabra inquebrantable,  
si promete cumple: y quiere  
á prometer obligarle.  
A sus hijos en secreto  
cartas ha enviado y mensajes,  
aconsejando y rogando  
que hagan á don Sancho avances;  
mas don Alonso es altivo,  
don García inmanejable;  
aquel piensa en sostenerse,  
y éste sólo en arruinarse.  
Aquel trata de hacer liga  
con cristianos y con árabes  
para cuando el dia llegue  
en que la tormenta estalle.  
Éste, dado á favoritos,  
á juegos y liviandades,  
goza y exprime á sus pueblos  
del porvenir sin cuidarse.  
Mas como en conciencia todos  
comprenden, por más que callen,  
que haber dividido el reino  
ha sido debilitarle,

que era mejor dar impulso  
á su unidad y su ensanche,  
hasta volver á los moros  
de Africa á los arenales;  
todos temen que don Sancho  
en tal empresa se embarque,  
y á todo derecho alegue,  
ó á fuerza se lo demande.  
Con que nada fué posible  
que la reina recabase  
de sus hijos; y siguieron  
las nubes aglomerándose.  
Solamente doña Urraca  
que par en los años casi  
con don Sancho, le mostró  
siempre cariño entrañable,  
más amante, más sagaz,  
más obediente ó más hábil,  
escribió á don Sancho cartas  
de tan cariñosas frases,  
le mandó tántos regalos  
de infantil cariño imágenes,  
que el rey excusar no pudo  
por sinceros aceptárseles.  
Al fin concluyó al carteo  
con la infanta á acostumbrarse,  
y sus dones mujeriles  
á pagar con dones reales:  
con que el cielo por Zamora  
comenzaba á despejarse,  
y de los vientos de Burgos  
á no temer huracanes.  
Doña Sancha aprovechando  
aquel soplo favorable  
para el porvenir de su hija,  
no quiso desperdiciarle:

y un día arrancó á don Sancho  
prenda de fe, de amor gaje,  
una promesa firmada  
de que «en cualquier tiempo y trance  
»que una gracia ó una vida  
»doña Urraca le demande,  
»la tenga por otorgada  
»por aquellas credenciales.»

Poco era; mas era al cabo  
un punto de que hacer base,  
en que apoyar una valla  
que algun arretrato ataje.  
Doña Elvira estaba en Toro  
donde á labradora dándose,  
podar y acodar hacia  
sus cepas y sus guindales:  
y contenta con sus huertos,  
reina de sus cachicanes,  
calculaba sus cosechas  
de albillos y garrafales.  
Ni recela ni imagina  
que de sus viñas la saque  
la ambicion de sus hermanos,  
ni el moro se las asalte:  
y anda, de andar por el campo  
día y noche al sol y al aire,  
tan gorda y tan colorada  
como un madroño salvaje.

Así en mil sesenta y siete  
vivian los cinco infantes,  
esperando un porvenir  
preñado de tempestades;  
y há quince meses que reina  
don Sancho en Burgos, y trae  
una vida sosegada  
que no era de imaginarse.



Cortés, pero reservado  
con todos á la par, nadie  
sus pensamientos penetra  
ni sus intentos precave.  
Alvar, el Cid, y los nobles  
de su bandera secuaces,  
ven, oyen, callan y esperan  
que obre el rey ó se declare;  
porque nadie créa tampoco  
que en su corazon no guarde  
algún secreto su calma,  
ó se haya vuelto cobarde;  
porque él dió desde pequeño  
de grande esfuerzo señales,  
de grandes ímpetus muestra,  
y hombre no hay que de alma cambie.  
Su calma, están avisados  
de que es la de los volcanes;  
montes verdes apagados,  
y en erupcion Leviatanes.  
Con indiferencia fria  
ha visto de él alejarse  
á los que en pos se llevaron  
sus hermanos los infantes.  
Poderosos ricos-homes,  
barones de alto linaje  
que flor y prez de Castilla  
en su corte fueron ántes,  
de sus hermanos ya reyes  
siguiendo los estandartes,  
abandonaron á Burgos  
por sus nuevas capitales.  
El conde don Per Anzules,  
el mayor entre los grandes,  
el más rico de los ricos,  
y el leal de los leales,

anda en Leon con su hermano  
don Alonso gallardeándose,  
de consejero y privado  
y de Mecenas con aires.  
Arias Gonzalo y sus hijos,  
oriundos de los solares  
de los condes de Castilla,  
nietos de Fernan Gonzalez,  
por la infanta doña Urraca,  
se dan por los tutelares  
de Zamora, y la defienden  
sin que ninguno la ataque.  
Con don García se fueron  
mancebos muy principales,  
tan levantiscos é inquietos  
como de todo capaces;  
y aunque en Burgos le quedaron  
los Laras y los Pelaez,  
los Nuñez y los Porcelos,  
y Ruy Diaz y Alvar Fañez,  
don Sancho ni con larguezas  
se les intima ni atrae,  
ni á su consejo les llama  
jamás para consultarles.  
Y en una vida inactiva  
que en Burgos no hay quien no tache,  
ni va á caza, ni hace de armas  
ni de caballos alarde;  
ni galantea, ni feria,  
ni hace mercedes; y nadie  
penetra en su pensamiento,  
ni sus intenciones sabe.  
Entre tanto, prevaliéndose  
de su calma inexplicable,  
tomándola por inercia  
y á él por de poco tomándole,

aragoneses y moros  
han comenzado á agitarse,  
las párias y los tributos  
resistiéndose á pagarle;  
y el rey de Aragon, su tío,  
á los navarros audaces  
permite que las fronteras  
impunemente le talen.  
Don Sancho se ha limitado  
reclamaciones á enviarle,  
y don Ramiro y los moros  
le dan ya por rey cobarde.

Así ha pasado año y medio;  
y aunque de don Sancho nadie  
los pensamientos penetra  
ni los intentos precave,  
piensan los más que su calma  
ha de ser la de los mares,  
que las borrascas cobijan  
bajo sus ondas falaces.

Ello es que en el cielo y tierra  
del reino de los infantes,  
no rompen, pero fermentan  
los nublos y los volcanes;  
y aunque es el tiempo que corre  
primaveral, fresco, y suave,  
se respira cual sintiendo  
cargado de miedo el aire.

## II

Jimena es buena cristiana,  
como en la centuria oncena  
pudo ser cristiana y buena  
una mujer castellana;

porque en su modo de ser,  
ninguno puede evitar

ser del tiempo y del lugar  
en que le cupo nacer.

Y en ningun tiempo y nacion  
jamás el pueblo ha sabido  
separar lo que han fundido  
la fe y la supersticion.

Y es tan fácil de explicar,  
tan claro de comprender  
esto, que no es menester  
más que ponerse á pensar.

El hombre, que nada sabe  
de lo que ántes ni despues  
de la vida fué ni es,  
crée cuanto en mente le cabe.

De todas las religiones  
que el mundo antiguo inventó  
el tiempo nuestro heredó  
las locas supersticiones:

y Cristo que la verdad  
revelándonos moria,  
no ha logrado todavía  
disipar tal ceguedad;

pues su santa religion,  
única luz verdadera,  
no deja brillar entera  
la ciega supersticion.

¡Cuidado, que no pretendo  
en estos pobres renglones  
tocar profundas cuestiones  
que ni me tocan ni entiendo!

sinó apuntar hechos reales,  
dar observaciones hechas  
desde años de largas fechas  
hasta los tiempos actuales.

Decir claro y sin rodeo  
como una cuestion de casa,

lo que en este mundo pasa  
porque lo he visto y lo veo.

Se dice que el diablo sabe  
más por viejo que por diablo;  
y yo como viejo hablo  
de lo que ví y en mí cabe;

y sin mucho pretender,  
tras medio siglo que ando  
el mundo viendo y mirando,  
algo he debido de ver.

Y que existen aún he visto  
en las más cultas naciones,  
mil sándias supersticiones  
en contradiccion con Cristo.

Y no hay corte ni lugar  
que no tenga suya propia  
de supersticiones copia,  
que restan por extirpar.

No hay pueblo que el Cristianismo  
profese, cuya razon  
no ofusque del paganismo  
alguna supersticion.

Roma, sol de las naciones,  
centro del mundo cristiano,  
es el pueblo más pagano  
y de más supersticiones.

La quiromancia, los sueños,  
los agüeros, los hechizos,  
conjuros y bebedizos,  
de su razon aún son dueños.

Mas de la gente romana  
no hablemos; porque la estoy  
estudiando y de ella voy  
á hacer un libro mañana.

Volviendo al mundo que ví;  
de viles supersticiones

presa, á todas las naciones  
he visto que recorrí.

Y no intentemos cuitados  
engañarnos con utopias:  
las tienen muchas y propias  
los hombres más ilustrados.

Y tú, lector, á tu vez  
tienes en tu corazón  
cualquier ruina superstición,  
crées cualquier estupidez.

De niños nuestra nodriza  
nos las inculca, y son luego  
como residuos de un fuego  
conservado entre ceniza.

Quién teme la oscuridad,  
quién al mártir, quién á un mosco...  
del sabio al labriego tosco  
caen en tal vulgaridad;

y de la superstición  
aunque el tejido es tan burdo,  
no crea ningún absurdo  
de que alguien no haga adopción.

Y es que el hombre que no sabe  
lo que ni antes ni después  
de la vida fué, ni es,  
crée cuanto en mente le cabe;

y el sencillo cristianismo  
tropieza en la muchedumbre  
popular, con la costumbre  
y el error del paganismo.

Y aquí brota la cuestión  
que yo no quiero tocar,  
porque ni este es su lugar  
ni está en mi jurisdicción.

¿Por qué en siglos diez y nueve  
la superstición pagana

anubla la luz cristiana,  
y quién extirparla debe?

¿Por qué está en Roma, más cerca  
de la luz del Vaticano,  
en el pueblo más pagano  
la superstición más terca?

Cuestiones por resolver,  
que otros siglos zanjarán,  
y que me traen sin afán,  
porque yo no lo he de ver.

Sólo una cosa me resta  
á la cuestión que añadir,  
por si es que la quiere asir  
por ella un sabio: y es ésta.

¿Y nuestra edad..... que se crée  
despreocupada y culta  
y á sonámbulos consulta  
y á charlatanes da fe?

Es cosa que hace reir  
mirar el mundo por dentro:  
yo me río cuando encuentro  
sus sabios del porvenir.

Lo que siento es no poder  
vivir todas sus edades  
para ver las necesidades  
en que tiene aún que créer.

---

Jimena, pues, que es cristiana  
como en la centuria oncena  
pudo ser cristiana buena  
una mujer castellana,  
tiene una superstición  
que Bibiana la fomenta,  
y que en secreto atormenta  
su cristiano corazón.

Bibiana dió en el deslíz  
de temer supersticiosa  
que haya una ley misteriosa  
que deba hacerla infeliz,  
y á cada angustia ó revés  
de aquella vida agitada,  
la dice desesperada:  
¿Lo ves, Jimena, lo ves?

Supersticion popular  
que el síno del paganismo  
y el musulman fatalismo  
vinieron á inocular.

En la cristiana creencia  
de la divina venganza,  
Bibiana á explicar no alcanza  
por qué lo cree su conciencia.

Mas como tenaz mosquito  
que al oído á zumbar viene,  
al de Jimena sostiene  
su són tenaz é infinito.

Jimena tambien lo crée:  
pero esta supersticion  
la alberga su corazon  
basada en su propia fe.

Mató á su padre Rodrigo:  
y aunque diz que bien matóle,  
le mató: y Dios en su prole  
al matador da castigo.

Él á su padre mató  
y ella se casó con él:  
¿tomará venganza cruel  
Dios del hijo que engendró?

Mas ya, el matrimonio hecho,  
ella que á Rodrigo adora,  
el temor que la avizora  
sepultar debe en su pecho:



pues no es justo ir á turbar  
la paz de su corazon  
de ruin preocupacion  
por la pavura vulgar;



ni debe hacerla nacer  
en aquella alma serena  
que creyó una accion muy buena  
tál muerte y tál boda hacer.

Sólo una palabra más:  
ella, en su fe sin malicia,  
de Dios la eterna justicia  
juzga con juicio quizás:

porque ella tiene entendido  
que el Evangelio relata  
que Dios castiga á quien mata;  
¡y á quién mató su marido!

La ley del tiempo que alcanza  
boda y muerte justifica:

pero remision no implica  
de la divina venganza.

Y á su hijo Diego en la cuna  
no hay vez que coloque ó meza  
que no diga con tristeza:  
¡Ay! ¿cuál será tu fortuna?

Y esta tristeza interior  
que no debe revelar,  
la hace vivir en su hogar  
presa de oculto dolor.

Pagana supersticion  
ó santo temor cristiano,  
róe, escondido gusano,  
de Jimena el corazon.

Ruy Diaz, hombre que vive  
lidiando y poco en su casa,  
del duelo que la traspasa  
el alma no se apercibe.

Él supone que en su hogar  
mujer que al marido quiere,  
siempre en temor de si muere,  
nunca alegre puede estar.

Y mira á su hijo en la cuna  
esperando sin tristeza  
que cual le dió la nobleza  
le dará Dios la fortuna.

Pero Jimena, Bibiana,  
doña Teresa y don Diego,  
son gente del vulgo lego,  
mas de buena fe cristiana;

y habiendo llegado á oír  
lo de Ruy Diaz y el Papa.....  
lo que á nadie se le escapa  
no osa ninguno decir.

Y es: que si él ha amenazado  
al Papa y le excomulgó,

bien á su patria sirvió,  
pero ¿estará excomulgado?

Y á pesar del heroísmo  
con que el Cid por Cristo lidia,  
con buena fe ó con perfidia  
pensaban muchos lo mismo.

Y esto, que hoy mismo materia  
de inquietud fuera y de duda,  
en aquella época ruda  
era una cuestion muy séria.

Fe viva ó miedo pueril  
escondido en la conciencia,  
y de triple procedencia  
cristiana, mora y gentil,  
es una neblina densa  
que anubla el tranquilo hogar  
de la casa de Vivar,  
cada dia más intensa:

y obliga á sus habitantes  
si no á vivir desdichados,  
sombrios y ensimismados  
y sin la franqueza de ántes.

Es decir que en una casa  
do no pasa mal alguno,  
comienza á ser importuno  
vivir, porque nada pasa.

Y es tan fácil de explicar,  
tan claro de comprender  
ésto, que no es menester  
más que en ello meditar.

Secreto que todos callan  
y que, fe ó supersticion,  
todos en su corazon  
guardan y con él batallan,

es, cuando á bandos se afilia  
políticos, la creencia,

gusano de la conciencia  
y acíbar de la familia.

Pero en su modo de ser  
nadie ha podido evitar  
ser del tiempo y del lugar  
en que le cupo nacer;

y allá en la centuria oncena,  
la familia más cristiana  
sin ser esclava romana  
no cree ser cristiana buena.

Y si el Cid, más avanzado  
que su edad ó más amante  
de su patria, fué delante  
de su edad, lo hubo á pecado.

Tal era la situacion:  
y si explicarla en lo escrito  
no he conseguido, remito  
al tiempo la explicacion.

### III

Era una noche de octubre,  
oscura, fria y ventosa,  
en que todo removido  
crujia en la tierra lóbrega.  
Rompió el viento en el monte  
robles y encinas añosas,  
que preferian romperse  
ántes que soltar sus hojas.  
Las campanas de la torre  
lanzaban aisladas notas,  
arrancadas á la fuerza  
de su embocadura cóncava;  
y la veleta torciéndose  
sobre su barra mohosa,  
chirreaba como una víbora  
á quien un águila ahoga.

Todo temblaba en la tierra,  
todo zumbaba en la atmósfera,  
todo cimbraba en las casas  
con terror de las personas.

La familia de Vivar  
de esta noche á primer hora  
ponia fin á una cena  
como de vigilia sóbria.  
Doña Teresa y don Diego  
á Dios en voz baja imploran  
favor para los perdidos  
en noche tan tormentosa.  
Jimena fija en silencio  
su mirada melancólica  
en su hijo Diego que duerme  
en los brazos de su rolla:  
y la nodriza Bibiana  
está de pié, temerosa  
de cuantos lúgubres ruidos  
fuera el temporal provoca.  
La turbia luz de la lámpara  
haciendo lenguas y ondas  
dibuja informes y móviles  
por las paredes sus sombras;  
y en aquel mustio silencio  
que nadie interrumpir osa,  
el pensamiento de todos  
ocupa una idea sola.

Veinte meses han pasado  
desde que bajó á la fosa  
don Fernando, y hace tres  
que el Cid fué al campo, y no torna.  
El rey don Sancho há tres meses  
como desvelada zorra  
salió una noche á campaña  
á expedicion misteriosa.

Poco á poco y en secreto  
juntó en la frontera tropas,  
y con el Cid y sus nobles  
partió.—¿Dónde? ¿á qué? se ignora.

Como de este primer paso,  
de esta primera é ignota  
empresa, derrota ó triunfo  
pende un porvenir de gloria  
ó de vergüenza, y Castilla  
va á saber, triste ó gozosa,  
qué rey es su rey don Sancho  
y qué alma en su cuerpo aloja,  
Castilla entera en silencio  
está con inquietud honda  
esperando ver sus hechos  
y juzgarle por sus obras.  
La incertidumbre es profunda,  
la situacion angustiosa,  
y en el aire se respira  
en vez de aliento congoja.

Por eso en Vivar se vive  
en esa inquietud monótona  
del que aguarda en las tinieblas  
la luz de Dios con la aurora.  
Jimena de sobremesa,  
buscando ocasion y forma  
de distraer á los viejos  
ahogando su angustia propia,  
busca en su mente confusa  
ideas consoladoras  
que formular en palabras  
alegres ó cariñosas.  
Pero miéntras ella busca  
ideas que hallar no logra,  
vino un rumor repentino  
á confundírselas todas.

En medio de los mil ruidos  
con que con furia diabólica  
el vendaval desatado  
las casas bate y azota,  
oyó ladrar á lo léjos  
los mastines de las chozas  
del redil donde es costumbre  
que el ganado se recoja.  
El redil con sus tenadas  
la vía de Burgos orla,  
y algo hay en ella de extraño  
que sus perros alborota.  
Arrojóse á la ventana  
Jimena por fin, y abrióla  
con ansiedad: metió el viento  
el frio, el polvo y las hojas  
en la cámara, apagando  
la luz: y en aquella tromba  
rasgada de él, entró el ruido  
de caballos que galopan.  
Todos lo oyeron: y todos  
en callada y afanosa  
inmovilidad, escuchan  
sufriendo el viento en la sombra.  
Son caballeros cristianos:  
la caballería mora  
entra en las villas que asalta  
con salvaje batahola;  
y ésta llega sin más ruido  
que el monótono que forman  
con las pezuñas herradas  
los arneses que se chocan.  
Del vendaval el estrépito  
desgarrando, vigorosa  
lanzó entre sus torbellinos  
su són marcial una trompa.

¡Es Ruy Diaz!—Todo el pueblo  
se echa á la calle en la sombra,  
porque el huracan no sufre  
candil, linterna, ni antorcha:



mas lo imposible á los ojos  
lo facilitan las bocas;  
y á voces se reconocen,  
se saludan y se alojan;  
y mientras Bibiana enciende  
luz, y los viejos sollozan,  
y el muchacho grita, el Cid  
dió en los brazos de su esposa.  
Abrazó á todos; y echando  
á un lado cuanto le estorba,  
sentóse á la mesa y dijo:  
«Traigo un hambre de quince horas.»  
Sírvele al punto Bibiana,  
en torno se le colocan



todos, y á sus mil preguntas  
responde miéntras devora.

Los héroes de la Edad media  
eran gente brava y tosca,  
que en su interior no gastaron  
melindres ni ceremonias;  
y el Cid comia y bebia:  
los romances y las crónicas  
cuentan sus lides; mas nadie  
lidia bien sin que bien coma.  
Con qué, aquietado el muchacho  
y con los suyos á solas,  
y aplacada un poco el hambre  
de pernil con una lonja,  
don Diego en breves preguntas  
y el Cid en respuestas cortas,  
fueron en limpio sacando  
los hechos en esta forma:

D. DIEGO ¿Dónde fuisteis?

EL CID A Aragon.

D. DIEGO ¿Muy dentro?

EL CID Hasta Zaragoza.

D. DIEGO ¿Y qué?

EL CID Rendimos al moro  
Almaugadir, y á otra cosa.

D. DIEGO ¿Cómo á otra cosa?

EL CID Don Sancho  
parece que reflexiona  
mucho un plan; mas en campaña  
maniobrando no reposa.  
Dimos sobre don Ramiro  
su tio.

D. DIEGO ¡Extraña maniobra!

¿Contra un pariente cristiano?

EL CID Y en buen derecho.

D. DIEGO ¡Me asombras!

- EL CID      Ofensiva y defensiva  
 hecha liga en pró y en contra  
 con el moro, el ayudarle  
 era obligacion forzosa.
- D. DIEGO      Pero ¡en paz con don Ramiro!...
- EL CID      Dijo don Sancho que rota  
 la tenía él, y hecha afrenta  
 por escrito á su persona.
- D. DIEGO      ¿Y qué pasó?
- EL CID                      Sobre Grados  
 estaba: la gente mora  
 hizo una salida: miéntras  
 nosotros sobre sus tropas  
 dimos por la espalda, y fué  
 breve y total la derrota  
 con su muerte.
- D. DIEGO                      ¿Murió el rey  
 don Ramiro?
- EL CID                      De Dios goza,  
 porque murió confesado;  
 se le han hecho grandes honras,  
 y ya en San Juan de la Peña  
 con sus abuelos reposa.
- D. DIEGO      ¡Es una traicion inicua!
- EL CID      Por todas partes se cobran  
 ya en paz los tributos: fué  
 una leccion provechosa.
- D. DIEGO      Rodrigo, ese rey me espanta.  
 ¿Y si se revuelve ahora  
 contra sus hermanos?
- EL CID                      Él  
 sabrá lo que más le importa.
- D. DIEGO      ¿Tú le ayudarás?
- EL CID                      Y muchos.
- D. DIEGO      ¿Y en tal ocasion?
- EL CID                      En todas.

Castilla debe ser grande  
y partida se aminora.

D. DIEGO Miéntas que la reina viva....

EL CID Miéntas vivió respetóla  
don Sancho.

D. DIEGO ¡Ha muerto!

EL CID Esta tarde.

EL CID ¡Dios nos ampare!

D. DIEGO Él os oiga.

Santiguáronse los viejos;  
Rodrigo apuró su copa  
y dijo: «Estoy muy cansado;  
pónganme luz en la alcoba.»

Besó á sus padres y á su hijo:  
y ayudado por su esposa,  
cayó en el lecho postrado  
por el sueño que le agobia.

Si álguien cree que acuesto al Cid  
de manera indecorosa,  
le diré que en aquel tiempo  
lo mismo que ántes y ahora,  
los héroes sufren de hombres  
las necesidades todas;  
y no solamente duermen,  
sinó que los hay que roncan.

#### IV

Doña Sancha, reina noble,  
madre buena, esposa casta,  
vivió envuelta en el respeto  
y murió como una santa.  
Querida de sus vasallos  
y por sus pueblos llorada,  
dejó, ramo de virtudes,  
celestes aroma en su patria,

y Dios la evitó ver de ella  
las desventuras nefandas,  
de las que al romper su vida  
rompió el demonio las vallas.

Apénas su cuerpo frio  
en su sepultura entraba,  
rugió don Sancho, leon  
escapado de su jaula.

Juntó á sus nobles y díjoles:  
«Barrera de Europa España,  
al cristianismo protege  
de la invasion musulmana.  
Si ha de ser España grande,  
es preciso unificarla;  
y arrojar de ella á los moros  
si Europa ha de ser cristiana.  
Mi padre partió á Castilla  
cuando iba haciéndose ancha,  
y de mantenerse unida  
cuando la hacia más falta.

Antes que el amor de padre  
era el amor de la patria;  
y ántes que el respeto de hijo  
es mi deber de monarca.

Don García y don Alonso  
hacen contra mí alianzas,  
y me insultan, me hostilizan  
y las fronteras me asaltan.

Yo les dejara ser reyes  
si conmigo se juntaran,  
y fuéramos tres en uno  
contra la morisma bárbara.

Mas si hoy no doy yo sobre ellos,  
darán sobre mí mañana;  
y sólo serán los moros  
los que saquen la ganancia.

Mi padre nos hizo libres  
de Roma y de la Alemania;  
pero me amarró las manos,  
y me recortó las alas.  
Quiero ser rey de Castilla  
como mi padre, sin trabas;  
y hacer de ella, sinó el único  
el primer reino de España.



Ya sabeis quién es don Sancho  
y qué bandera levanta:  
con que, si quereis seguirla,  
por don Sancho tremoladla.»

Este discurso capcioso,  
cuyas brillantes palabras  
doran de un mal corazon  
la ambicion y la falacia,  
como alucina á los buenos  
y á los aviesos halaga,  
las voluntades de todos  
del rey en favor arrastra.  
Juró, pues, fe al rey don Sancho  
la nobleza castellana,  
y de la lid fraticida  
se preparó á la campaña.

## V

Cinco años lleva Jimena  
con Ruy Diaz de casada;  
y aunque no pasa Ruy Diaz  
tres meses del año en casa,  
por segunda vez Jimena  
de él se siente embarazada,  
cuando ya su primer hijo  
anda solo y rompe el habla.  
Ama Jimena á Ruy Diaz  
con toda la fe de su alma,  
y sólo á Dios le pospone  
como el Evangelio manda:  
y aunque goza de él apénas,  
pues cuando apénas le abraza  
le vuelve á perder, acepta  
su condicion resignada.

Cinco años há que don Diego,  
viendo el mundo cómo anda,  
anda mustio y silencioso  
aunque lo que piensa calla:  
pero lo que calla siente  
que el corazon le trabaja,  
y el roedor sentimiento  
le debilita y le acaba.  
De los viejos es achaque:  
llegan á un tiempo y se paran;  
y el tiempo sigue pasando,  
y ellos sienten lo que pasa.

Doña Teresa, ya abuela,  
con su nieto y con Bibiana  
goza, y cae de la vejez  
en la decrepita infancia.  
Así aunque á Vivar sustentan  
rentas que no sólo bastan,

sinó que sobran con mucho  
para familia y mesnada,  
se vive en él sin placeres,  
sin aficiones, ni galas;  
léjos de la corte, ajenos  
á la pompa cortesana,  
y de su régia nobleza  
privados de la importancia,  
de sus secretos temores  
y de las guerras á causa.  
Pero como ni aprensiones  
ni guerras han traído nada  
de aciago sobre Vivar,  
y en vez de duelo y desgracias  
han procurado á Ruy Diaz  
poder, riqueza, honra y fama.....  
parece que se atormentan  
con penas imaginarias.

---

Es una mañana fria,  
pero azul, serena y clara  
del segundo mes del año  
de mil setenta. En la plaza  
de Vivar en són de guerra  
se junta la gente de armas;  
y se ordenan los peones,  
y los bagajes se cargan,  
y los caballos de guerra  
con los arneses se embardan,  
y á la puerta de Ruy Diaz  
Babieca impaciente piafa.

Las mujeres y las hijas  
de los que á la guerra marchan  
y las novias de los mozos,  
están desde las ventanas

saludando á los que parten  
con pañuelos y con lágrimas,  
dándose el último adiós  
y las últimas miradas.

Rodrigo en el aposento  
donde la escalera arranca,  
se arranca de los abrazos  
de su buena madre anciana:  
y á su hijo que llora besa,  
y á su triste esposa abraza  
y á su viejo padre pide  
la bendicion en voz baja.  
Este, tendiendo los brazos  
á todos de su hijo aparta;  
se arrodilla ante él Ruy Diaz,  
y sus dos trémulas palmas  
poniendo el viejo en los hombros  
del Cid, con voz que le embargan  
los años y la emocion,  
le dirige estas palabras:

«Dios te bendiga, hijo mio:  
y por si al volver no me hallas  
en vida ya, ó tú allá quedas,  
esto en tu memoria graba.  
Sin fe en Dios nadie fué grande:  
no hay buen fin con causa mala;  
ántes que el Rey está Dios:  
mal á su Iglesia no hagas.  
Conciencia tienes: contra ella  
en caso ninguno vayas,  
porque la conciencia es áspid  
que el corazon ataraza.  
Lidia por Cristo: no lidies  
por ambiciones humanas;  
porque los reyes y el diablo  
son los que dan peor paga.



Bendito seas, Ruy Diaz:  
yo te bendigo. A Dios plazca  
que mi bendicion paterna  
la suya al morir te atraiga.»

Besóle el viejo en la frente:  
besó las manos escuálidas  
de su padre el Cid llorando:  
y miéntras todos las caras  
en las manos escondian  
enjugándose las lágrimas,  
ganó la escalera á saltos  
y se presentó en la plaza.  
Montó á caballo, embrazó  
el broquel, asió la lanza,  
y partió..... como le pinta  
la tradicion castellana.

## VI

Don Alonso era hombre astuto,  
prevenido y avisado,  
y estaba dispuesto á todo,  
pues nunca fió en don Sancho.  
Con don García y sus primos  
el de Aragon y el Navarro,  
y con los reyes infieles  
Cordobés y Toledano,  
hechos ajustes y ligas  
del rey de Castilla en daño,  
en cuanto oyó que venia  
salió á encontrar á su hermano.

Topó con él en Carrion;  
y el Burgalés, que tán bravo  
no le creia y aún léjos,  
se halló con él descuidado.  
Cayeron sobre los suyos  
los leoneses, llegando

con la cautela de zorras  
y con la furia de alanos.  
Los de Castilla cogidos  
en Carrion de sobresalto,  
cuando esperaban coger  
de sorpresa á los contrarios,  
pelearon como buenos;  
mas sin órden pelearon,  
y al fin volvieron la espalda  
con vergüenza y con espanto.

Lidiaba el rey de Castilla  
como un oso acorralado  
con un puñado de nobles  
de puños como él y de ánimos;  
pero viéndose perdidos,  
de las riendas del caballo  
del rey asiendo, á la fuerza  
de la liza le sacaron.

Bramaba el rey de coraje  
viendo huir á sus soldados,  
y en las sombras del crepúsculo  
escondese en los chaparros;  
y sin poderse valer  
huia tambien bramando,  
arrastrado por sus nobles  
ganosos de verle en salvo.

Interrumpió su carrera  
la oscuridad en un páramo,  
y en un robledal vecino  
con su señor se ampararon.  
La noche lóbrega y húmeda  
era una del mes de marzo,  
mala de pasar á esta época  
y en aquel país al raso.  
Salieron, pues, á orientarse  
Diego Ordoñez é Ivan Dávalos;

dos hombres siempre valientes  
y nunca desesperados.

Quedóse el rey con los otros:  
mas como presa del diablo,  
blasfemaba furibundo  
sin hacer de nadie caso:  
y revolviéndose inquieto  
entre los robles, y dando  
en las tinieblas de bruces  
con ellos á cada paso,  
maldecia su fortuna  
dando en los troncos hachazos,  
matar arriesgando á alguno  
de los que le habian salvado.

Callaban estos, del rey  
por precaucion apartados:  
mas viendo que no atajaba  
sus furiosos arrebatos,  
trataban ya en voz muy baja  
de sujetarle los brazos,  
para no tener traidores  
que dejarle solo..... cuando  
sintieron por la llanura  
són de corceles lejanos,  
que hácia el robledal venian  
tan derechos como rápidos.

La prevision del peligro  
calmó al rey y le hizo cáuto:  
escuchó y dijo: «Nos buscan  
y se acercan; defendámonos.»

Todos en torno del rey  
pusieronse espada en mano;  
y oyóse á los que venian  
decir «por aquí» buscándolos.  
Entónces el rey volviéndose  
á los suyos dijo alto:

«No muramos aquí á oscuras  
 como lobos entrampados.»  
 Y saliendo de repente  
 del robledal á lo llano,  
 dijo golpeándose el pecho:  
 «¡Aquí está, aquí está don Sancho!»



Todavía en el ambiente  
 su voz estaba vibrando,  
 cuando otra voz vigorosa  
 dió á los jinetes el alto.  
 Quedaron todos inmóviles:  
 y de los recién llegados  
 tres hombres en la penumbra  
 hácia el rey se adelantaron.  
 El rey que en la oscuridad  
 ve los tres bultos cercanos  
 ¿Quién va? gritó, y respondieron:  
 El Cid Ruy Diaz, don Sancho.  
 Respiraron todos: juntos  
 Diego Ordoñez é Ivan Dávalos

detrás del rey se pusieron  
y con el Cid le dejaron.

Llegósele el rey: el Cid  
echó pié á tierra: y la mano  
dándole el rey, en voz baja  
trabaron y aparte diálogo.

D. SANCHO ¡Dios me perdone! Créime  
tambien por tí abandonado.

EL CID Yo nunca abandono á nadie,  
sea rey, sea vasallo.

D. SANCHO Nos han vencido.

EL CID Sin mí.

D. SANCHO ¿Por qué atrás me habeis dejado?

EL CID Fué error dividir la hueste:  
lo dije.

D. SANCHO Y me cuesta caro;  
pero aún hay tiempo, y en Burgos  
gente fresca: rehagámonos.

EL CID Ya estamos aquí rehechos:  
yo he recogido avanzando  
los dispersos, y aún están  
mis vivareños intactos  
y ganosos de romperse  
por vos y por mí los cascós.  
Conque, si quereis seguir  
mi consejo, no perdamos  
el tiempo, y á don Alonso  
vamos á dar un albazo.  
Yo conozco á los gallegos,  
astures y lusitanos;  
pelean bien, mas el triunfo  
les desvanece: volvamos  
sobre Carrion. A estas horas  
están beodos bailando  
con las mozas, y creyendo  
que aún corremos como gamos.

Vamos, señor: en la cama  
como conejos cojámoslos,  
y el sol de mañana puesto  
verá lo de arriba abajo.

D. SANCHO ¿Tú respondes?

EL CID Con mi vida.

D. SANCHO Vamos pues.

EL CID ¡Pues á caballo!

Dió al rey un caballo el Cid  
y de las huestes el mando;  
y en las tinieblas cual duendes  
se perdieron por el páramo.

## VII

Tiene á Carrion mal tendido  
un árido cerro á lomos,  
entre un puente de romanos  
y un castillejo de moros.  
El rio, haciendo una comba  
de la loma en el recodo,  
al puente sirve de espejo  
y al castillejo de foso.  
Tienen unos condes ricos  
hacienda grande en sus cotos;  
mas de seso muy escasos,  
de corazones muy flojos  
y avaros como judíos,  
sus tierras dan á colonos  
en arriendo; y no se ocupan  
en labores, sinó en cobros.  
Dúeños de los encinares  
y las dehesas del contorno,  
sus maderas y sus pastos  
cambian sin trabajo en oro.  
Teniendo así sus terrenos  
en tan cobarde abandono,

ni han pensado en su defensa  
ni la han menester tampoco;  
pues consiéndolo su hacienda  
en escondidos tesoros,  
en caso de guerra huyen,  
y al volver se encuentran horros.  
Con un vigía en la torre,  
y un velador cuidadoso  
á la cabeza del puente,  
de sorprenderles no hay modo:  
porque el puente está torreado,  
y el Cea por allí es hondo;  
y en largo trecho adelante  
sólo hay llanos y rastrojos,  
por donde alcanza la vista  
gran distancia sin estorbos,  
regando el río, agua abajo,  
de fértil vega un buen trozo.  
Del otro lado del río  
el terreno es pedregoso,  
y unos tapiales ya viejos  
guardan el pueblo tan sólo.  
Verdad es que por las breñas,  
zanjas, barrancales y hoyos  
que al pié del cerrillo esconde  
tupida capa de abrojos,  
sólo los pastores andan  
por mil senderillos corvos,  
que cortan tajos continuos  
y hovedizos arroyos:

Ya está la noche avanzada;  
cubre el cielo nebuloso  
un pabellón denso y móvil  
de nubarrones de plomo;  
y un aire pesado y débil  
con interrumpidos soplos,

la lluvia amaga y no puede  
sacar de sus senos cóncavos.

Leoneses y asturianos  
del triunfo en el alborozo,  
están en Carrion de fiesta  
gran gasto haciendo de mosto.  
Habiendo á los burgaleses  
tan completamente roto,  
que ni seguirles quisieron  
al ver su total destrozo,  
creian caer en Burgos  
dentro de plazo tan corto,  
que ni pudieran rehechos  
estar, ni á defensa prontos.  
Así, del lado de Burgos  
guardado el puente tan sólo,  
solamente están guardados  
por las tapias por el otro:  
y abandonados al goce  
del triunfo y del tiempo próspero,  
en vez de ser campamento  
era Carrion Pandemonium.  
Los villanos, no cuidados  
por sus condes, dieron fondo  
al envás de sus bodegas  
por cuenta de don Alonso.  
De soldados y villanas  
parejas, grupos y corros  
estaban de la alegría  
y la embriaguez en el colmo.  
Los gallegos, de una gaita  
al són, girando en redondo,  
con las mozas en la plaza  
danzaban su baile godo.  
Los lusitanos, cebados  
en un aloquillo rojo,



tan bocon como caliente,  
tan traidor como sabroso,  
primero alegres, despues  
pesados, y al fin beodos,  
dormitaban calentándose  
ante hogueras de manojos;



y los aliados infieles,  
cansados ya de ser sóbrios  
y aguados como musulmes,  
bebian como católicos.  
Sentados en los talones,  
en las rodillas los codos,  
entre las manos la barba,  
encandilados los ojos,  
y empinados en la nuca  
los turbantes y los gorros,  
como un congreso de enanos,  
como un sanhedrin de gnomos,

contemplaban y aplaudían  
ebrios, un grupo diabólico  
que ante ellos bailaba, al són  
de un tamboril y un piporro.  
Y en tan culpable desorden  
que estuvieran fué forzoso  
el rey don Alonso ciego,  
y sus capitanes locos.

Conocedor del terreno  
y en estratagemas docto,  
el Cid vadeó el rio Cea  
por un bajío arenoso:  
y echando á ancas los peones,  
primero unos y luégo otros  
en breve tiempo á pié enjuto  
á la otra orilla pasólos;  
y avanzando por atajos,  
cruzando dehesas y sotos,  
dió en las eras de Carrion  
entre la iglesia y el hórreo.  
Dejando allí los caballos  
á bagajeros y mozos,  
trepó al cerro con los suyos,  
á la rastra como topos;  
y cuando al pié de las tapias  
arribaron silenciosos,  
del baile y de los cantares  
á merced del alboroto,  
vieron á los leoneses  
sin oídos y sin ojos,  
como conejos en brama  
sin sentir á los raposos.

En el salon del consejo  
cenaba el rey don Alonso,  
futuros planes trazando  
con sus capitanes todos,

cuando interrumpió su fiesta  
estrépito clamoroso  
y rudo són de pelea  
que apercibieron absortos.  
Pusieron mano á los hierros,  
más que espantados atónitos,  
pero sin tiempo ni espacio  
para sacarles del forro;  
porque puertas y ventanas  
hechas de repente trozos,  
dieron paso á una centena  
de burgaleses furiosos,  
que gritando «¡por don Sancho!»  
como banda de demonios  
en un círculo de espadas  
les encerraron de pronto.  
De la sorpresa el buen éxito  
fué completo y perentorio:  
ni resistencia posible,  
ni esperanza de socorro.  
Don Alonso se cubria  
con ambas manos el rostro,  
ó por no ser conocido  
ó por cubrir su sonrojo;  
cuando, al tiempo que una mano  
tocaba apénas su hombro,  
oyó una voz que le dijo:  
«Preso por don Sancho os cojo.»  
¡El Cid! exclamó el infante:  
haznos paso, y en retorno  
te daremos.....  
—Las espadas:  
yo ni me vendo ni compro.

En esto en medio del ruido  
de la lid y el fulgor torvo

del incendio que arde fuera,  
 entró respirando encono  
 don Sancho con el mandoble  
 ensangrentado hasta el pomo;  
 y al ver á su hermano, encima  
 vínosele como un lobo.  
 Metióse el buen Cid entre ambos.

—Dámele, dijo rabioso  
 don Sancho.—Es mi prisionero,  
 respondió el Cid.—Te le compro,  
 véndemele; dijo el rey.

—En cautivos no negocio,  
 —Te doy por él.....—Vuestra mano,  
 señor; y cuando el enojo  
 domineis con la razon,  
 en esta mano que os tomo  
 pondré la de vuestro hermano,  
 como la mía hoy os pongo.  
 —Yo soy el rey.

—Dios es Dios:  
 él me juzgue segun obro;  
 dijo el Cid al rey irguiéndose.  
 Miróle éste airado y hosco,  
 y el Cid sin soltar la mano  
 que el rey le dió, poco á poco  
 con su mirada serena  
 hizo al rey bajar los ojos.

—Señor, dijo el Cid, lo mismo  
 que por vuestro honor afronto  
 vuestra cólera, en el campo  
 por él los huesos me rompo.  
 Si á vos por él os prendiera,  
 dijera yo á don Alonso:  
 «Don Sancho es hermano vuestro:  
 sed cristiano y generoso.»

El rey escuchando al Cid  
 iba su semblante fosco  
 serenando y escondiendo  
 en su corazon el odio.  
 Al fin, con faz ya tranquila,  
 pero con acento aún ronco  
 por la ira mal apagada,  
 dijo:—Sé, pues, su custodio:



mas no quiero que en Castilla  
 haya más que un sol y un trono:  
 las cabezas con corona  
 que tope en ella, las corto.  
 Si él mismo rompe la suya  
 en su régio territorio,  
 y sus pueblos se me entregan.....  
 veré á lo que me acomodo.

Soltó la mano del Cid;  
 y á pasos lentos y cortos  
 salió del cuarto, dejando  
 respirar en él á todos.

Y cuando en el aposento  
 les dejaron á ambos solos,  
 hablaron así en voz baja  
 Ruy Diaz y don Alonso.

- Ruy, mi hermano es una fiera.  
— Mas ya veis que yo la domo.  
— Tengo miedo á que me mate.  
— Siento que seais miedoso.  
— No tengo miedo á la muerte,  
sinó á morir de mal modo.  
— No temais: miéntras yo viva,  
yo de él y de vos respondo.





## I

NA mañana de mayo  
 fecundo mes del amor,  
 vestido el suelo de verde  
 y el firmamento de sol,  
 entraba en guisa de triunfo  
 el rey don Sancho en Leon,  
 con todos sus ricos-homes  
 y toda su hueste en pos.  
 Leon, mientras se acercaba,  
 en resistirle pensó:  
 mas al saber cómo viene  
 lo reflexionó mejor.  
 Del concejo y del cabildo  
 en la doble reunion,



hubo muy bravos discursos  
y muchos bravos de voz:  
y, muy brava en pareceres,  
fué muy brava discusion:  
pero al fin á recibirle  
salir se determinó,  
puesto que el Rey es muy bravo  
y de genio muy feroz,  
y don Alonso el vencido,  
y don Sancho el vencedor.  
Así en todo tiempo y tierra  
las cosas del mundo son:  
el vencido pierde y paga,  
y ¡salud al triunfador!  
Con qué cabildo y concejo  
con brava resignacion  
convocaron á los nobles:  
la plebe se les juntó,  
y haciendo como que hacian  
por salir de mal humor,  
y á mal tiempo buena cara,  
y de tripas corazon,  
á don Sancho á ofrecer fueron  
en el postigo exterior  
las llaves de la ciudad,  
que don Alfonso perdió.

Llegó don Sancho al postigo:  
y una elocuente oracion  
le hizo el obispo en latin,  
que fué cosa que asombró.  
Rayó en el latin tan alto  
que ni el mismo Ciceron;  
el pueblo le escuchó absorto  
y el Rey se le sonrió:  
ganóse todas las almas  
con su latino sermon:



y aunque se supo despues  
que nadie se le entendió,  
porque nadie más que él era  
del latin conocedor,  
como era de oficio nadie  
á torcer su brazo dió;  
y como el Rey, le escucharon  
todos con grande atencion.  
Pero hubo quien dijo luégo  
que el Rey de él se fastidió,  
porque cuando su papel  
concluyendo de orador  
las llaves dió al Rey, tomólas,  
colgóselas del arzon,  
y dando al caballo espuela  
en la ciudad se metió.  
Tras él se metió hasta el último  
castellano triunfador,  
y detrás tornó el cabildo  
á ordenar su procesion.  
Engalanadas las casas  
con más ó ménos primor,  
no habia un puesto vacío  
en ventana ni en balcon.  
De algunos tiraban flores,  
de pocos trigo ú arroz;  
de muchos al Rey miraban  
con inerte admiracion:  
pero ninguno cerrado  
disgusto significó,  
ni se señaló ninguno  
con hostil demostracion.

    Cuestion resuelta: la fuerza  
es el derecho mejor:  
donde le llevan va el pueblo  
y aplaude el contra y el pró:

el vencido pierde y paga;  
y ¡salud al vencedor!

y así entró un día de mayo  
el rey don Sancho en Leon.

Avanzando hácia palacio  
va por la calle mayor,  
y en la plaza para verle  
se apiña la poblacion.

Mozo, bello, audaz, gallardo,  
y gentil cabalgador,  
muy bien don Sancho parece  
sobre su inquieto bridon.

La juventud, la hermosura,  
la osadía y el valor,  
jamás parecieron mal  
en ningun pueblo español.

La nobleza burgalesa  
le forma guardia de honor  
y un fuerte golpe de lanzas  
le sigue por precaucion.

Don Alonso, en una mula,  
el gaban sin ceñidor,  
el mortero sin penacho,  
sin espada el cinturon,  
marcha ante el Cid cabizbajo  
llevando en torno y en pós  
dos cientos de ricos-homes  
presos con él en Carrion.

Bajo palabra, á merced  
van del Cid que les prendió:  
desarmados, pero sueltos;  
vencidos, mas sin baldon.

Rescate le han ofrecido,  
mas les dijo el Campeador  
que él no imponia á cristianos  
rescate ni humillacion.

Muchos de los que el infante  
consigo á Carrion llevó,  
escapados por milagro  
de las sombras á favor,  
la entrada triunfal presencian  
del rey don Sancho en Leon,  
sin mostrar odio á Castilla,  
por escarmiento y temor.

Muchos..... muchas sobre todo  
ven pasar con compasion  
á su jóven rey cautivo  
y ruegan por él á Dios.  
Mas ya es juego sin desquite;  
ni cariño, ni rencor  
pueden ya de hombres ni de hembras  
poner el brío en accion.

Ellas lloran y ellos callan:  
del árbol que se cayó  
la caida de las hojas  
comienza ántes de estacion.

Subió don Sancho al palacio  
que preparado encontró:  
y cuando de ricos-homes  
vió todo lleno el salon,  
con corona en la cabeza  
bajo dosel se sentó;  
y ante él trayendo á su hermano  
le dijo con firme voz:

—No hay más que un reino en Castilla:  
renuncia tú al de Leon.—

Don Alfonso de pié y pálido,  
pero firme, contestó:

—Hízome rey nuestro padre.

Leon es reino: rey soy.

—Lo que nuestro padre hizo  
lo quiero deshacer yo:

renuncia, dijo don Sancho,  
ó vivirás en prision.

—Moriré en ella, si quieres,—  
don Alonso replicó:

y don Sancho, llameándole  
las pupilas de furor,  
dijo, dando un puñetazo  
en el brazal del sillón:

—Y morirás, aunque digan  
que en ella te maté yo.

A cuyo tremendo anuncio  
los ánimos embargó  
el silencio del asombro:  
y en muda estupefaccion  
quedó la asamblea helada  
con el frío del terror.

El Rey miraba á su hermano  
rojo de ira: sin color  
por el miedo, don Alfonso  
como quien ve á un escorpion  
le miraba á él.... vacilando  
en tartamudear un *nó*  
que iba á provocar Dios sabe  
qué desastre entre los dos.  
Mas este instante insufrible  
de angustiosa expectacion,  
un rey de armas, presentándose  
de repente, interrumpió.  
«¡Su señoría la infanta  
doña Urraca!»—en alta voz  
dijo.—Y sin vénia tras él  
la infanta en la sala entró.  
Y su extraña, inesperada,  
repentina aparicion  
pareció por lo oportuna  
obra del diablo ó de Dios.

Tiróse el Rey sorprendido  
hácia atrás en su sillón:  
vió don Alfonso á su hermana  
como á un ángel salvador;



y como un hombre asfixiado  
á quien abren un balcon  
del cuarto en donde se ahoga,  
la asamblea respiró.

La infanta, mujer no hermosa,  
mas de régia distincion  
de modales; alta, pálida;  
con dos cejas de espesor  
notable, bajo las cuales  
sus dos pupilas de halcon  
cuanto ven abarcan rápidas  
de una mirada veloz,  
es la imágen de su madre  
doña Sancha, en el vigor

de la edad, con más firmeza,  
más vida y más decision.

Por eso cuando de pronto  
en la sala pareció,  
de su madre doña Sancha  
pareció la evocacion.

Hasta el trono de don Sancho  
con majestad avanzó,  
haciendo á todas las frentes  
inclinarse en su redor,  
é hizo ademan de postrarse;  
don Sancho se lo impidió,  
sorprendido, fascinado.....

dominado en conclusion  
por la vista y el aplomo  
de aquella hermana mayor,  
que parece de su madre  
viva representacion.

El Rey un poco cortado  
ante aquel fascinador  
recuerdo de doña Sancha,  
silla á su par la ofreció;  
mas ella en pié, con acento  
cuyo timbre é inflexion  
son ecos del de su madre,  
de esta manera le habló:

«Apénas supe que á Alfonso  
habiais preso en Carrion,  
en nombre de nuestra madre  
corrí á echarme entre los dos.  
Yo os cuné á entrambos: y hermana  
y madre al par, puedo y voy  
á daros paz, como tengo  
derecho y obligacion.  
Cuando nuestro noble padre  
al espirar dividió

en tres reinos á Castilla,  
cometió de hombre un error.  
Castilla debe ser grande,  
de solo un rey: sedlo vos.  
Alfonso os cede su trono:  
sí: y entrará en religion.  
El interés de la patria  
es al nuestro superior:  
no debe haber más que un rey,  
un Dios, un papa y un sol.  
Motilado, encogullado,  
enclaustrado y sin accion  
para reinar, ya causaros  
no debe Alfonso temor.  
Dádmele, convenceréle,  
y hará en Sahagun profesion;  
nuestro padre le hizo rey;  
pero no estaba de Dios.»

Y decia esto la infanta  
mirando tan avizor  
á Alfonso, que parecia  
conjuro ó fascinacion.  
Tembló don Alfonso oyéndola;  
la asamblea se asombró;  
don Sancho absorto mirábala,  
y el general estupor  
aprovechando la infanta  
del seno un rollo sacó;  
y ante el Rey desenvolviéndole  
siguió diciendo: «Señor,  
escrita vuestra palabra  
tengo: «en cualquier ocasion  
»que una gracia ó una vida  
»me pidieres, te la doy.»  
»Infanzones de Castilla,  
caballeros de Leon,

á su palabra ninguno  
de nuestra raza faltó.  
Yo tengo aquí la palabra  
de don Sancho, y le pido hoy  
la vida de don Alfonso  
contra el reino que heredó;  
sino..... ¡en nombre de mi madre....!»  
«¡Basta, hermana, vive Dios!»  
exclamó don Sancho alzándose  
con gran precipitacion.

«Libre está Alfonso: el convento  
que elija guardaré yo.»

—¿Hasta cuándo? dijo Urraca.

—Hasta que haga profesion,  
respondió el Rey. Doña Urraca

á don Alfonso cogió  
las manos, y sacudiéndole  
de mando y consejo en són,  
le dijo: «¿Lo oyes, Alfonso?  
nuestro padre se engañó:  
da tierra á Sancho, y profesa;  
que así te ayudará Dios.»

Don Alfonso, ó convencido  
ó fascinado, cayó  
de hinojos, dando en silencio  
consenso á su abdicacion.

Doña Urraca adelantándose  
á todos se dirigió

diciéndoles: «Caballeros,  
yo me fio en vuestro honor:  
llevad á Sahagun á Alfonso,  
y si hay alguno á quien yo  
merezca algo..... vine sola,  
y voy mal si sola voy.»

El conde don Per Anzules  
á la infanta respondió:



«A ser libre, yo tomara  
el serviros á favor.»

«Don Pero, le dijo el Cid,  
nadie os tiene aquí en prision:  
yo os prendí, mas si os da vénia  
el Rey..., á la paz de Dios.»



Hizo el Rey con la cabeza  
una señal de adhesion,  
y doña Urraca á él volviéndose  
así de él se despidió:

«Gracias, señor; nuestro padre  
partió á Castilla, y fué error:  
no debe de haber en ella  
más que un reino: reinad vos.  
No os hablo de mi Zamora:  
cuando la querais, señor,  
id; que sereis recibido  
en ella como quien sois.»

Frunció el Cid el entrecejo:  
doña Urraca del salon  
se fué sin vénia; y el Rey  
meditabundo quedó.

Disolvióse la asamblea;  
y cuando el Rey con el Cid

se halló en el salon á solas  
trabaron diálogo así.

¿Qué piensas de Urraca?

—Mal.

¿Qué me aconsejas?

—Cumplir.

¿Y si me engañan?

—Tendreis

mucha más razon así.

—Llevarás á don Alonso  
á Sahagun.

—Hallareis mil

mejores que yo para eso.

—¿Por qué?

—Porque no nací

para carcelero yo.

—¿Debo de eso deducir

que entre ellos y yo no quieres  
meterte franco por mí?

—Yo franco por todas partes

sé sólo entrar y salir;

lo que no quiero es dejaros

que salgais solo á otra lid,

y teneis á don García

su reino que ir á pedir

como el suyo á don Alfonso.

O todo ó nada.

—¿Es decir

que tambien Toro y Zamora?

—Son mujeres las de allí,

é infantazgos son, nó reinos,

sus feudos.

—¿Y ha de vivir

Alfonso libre en Sahagun?

—Lo habeis prometido así,

y un rey debe á todo trance  
su real palabra cumplir.

—La suya infringirán ellos.

—Si vos la vuestra infringís,  
en su derecho estarán.

—¿Contra mí derechos?

—Sí.

—O eres por demás honrado  
ó hábil por demás, buen Cid.

—Si no estimais mis consejos  
¿para qué me los pedis?

—Tienes razon.

—Yo no sé  
ni perorar ni argüir:  
á mí me abonan mis obras:  
y los consejos que os dí  
son leales como yo:  
puedo errar, mas nó mentir.

—Irá á Sahagun don Alfonso  
y nosotros á la lid  
con don García.

—La guerra,  
dejádmela hacer á mí.

## III

Aunque ven que á don Alfonso  
tanto el cielo se le anubla,  
amor sus pueblos le tienen  
por su garbo y donosura.  
Don Alfonso es hombre bravo:  
mas en él la fuerza bruta  
ni domina á la razon  
ni embrutece la bravura.  
Educado por su hermana  
que es hembra avisada y culta,

don Alonso tiene el brio  
amoldado á la cultura.  
Jamás le exalta la ira  
aunque impaciente la sufra,  
y al metese en el peligro,  
aunque le ve no le asusta.  
Es hermoso y bien formado;  
mas en sus formas robustas  
tiene algo de femenino  
y de infantil su hermosura.  
Tiene los ojos azules,  
la melena riza y rubia,  
las manos como alabastro  
y sonrosadas las uñas:  
los piés pequeños; se calza  
con pretension; se perfuma;  
y aunque es hombre y hombre de armas  
el parecer bien le gusta.  
Cuando es menester pelea;  
pero muy diestro en la lucha,  
evita las cicatrices  
en la faz, que desfiguran.  
Liberal y dadivoso,  
pero nó rico, procura  
dar con gracia, porque el garbo  
de dar la largueza supla:  
de modo que satisface  
más con los modos que usa  
que con lo que da, y por ellos  
con todos se congratula.  
Tiene dos defectos: uno,  
que cuando da en dar abusa,  
dando á extraños como á propios  
como sus antojos cumplan:  
otro, que oye á cortesanos  
que á otros muerden y á él le adulan,

y en sus afectos mal firme  
á poco viento se muda.  
No miento un tercer defecto  
de que la historia le acusa  
y es que le gustan las hembras,  
lo que para mí no es culpa.  
Los leoneses le quieren,  
y si sufren la coyunda  
de don Sancho, es porque ven  
la suerte y la fuerza tuyas.

Don Sancho ve que su triunfo  
su influencia dificulta,  
y por dominar la tierra  
se revuelve, avanza y puja;  
porque sabe que los pueblos  
pronto á todo se acostumbran,  
y del poder y la gloria  
la aureola les deslumbra.  
Donde una villa se le alza  
cae veloz y la subyuga,  
y hace al amor que no adquiere  
que el pánico sustituya.  
Todo el verano ha gastado  
en recorrer de una en una  
las villas y las ciudades  
del reino que á fuerza usurpa;  
y en el agosto dejando  
la capital insegura,  
se le rebeló, arrostrando  
de su audacia las resultas.  
Fatales fueron: don Sancho  
con minas y catapultas  
la batió, la entró y la impuso  
la pena igual á la culpa.  
Cortó las cabezas altas;  
diezmó la gente menuda,

y con sus huestes leales  
la mezcló para ir á Asturias.

Era en ella don García  
ocasion de desventuras,  
gérmen de duelos y escándalos  
con su ceguedad estúpida.

Un favorito avariento,  
plebeyo vil sin alcurnia,  
la voluntad le domina,  
y la reflexion le ofusca.

Por su consejo las leyes  
más insensatas promulga,  
y en vicios inmundos hoza  
y sus blasones deslustra.

Nada respeta ni atiende  
su avaricia y su lujuria;  
prende, asalta, roba, expolia,  
mata, deshonra y estupra.

El odio de sus vasallos  
se atrae; y se le conjuran  
nobles y villanos, hartos  
de su tiranía impúdica.

Con su favorito un dia  
al cruzar la plaza pública,  
se le mataron á hachazos  
y escapar él fué fortuna.  
Rota la valla, los nobles  
de Galicia en una junta,  
cogieron de libertarse  
de él la ocasion oportuna.  
Don Sancho que la esperaba,  
miéntras Galicia y Asturias  
están por él en secreto  
llenas de espías y escuchas,  
cogiéndoles divididos  
y por el mando en disputas,

metió en Galicia sus huestes  
como en conquista segura.  
Y aunque era enero y de frío  
era la estacion muy cruda,  
el Rey por la tierra llana  
y el Cid por la sierra inculta  
van avanzando triunfantes  
ganando terreno á una;  
y como á libertadores  
las ciudades les saludan.

## IV

Profesó al fin don Alfonso;  
pero no fué fraile nunca,  
ni jamás en la cabeza  
se le tuvo la capucha.  
Acostumbrado al birrete  
y al casco de la armadura,  
la capucha, que ni ciñe,  
pesa, ni encaja, ni junta,  
es un tocado que puesto  
le tiene en perpétua furia;  
y unas veces de la boca  
y otras veces de la punta,  
la tira atrás y adelante,  
dejándola siempre á zurdas  
unas veces en las cejas  
y otras veces en la nuca.  
De las costumbres monásticas  
á la claustral estrechura  
ni puede avenirse á buenas  
ni al hábito se acostumbra.  
Su brío al andar no cabe  
dentro de la estrecha túnica,  
y se pisa y se descose  
el ribete y las costuras.

Con las sandalias de cuerda  
 como al pié no se le ajustan,  
 ó trastrabilla ó las suelta  
 en cuanto el paso apresura:



en fin á través del hábito  
 tanto el hombre se columbra,  
 que, por más que hace, hace un fraile  
 de muy mala catadura.  
 En el coro se distrae  
 y los oficios perturba:  
 si le advierten, frunce el ceño,  
 y si le reprenden, bufa.  
 En vez de escuchar al chantre  
 los ruidos de fuera escucha:  
 y en lugar de santiguarse  
 barba y bigotes se atusa.  
 Parece, en fin, que del diablo  
 la tentacion le atribula,



segun las reglas infringe  
y sus deberes conculca.  
En lugar de ir á maitines  
se va á pasear á la luna,  
y en vez de estudiar los salmos  
cifras de cartas estudia.  
En vez de consultar libros,  
con adivinos consulta;  
y de judíos y moros  
tiene visitas nocturnas.  
Recibe de doña Urraca  
cartas muy largas y muchas,  
que segun lee arroja al fuego  
ó en átomos desmenuza;  
y en vez de olvidar del mundo  
la profana baraunda,  
por lo que en el mundo pasa  
á todo el mundo pregunta.  
Los frailes hacen novenas  
por que Dios fervor le infunda,  
haciendo la vista gorda  
sobre su profana incuria.  
Doña Urraca y sus enviados  
á los frailes aseguran  
que él se avendrá con los hábitos  
llevándole con dulzura:  
que al fin del rey es hermano,  
y aunque no sea su conducta  
santa ni ejemplar, el ser  
fraile á fuerza le disculpa:  
que su presencia en el claustro  
un dia ú otro sin duda  
les traerá de privilegios  
y de gracias una lluvia:  
que don Sancho, siempre en guerras,  
puede morir en alguna;

y no teniendo el Rey hijos,  
y teniendo el Papa bulas,  
al rey-fraile cambiar puede  
en fraile-rey la fortuna,  
y que del porvenir siempre  
se debe estar á la husma.

Los frailes, que no son tontos  
y que esto y áun más barruntan,  
de doña Urraca reciben,  
y á don Alfonso no apuran,  
y lo que fraguan él y ella  
saben, si no les ayudan:  
y así es fraile don Alonso  
de la infanta por la astucia.

## v

Don García era un gran loco:  
un poco ménos de incuria  
en su educacion, y un padre  
vivo hasta edad más madura,  
hubieran de él hecho un hombre  
bueno en aquella centuria,  
en la cual con fe y sin miedo  
nadie hizo mala figura.  
Mas niño aún cuando el rey  
su padre bajó á la tumba,  
fué rey ántes de ser hombre:  
fermentó la levadura  
de Adan en su alma muy pronto;  
y, en libertad absoluta,  
se corrompió al mal contacto  
de almas viles ya corruptas.  
Así cayó de repente  
en abyeccion tan profunda,  
que historia no hay ni leyenda  
que le abone, ni le encubra.

Con trescientos caballeros  
fieles en su empresa última,  
á moros fué y á cristianos  
amparo á pedir y ayuda.  
Nadie quiso darle oídos:  
y abandonado á su angustia,  
de cristianos y de moros  
llamó á sí toda la chusma.  
Cuantos por odio ó temor  
á don Sancho, ó á una justa  
ley ó venganza, llevaban  
una vida vagabunda,  
se le juntaron, resueltos  
con él á probar fortuna,  
del botin con la esperanza,  
ó por no tener ninguna.  
Rompió por sus propias tierras  
con aquella osada turba,  
que creció como un incendio  
que un viento furioso impulsa.  
Sus pueblos de Lusitania,  
sorprendidos por la suma  
rapidez y el despechado  
arranque de sus columnas  
de aventureros, volvieron  
á su poder; y confusas  
ante su vuelta las gentes  
se le prosternaron mudas.

A quien la suerte sonrie  
amigos se le acumulan:  
en torno de don García  
ya hueste grande se agrupa.  
Don Sancho se le vió encima  
cuando le creia en fuga,  
y acudió á apagar la chispa  
antes de que á hoguera suba.

Junto á Santaren hallóles;  
 y con sus huestes, ya duras  
 por tres campañas, sobre ellos  
 dió como halcon sobre grullas.  
 La embestida fué tremenda,  
 la pelea furibunda:  
 los de don García lidian  
 con desesperada furia;



los de don Sancho con órden  
 cual gente en lides más ducha;  
 y aunque avanzan, la victoria  
 es difícil é insegura.  
 Topó el Cid con don García;  
 y entrando con él en lucha,  
 el Cid le asió y del caballo  
 le arrancó por la cintura.  
 A prenderle ó á librarle  
 unos y otros se apresuran;  
 y á salvarle ó á cogerle  
 no hay valiente que no acuda.  
 Mas hace el Cid tal estrago  
 con la tizona que empuña,  
 que los de García rotos  
 á libertarle renuncian.  
 Triunfó por el Cid don Sancho:  
 y por buena compostura

á don García encerraron  
en el castillo de Luna.

Un año hace que don Sancho  
va de coronas en busca,  
y al cumplirse el año, en junio,  
recogía la segunda.

## VI

Los de Leon conducidos  
por don Sancho á la victoria,  
partícipes de su gloria  
se dieron por bien vencidos:

é instalada la justicia  
con la paz en sus aldeas,  
harta de ruido y peleas,  
por rey le aceptó Galicia.

Volvió pues Castilla á ser  
de un solo señor: ahora  
no hay más que Toro y Zamora  
de mujeres en poder.

Mas de ir ahora á quitar  
su hacienda á sus dos hermanas,  
ni don Sancho tiene ganas  
ni en ello prez que ganar.

Déjanle libre la vía  
y de rivales exento,  
don Alfonso en su convento  
y en su prision don García;  
y de su ambicion el vuelo  
puede ya, libre quedando,  
ir sus alas ensayando  
para volar hácia el cielo.

Con que encomendando al Cid  
por sus conquistas velar  
determinó descansar  
para emprender su gran lid.

Ya desde niño lo dijo:  
arrojar de España al moro  
fué siempre su sueño de oro  
y su pensamiento fijo.

Y ya fuera que tuviese  
fe tal en su corazon,  
ó que á cubrir su ambicion  
con tal pretexto tendiese,

si algo le puede abonar  
de Castilla en la memoria,  
es esta anhelada gloria  
que quiso á Castilla dar.

Y si al fin no se la dió,  
no fué por falta de fe,  
ni empeño, ni ánimos: fué  
porque el tiempo le faltó.

Planteando, pues, la cercana  
y oportuna ejecucion  
de su primera irrupcion  
por la tierra musulmana,  
camino de Leon van  
el Rey y el Cid lentamente,  
de escolta brillante al frente  
y el corazon sin afan.

Delante enviaron el grueso  
de la gente, que ya era harta,  
porque se aloje y reparta  
sin tumulto y sin exceso:

y con mesnada lucida  
de vivareños y nobles,  
van á sombra de los robles  
en plática entretenida;

que eran entónces, y áun son,  
poéticas, pintorescas,  
ricas de arboleda y frescas  
las montañas de Leon.

El Rey al Cid por premiar,  
mercedes grandes le ha hecho;  
y va honrado y satisfecho  
del rey don Sancho á la par;  
y en hacer de España huir  
á Mahoma lisonjeándose,  
van con sus planes labrándose  
el más grato porvenir.

En aquel dulce momento,  
en que cada cual ve acaso  
la tierra estrecha á su paso  
y escaso el aire á su aliento,  
á un mismo tiempo á los dos,  
rompiendo su breve calma,  
iba á herirles en el alma  
con un rudo golpe Dios.

Ya de Leon las campanas  
doblar á vuelo sentian,  
y ya en sus torres veian  
las banderas castellanas,  
cuando por sobre el sendero  
que á la ciudad les guiaba,  
que asendereado avanzaba  
vieron á un buen caballero.

Escuderos trae y pajes;  
y á juzgar por los arneses,  
son hidalgos burgaleses  
de solariegos linajes.

Apénas el que venia  
les vió, el caballo espoleando  
llegó ante ellos; y llegando,  
el Cid le reconocia.

«Es mi buen Gil Antolinez,  
le dijo al Rey, que en mi hogar  
quedó, por ser del solar  
como yo de los Láinez.»

«Mensaje es pues para vos,  
dijo el Rey, y ojalá albricias  
me pidais por sus noticias.»  
Y dijo el Cid: «¡Plegue á Dios!»

Paráronse en el camino:  
fué al Rey á besar la mano  
en silencio el castellano,  
y dió al Cid un pergamino.

¡Mísera gloria mundial!  
al ponersele delante  
de los ojos, su semblante  
tiñó palidez mortal.

Leyó del llanto á través  
que los ojos le nublaba,  
y el Rey que le contemplaba  
dijo con ansia: «¿Qué es?»

Dióle el escrito Rodrigo;  
y sin poderse valer,  
á no llegarle á tener  
el Rey, da en tierra consigo.

Con las manos se cubrió  
la faz el Cid sollozando,  
y el pergamino tomando  
el Rey esto en él leyó:

«Ruy, mi marido y señor:  
la pena que os voy á dar,  
me la habeis de perdonar  
comprendiendo mi dolor.

»Que Dios os dé más que á mí  
valor para soportarla:  
y á mí para mitigarla  
sacadme, señor, de aquí.

»Aquí á toda vuestra raza  
á morir bién ayudé;  
y en esta casa no sé  
para vivir darme traza.



» Miétras yo os daba otra hija,  
moria vuestro buen padre:  
tal dolor en vuestra madre  
engendró lenta y prolija

» una última enfermedad:  
y hecha de dolor pedazos,  
ví á los dos desde mis brazos  
pasar á la eternidad.

» Orad por ellos á Dios:  
y si cual debeis me amais,  
mirad cómo me sacais  
de esta sepultura vos.

» Todo cuanto me rodea  
me representa la muerte:  
tal pena va á ser más fuerte  
que yo, por fuerte que sea.

» Decidme, pues, qué he de hacer,  
porque me siento morir;  
y á vos os toca decir,  
señor, cuál es mi deber.

» Mas si esta angustia prolija  
mucho en Vivar se me alarga,  
la leche se me hará amarga  
y envenenaré á mi hija.

» Con que acabad con mi pena  
ántes que acabe conmigo:  
y á Dios que os guarde, Rodrigo,  
mirad por vuestra Jimena.»

Leyó el Rey: y presa viéndole  
de su hondo pesar, asióle  
por las manos, y apartóle  
de ellas el rostro, diciéndole:

« Todo en el mundo á merced  
está de Dios: contra Dios  
no hay poder. Sed hombre vos  
y vuestra afliccion vencid.»

Él, en llanto al reventar  
con voz que la angustia trunca  
dijo: «No he llorado nunca;  
señor, dejadme llorar.»

Y alzó los brazos al cielo:  
el Rey los suyos echó  
al cuello al Cid, y lloró  
partiendo con él su duelo.

Ante el dolor natural  
de herida tan fresca y viva,  
prudente la comitiva  
guardó un silencio glacial.

Al fin el Cid, desprendiéndose  
de los brazos de don Sancho,  
del pecho robusto y ancho  
exhaló un suspiro irguiéndose;

y posponiendo al honor  
del buen vasallo al buen hijo,  
cobró las riendas y dijo:  
«¡Dios lo hizo! Vamos, señor.»

---

¡Mísera gloria mortal!...  
y mísera humana historia  
que tienen la vanagloria  
por guía y por pedestal.

¡Pobre criatura humana!  
la más noble y más entera  
sacrifica á la quimera  
de su vanidad mundana,  
que en la más justa aflicción  
exige el rostro contento,  
sofocado el sentimiento  
y cerrado el corazón.

¿Y por qué? Porque no vea  
la sociedad corrompida

la realidad de la vida  
ni del mal la cara fea:

    porque entónces como ahora  
la egoísta sociedad  
se hace sorda á la verdad  
y vuelve el rostro al que llora.

    El Cid soportó su duelo  
con cortesana grandeza,  
venció á la naturaleza  
é infringió la ley del cielo;

    mas cumplió con su deber:  
su continente y su porte  
fueron dignos de la corte  
que el dolor no debe ver;  
    y siguiendo hácia Leon  
iba con rostro tranquilo  
sus lágrimas hilo á hilo  
vertiendo en el corazón.

    Y han debido obrar como él  
ántes, hoy, y en la Edad media,  
los que en la humana comedia  
han hecho bien su papel.

## VII

    Media noche era por filo:  
todo en Leon yace inerte,  
donde temprano se acuesta  
y se recoge la gente.

    En la lobreguez nocturna  
ni un pelo de aire se mueve,  
ni una luz tardía brilla,  
ni un vago rumor se siente.

    Todo es paz, silencio y sombra:  
sólo dos hombres no duermen  
en dos cámaras opuestas  
del palacio de los reyes.

El uno una larga carta  
 escribe difícilmente,  
 que en aquel tiempo los nobles  
 no eran grandes escribientes.



Las lágrimas escribiéndola,  
 á los ojos se le vienen,  
 y á cada frase que escribe  
 más la faz se le entristece.  
 A veces deja en la mano  
 zurda reposar la frente,  
 y en la derecha en la pluma  
 que la tinta se le seque:  
 y según como su escrito  
 corta, interrumpe y detiene,  
 ó mucho escribir le cuesta  
 ó mucho escribir le duele.  
 El otro una abierta carta,  
 que mal en las manos tiene,  
 con ojos desencajados  
 devora mejor que lee.

A cada frase completa  
que de la carta comprende,  
estruja el fatal escrito  
y los bigotes se muerde:  
y bufando de coraje,  
por la cámara va y viene  
como una fiera encerrada  
que en su jaula se revuelve.

El que lee y bufa es don Sancho;  
el que escribe, el Cid. Dejémosle  
á aquel con su ira y su carta,  
y vamos á leer la de este.  
Decia así, de lo escrito  
supliendo prudentemente  
la ortografía imperfecta  
y los cojos caracteres.

«Alma noble, esposa buena,  
ya sé que en mi casa vos  
fuísteis un ángel de Dios:  
él os lo premie, Jimena.

»¡De vuestra carta el pesar  
pedísme á mí que os perdone!  
Teniendo á Dios que os abone,  
¿qué os tengo que perdonar?

»Antes perdonadme vos  
la vida que os he labrado:  
mas ved que tal os la he dado  
porque así lo quiso Dios.

»Mis padres por vos sin mí  
murieron con santa muerte:  
reposar su cuerpo inerte  
vísteis vos y yo no ví.

»De sus tumbas á la puerta  
quedais sola y desolada,  
esperando mi tornada  
en esa casa desierta,

»Comprendo bien la afliccion  
que os causa tal amargura,  
y que horrenda sepultura  
os parezca esa mansion.

»Concibo, santa mujer,  
que en esos cuartos desiertos  
vivos á mis padres muertos  
creais y os aflija ver.

»Por mí y por ellos orad,  
y haced que se les enfoye;  
que si Dios á vos no os oye  
no me hará á mí más bondad.

»Teñidas siempre las manos  
tengo de sangre hasta el codo:  
y harto haré si encuentro modo  
de que no corra entre hermanos.

»En la iglesia vivareña  
haced mis muertos guardar,  
que yo les iré á enterrar  
en San Pedro de Cardeña;

»y á Burgos os podeis ir,  
donde en casa grande y fuerte,  
podeis sin ver á la muerte  
sin mí y mis padres vivir.

»Y adios, mi santa mujer,  
todo mi poder os doy;  
no me preguntéis desde hoy  
qué es lo que debeis hacer.

»Con mis padres al morir  
tomado habeis mi lugar:  
dejar os debo en mi hogar  
como señora vivir.

»Para ir á la eternidad  
me les tuvísteis en brazos:  
hoy de nuestro amor los lazos  
aprieta esa soledad.

»Ya no tengo más que á vos,  
mas renaceis en mis hijos;  
tened, pues, los ojos fijos  
en los hijos de los dos;

»y no mireis hácia atrás  
que el pasado que os labré  
tela de pesares fué  
tupida y negra de más.

»Con nueva afliccion prolija  
no os hagais doble su carga,  
y con una leche amarga  
no enveneneis á mi hija.

»Juzgad por esto que os digo  
cual está mi alma de pena:  
y á Dios que os guarde, Jimena,  
por bien de vuestro Rodrigo.»

Con esta carta delante,  
que con amargo deleite  
repara, á través mirándola  
de las lágrimas que vierte,  
estaba el buen Cid pasando  
esos momentos solemnes  
del primer día del duelo  
de quien á sus padres pierde.  
En aquella primer hora  
de orfandad, en que el más fuerte  
al verse en la tierra huérfano  
los piés sin tierra se siente;  
y aunque sea poderoso,  
rico, y jóven, le parece  
que no hay nada ya en la tierra  
que á la vida le sujete.

Todo es ménos que los padres  
para el que á los suyos quiere  
como buen hijo, y el mundo  
vacío ve cuando mueren.

No importa saber que son  
mortales, ver que envejecen  
y que van con cada paso  
acercándose á la muerte:  
siempre como inesperado  
su fin mortal nos sorprende,  
y nos quedamos sin ellos  
como sin sombra ni albergue;  
y el buen Cid Rodrigo Diaz  
que sabe que no los tiene  
en la soledad les llora,  
insomne é indiferente  
para el mundo, que vacío  
ve ya de ellos, y no puede  
ofrecerle nada tál  
que tal pérdida compense.

Mas ¡ay de un afortunado  
si se le cambia la suerte:  
cual le llovieron las dichas  
las desventuras le llueven!

## IX

Percibió el Cid, acercándose  
por la inmediata crujía,  
pasos de álguien que por ella  
desatentado camina.  
Segun la desigualdad  
con que avanza y con que pisa,  
ó viene á oscuras y á tientas,  
ó ébrio ó enfermo vacila.  
Chocóle oír tales pasos;  
mas absorto en sus desdichas  
esperó, de él sin curarse,  
que pasara el que venia.  
Mas éste, en vez de pasar,  
llegó, y á su puerta misma



dió tal empellon que abriéndola  
por poco no la desquicia.  
Sin miedo, mas con asombro  
alzóse el Cid en su silla,  
y al volverse vió á don Sancho  
con la faz descolorida,  
trémulo el cuerpo de cólera,  
los ojos echando chispas,  
y, estrujando un pergamino  
que habia casi hecho trizas.  
Aguardaba el Cid que el rey  
hablara, mas no podia;  
y el pergamino alargándole,  
díjole tan sólo: «Mira.»

Costó al Cid harto trabajo  
volver el alma y la vista  
á los negocios del mundo  
desde el mundo de sus cuitas;  
mas con el ánimo de hombre  
que sus pasiones domina,  
comenzó á leer de lo escrito  
las tan maltratadas cifras.  
La letra era contrahecha,  
mas clara, redonda y limpia,  
y sus frases sin retóricas  
de modo tál concebidas:

«Alfonso ha huido á Toledo,  
y van en su compañía  
Per Anzules y otros nobles  
de Leon y de Castilla.  
Doña Urraca es quien dineros  
y escolta le facilita,  
quien le preparó la fuga  
y le asegura la vía.  
Los frailes os darán tarde  
disculpas con tal noticia:

mas sus disculpas son tramas  
 y sus protestas perfídias.  
 Los frailes en su clausura  
 y en Roma contra vos fian;  
 y esperando más de Alfonso,  
 los frailes son alfonsistas.



Andad pues cauto, don Sancho,  
 porque la tierra vos minan:  
 Leon á Alfonso recuerda,  
 Zamora por él conspira,  
 hojas, pueblos y veletas  
 con cualquier ráfaga giran;  
 y si habeis de crecer solo,  
 cortaos púas y espinas.  
 Humillad humos y torres;  
 porque mujeres y villas,  
 quien las guarnece las tiene:  
 no os fieis en pleitesías.

Quien bien os sirve os lo advierte,  
 quien bien os quiere os lo avisa:  
 obrad como más os cuadre,  
 y á Dios que os guarde la vida.»

Leyó esto el Cid impasible,  
 y miéntras el Cid leía,  
 tenia en su austero rostro  
 el rey su mirada fija.

¡Oh vil suspicacia régial!  
 ¡Oh ambicion vil y egoista!  
 El rey la fe, los servicios  
 y el duelo del Cid olvida,  
 y... ¡que Dios se lo perdone!  
 miéntras lee tal vez espía  
 si por traidor le delata

la exterioridad más mínima:  
 y ante la tranquilidad  
 leal del Cid, daba grima  
 la expresion del rey ceñuda,  
 desconfiada y ambigua.

Devolvió el Cid el escrito  
 al rey; y éste, á quien animan  
 la ira y la suspicacia,  
 trabó diálogo en tal guisa.

EL REY Ya ves el fruto que han dado  
 tus consejos é hidalguía.

EL CID Yo aconsejé lo mejor;  
 palabra empeñada, obliga.

EL REY Pues me diste un mal consejo,  
 prueba que fué sin malicia.  
 Miéntras yo voy á Sahagun  
 á reducir á cenizas,  
 ve tú á cazarme la urraca  
 que allá en Zamora se anida.

EL CID Ambas cosas son más fáciles  
 que para hechas, para dichas.

- EL REY     ¿Defenderás á los frailes  
tambien?
- EL CID         No á fé: aborrecidas  
fueron siempre por los frailes  
la nobleza y la milicia:  
mas entre el mundo y sus claustros  
han puesto cruces benditas,  
y hay que pasar para entrarles  
de las cruces por encima.  
Fuerza y poder para tánto  
no tiene un rey todavía;  
dejad á los frailes quietos  
y haced que tragais la píldora,  
¡Y Zamora!
- EL REY
- EL CID         Está Zamora  
bien murada y bien provista  
circundada por el Duero  
y por peñas defendida.  
Si la pedís, de seguro  
que os la niegan.
- EL REY         Vé á pedirla:  
Si te la dan, asegúrala;  
y si no te la dan, sítiala.
- EL CID         Iré á enterrar en Cardaña  
á mis padres, y en seguida.....
- EL REY         Para el buen vasallo es ántes  
la pátria que la familia.  
Yo haré á tus padres en Búrgos  
hacer exéquias magníficas;  
yo cuidaré de tu casa,  
de Jimena y de tu hija;  
pero si tú no me traes  
á Zamora en garantía  
de tu lealtad, creeré....
- EL CID         ¿Qué?
- EL REY         Que con ellos conspiras.

Frunció el Cid el entrecejo;  
clavó su mirada límpida  
y serena de don Sancho  
en las llameantes pupilas,  
y sintió el rey que la faz  
se le tornaba amarilla  
al frío de la vergüenza  
por sus palabras mezquinas.

Calló el Cid y calló el rey:  
mas adquiriendo ambos íntima  
convicción de que el Cid era  
fiel, y el rey se arrepentía,  
anudó el diálogo el Cid  
con estas frases de él dignas,  
con voz sosegada y suave,  
y faz ni humilde ni altiva:

EL CID

Si á mí el pesar me cegara,  
señor, como á vos la ira,  
de vuestras tierras desde hoy  
y de vos me extrañaría.  
Jamás creyó vuestro padre  
traicion en mí ni mancilla,  
desde que maté á mi suegro  
hasta que me armó en Coimbra.

Juréle serviros siempre,  
y de su fin desde el día  
he ido yo hora por hora  
ensanchándoos á Castilla.

Nada hay que por vuestros medros  
se me haga á mí cuesta arriba:  
desde niños mantuvimos  
nuestras dos almas unidas,  
y deben de andar ligadas  
miéntras los cuerpos existan.

Por mí, pues, no han de romperse  
fe y amistad tan antiguas;

no haré de vuestras palabras  
 caso, ni de mi familia,  
 é iré por vos á Zamora  
 á armar con mujeres lidia.  
 Yo iré á Zamora, don Sancho,  
 mas envid vuestras milicias  
 tras mí, porque habrá que entrarla  
 ó por brechas ó por minas.

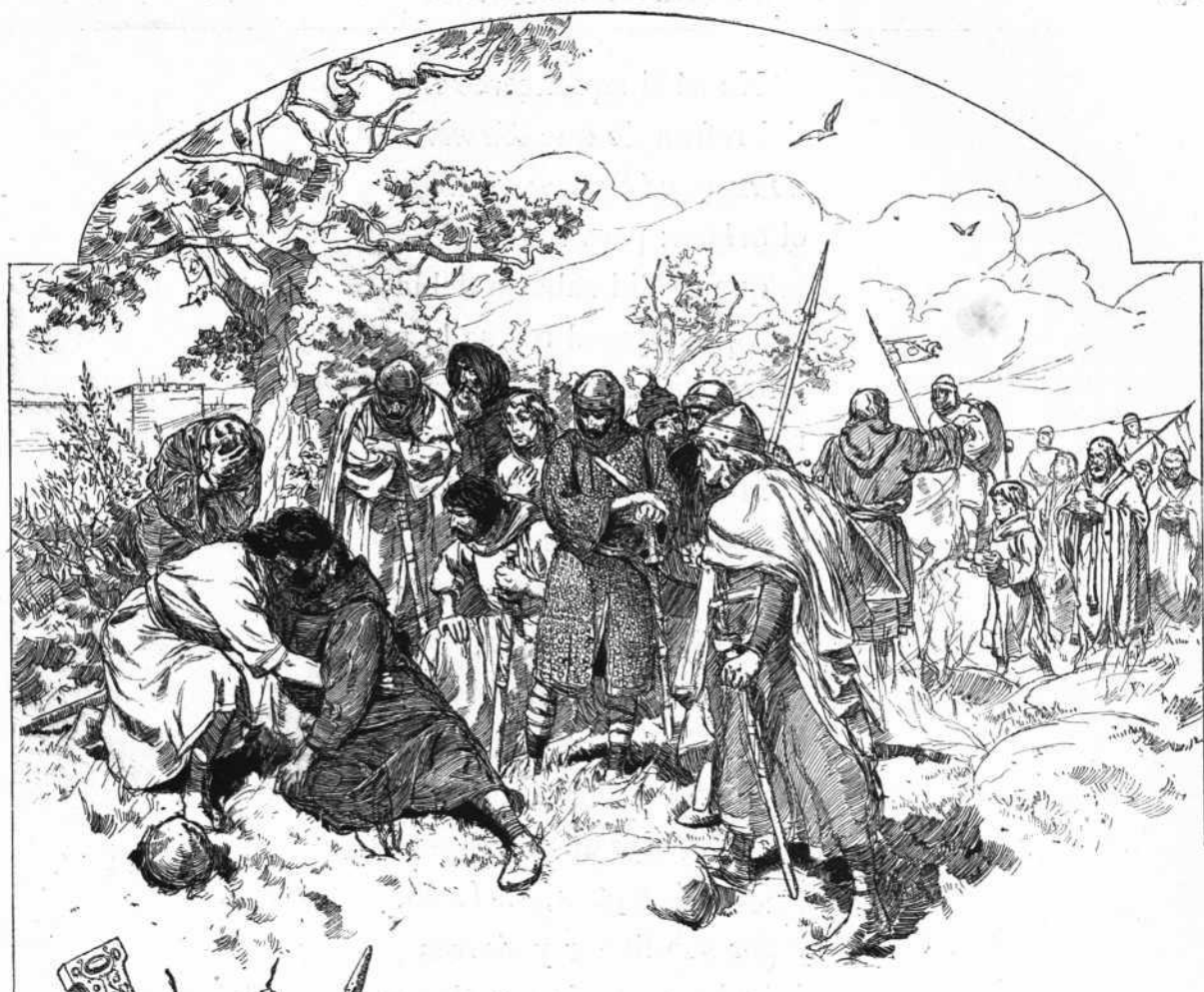
EL REY Ofrece á mi hermana en cambio  
 la villa ó ciudad que elija,  
 de Castilla ó de León,  
 de Asturias ó de Galicia:  
 Osma, Tiedra, Villalpando,  
 Valladolid ó Medina;  
 yo necesito á Zamora  
 por cesion ó por conquista.

EL CID Y yo os la daré, ó daremos  
 los míos y yo las vidas  
 á Dios ante sus murallas.

EL REY Las huestes tendré yo listas:  
 vé: Zamora para mí  
 no es más que un nido de víboras.

EL CID Yo iré á ahogarlas; mas será  
 milagro si no nos pican.  
 Iré á Zamora: y ahora  
 dejadme llorar mis cuitas,  
 y orar á Dios por mis padres  
 hasta que despunte el día.

Dijo el buen Cid: y el rey, visto  
 que ante un Cristo se arrodilla,  
 echóse atrás ante Cristo  
 ante quien todo se humilla.



I



el dicho al hecho va trecho:  
Dios lo que el hombre propone  
dispone, y el tiempo pone  
torcido lo más derecho.

Cierto es que el tiempo lo allana  
todo y todo lo endereza:  
mas nunca una fortaleza  
se tomó en una mañana.

En su impaciencia y su ira  
don Sancho á Zamora pide;  
mas ni bien el tiempo mide,  
ni á su fortaleza mira.

El Cid le dejó marchar;  
y ahogando el duelo en el alma,  
quedóse en Leon con calma  
tal empresa á meditar.

No sé si aquel cerco fué  
del refran de que *Zamora*  
*no se ganó en una hora*  
el origen: pero sé

que el Cid saberlo debía;  
pues, aunque el rey se lo manda,  
él ir á hacer su demanda  
retrasa de dia en dia.

Mas no la debe olvidar;  
y segun mi parecer,  
quiere nó el tiempo perder  
sinó á Zamora ganar;  
y como buen adalid  
los estorbos allanando,  
no entrar en lid sinó cuando  
pueda vencer en la lid.

Quedóse, pues, en Leon,  
y por sus llanos y sierras  
fué afirmando de sus tierras  
á su rey la posesion,

y miéntras nadie sospecha  
que el rey á Zamora mira,  
el Cid por España gira,  
puntos pone y líneas echa.

Zamora amenazadora  
no es para él grande amenaza,  
sinó porque es una plaza,  
por don Alfonso, traidora.

Y de Zamora sin miedo,  
si en Toledo no estuviere  
don Alfonso, á meter fué  
ojos suyos en Toledo.

Tan experto como en luchas  
en lazos y estratagemas,  
ambas fronteras extremas  
sembró de espías y escuchas;



y á fuerza de astucia y oro,  
de artificios y disfraces,  
ojos y oídos sagaces  
metió en la corte del moro;

y tanto hizo, que hubo un día  
en que en Leon mudo y quedo,  
desde Zamora á Toledo  
hasta las moscas veia;

y no pasa ya traidora  
sin que de ella se aperciba,  
carta, palabra ó misiva  
desde Toledo á Zamora.

De ocultas tramas los hilos  
don Alfonso en tierra mora  
y doña Urraca en Zamora  
tejer creian tranquilos.

A lo mejor se saltaba  
de su red un cabo ó nudo:  
y era el Cid, que atento y mudo,  
le cogia ó le cortaba.

El Cid, aunque hombre de guerra  
de buen ojo y seso grave,  
comprende y tiene la clave  
de lo que pasa en su tierra;

y al rey don Sancho al servir  
y por su causa al lidiar,  
tiene puesta sin cesar  
su vista en su porvenir.

Quitar su hacienda á la infanta  
es un vil hecho en su hermano,  
que á su honor de castellano  
repugna, mas no le espanta;  
porque Zamora es el dique  
de la ampliacion de Castilla,  
y él cree la mayor mancilla  
impedir que se amplifique.

Como español y cristiano,  
á Africa al moro volver  
cree que es el primer deber  
de todo rey castellano:

que abre lid de mala ley  
quien contra el rey se levanta  
crée: y entre el rey y la infanta,  
el Cid está por el rey.

Cuando ciudad no haya alzada  
contra él de Granada á Oviedo,  
el rey, después de Toledo,  
debe asaltar á Granada:

y hombre ó ciudad que le impida  
marchar á tan alta empresa,  
puede el rey hacer pavesa  
sin respetar honra ó vida;

pues cuando la cruz se plante  
del mar por toda la orilla,  
deberá Europa á Castilla  
cuanto sea en adelante.

El rey moro Aly Maimun  
que esto mismo echa de ver,  
tiene á Alfonso al proteger  
con él interés comun.

Aly hará que no se mueva  
miéntras que don Sancho viva,  
pues en don Alfonso estriba  
el porvenir, cual ser deba.

Miéntras mucha tierra no haya  
que por él no se levante,  
no hay miedo de que el infante  
de Toledo se le vaya;  
pues teme que Sancho emprenda  
de Toledo la conquista;  
y tiene larga la vista  
y en Alfonso buena prenda.

Si el rey sus fronteras pasa,  
suelta á Alfonso, y le da mano  
para que al rey castellano  
meta la guerra en su casa.

Si muere el rey y le hereda,  
debiéndole Alfonso abrigo,  
claro es que quedará amigo  
del que agradecido queda.

De la hidalguía cristiana  
ni da en la exageracion,  
ni da en la supersticion  
fanática musulmana.

Don Alfonso mozo, bello,  
franco, alegre y confiado,  
le habia el alma ganado  
y ambos ganaron en ello.

En Toledo Aly Maimun  
con don Alfonso tenia  
amistad y cortesía  
en moros aún no comun;

y permitia al cristiano  
desde tierra toledana  
comunicar con su hermana  
y su bando castellano:

pensando el árabe Emir  
con tan leal proceder,  
si llegaba rey á ser,  
un buen aliado adquirir.

Mas de su raza arrastrado  
por la genial suspicacia,  
su astucia y su diplomacia,  
no echaba del todo á un lado;

y aparentando no hacer  
de él ni sus cristianos caso,  
ni él ni ellos daban un paso  
que él no pudiera saber.

Tal era la situacion  
de gente cristiana y mora;  
tal era la de Zamora,  
Burgos, Toledo y Leon;  
y así el tiempo se pasaba,  
y en pró de su bandería,  
cada cual se prevenia  
á vil traicion ó á lid brava.

Don Sancho desesperábase  
con la tardanza del Cid,  
mas para el trato ó la lid  
fiado en él aguantábase;  
y en expectativa tal  
dias y meses corrieron;  
mas el rey y el Cid cumplieron  
su palabra cada cual.

Teje en Toledo el infante,  
y en Zamora doña Urraca;  
nudos les corta y les saca  
hilos el Cid vigilante;

y en su red cuando á los dos  
creyó, en camino se puso  
de Zamora.— Mas propuso  
el Cid, y dispuso Dios.



## II

La casa del Cid en Burgos  
abandonada, no vieja,  
hicieron los alarifes  
en dos meses vividera.  
Cumplió su palabra el Rey;  
y ordenando á sus expensas  
en la abandonada casa  
quitar al patio la yerba,  
jalbegar los corredores,  
embarandar la escalera,  
ensamblar techos y pisos,  
herrar ventanas y puertas,  
y cerrar de vidriería  
sus balcones y lucernas,  
la decoró con los propios  
tapices, muebles y telas  
de su real palacio, en uno  
de aquella edad convirtiéndola:  
es decir, en lo que hoy es  
una casa solariega.

Cuando juzgó que la casa  
del Cid, de ser la primera  
despues del palacio en Burgos  
tenia ya la apariencia,  
en la mañana de un lunes  
de un dia de primavera,  
de los pocos que se gozan  
en la zona burgalesa,  
con el clero parroquial,  
la corte y su escolta régia,  
en traje de ceremonia  
de Burgos salió á las puertas.

Al punto en que á ellas llegaba,  
se adelantaba hácia ellas

por el camino, que entónces  
era poco más que senda,  
otra comitiva grave,  
vestida de ropas negras,  
precedida de unas andas  
de negros paños cubiertas.



Una cruz trae por delante  
con dos ciriales con velas,  
cuyo pábilo sin llama  
en su remate negrea;  
cuatro clérigos en torno  
fúnebres salmos la rezan,  
y cierra la comitiva  
una enlutada en litera.  
Reunidas ambas, juntas  
dirigiéronse á la iglesia,  
los clérigos salmodiando,  
don Sancho con reverencia,  
la corte al Rey amoldándose,  
la dama en crespon envuelta,  
y el pueblo absorto, formando  
la comparsa de la escena.

Cumplió su palabra el Rey:  
como si á infantes se hicieran,  
hizo á los padres del Cid  
solemnísimas exequias.  
Pagó cientos de resposos,  
limosnas repartió espléndidas,  
siendo los muertos llorados  
por todas las almas buenas.  
Concluidos los oficios,  
sacó del templo á Jimena  
el Rey don Sancho del brazo,  
y la instaló en su vivienda:  
y cuando el Rey de su casa  
salió dejándola en ella,  
á saludarle al partir  
se asomó al balcon Jimena.  
Rompió en aplausos la gente;  
y al dar á la esquina vuelta,  
el Rey se quitó la gorra  
y ella inclinó la cabeza.

---

Cumplió su palabra el Cid  
y como adalid que piensa  
asegurarla bien ántes  
de meterse en una empresa,  
la gente de su mesnada  
dividió en partidas sueltas,  
despachando á cada una  
por una vía diversa.  
A Burgos diz que se vuelven  
ya que en Leon la paz reina,  
encargadas por los pueblos  
fronteros de establecerla.  
Mas todos los jefes órden  
de caer en un dia llevan

en un lugar diferente,  
pero de Zamora cerca.  
El Cid cumplió su palabra:  
con una escolta pequeña  
de hijodalgos vivareños  
salió de Leon, sin muestras  
de algarada ó correría,  
sin aparato de guerra,  
sin verederos delante,  
sin carros detrás ni acémilas.  
Armados van: mas del noble  
la armadura entónces era  
indispensable atavío  
y natural vestimenta;  
con qué miró su partida  
la poblacion leonesa  
de la paz como precisa  
y natural consecuencia.  
Cumplió su palabra el Cid:  
á la jornada tercera,  
con tranquilo continente  
de Zamora entró por tierras;  
y con el sol de la cuarta  
comenzó á subir la cuesta,  
cuyo sendero tortuoso  
al postigo viejo lleva.  
Segun avanza comprende  
por lo que avanzando observa,  
que está la infanta en Zamora  
preparada á su defensa:  
las murallas con reparos,  
los cubos con aspilleras,  
el castillo con vigías,  
las torres con centinelas;  
el postigo mantelado  
con puente, rastrillo y verja,



y á verle subir creciendo  
el gentío en las almenas.

Subia el Cid á Zamora  
cual si no se apercibiera  
de su catadura hostil,  
ni de su gran fortaleza;  
como á un jabalí erizado  
va un cazador con cautela,  
fingiendo no apercibirle  
para tirarle de cerca.  
Llegó ante el postigo viejo;  
y plantado en la plazuela  
que ante el puente y sus dos torres  
se abre, á sus tiros expuesta,  
cual si no viese á la gente  
que á los muros se aglomera,  
mandó de pedir entrada  
con un clarín hacer seña.  
«¿Quién va?»—preguntó, asomando  
hasta el pecho la cabeza  
por el muro Arias Gonzalo,  
que el infantazgo gobierna.  
—«Abrid al rey,—dijo el Cid:  
de él traigo á la infanta nuevas,  
y á una demanda del rey  
ha de darme una respuesta.»  
—«Ya no hay en Zamora rey  
ni hay en Zamora ya orejas,  
demandas de castellanos  
que estén á escuchar dispuestas.»  
—«Las palabras de la mia  
están escritas en letra  
del rey don Sancho á su hermana  
y es preciso que las lea.»  
—«Si traeis letras mandádnoslas  
pasadas en una flecha

por cima de la muralla;  
pues las llaves de las puertas  
de Zamora se han perdido  
y no hay de abrirlas manera.»  
—«Muy mala de recibir  
cartas de reyes es esa:  
si ésta ha de saltar el muro,  
prefiero al rey devolvérsela,  
y que éntre él por donde yo  
su carta enviar tengo á mengua.»  
—«Si lo que en ella demanda  
es, segun siento sospechas,  
entrar el rey en Zamora,  
no hay que cansarse en leerla.»  
—«Eso pide, Arias Gonzalo:  
mas no es cortés que yo vuelva  
á Burgos de vuestra infanta  
sin ver el rostro siquiera.  
Y por si al perder Zamora  
las llaves y las orejas,  
perdiendo memoria y ojos  
no hay quien me conozca en ella,  
yo os suplico, Arias Gonzalo,  
que si anda por ahí cerca  
mi señora doña Urraca,  
que sí andará á la hora de ésta,  
la digais que soy Ruy Diaz,  
y que ésta es la vez primera  
que á su morada llamando  
me hizo esperar á su puerta.»

A estas palabras del Cid,  
sacando entre dos almenas  
el medio cuerpo y los brazos,  
asomó la infanta mesma:  
y con voz desentonada,  
y con accion descompuesta,

al absorto castellano  
imprecó de esta manera:  
«¡Afuera, afuera Rodrigo!  
Jamás pensé que tú fueras  
quien viniese á despojarme  
en mi casa de mi hacienda.  
Antes de arriesgarte á ello,  
acordátese debiera  
de aquel buen tiempo pasado  
de nuestra niñez más tierna;  
cuando criado en mi alcázar,  
en infantiles franquezas  
con mis hermanos crecías,  
siendo yo tu compañera.  
Leíamos en un libro,  
comíamos á una mesa,  
y unos mismos, cual de hermanos,  
nuestros pensamientos eran.  
Creciste y te hicistes hombre,  
de héroe hiciste proezas;  
y al hacerte hombre olvidaste  
por lo que eres lo que eras.  
Mi padre te armó en Coimbra;  
yo te calcé las espuelas  
porque fueras más honrado,  
pero lloraba al ponértelas.  
Pensé de casar contigo;  
casaste tú con Jimena;  
dejastes hija de rey  
por casar con rica-fembra:  
con ella hubiste dineros,  
conmigo estados hubieras  
¡y hoy vienes á demandarme  
los estados de mi herencia!  
No tomáras tal demanda  
si tuvieses fe y vergüenza;

y si no fueras quien eres  
de aquí vivo no volvieras.  
¡Afuera, afuera Rodrigo!  
Zamora es mia, y tendréla  
por mia miéntras me queden  
de ella un hombre y una piedra.



Yo no entregaré á Zamora:  
y si don Sancho la entra,  
me hallará entre sus escombros  
ántes que rendida muerta.  
Dejómela á mí mi padre,  
y maldijo á quien viniera  
á pedírmela ó quitármela  
por voluntad ó por fuerza.  
Tú vienes hoy á pedírmela.  
¡Afuera, Rodrigo, afuera!  
mi padre maldice á Sancho:  
maldito con Sancho seas!»

Dijo, y quitóse la infanta  
de la muralla colérica,  
y todo el pueblo quitóse  
de las murallas tras ella.

Quedóse el Cid pensativo  
en la explanada desierta,  
absorto de lo escuchado  
y de lo visto con pena;  
y en vista de que Zamora  
no ha de abrirle ya sus puertas,  
tornándose con los suyos,  
tornó á bajar por la cuesta.  
Los vivareños del Cid,  
aunque mucho le respetan,  
por lo que la infanta dijo  
conforme á lo dicho piensan.  
El Cid sabe bién que el necio  
que en sincerarse se empeña,  
agrava más ante el vulgo  
lo de que mal se sincera;  
y aunque lee en sus pensamientos,  
con ellos sin tener cuenta,  
sigue en silencio bajando  
como si no los leyera.  
Lo mal dicho por la infanta,  
mal sin embargo le sienta,  
por ser palabras tan locas  
en una mujer tan cuerda;  
y como sabe que siempre  
palabras por mujer sueltas,  
en lugar de ser el aire,  
el diablo es quien se las lleva,  
se asombra de que la infanta  
haya así soltado aquellas,  
que cogidas por el diablo  
pueden pedradas volvérsela.

Y el Cid para sí decía:  
«Comprendo que se defienda:  
mas no que ofenda su honra  
publicando sus flaquezas.  
Si me quiso y no la quise,  
secreto entre los dos era:  
por cima de las murallas  
¿á qué sus secretos echa?  
y con el Rey me maldijo.....  
¡maldita sea su lengua!  
Sobre Zamora vendremos  
el Rey y yo..... por bien sea.»

Así pensando llegaba  
el Cid al fin de la cuesta,  
y enarcando el ceño, hizo  
salir al trote á Babieca.

Cogidas dejó en contorno  
de Zamora las veredas,  
mas fuera de sus terrenos  
del infantazgo á fronteras:  
y escalonando jinetes  
segun de Leon se aleja,  
dió en Burgos á dar al Rey  
de su mision mala cuenta.  
Le oyó el Rey, y dijo en calma:  
«Las huestes tengo dispuestas;  
tomaremos á Zamora  
una vez que nos la niegan.»

No como quien amenaza  
sinó como quien recuerda,  
dijo el Cid: «Tened presente  
que, al descender á la huesa,  
vuestro padre á doña Urraca  
se la dejó por herencia,

y que al espirar maldijo  
al que á tomársela fuera.»

No como quien contradice  
sinó como quien comenta  
una cuestion que ha estudiado,  
dijo el Rey con mucha flema:  
«La voluntad de los reyes  
la muerte al matarles quiebra:  
no hay, Diaz, voluntad póstuma  
de rey que se cumpla entera:  
el que se va mira atrás  
y adelante el que se queda:  
y en cuanto á sus maldiciones  
nunca á los malditos llegan;  
Dios es sólo el que bendice  
y maldice, y manda y veda.  
Conque ¡á Zamora!: mi padre  
ya á Castilla no gobierna.»

Metióse el Rey en sus cámaras;  
y tomando la escalera  
del palacio el Cid, metióse  
en su vieja casa nueva.

---

No era el Cid supersticioso,  
mas era hombre de la época  
y creyente; lo que dicen  
que el rey don Sancho no era.  
Llevaba el Cid en su ánimo  
una inexplicable mezcla  
de esperanza y desaliento,  
de alegría y de tristeza:  
y al encontrarse en los brazos  
de Bibiana y de Jimena  
y de su hijo don Diego,  
que en los catorce años entra,

al recuerdo de sus muertos  
de los vivos en presencia,  
siente que llora, mas duda  
si de placer ó de pena.

Y á su mujer y á su hijo  
y á la chica abraza y besa,  
y entre sus brazos sintiéndoles  
en sus brazos les estrecha,

No hay paz, ni dicha, ni gloria  
ni prez como las domésticas;  
no hay paz como la de casa  
cuando hay paz en la conciencia.

Sólo al calor del hogar  
amor y bien se conservan;  
y el amor de la familia  
todo el del mundo concentra.

Amor que todo lo parte  
por igual, todo lo llena,  
todos los placeres dobla,  
todos los pesares merma;  
y depurando los gustos  
y los disgustos, les deja  
sin hiel ni acritud que el alma  
con sabor áspero hieran.

Las más amargas memorias,  
áun las de personas muertas,  
son luégo un aniversario,  
marcan en casa un época;  
y las familias que se aman,  
cuanto más aisladas quedan  
en el mundo, más dichosas  
en la soledad se encuentran.

Y el Cid se encontró en su casa  
después de una larga ausencia  
en esta tristeza alegre  
que se siente y no se expresa.





- Mujer inquieta es la infanta  
y todo contra él lo agita:  
si á Zamora no la quita,  
medio reino le levanta.
- JIMENA La infanta es del Rey hermana.
- EL CID Mas, levantisca y traidora,  
amaga desde Zamora  
turbar la paz castellana.
- JIMENA Jamás discutir, Rodrigo,  
cuestiones de Estado intento,  
lo sabes; mas mucho siento  
que el Rey te lleve consigo,
- EL CID Si no voy yo de él en pós  
¿quién le enfrena ó le aconseja?
- JIMENA Mira si en Burgos te deja.
- EL CID Déjalo en manos de Dios.  
¿Qué temes por mí en Zamora?
- JIMENA Nada: mas pésame ver  
que vas contra una mujer  
con tantos hombres ahora.
- EL CID Pésame tambien á mí.
- JIMENA Quédate en Burgos.
- EL CID No puedo.
- JIMENA No sé porqué tengo miedo  
por primera vez por tí.
- EL CID Déjalo en manos de Dios.  
El Rey va á tierra traidora,  
é imposible es que á Zamora  
no vaya yo de él en pós.
- JIMENA ¡Luego tú tambien me ocultas  
un fatal presentimiento!
- EL CID Sí, mas lo que yo presiento,  
tú, que lo ignoras, lo abultas.  
Presiento dificultades  
é imprudencias de don Sancho,  
que crée sin duda muy ancho

que así se asaltan ciudades  
 como Zamora en un día;  
 y yo le he dicho en su cara  
 que nadie en Zamora entrara  
 si Zamora fuera mía.

JIMENA Pues, ¿á qué vas?

EL CID

A probar  
 que plaza que á mí ninguno  
 me tomara, no hay uno  
 que me impida á mí tomar.

A esta respuesta del Cid  
 que su carácter revela,  
 que en él es genio y en otro  
 revelaría demencia,  
 los ojos al cielo alzando  
 calló y suspiró Jimena,  
 convencida de que nadie  
 cambia de naturaleza;

Y dijo entre sí: «Es inútil  
 querer torcerle: en la tierra  
 todo tiene una atracción  
 que á un fin natural lo lleva:  
 el sol va siempre á occidente,  
 contra el aire las cigüeñas,  
 los ríos hácia la mar,  
 y mi marido á la guerra.»

### III

En un camarín de fábrica  
 entre bizantina y gótica,  
 cuyas paredes tapiza  
 labrado cuero de Córdoba,  
 cuyo pavimento sólido  
 cubre valenciana alfombra,  
 y cuyo mueblaje rico  
 por su materia y su forma,

la opulencia y el buen gusto  
de su poseedor denota,  
sentada está doña Urraca  
en su alcázar de Zamora.

A sus piés en un escaño,  
está una mujer aún moza,  
pero de carnes enjuta,  
de recia armazon huesosa,  
de contornos masculinos,  
cabello negro, piel roja,  
y vestida á la africana,  
con fez, saragüil y ajorcas:  
con que ella y su vestimenta  
son una mezcla estrambótica  
de hombre y mujer, pareciendo  
que hay en ella dos personas.

Es una felláh nacida  
del monte Atlas en las rocas,  
ágil como sus panteras,  
astuta como sus zorras,  
hecha á lidiar del desierto  
con las fieras tribus nómadas,  
y á usar de las armas como  
las antiguas Amazonas.

Sus padres y sus maridos  
en su aduar las dejan solas,  
y ellas guardan y defienden  
de los beduinos sus chozas.

Los Emires marroquíes  
y los xeques de la costa  
traian de estas mujeres  
entre sus rapaces hordas.

Fieles, sagaces, de todo  
capaces y á todo prontas,  
eran espías, correos,  
de sus esclavas y esposas

guardas en su haren: en suma  
eran las ejecutoras  
privadas de sus empresas  
íntimas ó misteriosas.

Una de estas es aquella  
á quien está oyendo absorta  
la infanta, y que de un mensaje  
ha sido la portadora.

De Toledo vino: Alfonso  
en una carta muy corta,  
dice *que la mensajera*  
*tráe buena lengua en la boca:*  
y la infanta doña Urraca,  
que es muy buena entendedora,  
para entender tal epístola  
media palabra bastóla.

Convocó, pues, á sus íntimos,  
sentó á sus piés á la mora,  
y pues su hermano en la lengua  
se fía de ésta, buscóselá:  
y en este punto agrupados  
de ella están á la redonda,  
y la mensajera acaba  
de don Alfonso la historia.

Trás de la infanta la escuchan  
Gonzalo Arias, que es su sombra,  
y sus cuatro hijos que son  
donceles de su señora.

Damas de su confianza  
y adalides de sus tropas,  
de la extraña mensajera  
el noble auditorio forman;  
y en el punto en que comienza  
este romance en mi crónica,  
de este modo á sus oyentes  
decía la narradora.

Y lo decia con esa  
entonacion armoniosa,  
con ese acento que á su habla  
da inflexiones de salmódia;  
con esa forma voluble,  
que en sus cuentos amontona  
tropos, símiles é imágenes,  
de los africanos propia.  
—«Dos veces en riesgo puso  
su vida la recelosa  
suspicion de unos múftis  
y unos faquíes; carcoma  
de nuestra fe y nuestra corte,  
que de todo se avizoran,  
de todo se escandalizan,  
y á los creyentes deshonoran.  
Uno de éstos una noche  
soñó que en triunfante pompa  
tu hermano entraba en Toledo  
á caballo y con corona;  
y apoyándose en el hecho  
de que, con tiesura indómita,  
tu hermano en la cabellera  
tiene un mechon que se enrosca  
y arremolina rebelde,  
con ira supersticiosa  
quisieron que en pró del reino  
le diera el Rey muerte pronta.  
El Rey que no cree en agüeros,  
trató su pretension loca  
de vil traicion con un huésped,  
y en tu hermano rechazóla.»  
—«¡Ah buen rey!»—dijo la infanta.  
—«¡Azzaláh!»—dijo la mora.  
—«Sigue,—dijo Urraca,—eso  
fué una vez: ¿qué fué la otra?»

—«La otra,—siguió la fellah,  
fué que durmiendo á la sombra  
de una datilera espesa  
una siesta calurosa,  
tu hermano, sin verle el Rey  
por estar entre las hojas  
él de una parte, sentóse  
el Rey á hablar de la otra.  
Iban con el Rey los mútfis  
y los xeques de su escolta;  
y mirando á la ciudad,  
fuerte entre el rio y las rocas,  
juzgábanla inexpugnable  
y de una manera sola  
posible de entrar: talando  
siete años su vega toda.  
Apercibió un mútfi al príncipe,  
y para que no recoja  
secreto tál, si no duerme,  
propuso una horrible cosa.  
—«¿Cuál?»

—«Con plomo derretido  
con que los caños se soldan  
de las fuentes (y soldaban  
uno á una pila marmórea  
muy cerca unos alarifes)  
echarle ardiendo una gota  
en la mano que tendia  
sobre la yerba.»

—«¿Y por obra  
pusieron tan vil idea?»  
—«¡No que no!; mas la modorra  
de Alfonso era tan profunda,  
que nada oyó; ni sintióla  
caer ardiendo en su mano,  
ni á su impresion dolorosa

despertó, hasta que en la palma  
se enfrió la ardiente gota.»

—«¡Habrás perdido la mano!»

—«Curó muy bien; y salvóla  
con la vida, por tener  
la soñarrera tan honda.

Y desde entónces tu hermano  
es la alegría y la gloria  
de Aly Maimun, que no sabe  
vivir sin él una hora.

Con lo que el rey don Alfonso  
podeis comprender que goza  
de Aly Maimun de Toledo  
la hospitalidad fastuosa,  
y la proteccion más ámplia:  
en sus alcázares mora,  
sus propios siervos le sirven,  
sus propios caballos monta,  
en los cotos reales caza,  
del rey se viste las ropas,  
sus caballeros cristianos  
sueldos del erario cobran;  
los toledanos le admiran,  
las toledanas le adoran,  
do quiera que se presenta  
de bendiciones le colman;  
vive tranquila, sultana,  
porque en tierras de Mahoma  
tu hermano está tan seguro,  
tan libre y tan sin zozobra,  
como la anguila en el rio,  
como en el bosque la corza,  
como en su enjambre la abeja,  
como en el viento la alondra:  
y en tí su esperanza tiene,  
y en Aly Maimun la apoya;



y esto me mandó á decirte;  
si lo he dicho mal, perdona.»

—«No, sinó muy bien; y en premio  
este anillo mio toma  
para que por él mi hermano  
tu fidelidad conozca.



Yo te pondré en los oídos  
mi respuesta, y de tu boca  
la oirá cual yo tu cuento.  
Te daré dos líneas cortas  
escritas: porque las letras  
son al que escribe traidoras,  
y las palabras son ruido  
que se disipa en la atmósfera;  
mas de palabras y letras  
dirásle en suma estas pocas:  
que á dar la vuelta á Leon  
dentro de un mes se disponga».

A estas palabras la infanta  
iba sin más ceremonia  
á levantar el estrado,  
cuando el fragor de las trompas,  
el doble de las campanas,  
y mil voces tumultuosas,

del camarín bizantino  
estremecieron las bóvedas.  
Salió al ajimez la infanta,  
y como la vega toda  
domina su alcázar, puesto  
en la cima de una roca,  
la causa de tál tumulto,  
sin preguntarlo, vió absorta:  
Don Sancho acampa sus huestes  
en rededor de Zamora.

## IV

Y uno es un mal esperar  
que nos puede acaecer,  
y otro es sentirle llegar,  
y, sin poderle atajar,  
cómo nos sucede ver.

Así que los zamoranos  
tuvieron bajo sus muros  
á los tercios castellanos,  
no les bastaron ni manos  
ni ojos para estar seguros.

Y aunque está muy bien murada  
y son muchos en la villa,  
no hay hora en que amenazada  
no se halle de ser entrada  
por las gentes de Castilla.

Y minándoles la tierra,  
y dando á peñascos vuelo  
con sus máquinas de guerra,  
el Rey de Castilla cierra  
sobre ella por tierra y cielo.

Y comienzan á entender  
que uno es á rey tal bravear,  
y otro con tal rey tener  
sin dormir y sin comer  
día y noche que lidiar.

Grandemente les ensaña  
ver que Galicia, Leon,  
Asturias y toda España  
al Rey en esta campaña  
dan hueste y mandan pendon;  
pues ven desde sus baluartes  
entre los del Rey y el Cid,  
ondear los estandartes  
que llegan de todas partes  
desde Oviedo á Val-de-Olid.

Mas no por eso villano  
cede ó se descorazona  
el fiel pueblo zamorano:  
cuanto el riesgo es más cercano,  
más puja y se envalentona.

Al largo asedio se aveza,  
y cuanto el Rey más la plaza  
bate, con más entereza  
defiende él su fortaleza  
y los asaltos rechaza.

Y sobre su fuerte muro  
al castellano provoca  
trás de cada asalto duro,  
como un viejo halcon seguro  
en la cresta de una roca

¡Bien Zamora se defiende!  
y aunque bien Sancho la ataca,  
la estrecha, mas no la ofende:  
cuanto en ira él más se enciende,  
más firme está doña Urraca.

---

Mas todo ímpetu primero  
de alta fe, valor profundo  
ó amor el más verdadero,  
da en el pueblo más entero  
en un extremo segundo.

El tiempo, de amor y fe  
y entusiasmo popular  
gran roedor, no hay con qué  
por tierra al cabo no dé  
en un pueblo á largo andar.

En el pueblo más constante,  
más leal y más valiente,  
nunca falta un intrigante  
ó un traidor, que ir adelante  
le impida y le desaliente.

Jamás falta un agorero  
que mal no le vaticine,  
ó un traidor aventurero  
que alce un murmullo primero  
y á un mal parecer le incline.

Y alzado el primer rumor,  
cual mina que se dispara  
sube el murmullo á clamor;  
y un pueblo entrado en furor  
¿quién sabe dónde se para?

. . . . .

Ve el de Zamora que pasa  
á largo andar el octubre,  
y aunque el invierno se atrasa,  
que comienza á estar descubre  
su gente y vitualla escasa.

Y con secreta zozobra  
comienzan á comprender  
los zamoranos, que es obra  
su resistencia de sobra  
difícil de mantener:

pues miéntras ellos se merman  
de heridas, cansancio y hambre,  
con los que mueren y enferman,  
sin que ellos coman ni duerman  
crece el campo como enjambre.

Y ya Arias Gonzalo el viejo,  
el más ducho en el consejo  
y el más bravo en la batalla,  
aunque en público lo calla,  
á solas anda perplejo.

Y ya que el hambre le venza  
ó ceda su ánimo flaco,  
del viejo Arias con vergüenza,  
el pueblo á temer comienza  
que la ciudad se entre á saco.

Y en vez de aquella fiereza  
con que leal se batia,  
le ve con mortal tristeza,  
vista torva y faz sombría,  
contemplar la fortaleza  
del muro en que ya no fía.

Y empieza extenderse á ver  
del alcázar en redor,  
y por las plazas crecer,  
ese siniestro rumor  
con que el miedo empieza á ser  
de la rabia precursor.

Aun reina Urraca en Zamora,  
áun no ha recibido insulto,  
áun no es Zamora traidora,  
áun piensa y sospecha á bulto;  
mas ya el gérmen se elabora  
de la traicion ó el tumulto.

Anda por Zamora ya  
un hijo de Olfos Bellido,  
Bellido D'Olfos que va  
allegándose partido;  
que amigo de Arias no ha sido  
nunca, y recelos le da.

Hombre de muy mala fe  
y gran traidor tiempo atrás

dicen que su padre fué;  
dicen del hijo además  
que mató al padre; no sé  
si se averiguó jamás.

El odio á él de Arias Gonzalo  
en tales dichòs estriba:  
el hecho es que es hombre malo,  
pero con la infanta priva:  
y aunque Arias entre ojos hálo,  
D'Olfos es diestro y le esquivá.

La infanta le quiere bien  
porque la lleva el genial:  
y los villanos también  
le aman y temen, por tal  
historia tradicional;  
por la que en él tal vez ven  
algo sobrenatural.

Este hombre de extraña raza  
y de extraña historia, empieza  
á andar ya de plaza en plaza,  
y á ser de grupos cabeza:  
todavía no amenaza,  
mas ya bulle y embaraza  
y do quier se le tropieza.

Aun Zamora se defiende:  
mas tan recio el Rey le ataca,  
que ya sus muros ofende,  
sus piedras y almenas saca  
de asiento, y sus cubos hiende;  
y ya con miedo comprende  
su situación doña Urraca.

Ya empieza la población  
á comprender de Zamora,  
que no tiene en conclusión  
que esperar desde esta hora  
remedio ni salvación,

sin un milagro, que implora  
sin fe, ó por una traicion.

Mas la gente pensadora  
se hacia esta reflexion:  
«Dios milagros no hace ahora,  
»¿y quién hace la traicion?»



V

En la mañana sombría  
del primer mártes de octubre,  
en una mañana de esas  
en que de los rios surgen  
esas nieblas ondulantes,  
que en sus orillas se tupen  
frias, espesas y pardas,  
y el dia en tinieblas sumen;  
á favor de su calígene  
sin que le vean ni turben,  
registra el Rey los estragos  
que muros y torres sufren.

La densidad de la niebla,  
por entre la cual no luce  
el sol, que por ella ahogado  
parece y de arder concluye:

el són del Duero que cerca  
grueso é invisible ruge,  
y el del robledal que á intervalos  
ráfagas sueltas sacuden,  
si nó pavor en el ánimo  
del hombre de guerra infunden,  
su imaginacion asaltan  
con presentimientos lúgubres.

Las sombras que las creencias  
en nuestro espíritu nutren,  
en la niebla y las tinieblas  
en nuestro espíritu influyen.  
Creyente ó supersticioso  
nadie su influencia elude,  
si una incrédula osadía  
de su ánimo no la excluye.  
El Rey, á quien no hay agüeros  
ni pronósticos que asusten,  
ni presentimientos que hagan  
que á sus proyectos renuncie,  
va entre la niebla girando:  
con la sola pesadumbre  
de que un día para dar  
un asalto no le dure.  
Sus catapultas estudia  
dó le conviene que apunte,  
y dó aplique sus arietes  
por que brecha le procuren;  
mas va viendo que los muros  
por ninguna parte se hunden,  
aunque ya han hecho sus tiros  
que mal sus piedras ajusten.  
Marcha en silencio y á pié,  
habiendo hecho que se oculten  
los pajes con los caballos  
del cerro á pié por dó sube.



Subió hasta el postigo viejo;  
y con gran gozo descubre  
un lienzo que, si se bate,  
es fácil que se derrumbe.

El Cid, Ordoñez, Velasco,  
Alvarfañez, Pero Nuñez,  
y otros veinte caballeros  
que su escolta constituyen  
y su consejo, examinan  
el lugar; y que consulten  
les deja el Rey, de sus cálculos  
para apreciar el resúmen.

En esto, miéntras que todos  
en móviles actitudes,  
gesto expresivo y voz baja  
sus pareceres aducen,  
dentro y detrás del postigo  
perciben que se difunde  
confuso rumor que crece  
cual de disputa que surge,  
y va en motin convirtiéndose;  
lo que á esperar les induce  
que por rendirse allá dentro  
el pueblo se atumultúe.

La curiosidad y el riesgo  
hacen que á un lado se agrupen,  
miéntras que los gritos crecén;  
y segun lo que deducen,  
por las voces de *¡abre! ¡cierra!*  
*¡paso haced! ¡que no se fugue!*  
parece que es el postigo  
por abrir por lo que pugnen.

No hay con el Rey un cobarde  
que en caso de lid repugne  
meterse en ella, ni en dar  
por él su existencia dude;

pero de cuál sea el riesgo  
próximo en la incertidumbre,  
firmes, callados é inmóviles  
esperan lo que resulte.

De repente las cadenas  
rechinan, el puente cruje,  
y se oyen por él los pasos  
de los que parece que huyen.  
Corriendo bajan la cuesta;  
y como es fuerza que crucen  
por entre el Rey y los suyos  
que el paso les interrumpen,  
por el sendero que ocupan  
dióse en la niebla de bruces,  
el que huía con el Rey,  
que aguantó apénas su empuje.  
El fugitivo que, asiéndose  
del Rey que lo asió, sostúvose,  
apénas á su equilibrio  
natural se restituye  
dijo—«¡el Rey..!»—reconociéndole,  
y amparado tras él púsose.

Sin tiempo de que demande  
qué es el Rey ni él continúe,  
los que le siguen metiéronse  
entre los del Rey, que acuden  
á rodearles de espadas,  
sin que ellos de ellas se asusten.

Arias Gonzalo y sus hijos  
son: y aunque ya se presumen  
presos por el Rey, impávidos  
esperan que él se lo anuncie.

El que huye de ellos es Dolfos,  
que procura que le escude  
el Rey; sin que ose ninguno  
hablar sin que el Rey pregunte.

El Rey entabló al fin diálogo,  
pues la autoridad asume  
entre amigos y enemigos,  
y el caso es bien que él apure.

EL REY ¡Tres contra uno entre hidalgos!  
¡qué es esto!

DOLFOS Que yo propuse  
salir á tratar con vos  
y á los Arias no les cumple.

G. ARIAS Don Sancho, no hemos dejado  
salir á ese hombre á que os busque,  
porque es maestro en traiciones  
y una tememos que os urde.

DOLFOS Don Sancho, tengo un partido  
que quiere que capitule  
la ciudad, y de la Infanta  
el juicio más no se ofusque.  
Los Arias, señor, os odian:  
ella deja que la usurpen  
el poder, y bajo él quieren  
que Zamora se sepulte.

G. ARIAS Don Sancho, ved que os lo aviso:  
si dejais que os embaúque  
ése, que es gran forjador  
de traiciones y de embustes,  
no respondo de que en una  
no os haga dar, y no abuse  
de vuestro amparo; porque esa  
es en su raza costumbre.

DOLFOS Don Sancho, veis que razones  
no os pueden dar, y recurren  
á las calumnias. Yo tengo  
parte por dó os asegure  
la entrada en Zamora, y dentro  
partido que me secunde.  
Ellos lo saben, señor,

por más que lo disimulen.  
Cogedlos y yo os entrego  
la ciudad, que en servidumbre  
tienen y miedo, en el punto  
en que su prision anuncie.  
Yo os hago pleito homenaje:  
tomadme, aunque me calumnien,  
á vuestro servicio y de ellos  
con vos dejadme que triunfe.

G. ARIAS Rey don Sancho, dadle amparo;  
mas del daño que os redunde  
que nadie ante Dios ni el mundo  
á nosotros nos acuse;  
y del modo con que á vos  
nos atrajo, se me ocurre  
si entrasteis para cogernos  
aquí con él en ajuste.

EL REY Don Arias, yo ni rechazo  
á quien á mi amparo acude,  
ni armo á un enemigo trampas  
que mi honra de rey deslustren.  
Dolfos se vendrá á mi campo:  
libre id vos; mas si sucumbe  
la ciudad, os descabezo  
el dia en que yo la ocupe.

Tornó la espalda don Sancho;  
y ántes de que se procuren  
los zamoranos auxilio,  
envuelto en la doble nube  
de niebla y del polvo que alzan  
sus caballos andaluces,  
entró en su campo con Dolfos,  
su escolta y su servidumbre.

## VI

Los Arias que bien conocen  
del Rey el feroz carácter  
y que de él si son vencidos  
lo que les espera saben,  
decidieron en Zamora  
morir, mejor que entregarse  
y darle á gozar el bárbaro  
placer de descabazarles.  
Don Sancho, viendo el setiembre  
encima lluvioso echársele,  
apretó y plantó sus tiendas  
debajo de los baluartes:  
y no hay ya un hombre que á ellos  
pueda seguro asomarse,  
ni modo de que un minuto  
los zamoranos descansen.  
Partida ya sin desquite  
va de tercios á tenaces;  
mas es ya fuerza perderla  
por una ó por otra parte.  
Colérico ante Zamora  
bramaba el Rey de coraje,  
contra Arias mil maldiciones  
echando al par de mil planes;  
pero por más que discurre,  
por más que á Zamora bate,  
allí la tienen los Arias  
para que el paso le ataje.  
Ni hay medio de que sus ojos  
ni sus piés del muro pasen,  
ni hay medio de que se quite  
á los Arias de delante.  
Los Arias al ver que en llúvias  
amaga el tiempo cerrarse,

fian en que hará el invierno  
que el Rey el cerco levante:  
y como el Rey de Zamora  
el campo abandone ó alce,  
de Zamora por la falta  
tal vez la tierra le falte;  
porque si Zamora triunfa,  
á su ejemplo es indudable  
que por don Alonso muchas  
fortalezas se declaren.

Tal porvenir no se oculta  
ni á los ojos perspicaces  
de don Sancho que le teme,  
ni de Arias que se le abre;  
y está don Sancho en Zamora  
como oso que ve un enjambre  
tan alto, que de él no puede  
llegar hasta los panales;  
y los Arias, de Zamora  
tras los muros seculares,  
como en roca inaccesible  
un nido de gabilanes.

---

El Rey de Bellido D'olfos  
aceptó el pleito homenaje,  
contra el parecer del Cid  
y todos sus capitanes.  
Lo que Arias de D'olfos dijo,  
lo que se habló de su padre  
miéntras vivió, y las sospechas  
del parricidio, retraen  
de su intimidad y trato  
á las gentes de linaje:  
y anda en el campo cual sombra  
sin cuerpo á quien arrimarse.

Sólo el Rey le trata bien,  
como á hombre que diz que trae  
de un juez fundador de Burgos  
el apellido y la sangre.

El Rey dice que á su amparo  
se acogió y que debe dársele:  
que si traidor fué á Zamora  
era á Zamora por darle;  
que siempre del mal y el bien  
que el vulgo propala de álguien,  
son erróneas ó supuestas  
las nueve décimas partes:  
que siempre topan con D'olfos  
los que de Zamora salen,  
y que en salidas y asaltos  
bien por Castilla se bate;  
que nadie debe juzgar  
que ha fraguado ni que fragüe  
nada de lo que evidentes  
no hay ni pruebas ni señales;  
que pues nadie le halla en falta,  
ninguno de sobra le halle,  
y en fin, que de él amparado  
no es bien que le desampare.

Todas las supersticiones,  
y las creencias vulgares  
sobre el fatalismo, tienen  
orígen en hechos reales,  
en experiencias continuas  
de casos inexplicables,  
que obra del sino parecen  
por mas que sean casuales.  
La luz á la mariposa,  
y al pez el anzuelo atráen,  
y á los hombres desdichados  
los que han de serles fatales.

Ampara don Sancho á D'olfos  
de quien todos se precaven;  
entrada le da en su tienda,  
soldada y gente que mande:  
con él intima, á pretexto  
de que es un hombre importante  
en Zamora y dentro de ella  
tiene influencia y parciales.  
Y á la verdad, sea D'olfos  
traidor ó de serlo trate,  
no trata contra don Sancho  
de usar sus iniquidades:  
porque en sus manos le tiene  
á solas mañana y tarde,  
y por él llamado á solas,  
á solas con él departe.  
A D'olfos pueden traidor  
los de Zamora llamarle,  
porque la traicion que trata  
es á don Sancho entregarles:  
y le asegura y le jura  
que conoce un medio fácil  
y un sitio oculto por donde  
puede en ella penetrarse;  
pero que sólo al Rey quiere  
como leal revelársele,  
puesto que al Rey debe sólo  
favor y amparo en sus reales;  
y que si le da cien hombres  
tan valientes como audaces,  
él y los suyos de adentro  
el postigo viejo le abren.

Don Sancho no ha respondido  
ni aceptado ofertas tales;  
mas piensa en probar si son  
efectivas y aceptables.



Bellido D'olfos en tanto  
anda en el campo, entra y sale,  
de la manera más franca  
y más digna comportándose.



Anda solo y desarmado,  
no habla sin que le hablen,  
saluda á quien le saluda  
y contesta en breves frases.  
D'olfos, aunque traidor sea  
ó haya sido, no es cobarde;  
pero es astuto y sereno,  
sagaz entre los sagaces,  
y elude con tacto sumo  
de los nobles los desaires;  
sin que ellos jamás le sonden  
ni que él jamás se delate.  
Al que adelantarle quiere  
le deja pasar delante,  
no ve á quien bien no le mira,  
no mira á quien no le place.

Pero no está por lo visto  
dispuesto á gastar en balde  
ni servicios ni razones,  
ni á sufrir befas ni ultrajes;  
y un dia que un leonés  
se propasó á codearle,  
al ir por una estacada  
á salir emparejándose,  
le dió tal puñada D'olfos  
que hizo que trastrabillase,  
por ir él inerme, usando  
de las armas naturales.

El leonés furibundo,  
ciego y resuelto á matarle,  
empuñó el mandoble y vínose  
sobre él; pero apoderándose  
D'olfos de una estaca aguda  
de las del cerco sobrantes,  
lanzósela como un dardo  
con tino y con fuerza tales,  
que en la juntura del peto  
y escarcelas acertándole,  
pasóle el cuerpo de modo  
que el leonés cayó exánime.  
El Rey le dió la razon;  
y aún diz que llegó á alabarle  
la maestría de un tiro  
tan diestro y tan de remate.

---

Y hay en predestinaciones  
sínos y fatalidades  
coincidencias extrañas;  
tan fuera de todo alcance,  
tan raras é inverosímiles  
mas tan claras é innegables,

que la razon las rechaza,  
la religion las combate,  
la fe y la ley las proscriben,  
ninguno las prevé ántes,  
pero despues de los hechos  
todo el mundo en ellas cae.  
Todos los hombres de juicio  
las llaman vulgaridades;  
todos los pueblos han hecho  
de ellas proverbios vulgares;  
y el saber popular siempre  
reducido estuvo casi  
á dichos y tradiciones,  
á proverbios y refranes;  
y los pueblos, sobre todos  
los pueblos meridionales,  
dicen que son evangelios  
sus proverbios populares.  
«Lo que está de Dios, sucede  
siempre»—dice un refran árabe;  
y otro andaluz: «De este mundo  
»sin pagarla nadie sale.»

## VII

Eran costumbres del tiempo:  
los ejércitos entónces  
tomaban gentes de todas  
especies y condiciones:  
nobles, hidalgos, plebeyos,  
artesanos, labradores  
y hasta clérigos y obispos;  
y, unos ricos y otros pobres,  
todos iban á la guerra  
porque del Rey los pendones  
daban sombra á las rapiñas,  
que eran sus logros mejores.

Las presas de los saqueos,  
los rescates, que conforme  
á su condicion pagaban  
los jefes y los señores;  
la venta de los cautivos  
ó los derechos del goce  
del fruto de su trabajo  
á no tener compradores,  
eran gajes de la guerra,  
cebos á las ambiciones,  
gérmenes de empresas altas  
de hazañas engendrades.  
Así que nunca faltaban  
soldados á los barones  
belicosos de aquella era  
de guerra á su primer toque.  
Mas cuando se prolongaba  
una campaña, ó mal corte  
la daban las circunstancias,  
la suerte ó las estaciones,  
disolviéndose iba el núcleo  
de las milicias mejores,  
cual la nieve en las montañas  
al empezar los calores.  
Sólo al cebo de un asalto  
fácil, ó el valor enorme  
de una presa, mantenian  
la disciplina y el órden.  
El Cid que del rey don Sancho  
el campamento recorre  
vigilante, y por dó quiera  
lo ve todo y todo lo oye,  
todos los murmullos siente,  
todas las quejas recoge,  
todos los secretos sabe,  
todos los riesgos conoce,

y conoce la inconstancia  
de la suerte y de los hombres,  
dijo al Rey que era preciso  
tentar el último golpe.

Las nubes comienzan gruesas  
á aglomerarse en los montes  
y el campo va á ser un lago  
si la nublazon se rompe.  
Los soldados se fatigan,  
se aburre la gente noble,  
Zamora fia en las lluvias  
ya más que en muros y torres;  
y divididos y flacos  
y pocos sus defensores,  
y los del Rey hastiados  
y propensos ya el desórden,  
el medio de dar fin de unos  
y de que los otros cobren  
aliento con la esperanza,  
es hacer que estos se arrojen  
á un postrer asalto enérgico;  
la ciudad, si vencedores  
entran, dándoles á saco,  
con que al alcázar no toquen.  
Aceptó el Rey su propuesta;  
y el Cid yéndose á dar órdenes  
para el asalto, en su tienda  
el Rey á solas quedóse.

Era la hora de nona,  
hora á que don Sancho come,  
y el asalto habia de darse  
á altas horas de la noche.  
Comió el Rey solo; y atento  
á buscarse ayudadores  
dentro, porque de Zamora  
mejor la toma se logre,

picó en el cebo, y á D'olfos  
mandó llamar á los postres.  
Don Sancho ó por su mal sino,  
ó por ver las opiniones  
de sus nobles contra D'olfos,  
ó por ser lo que él propone  
una traicion, ó tan sólo  
porque á reyes y á señores  
gusta obrar por sí, á los suyos  
sus tratos con él callóles.  
Cuando alzaron los manteles,  
despidió á sus servidores;  
y con el tráfuga á solas,  
dijo: «Tus proposiciones  
acepto; ¿á Zamora puedes  
darme?—Os mostraré por dónde  
podaisla entrar,»—dijo D'olfos.  
El Rey fué á sacar de un cofre  
dos anguarinas muy anchas  
con mangas y capuchones;  
y dándole á D'olfos una,  
le dijo:—«Ese saco ponte;  
yo me pondré estotro, y vamos;»  
y así diciendo endosósele.  
Vistióse D'olfos el suyo;  
el Rey se ciñó un estoque,  
tomó en la diestra un venablo  
y á D'olfos brindó un mandoble.  
D'olfos dijo:—«Señor, yo ando  
sin armas siempre;» y mostróle  
su cuerpo inerme apartando  
sus ropas de él. Encogióse  
de hombros el Rey, cual si fuese  
cosa de que no le importe;  
y la capucha calándose  
con D'olfos emparejóse.

Salieron encapuzados  
al real: dos caballos jóvenes  
largos de carona, enjutos,  
ágiles y corredores,  
con sillas á la jineta,  
libres de caparazones,  
de mallas y lambrequines  
que la marcha les estorben,  
les presentó un picador.  
Montáronles: encargóse  
el Rey de dar á las guardias  
la contraseña; y, al trote  
saliendo de las barreras,  
el Rey preguntó: ¿Por dónde?»  
y D'olfos respondió á punto:  
«Por la loma: hácia aquel roble.»

Estaba éste en un cerrillo  
que se alzaba en el desmonte  
del trecho que separaba  
del foso á los sitiadores.  
Por aquel lado la peña  
tajada á una altura enorme,  
era inaccesible; el foso  
lleno de fango se opone  
á que ninguno á la fuga  
ni á la escalada se arroje  
por allí. Plantas parásitas,  
líquenes, zarzos y bojés  
salvajes y seculares,  
de crecidísimos brotes  
y gigantescas raíces,  
cuyas marañas informes  
crecen en las quebraduras  
de las peñas, interponen  
una barrera á la vista  
de los que arriba se asomen;

sobre la cóncava peña  
tendiendo sus pabellones  
selváticos, que hace el viento  
que en lo alto zumben y floten.  
De ellos á sombra, y saliente  
del foso sobre los bordes,  
el roble del cerro inclina  
su viejo tronco deforme.  
Era un sitio solitario  
y encubierto, que en mejores  
tiempos sirvió á amantes citas  
y á festivas reuniones.  
Llegado allí—«Aquí es,»  
dijo D'olfos, y apeóse,  
yendo á tener el caballo  
de don Sancho, que imitóle.  
—«Conque Vuestra Alteza trepe,  
dijo D'olfos, á ese roble  
media vara, y la cabeza  
al foso incline y se asome,  
puede ver entre los brezos  
de una poterna el emboque.  
Da á un aljibe de Zamora,  
que está seco: tengo un hombre  
puesto en atalaya; si entro  
por él al caer la noche,  
Zamora es vuestra: miradlo,  
y obrad como os acomode.»

Don Sancho, miéntras hablaba  
D'olfos, del árbol asióse  
y empezó á trepar, dejando  
su venablo al pié del roble  
para que no le embarace  
las manos con que á él se coge.  
D'olfos, sin soltar la brida  
de su bestia, recogióle;



y haciéndose atrás dos pasos  
para dar vuelo á su golpe,  
mientras don Sancho trepaba  
por las espaldas lanzóse.  
Pasóle de parte á parte:  
el Rey del tronco soltóse,  
y cayó inerte, la sangre  
arrojando á borbotones.  
Como un relámpago D'olfos  
montó á caballo: metióle  
los acicates, y á escape  
hácia Zamora lanzóse.  
Los del Rey desde su campo  
le ven, mas le desconocen  
bajo el capuz; pero el Cid,  
que lo que es sospecha, echóse  
sobre el caballo que halló  
más á mano y persiguióle.  
Mas iba el Cid sin espuelas,  
y aunque su caballo corre  
bien, del campo es el de D'olfos  
uno de los más veloces;  
y sólo vió que el postigo  
viejo le abrian sus cómplices.  
—«¡Maldito sea, dijo el Cid,  
el que sin espuelas monte!»  
Y empezó á los zamoranos  
á volver sus maldiciones;  
pero mientras él les daba  
de alevosos y traidores,  
del Rey, vuelto en sí, se oyeron  
las desesperadas voces.

---

## VIII

Desalentada á ellas  
mucha gente de su campo  
acudió, en tropel confuso  
capitanes y soldados.  
El Cid, que ha reconocido  
la voz del Rey, su caballo  
volvió hácia donde la oía  
corriendo hasta sofocarlo.  
Llegó donde el Rey estaba:  
tiróse á tierra; á su lado  
se arrodilló, y ayudóle  
á incorporarse en sus brazos.  
Todos le dieron por muerto.  
¡era un horrendo espectáculo!  
Pasado de parte á parte,  
el regaton del venablo  
le asomaba por la espalda  
y la punta por debajo  
del esternon, con la sangre  
cuajada ya en hierro y palo;  
su respiracion difícil,  
sus ojos desencajados,  
las ansias con que se asian  
á cuanto hallaban sus manos,  
mostraban que era de muerte  
la herida doble del dardo,  
y que iban á apresurársela  
con sólo intentar sacárselo.  
Lloraban todos: y el Rey  
entre uno y otro desmayo,  
así decia, postrándose  
y animándose á intervalos:  
—«¡ Yo me he tenido la culpa:  
ya me avisó Arias Gonzalo!

Sin duda estaba de Dios!  
Decid por mí á mis hermanos  
que me perdonen; yo obraba  
como rey..... mas fué pecado.  
No hagais nada por mi vida,  
porque es inútil. ¡Me abraso!  
¡Agua!»—No la habia cerca:  
fueron por ella: y en tanto,  
luchaba el Rey con las ansias  
de la muerte agonizando.  
De pronto, uno de sus últimos  
esfuerzos haciendo, atrajo  
á sí del Cid la cabeza;  
y poniéndole los labios  
casi en la oreja, le dijo:  
—«Diaz, tú eres el más bravo  
y el más leal de Castilla;  
entre moros y cristianos  
tu gloria es mucha: te debo  
mi reino y consejos sabios  
que debí seguir; y ahora  
te dejo desamparado,  
lo sé: vas á ser desde hoy  
de todos los tiros blanco.  
No te recomiendo á nadie,  
porque te haria más daño;  
todos los nobles te envidian:  
Urraca me crée azuzado  
por tí contra ella: Alfonso  
comprende que está más bajo  
que tú: los grandes te odian:  
pero el pueblo castellano  
te adora. Por él pelea:  
no fies en mis hermanos;  
fíate en Dios y en tu espada;  
los reyes somos ingratos

casi siempre, pero el pueblo  
te pondrá que ellos más alto.»

Dijo don Sancho y tornóse  
á desmayar: sollozando  
sostenia el Cid su cuerpo,  
y en silencio contemplábanlos  
sin respirar los presentes.  
Llegó en esto con un vaso  
un doncel, al mismo tiempo  
que un obispo con el Viático  
y un capellan con los óleos:  
pero ya no le alcanzaron  
los sacramentos ni el agua:  
ya era muerto el rey don Sancho.  
Hincóse el obispo, y todos  
en torno se arrodillaron:  
y rasgándose las nubes  
comenzó á llover á cántaros.





I



olfos no tenía cómplices: nadie esperaba su vuelta en Zamora: nadie estaba con él en inteligencia; mas él contaba con todos sin que nadie lo supiera, y con todos le ayudaron su osadía y su destreza. Todo lo había calculado: de su traición la tragedia consumada en sitio oculto, ántes de que descubierta fuese, le daba harto tiempo para huir; de las trincheras del campo al foso, tenía franca una llanada extensa dominada por Zamora; y al salir de las malezas

donde hizo su hecho, contaba  
con la vigilancia atenta  
de la ciudad, y no en vano;  
del muro los centinelas,  
los vigías del postigo  
y torres que le flanquean,  
vieron un encapuzado  
tomar á escape la cuesta,  
y conocieron al Cid  
que tras él iba subiéndola.

El alcaide del postigo  
(cual D'olfos lo pensó) piensa  
que, mensajero ó espía  
de doña Urraca, atraviesa  
el campamento audazmente;  
y teniendo sólo en cuenta  
que por el Cid perseguido  
ser debe amigo, la puerta  
le franqueó y le tiró el puente:  
y por si su afan le ciega  
y entra el Cid tras él, se puso  
para entramparle en espera.  
El Cid que es muy ducho en trampas,  
celadas y stratagemas,  
que en los mayores peligros  
la serenidad conserva  
y que siempre hácia adelante  
mirando jamás tropieza,  
viendo en salvo al que seguía  
cortó su inútil carrera.  
Entró D'olfos como un rayo,  
y sin dejar tiempo apénas  
para verle á nadie, á escape  
metióse por las callejas;  
y miéntra el absorto alcaide  
con sus gentes en perpleja

indecision consultaba,  
él se perdió en sus revueltas.

Ya dentro, estaba seguro  
de que en sus calles desiertas  
no tendria ojos Zamora  
para él, pues sólo hacía afuera  
mira, viendo allá su riesgo;  
y si es que alguno á una reja  
se asomó al són del galope  
de su caballo en las piedras,  
ya D'olfos desaparecia  
dando á las esquinas vuelta;  
ni era bajo la capucha  
fácil que le conocieran.

Cruzó, pues, la poblacion,  
sin que de él apercibiera  
nadie en ella todavía  
la traicion ni la presencia.  
Rincon no habia en Zamora  
que conocido no fuera  
por el traidor palmo á palmo:  
llegado á una calle estrecha  
por un convento de monjas  
y las tapias de una huerta  
formada, y sobre la cual  
no hay ventana alguna abierta,  
paró en firme su caballo  
que de cansado revienta,  
se apeó y le dejó libre  
al cuello echadas las riendas.  
Todo lo ha pensado D'olfos;  
corre vecina la acequia  
del agua que entra en el huerto,  
fina y helada: la bestia  
se echó á ella con sed rabiosa;  
y sabe D'olfos que es fuerza

despues de carrera tal  
que en ella su muerte beba.

Rompió en esto en un diluvio  
la nublazon, la postrera  
luz de la tarde extinguiéndose  
detrás de su lluvia espesa.  
D'olfos dobló á paso largo  
del monasterio las cercas,  
y sin vacilar cruzando  
callejones y placetas,  
dió en un postigo trasero  
de una casa solariega  
situada de la ciudad  
en la parte al real opuesta.  
Por allí el Duero á Zamora  
con turbias aguas rodea  
cuya anchura y profundísima  
corriente son su defensa.  
Las casas por allí están  
muradas y con almenas  
y abren postiguillos falsos  
sobre las ásperas peñas,  
entre las cuales se ocultan  
arriesgadísimas sendas,  
por dó se baja por agua  
del rio hasta las riberas:  
el postigo en que dió D'olfos  
de una de estas casas era:  
metió con tino una llave  
en la cerradura á tientas;  
y es claro que tiene práctica  
de usarla, pues se maneja  
á tientas cual si llevara  
en la mano una linterna.

Era su casa; metióse  
dentro..... y la calle desierta



llenó la lluvia y el ruido  
con que cae sobre la tierra.

—  
D'olfos no tenia cómplices:  
jamás su traidora idea  
salió de su mente; á frase  
no la redujo su lengua  
jamás.—Sabia que hay cosas  
que á ninguno se revelan  
ni con nadie se consultan:  
porque por más que convengan  
á muchos, no las sanciona  
nadie dichas, sinó hechas;  
y sólo por su buen éxito  
pasan como hecho y se aceptan.  
D'olfos no tenia cómplices:  
de su traicion la secreta  
causa la saben sólo él,  
Dios y el diablo que le tienta.

—  
Ahogado al fin el crepúsculo,  
cerraba la noche apriesa  
entre la lluvia y la sombra  
dejando al mundo en tinieblas.  
Zamora ignoraba aún  
lo hecho por D'olfos: las fieras  
voces del Cid en el campo  
impidió el viento que fueran  
en la ciudad comprendidas;  
porque rotas y dispersas  
por el viento, en la distancia  
se perdieron inconexas.

Arias Gonzalo y sus hijos  
andaban en ronda y vela  
por la ciudad, y la infanta  
desde un ajimez atenta

contemplaba el aguacero,  
aliado de quien espera  
que la libre de su hermano  
cuyo campamento anega.  
Mas dando en su mente á solas  
á sus esperanzas vueltas,  
veíalas inseguras  
sobre aire y agua poniéndolas,  
y se aburría mirándose  
en tal extremidad puesta,  
sin paz, ni esposo, ni amigo  
que la distraiga en su pena:  
todos los que tiene en torno  
sólo la hablan de peleas,  
de carestía y de riesgos  
de su situación extrema.  
Los príncipes son así  
todos: aún en las más serias  
situaciones, necesitan  
quien la situación desmienta:  
y del fugitivo D'olfos  
la infanta á veces se acuerda,  
el solo que estar sabía  
siempre alegre en su presencia:  
el solo que la animaba  
con misteriosas promesas,  
y el solo que la infundía  
una esperanza perpetua.  
D'olfos, miéntras que los Arias  
hombres adustos de guerra  
vigilaban por Zamora,  
teniendo galan en cuenta  
que la infanta era mujer  
por más infanta que fuera,  
la inventaba distracciones,  
y relatando leyendas,

cantando amorosas trovas  
é improvisándola fiestas  
familiares, la fingia  
una ventura doméstica.

Mas D'olfos estaba ausente;  
y aunque se fué prometiéndola  
en secreto, y ella sola  
lo sabe, felices nuevas,  
sólo oia de él informes  
malos y malas ausencias;  
y aunque en secreto esperábale  
era con fe muy incierta.

Estando además la infanta  
muy nerviosa y violenta,  
no hay ya á familiaridades  
quien con la infanta se atreva:  
así es que ahora su alcázar  
parece el de la tristeza,  
y las visiones de un miedo  
sin esperanza le pueblan.

En tal situacion la infanta  
á través de las vidrieras  
miraba maquinalmente  
sin que ver nada pudiera  
en la oscuridad nocturna,  
cuando sintió con sorpresa  
á una puertecilla falsa  
un toque..... casi una seña.

Sólo persona muy íntima  
podia ser, mensajera  
de alguna urgente noticia.....  
¡plegue á Dios que no funesta!  
Corrió á abrir y hallóse en frente  
de D'olfos: quedó suspensa  
un instante y «¿qué hay?» le dijo:  
y él respondió: «Es cosa hecha.

Los castellanos el campo  
levantarán, y que venga  
escribid á don Alfonso.  
—¿Y don Sancho?— Sus banderas  
abandonarán mañana  
las milicias leonesas,



las de Asturias y Galicia  
y la gente aventurera.»

Quedó la infanta asombrada  
sin comprenderle, é incierta  
entre el miedo y la alegría  
dijo á D'olfos con voz trémula:  
«Mas ¿quién hizo tal prodigio?  
—Un hombre que sólo alienta  
para vos, y á quien no hay nada  
por vos que imposible sea.  
Un hombre que os ama; un hombre  
capaz de dar su existencia  
por una mirada amante,  
por una sonrisa vuestra.»

Doña Urraca era mujer,  
niña no, pero aún doncella,  
y si inspirar no la plugo  
una pasión tan frenética,  
no se ofendió de saber  
que la inspiraba de veras,  
y dejaba sin enojo  
que D'olfos se lo dijera.

Él al decírselo estaba  
atento á cómo la sienta,  
y ella tan mal no sentándola  
oíale circunspecta;  
mas en las frases de D'olfos  
empezaba la princesa  
á entrever algo de extraño  
que á sobresaltarle empieza;  
no porque el amor la asuste  
ni porque aquel no comprenda,  
sinó por algo que alcanza  
de éste al fin que la amedrenta.  
Y él á apurarla resuelto  
y ella á apurarle dispuesta,  
al diálogo interrumpido  
tornaron de esta manera.

INFANTA En fin, ¿quién es ese hombre  
que tal pasión por mí engendra,  
y cómo del rey don Sancho  
los batallones dispersa?

D'OLFOS Yo, señora; yo, que os amo;  
yo á quien nada hay que detenga  
ni amedrente por libraros  
de un enemigo en la tierra.

INFANTA ¡Jesús me ampare! ¿qué has hecho?  
Habla: que yo te comprenda  
bien: ¿qué es de mi hermano?

D'OLFOS Ha muerto.

- INFANTA ¡Cómo!
- D'OLFOS Atravesado queda  
por un venablo.
- INFANTA ¡Y tú fuistes!
- D'OLFOS Yo, por vos.
- INFANTA ¡Maldito seas!
- D'OLFOS ¿No le aborreceis?
- INFANTA ¡Traidor!  
por mucho que le aborrezca,  
Judas infame, mi odio  
hasta el de Cain no llega:  
dijo doña Urraca irguiéndose  
con la dignidad más régia.  
D'olfos furioso, entendiendo  
con ira que inútil era  
su infando crimen y vanas  
sus esperanzas quiméricas,  
irguiéndose ante la infanta  
como pisada culebra  
dijo, perdido el respeto,  
el temor y la vergüenza:
- D'OLFOS ¿Es decir, mujer ingrata,  
que te salvo y me condenas,  
que te pierdo y que me pierdes,  
que te adoro y me desprecias!  
¿tú, mi cómplice ante el mundo?
- INFANTA ¿Yo? ¡insensato!
- D'OLFOS Pues qué ¿piensas  
que he de cargarme yo solo  
con la traicion por tí hecha?  
¿Pues la muerte de tu hermano  
á quién sinó á tí interesa?
- INFANTA ¿Quién osará ni pensarlo?
- D'OLFOS Todos, en cuanto mi lengua  
lo diga, y quedará póstuma  
en la historia la sospecha.

INFANTA    Contra la historia y el mundo  
               Dios me basta y mi conciencia.

D'OLFOS    Dios y la conciencia salvan  
               en el cielo, no en la tierra.

INFANTA    Y á tí ni en tierra ni en cielo  
               habrá quién salvarte pueda.  
               Dijo la infanta: y lanzándose;  
               con juvenil ligereza  
               á la mampara, «¡á mí guardias!»  
               gritó con ímpetu abriéndola.

              Mas cuando el primer soldado  
               llegó, ya por la escalera  
               secreta se habia fugado  
               D'olfos, y habia barreado  
               la puertecilla por fuera.

              La infanta se vió perdida  
               si en Zamora no presenta  
               vivo ó muerto al traidor D'olfos,  
               y ordenó que lo cogieran  
               á todo trance.—Él, que es hombre  
               de diabólicas ideas  
               que á cabo á llevar le ayuda  
               el diablo que le aconseja,  
               perdido en Zamora viéndose,  
               pues de él la infanta reniega,  
               pensó en salvarse achacándola  
               su salvacion y perderla.

              Cuando su traicion fraguaba  
               D'olfos, de sus cien maneras  
               de irse de Zamora al real,  
               por el rio era una de ellas.  
               Tenia una balsa pronta,  
               hecha de una tabla gruesa  
               con dos rodillos traviesos  
               para que no se le vuelva,

y un gran lanzon de virar  
para evitar, si tropieza,  
golpe ó vuelco, tiene atado  
á su extraña carabela.

Tiénela á orilla del rio  
oculta entre la maleza  
y atada á un árbol, teniéndola  
para un extremo en reserva.  
Corrió á su casa; embolsóse  
el oro de sus gabetas;  
bajó al rio, entró en la balsa;  
una punta de la cuerda  
soltó desensortijándola  
del árbol y recogióndola,  
dióse un empuje, y fióse  
á la corriente revuelta.

Nadie le vió, nadie pudo  
en tal lobreguez: sus huellas  
borró la lluvia: en su casa  
no se halló indicio ni seña  
de lo que de él pudo ser,  
de su salvacion ó pérdida.  
Zamora le buscó en vano;  
la infanta quedó en sospecha;  
y una y otra sin venganza,  
y de inocencia sin pruebas,  
se contentaron de D'olfos  
con el nombre y la leyenda.

## II

Tristísima fué la noche  
del rey en el campamento,  
con su cadáver en tierra  
y la tormenta en el cielo.  
Las tiendas arrebatadas  
por el ímpetu del viento,



por las aguas de un diluvio  
enlodazado el terreno,  
los corazones transidos  
de horror y de sentimiento,  
soldados y capitanes  
calados hasta los huesos,



todo en el real de Castilla  
era angustia, afan y duelo,  
y maldiciones y llantos  
y votos y juramentos.  
Para el traidor maldiciones ;  
y votos de amor eterno,  
juramentos de venganza  
y lágrimas para el muerto.

Extraído ya el venablo,  
lavado el tronco sangriento,  
tienen el frio cadáver  
aderezado en un féretro,  
sobre un túmulo formado  
con militares trofeos,

alumbrado con hachones  
que tienen monjas y clérigos;  
y arrodillados en torno  
se turnan para tenerlos,  
como los que guardia le hacen,  
hidalgos y caballeros.

De la tienda real en otro  
vecino compartimiento,  
velan el Cid y los nobles  
adalides del ejército;  
todos castellanos; todos  
sus partidarios con feudos  
en Castilla y de don Sancho  
mantenedores resueltos.

La tienda real, que está hecha  
con doce argollados lienzos,  
encerados por afuera  
y tapizados por dentro,  
sujetos todos en cruz  
con frenadores de cuero,  
por anillaje pasados  
á las puntas por los centros,  
está alzada y sostenida  
en ocho mástiles recios,  
equilibrados y firmes  
en cordones contrapuestos,  
y en estacas poderosas  
de cuatro en cuatro sujetos;  
y está alcázar de campaña  
tan segura como un templo.  
En ella está la tristeza  
veraz, el dolor sincero,  
la lealtad que no sabe  
bastardar los sentimientos.  
Al rededor de esta tienda  
acampan los verdaderos

castellanos, los leales  
burgaleses, que, aunque envueltos  
en fango y tinieblas, guardan  
los militares respetos  
á sus jefes, y vigilan  
campo y trinchera en sus puestos.

Del campo en las otras alas  
la inquietud es de otro género:  
los jefes tienen consultas,  
los soldados cuchicheos.  
Van y vienen, salen y entran  
pajes y palafreneros;  
todo está en desordenada  
confusion y movimiento.

Eran ya las altas horas  
de la noche; el aguacero  
cesaba y el temporal  
poco á poco iba cediendo:  
si hubieran los zamoranos  
aprovechando el momento  
de aquel descuido y desórden  
¿quién sabe que hubieran hecho?  
Mas en buscar al traidor  
pensaron sólo; y queriendo  
probar que no eran traidores  
la oportunidad perdieron.  
Los Arias, husmeando á D'olfos  
como despistados perros,  
al vecindario inquietaron  
y la ciudad revolvieron,  
y por atender á su honra  
su interés desatendiendo,  
tal vez de salvarlo todo  
triunfando desatendieron.

Sólo la infanta esperando  
su salvacion de más léjos,

el caso al rey don Alfonso  
escribió, y en el silencio  
de la noche á la Felláh  
llamó y la dijo: «¿A Toledo,  
te atreves á ir?»—Y la mora  
dijo:—«Yo á todo me atrevo.  
—¿Llegarás?—Sí.—¿Cómo el campo  
cruzarás?—Como un conejo,  
por entre los mismos piés  
del Cid, si con él tropiezo.  
—Mejor es que busques paso  
por donde él no esté.—Yo vuelo  
como las aves y nado  
como los peces; sin miedo  
queda, sultana, por mí,  
que yo por mí nada temo.  
—Pues toma y que Dios te ampare.»  
Dióla su carta y dineros  
la infanta: y para mayor  
seguridad y secreto  
por el muro descolgándola  
por entre el monte y el Duero,  
partió la mora: y la infanta  
quedó á sus solas diciendo:  
«Dios me perdone olvidar  
por el rey vivo al rey muerto».

Los príncipes son así  
casi siempre todos ellos:  
son hombres, mas obligados  
á ser príncipes primero.

## III

Alboreó: salió el Sol  
é iluminó el firmamento  
alumbrando los desastres  
del temporal en el suelo.

El campo real de Castilla  
era un barrizal extenso  
dó yacian de sus tiendas  
y sus barracas los restos.  
Si ha de continuarse el sitio  
habrá que hacerlas de nuevo,  
pues quedan pocas capaces  
de dar abrigo á sus dueños.  
Arneses, armas y ropas  
chorrean á cielo abierto,  
y los caballos de guerra  
en estacas y maderos  
atados, en vano esperan  
el enlodazado pienso,  
enfangados hasta el vientre,  
trasijados y sedientos.  
Por limpiar y pulir sudan  
las gualdrapas y los frenos  
los jinetes; pero el dia  
va á ser corto para hacerlo.  
Sólo en las tiendas del rey,  
del Cid y otros opulentos  
barones, queda algo limpio,  
útil, servible ó ileso.

El Cid y los adalides  
castellanos, asumiendo  
la autoridad y en la tienda  
del rey habido consejo,  
habian determinado  
mandar á Burgos el cuerpo,  
y tenian ya el cadáver  
encajonado y cubierto.  
Ya estaba en un carro fúnebre  
colocado, y pronto el séquito  
que habia de darle en el viaje  
guardia y acompañamiento,

cuando llegó á la real tienda  
un grupo de caballeros,  
jefes leoneses, cántabros,  
asturianos y gallegos.

Los de Castilla, aunque graves,  
corteses les recibieron,  
del muerto rey que venian  
por homenaje creyendo:  
mas con sorpresa, en tal caso  
por lo inoportuna, oyeron  
la razon que dió por todos  
de su venida uno de ellos;  
diciéndoles en resúmen:  
«que desbaratado habiendo  
su campamento el turbion;  
sin caudales para sueldo  
de sus gentes; y esta guerra  
nó en pró general del reino  
sinó personal del rey  
por él sostenida siendo  
contra su opinion, creian  
que pues leales le fueron  
miéntras vivió, habian cumplido;  
y libres de todo empeño  
juzgándose, desistian  
y se apartaban del cerco  
de Zamora, de la Infanta  
legítimo heredamiento.»

Los de Castilla esperaban  
de ellos tal; mas no tan presto,  
ni bajo tan mala forma  
dicho, ni tan á mal tiempo;  
y aunque muchos lo escucharon  
arrugando el entrecejo,  
todos á la situacion  
mirando, se contuvieron.

El Cid, que tácitamente  
despues del rey por supremo  
adalid está aceptado  
en Castilla por lo ménos,  
se encargó de contestar  
y contestó en estos términos:  
«Vuestra partida no extraño,  
yo la esperaba, y comprendo  
que nadie debe ir en contra  
de su conciencia: mas tengo  
para mí que es para iros  
coger pronto un mal pretexto.»  
«Aún no hay rey.»—«Lo es don Alfonso,»  
dijo un cántabro.—«En efecto,  
lo es, dijo el Cid: mas del moro  
es huésped ó prisionero.»  
«Volverá,»—replicó el cántabro;  
y dijo el Cid: «Debe hacerlo:  
mas miéntras vuelve, en Castilla  
sin rey nos gobernaremos;  
y como somos leales  
y justos, en el derecho  
de partir ó de quedaros  
que os hallais reconocemos.  
Obrad, pues, como os pluguiere:  
nosotros hemos resuelto  
vengar al rey, y Dios juzgue  
á cada cual por sus hechos.»

Los disidentes, que horros  
salir á tan poco precio  
no esperaban, se alejaron  
sin más hablar satisfechos.

El Cid les dejó partirse,  
y cuando ya les vió léjos,  
dijo con tono solemne  
á sus castellanos vuelto:

«Caballeros de Castilla,  
fijos-dalgos y homes buenos  
de Burgos, tomad en cuenta  
lo que os propongo: nombremos  
un campeon que á Zamora  
vaya hoy mismo en nombre nuestro  
al traidor Bellido D'olfos  
á demandar vivo ó muerto.  
Si se le dan muerto ó vivo  
con sus cómplices, á haberlos;  
si doña Urraca y los Arias  
por sí y por todo su pueblo  
juran que parte en la muerte  
del rey don Sancho no hubieron,  
justicia hecha en los traidores,  
de Zamora el sitio alcemos.  
Mas si no le entregan, queden  
por traidores todos ellos:  
que nuestro campeon por tales  
les acuse desde luego,  
y rete desde los Arias  
hasta el último pechero,  
á batalla, á todos juntos:  
y á cinco por uno á duelo.  
Si aceptan haremos campo;  
si rehusan, ¡por San Pedro  
de Cardeña! hasta acabar  
con todos, aquí quedémonos.»

Todos lo que el Cid propone  
aceptaron y dijeron:

«Mejor que vos nadie puede  
ser campeon de Burgos: sédlo.»

El Cid replicó con noble  
resolucion: «Yo no puedo:  
al viejo rey don Fernando  
hice en vida juramento



de no hacer contra sus hijos  
armas nunca y protegerlos.»

—«Cogisteis á don García,»

dijo una voz; y sereno

repuso el Cid:—«Le cogí  
á brazo, y sólo blandiendo  
mi espada contra los que iban  
cuando le aterré á cogerlo.»

—«Mas hoy sois contra la Infanta,»

á replicarle volvieron:

mas el volvió á replicar:

«No soy fuerte en argumentos;

mas si se alzara don Sancho  
responder pudiera al vuestro

cuánto abogué por su hermana

ántes del sitio: y por eso

á ser campeon de Castilla

contra la infanta me niego.

Yo obro segun mi conciencia:

respetad mi error, si yerro,

y elegid otro campeon.

Pero juez me considero

en nombre del rey su padre

de los infantes, é intento

pedirles cuenta de Sancho:

y á servirles me rebelo

miéntras no prueben ó juren

que nada en su muerte hicieron.»

Dijo el Cid, y conmovido

quedó por unos momentos

durante los cuales todos

guardaron ante él silencio.

Rompióle por fin un mozo

de tan noble nacimiento,

que de los antiguos condes

desciende por abolengo.

Don Diego Ordoñez de Lara  
se llama; y aunque mancebo  
de años veintiseis, ya hombrea  
entre hombres de grande esfuerzo.  
Este dijo: «Pues que el Cid  
juró lo que fuera bueno  
que no jurara, de Burgos  
yo por campeon me ofrezco.



Yo iré á Zamora por D'olfos,  
y si sin D'olfos me vuelvo,  
retaré á los zamoranos  
uno á uno ó ciento á ciento,  
como quiera que se atengan  
á la batalla ó al duelo:  
á duelo en campo estacado,  
á batalla en campo abierto.  
Yo lidiaré en la batalla  
como es ley con cinco de ellos;  
y si os dejo mal, será  
dejando en la lid los huesos.»

A estas palabras del mozo  
el Cid y los jefes viejos  
por campeon aceptáronle  
y su bendicion le dieron.

Trás esto empezó su marcha  
á emprender á paso lento  
la comitiva mortuoria  
con aparato funéreo:  
y segun iba cruzando  
el Real á campo travieso,  
soldados y capitanes  
íbanse en pos reuniendo.

Al trasponer las barreras  
tras sus atrincheramientos  
se hincaron todos, enviando  
al rey su adios postrimero.

Aún se apercibia el carro  
negrear por el sendero  
del monte, cuando empezaban  
á partir del campamento  
las huestes desordenadas  
de asturianos y gallegos,  
cántabros y leoneses;  
y al llegar el sol al centro  
del cielo, los castellanos  
se preparaban el cerco  
á mantener por sí solos  
tan leales como tercios.

## IV

Lo que de Castilla entera  
lograr no pudo el valor,  
el miedo de la deshonra  
de Zamora lo alcanzó.

Los Arias se acobardaron  
cuando con resolucion  
caballeresca don Diego  
entrada en ella pidió.  
Todo el pueblo salió al muro,  
mas nadie tuvo valor

para franquear á don Diego  
la entrada en la poblacion.  
Al oir que muerto ó vivo  
les demandaba al traidor,  
acusándoles por cómplices  
del regicidio sinó,  
quedaron mudos é inmóviles  
en la triste conviccion  
de no poder entregarle  
ni tener prueba mejor.  
Don Diego, dando por causa  
de tal irresolucion  
la de hacer causa de todos  
de D'olfos el hecho atroz,  
dijo airado, en los estribos  
alzándose: «Una de dos:  
con D'olfos, ó contra D'olfos;  
pues de Zamora salió  
y se refugió en Zamora,  
lo qué es de él en conclusion  
debeis saber: conquie ó dádmele  
ó con él traidores sois.»

Era dilema sin réplica,  
y sobre Arias ejerció  
y sobre el pueblo una especie  
de aojo ó fascinacion.  
Mirábanse unos á otros,  
unos de otros con temor  
de darse ó de ser tomados  
por reos de la traicion,  
y aquel alucinamiento  
que les embarga, mayor  
cuerpo dando á la sospecha  
y más fuerza á la razon  
de don Pedro, alucinándole  
de exasperarle acabó,

y al fin á los zamoranos  
dijo con tremenda voz:

«Traidores sois: y por ello  
malditos seais de Dios;  
yo os reto, pues, como á viles  
sin fe, indignos de perdon,  
hijos de padres infames  
y de madres sin honor.  
Yo os reto como á traidores  
uno á cinco, diez á dos,  
veinte á ciento y ciento á mil,  
desde el pechero al baron,  
desde el más grande al más chico,  
desde el infante al pastor,  
y á cuantos hombres nacidos  
dentro de Zamora son,  
y á cuantos hijos nacieren  
de quien de ellos concibió.  
Malditos sean, traidores,  
malditos sean de Dios  
las aguas de que bebeis,  
el pan que os da nutricion,  
el aire que respirais,  
el fuego que os da calor,  
la luz que os luce, y la sangre  
con que os late el corazon.»

Y de este atroz torbellino  
de maldiciones en pós,  
don Diego contra los muros  
de Zamora arremetió,  
y en señal de desafío,  
de desprecio y de baldon,  
rompió la lanza en sus piedras  
y luégo las escupió.  
Y esto hecho, volviendo grupas  
tornóse al campo veloz,

dejando á los zamoranos  
en muda estupefaccion.

---

Arias Gonzalo á su pueblo  
reanimar procuró,  
pero en vano: entrado habia  
en ese torpe estupor  
en que cáen los pueblos bravos  
cuando entran en reaccion  
de miedo, trás de un esfuerzo  
gigantesco de valor.

El de Zamora, extenuado  
del hambre en la inanicion;  
más acorralado viéndose  
cuando libre se creyó:  
viendo por el regicidio  
hecha su causa peor:  
presa de un miedo que engendra  
en él la supersticion  
de que Dios le abandonaba  
de mengua y de deshonor  
cargándole, cayó en hondo  
desaliento, y se obcecó  
fundando sólo de D'olfos  
en el castigo su honor,  
y en entregarle tan sólo  
su rehabilitacion.

Arias Gonzalo, arrastrado  
por tal creencia, perdió  
su serenidad; la infanta  
encerrada en lo interior  
de su alcázar esperaba  
de Alfonso la intervencion  
que no llegaba.—En seis dias  
nadie en Zamora durmió

buscando á D'olfos, por cuya  
total desaparicion  
llegó á creerse que al diablo  
tuviera por protector.

Fueron seis dias de afan:  
y en todos sin excepcion  
don Diego Ordoñez de Lara,  
al salir y al caer el sol,  
del muro al pié repetia  
su reto y su maldicion;  
y nadie contra él osaba  
salir de Zamora en pró.  
¡Hechos de aquel tiempo heróico  
que archiva la tradicion!  
nadie á traicion desde el muro  
tampoco dañarle osó.

## V

Los hombres como los Arias  
no sufren más que intervalos  
de debilidad; el tino  
pierden tal vez, nunca el ánimo.  
Al medio dia del sétimo  
el buen viejo Arias Gonzalo  
llamó á asamblea en la plaza  
á todos los zamoranos.  
A la infanta doña Urraca  
obligó á que en un estrado  
la presidiera, y así  
habló á sus conciudadanos:  
«Habitantes de Zamora,  
oid, que con todos hablo,  
desde el primer baron libre  
hasta el último vasallo.  
Don Diego Ordoñez de Lara  
nos reta como á villanos

y traidores si al traidor  
Bellido D'olfos no damos.  
Bien sabeis que hemos revuelto  
la ciudad de arriba á bajo,  
y á lo que parece á D'olfos  
ó ampara ó se llevó el diablo.  
Veo con asombro y duelo  
vuestra flaqueza y desánimo  
y que en lugar de batiros  
pensais sólo en sinceraros.  
Por mi parte, de los fieros  
de don Diego ya estoy harto,  
y he resuelto con mis hijos  
salir con él á hacer campo.  
Mas saber ántes me importa  
si con justicia me bato,  
pues no quiero como bueno  
morir en empeño malo.  
Ciudadanos de Zamora,  
por todo lo que hay sagrado  
en el cielo y en la tierra  
os conjuro y os demando  
que declareis si hay alguno  
entre vosotros culpado  
de parte ó conocimiento  
en la muerte de don Sancho.»  
«¡Nó!»—respondieron á un tiempo  
todos.—«Por Cristo jurádmelo,»  
dijo él: y dijeron todos  
á una voz: «Te lo juramos.»  
«Elegid, pues, siguió el viejo,  
doce barones fiados  
que vayan á hacer del duelo  
las condiciones y pactos:  
y en cuanto esté hecho el palenque,  
puestos de Dios al amparo,



mis hijos y yo en la liza  
haremos lo que podamos.»



Dijo Arias; y la asamblea,  
sus doce jueces nombrando,  
se disolvió, y doña Urraca  
les envió al Real Castellano.

## VI

En Toledo estaba Alfonso  
al parecer sin cuidados  
y entretenido en amores,  
que no fué él Alfonso el Casto.  
En Toledo estaba siendo  
del Emir Mahometano  
la delicia y de las moras  
toledanas el encanto:  
todo al parecer á cazas,  
á fiestas y á zambras dado,  
pero en realidad atento  
á Castilla y á su bando.  
Don Per Anzules, el noble  
conde vallesolitano,  
que le siguió en el destierro  
y que es en él su privado,  
mientras él finge que atiende  
sólo á amoríos livianos,  
atento está á sus negocios  
por él, y avizor velando.

Cien alas y lenguas dieron  
á la Fama los paganos,  
y á fe que mete más ruido  
y anda más que los nublados.  
Ya por su voz indiscreta  
y vagabunda los átomos  
de algo nuevo ha percibido  
el conde en el aire vago;  
pero por más que las sendas  
espia y demanda al paso  
á vagos y traficantes,  
vagamente barrunta algo.  
Mas algo que nada explica  
ni aclara; rumor sin datos  
de agitacion en Castilla  
y de sucesos extraños;  
algo que aún es casi nada,  
mas que le trae sin descanso  
temiendo que se haga un monte  
lo que aún de arena es un grano.

Era una tarde de un dia  
de invierno, frio mas claro,  
y el Sol en el occidente  
se hundia trémulo y cárdeno.  
Don Alfonso y Per Anzules  
exploraban al acaso  
los confines de la vega,  
como sabuesos husmeando  
el aire y la tierra, en donde  
esperan siempre presagios  
de algo que en sus esperanzas  
no existe fuera de cálculo;  
y ya á volver iban riendas  
á la ciudad, por debajo  
del inmarchito ramaje  
de encinas y de castaños,

cuando en una encrucijada  
de tres sendas se pararon  
de repente, percibiendo  
un galope no lejano.

Que un jinete ande á galope  
en campo abierto, no es caso  
que asombrar pueda á dos hombres  
como si fuera un endriago;  
mas para el que ansioso espera  
nuevas de país lejano,  
todo el que galopa puede  
ser correo ó emisario.

El que galopar oían  
y que se iba aproximando  
por uno de los senderos  
de los que ven sólo un cabo,  
traía sin duda alguna  
miedo de dormir al raso  
y espoleaba por no hallar  
los postigos ya cerrados.  
Don Alfonso y Per Anzules,  
teniéndolos todos francos  
por orden de Alí Maymun,  
no hacían del tiempo caso.  
El que venía avanzaba  
rápidamente, y en tanto  
que le esperaban de frente,  
desembocó por el flanco.  
Era un almogávar moro  
cubierto de polvo y barro,  
cogidos según parece  
por un camino muy largo.

Al dar en la encrucijada  
con los dos nobles cristianos,  
paróse: y reconociéndoles  
echó pié á tierra de un salto,

Postróse ante don Alfonso,  
y haciéndole á uso africano  
tres zalemas y la orla  
de su túnica besando,  
se levantó, presentóle  
con muy gentil desenfado  
un pergamino, y le dijo:  
Salam aleika! entregádoselo.  
Era la Felláh enviada  
por él á Zamora; pálido  
de emocion, rompió los sellos  
don Alfonso, y leyó ávido,  
y lanzó un grito..... ¡quién sabe  
si de alegría ó de espanto!  
al descifrar de su hermana  
los confusos garrapatos.  
«¡Sancho ha muerto!»—dijo Alfonso  
y Per Anzules: «Pues vámonos.»  
Miróle severo el príncipe,  
y el conde calló asombrado.  
Mandó á la Felláh que echase  
detrás de ellos, y á buen paso  
sin hablar más, fué á apearse  
del rey moro en el palacio.

---

Don Alfonso entró derecho  
de Alí Maymun en el cuarto  
seguido de la Felláh  
y del conde cabizbajo.  
Don Per Anzules temia  
que aprovechase el rey bárbaro  
la ocasion de haber á un rey  
de Castilla entre sus manos,  
y que á la vuelta á su reino  
pusiera astuto reparos,

con él á hacer obligándole desventajosos tratados.

Anzules opinó siempre por huir sin hacer tratos que rebajaran á Alfonso ante el pueblo castellano. Salvarse en Toledo habia sido astucia de un rey cáuto, mas fuera mengua volver con el moro atraillado. No fuera rey en Castilla bienquisto tras de don Sancho el que á costa de los moros no la siguiera ensanchando. Hé aquí por qué Per Anzules entraba con sobresalto temiendo que el rey del árabe se iba á enredar en los lazos. Más don Alfonso tranquilo ante Alí Maymun llegando, le dijo, sin emplear circunloquios ni preámbulos:

«Esta Felláh que envié á Urraca, vuelve de ella con encargo de decirnos lo que pasa en mi reino; preguntádselo.

—No es menester, dijo el moro: ya lo sé. Murió tu hermano y eres rey: mis mensajeros son más fieles y más rápidos.»

Y con un gesto imperioso despidiendo al secretario, á la Felláh y á los guardias, los tres á solas quedaron. Entónces á don Alfonso junto á sí el moro sentando,

dejando en pié á Per Anzules  
 trabó de este modo el diálogo:  
 —¿Qué quieres, rey de Castilla,  
 de Alí Maymun?

—Un abrazo,  
 y para entrar en mi reino  
 que me des tu beneplácito.



Yo soy tu huésped: he sido  
 por tí como hijo tratado,  
 y no pienso separarme  
 de tí como un hijo ingrato.  
 Fugarme me aconsejaban  
 mi hermana y mis partidarios;  
 se huye de enemigos viles,  
 no de nobles soberanos.  
 A tí he venido sin miedo  
 cuando me hallé en desamparo;  
 como te dí mi cabeza  
 mi corona te demando.

He dicho: dí tú.

—Hijo mio,  
 hablas como bueno y sabio

y obras como fiel y noble;  
si huir intentaras, sábelo,  
hubieras sido cogido  
con los tuyos y hecho esclavo,  
que es lo que hacer me aconsejan  
contigo mis cortesanos.

Pero pues de mí te fias,  
te pondré en Castilla salvo,  
aunque contra mí se vuelvan  
mis bereberes fanáticos.

Todos los caminos libres  
tendrás mañana, y caballos,  
guías, escoltas y pases:  
yo diré que te has fugado.

Te descolgaré yo mismo  
de noche del muro al Tajo,  
y haré que por él te lleven  
á tierra segura en barco.

Corre, y Alláh te bendiga:  
prométeme sólo en cambio,  
á pesar de nuestros súbditos,  
paz leal miéntas vivamos.

—Te lo juro.

—Alláh te premie  
ó te castigue.—Descanso  
vé á tomar: para mañana  
voy yo todo á preparártelo.

Esto dicho, Alfonso sexto  
y Alí Maymun se abrazaron;  
y el conde don Per Anzules  
lo miraba estupefacto.

Y en su lecho revolviéndose  
por el placer desvelado,  
se decia aquella noche  
los dos reyes comparando:

«Alí sabe pescar bien  
en río revuelto y manso;  
pero Alfonso es una anguila  
que se le va de las manos.»

## VII

Día de los Inocentes  
un hora despues del alba,  
del obispo de Zamora  
la misa oia la Infanta.  
Del leal Arias Gonzalo  
el hijo cuarto Pedr'Arias,  
mozo de años veintitres,  
del presbiterio en la grada  
está de hinojos, y ante él  
depositadas las armas  
que ha de usar y las espuelas  
que ha de calzarle la Infanta.  
Sin ser caballero, armado  
de aquellos tiempos á usanza,  
ningun campeon podia  
entrar en liza aplazada;  
y siendo él de sus hermanos  
quien la primera batalla  
ha de reñir, caballero  
ántes la Princesa le arma.  
Sobre el arnés pieza á pieza  
recitó las frases santas  
el obispo, y las bendijo  
ante la hostia consagrada.  
Su padre que era el padrino  
le dió al tiempo de entregársela  
con la espada de dos cortes  
la inexcusable espaldada;  
y sobre un cojin de raso  
teniendo el mozo las plantas,



le calzó la espuela de oro  
su madrina doña Urraca.

Dióle un abrazo el obispo  
y diéronle la acolada  
cuantos nobles contenía  
la capilla del alcázar.  
Entónces Arias Gonzalo  
tragándose mal las lágrimas,  
completó la ceremonia  
diciéndole estas palabras:  
«Caballero eres, mi hijo;  
haz como los de tu casa  
hasta mí han hecho, mirando  
siempre el riesgo cara á cara.  
Caballero de Zamora,  
á lidiar vas por tu patria;  
si vences, sé generoso:  
si vencido, muere y calla.  
Tras de tí irán tus hermanos,  
tras ellos yo, si me os matan:  
y si yo no os vengo, juntas  
al cielo irán nuestras almas.  
Sed dignos de mí, hijos míos;  
ya las trompetas nos llaman;  
morid y no huyais; por Cristo,  
no deshonreis vuestra raza.»

---

Ya estaban los castellanos  
guarneciendo la estacada  
de Burgos y de Zamora  
mitad por mitad con guardas.

Los jueces del campo tienen  
dentro de la empalizada  
un andamio colocado  
en parte cómoda y alta;

los obispos de Leon,  
Santiago y Burgos, mitradas  
las cabezas, con sus báculos  
pastorales y las mangas  
de sus parroquias, delante  
de un altar móvil aguardan  
á los campeones que deben  
jurar lealtad á la entrada.  
El Cid en un alto escaño  
á alcance de las miradas  
de todos, y dominando  
por dentro y fuera las vallas  
con la suya, estaba atento  
á que al pueblo acomodaran  
los guardas, sin que á ninguno  
dieran queja ni ventaja.  
Todo el pueblo de Zamora  
y el ejército que acampa  
por Burgos, delante de ella  
en muchedumbre compacta  
se apiñaban de la liza  
en derredor, y la Infanta  
y su corte iban el paso  
á ver desde la muralla.

Despues que los pregoneros  
con voz vigorosa y clara  
á ambos pueblos anunciaron  
las condiciones pactadas;  
y despues que los farautes  
silencio á la gente baja  
impusieron, de castigos  
atroces con amenazas,  
cuando á punto lo vió todo  
y á toda la gente en calma  
pronta á presenciar la justa  
sin impedirla ó turbarla,

dió el Cid la señal de abrir  
la liza: y bien nivelada  
y limpia, quedó la arena  
á los combatientes franca.

Fué el primero que entró en ella  
don Diego Ordoñez de Lara  
en un caballo bardado  
de acero aleman con llantas.  
Todos los arneses negros  
traia, y de la celada  
solamente en la cimera  
un crestón de plumas blancas.

Apénas en el palenque  
por el lado norte entraba,  
cuando por el sur á escape  
lanzábase en él Pedr Arias.  
El caballo de don Diego  
era de sangre normanda;  
reposado aunque brioso  
y de fuerza extraordinaria.  
El de Pedr'Arias era árabe,  
cenceño, inquieto, y con trazas  
de estar muy amaestrado  
en saltos y suertes rápidas.  
Don Diego miéntras su parte  
de campo y de sol tomaba  
examinó al enemigo:  
y á ver su primera entrada  
esperó para juzgarle,  
pues su presencia es bizarra.  
El mozo tomó su puesto  
con impaciencia marcada.  
Sonó el clarín: arrancaron;  
topáronse: y con extraña  
destreza hicieron astillas  
uno y otro sus dos lanzas.

El caballo árabe casi  
tocó tierra con las ancas;  
mas miéntras don Diego via  
si caia ó si se alzaba,  
se encontró á Arias por el flanco  
metiéndosele á estocadas,  
como si él fuera de pluma  
ó el caballo tuviera alas.

Picado Ordoñez sintiéndose  
en la carne y en el alma,  
sentó su caballo dando  
al mozo inquieto la cara:  
y cuando el mancebo un círculo  
quebrando, le dió otra entrada,  
le dió un tajo en la cabeza  
don Diego con tal pujanza,  
que con él dió en tierra, y fin  
con su vida á la batalla,  
pues dejó al mozo tendido  
de sangre sobre una charca.

Contemplándole don Diego  
dijo: «Era un niño..... ¡qué lástima!  
Si le dejaran ser hombre  
con los mejores hombreara.»

Tornó á su puesto en la liza,  
sacaron de ella á Pedr'Arias,  
y se oyó en el muro el llanto  
de la Princesa y sus damas.  
Arias Gonzalo más pálido  
que su blanquísima barba,  
paralizado tras ellas  
ni oraba á Dios ni lloraba.  
Fijas entre cielo y tierra  
las pupilas, sus miradas  
de tierra y cielo apartando,  
nada ver aparentaba.

Sonó el clarín: aquietóse  
 el pueblo: y ébrio de rábía,  
 entró en el palenque á brincos  
 su tercer hijo Diego Arias.  
 Pidió otra lanza don Diego,  
 mojó con un buche de agua  
 la piel de su guantelete,  
 y tomó puesto tanteándola.



El segundo Arias es hombre  
 de buena estatura, de anchas  
 espaldas y monta erguido  
 un corcel de mucha alzada:  
 tiene aspecto de hombre récio  
 y de buen jinete planta,  
 pues cae á plomo en la silla  
 y bien su caballo manda.  
 Mas se ve que viene ciego  
 por la sed de la venganza,  
 y de la impaciencia siempre  
 partido don Diego saca.—  
 Soltáronles, y arrancaron,  
 topándose. ¡Suerte brava!  
 Don Diego su lanza rompe  
 del mancebo en la coraza  
 sin moverle de la silla;  
 miéntras él la suya encaja

por bajo el brazo derecho,  
y hombro y brazo le desarma.  
Tendióse hácia atrás Ordoñez  
vencido de la lanzada  
de Diego Arias, que por poco  
de los arzones le arranca:  
y cuando volvió á equilibrio,  
vió que aparentando calma  
á que otra lanza tomase  
ya el zamorano aguardaba.  
Tomóla cambiando sitio  
quedando al Sur; y enristrándola,  
vió que desarmado el brazo  
expuesto el hombro quedaba,  
si el bote el mozo repite,  
lo que es natural que haga  
teniéndole ya estudiado  
sobre aquella parte flaca.  
Mas don Diego en su desarme  
no vió más que la ventaja  
de tener más libre el brazo  
para manejar su lanza.—  
Partieron: Ordoñez muestra  
segun su posicion baja,  
ó debilidad, ó intento  
traidor que al caballo amaga.

El zamorano mirándole  
recogerse tanto, trata  
de nivelar el encuentro  
y el punto de mira cambia;  
pero Ordoñez de repente  
y al llegar á él, levanta  
su tiro; hiere con ímpetu  
de la visera en las barras,  
y miéntras Arias su hierro  
por los pretales resbala,

por el ojo izquierdo Ordoñez  
derribándole le ensarta.

Un grito desesperado  
dió el infeliz Diego de Arias,  
y arrancado de la silla  
á tierra vino de espaldas.  
Revolvió Ordoñez atento  
á rematarle si se alza;  
pero era inútil: el hierro  
hasta el cerebro le entraba.

Los castellanos rompieron  
en aplausos: doña Urraca  
en llanto; y Arias Gonzalo  
del terror como la estatua,  
inmóvil permanecía  
sin accion y sin palabras,  
cual si temiera al moverse  
arrancar del cuerpo al ánima.  
Los zamoranos con miedo  
ya aún de Dios desconfiaban  
y los jefes viendo á Ordoñez  
que del hombro herido sangra,  
le mandaron que á su tienda  
á curar se retirara,—

Mas él, en su tienda entrando,  
dijo á los jueces: «No es nada:  
¡otro arnés y otro caballo!  
Con que no me enfrie basta;  
no perdamos pues el tiempo,  
que el Arias tercero aguarda.»

---

¡Fiereza brutal del hombre  
convertido en bestia brava,  
que de su razon por prueba,  
como irracional se mata!

Costumbres de siglos bárbaros  
 que aún heróicos se llaman,  
 que á gloria tienen los pueblos  
 y que los poetas cantan;  
 mas costumbres á mi juicio  
 tan estúpidas y bárbaras,  
 que hacen dudar de su origen  
 divino á la raza humana.—  
 Mas tal es la historia nuestra:  
 no es culpa mia si es bárbara:  
 yo cumplo con advertírsele  
 á mi pueblo al relatársela.

## VIII

Vuelto al fin del paroxismo  
 de dolor que al padre ahoga,  
 volvió el viejo Arias Gonzalo  
 á su bárbara fe heróica:  
 y viendo á su tercer hijo  
 que para entrar en lid monta  
 á caballo al pié del muro,  
 así desde él le apostrofa:  
 «Vé, Hernan D'arias, vé, hijo mio,  
 y que no te sobrecoja  
 el oler sangre en la liza  
 por ser nuestra sangre propia.  
 Tu causa es buena: si Dios  
 tu buena causa abandona  
 y eres vencido..... ¡por Cristo  
 que mueras, hijo, con honra!  
 Moriremos uno á uno  
 todos cinco por Zamora;  
 y si Dios nos desampara,  
 Él de nosotros responda.»

No se sabe si Hernan D'arias  
 oyó estas frases: si oyólas,



nada respondió á su padre  
atento á lo que le importa  
por el momento: el cuidado  
de sus armas y persona,  
que de la prez de su estirpe  
van á ser mantenedoras.

A caballo ya, tantea  
cinchas y riendas: coloca  
bien los piés en los estribos  
y en la silla se encajona.  
Mueve y revuelve el caballo  
para ver si algo le estorba  
ó le hostiga que le impida  
ser dócil á la maniobra;  
y hallándose á gusto, pide  
broquel y lanza: los toma,  
pica, y del campo á las puertas  
presentándose se nombra.

Abriéronle todos paso;  
juró, é hicieron las trompas  
señal de atencion, la gente  
contemplándole anhelosa.—  
Don Diego Ordoñez al són  
de los clarines, por la otra  
parte al palenque bajando  
con nuevas armas, galopa  
sobre un caballo de encuentros  
ancho, largo de carona,  
y tan duro de jarretes  
como sentido de boca.

Al presentarse don Diego  
la gentualla bulliciosa  
quiso aplaudir: mas el Cid  
gritó con voz estentórea:  
«¡Silencio! Dios y los jueces  
entre Castilla y Zamora

juzgarán:—el que partido  
tome en la lid, va á la horca.»

A cuyas palabras dócil,  
inmóvil y silenciosa  
la multitud quedó en torno  
de la arena á lid pronta.  
Don Diego en vez de armadura  
de piezas, viste una cota  
con mangas, cuello y capucha  
que de la cabeza dobla  
la defensa bajo el casco,  
y que por debajo sobra  
de la coraza, argollada  
por el puño á las manoplas.  
Bajo ella de pierna y brazo  
se ve la atlética forma  
muscular, adivinándose  
su agilidad vigorosa:  
y entra al parecer resuelto  
á emplear su fuerza toda  
en la primer embestida,  
para ahorrar fatiga y horas.  
Hernan D'arias viene armado  
y montado á la española,  
con armadura vizcaína  
tan sencilla como sólida.  
Su caballo es bayo-lobo,  
árabe y criado en Córdoba,  
más recio que corpulento,  
de una agilidad que asombra.  
Sus pupilas centellean,  
y cuando respira y sopla  
parece que en las narices  
enciende dos ascuas rojas.  
Los dos campeones son pares,  
y en ambos á dos se nota

el ardor por el combate  
y el afan por la victoria;  
en Arias por dejar libre  
á su pueblo de deshonra,  
y en Lara por inmolar  
á su rey tal hecatomba.

Ya están ambos en su puesto  
y esperan sólo que se oiga  
la última señal, pudiéndose  
sentir volar una mosca.

¡Partid!—gritó el real heraldo:  
y el uno del otro en contra  
partieron como dos piedras  
disparadas de dos hondas.

Encontráronse con ímpetu  
de torbellinos, y rotas  
las lanzas en los broqueles,  
la carrera ambos se cortan.

Ambos vacilan un punto  
mientras los caballos cobran  
el equilibrio; mas, firmes,  
ninguno se desarzona.

Ménos sentido Hernan D'arias  
del encuentro, ó más briosa  
su ágil bestia amaestrada  
en la escaramuza mora,  
quebróla á zurdas con rápida  
destreza maravillosa,  
y dió una estocada á Ordoñez  
por ventura suya corta.

Don Diego al sentirse herido  
caballo y hierro recobra,  
y se la paga en un tajo  
que le hace el broquel dos hojas.

Arias entrando y huyendo  
tan sin descanso le acosa,

que por tres golpes que pára  
siente que cuatro le tocan:  
y á no ser por los anillos  
de su bien templada cota,  
ve que su piel ya estuviera  
por más de tres partes rota.

Su caballo que no puede  
revolverse en tierra poca,  
da en vez de quiebros corcovos,  
se engalla, se barre y bota.

Don Diego al ver la ventaja  
de Hernan D'arias, reflexiona  
que va á perder tal partida  
si su caballo acalora;  
y de repente, sacándole  
cual si se le huyera, á posta  
esquivando á Arias, terreno  
le gana: en carrera loca  
creyéndole Arias huido,  
da sobre él: mas él le afronta  
de repente revolviéndose,  
y sin darle á que recoja  
su ciego caballo tiempo,  
por entre el peto y la gola  
metióle don Diego rápido  
de su ancha espada la hoja.  
Arias sintiéndose ahogarse  
su ciego esfuerzo redobla;  
jinete y caballo á tajos  
en lugar de herir azota,  
y con el último, al caer  
con las mortales congojas,  
cortó al caballo de Ordoñez  
brida, belfo y muserola.  
El bruto desenfrenado,  
se espanta, huye y se desboca:

y mientras al tercer Arias  
 su misma sangre le ahoga  
 salta la estacada y saca  
 de ella á Ordoñez, cuya cólera  
 no tiene límites viendo  
 de los Arias la victoria.



Ley de esta lid: «quien del campo  
 sale, pierde y se deshonorra  
 aunque venza; se supone  
 que huye y que el triunfo abandona.»

## IX

A este lance inesperado  
 que da al desafío un éxito  
 contradictorio, imprevisto  
 en los códigos del duelo:  
 pues le da fin, por vencido  
 dando al vencedor don Diego  
 y por vencedor al Arias  
 por él en la liza muerto,  
 se armó un terrible tumulto  
 entre soldados y pueblo  
 de Zamora y de Castilla  
 por fallar en su pró el pleito.

Mezclados en el palenque  
ciudadanos y guerreros,  
viejos y mozos, mujeres  
y hombres, nobles y plebeyos,  
gran vocerío levantan,  
todos tener pretendiendo  
la razon y la victoria  
segun su ver y comentarios.  
Unos dicen: «fué vencido:  
salió del palenque huyendo.»  
Otros gritan: «fué el caballo  
el que huyó, nó el caballero.»  
Unos: «es juicio de Dios.»  
Otros: «es juicio de necios.»  
Unos: «sin accion no hay culpa,»  
y otros: «no hay duda en los hechos.»  
«Salió del campo.»—«Sacóle  
su caballo.»—«Porque el freno  
le rompió Arias.»—«Por acaso.»  
«Fué buen golpe.»—«No fué bueno.»  
Y unos y otros en su juicio  
sin ceder, á cual más tercios,  
sostenian sus razones  
con insultos y denuestos;  
y no entendiéndose nadie  
y nadie á escuchar dispuesto,  
ya en alto andaban los puños  
y era la liza un infierno.

Los jueces y el Cid que aparte  
sobre el caso resolvieron,  
pusieron fin al tumulto  
lanzas en la lid metiendo  
y á unos con voces y amagos,  
y á los más hoscios y aviesos  
con los cuentos de las lanzas,  
entrar en cuentas hicieron.

Y de ambos campos la fuerza  
poniendo á la ley por medio,  
velis nolis de la ley  
el fallo á oír se avinieron.  
Entónces sobre el estrado  
de los jueces el Cid puesto,  
dijo, escuchándole todos  
en absoluto silencio:

«El juicio de Dios ha estado  
en esta lid manifiesto.

Los jueces fallan..... ¡y nadie  
reclame en tierra ni en cielo!  
que Zamora queda limpia  
de traicion: que se alza el cerco:  
que Diego Ordoñez de Lara  
ha cumplido como bueno:  
que él y los Arias de culpa  
y tacha quedan exentos:  
y la lid, por Dios cortada,  
no há lugar al cuarto duelo.»

Dijo el Cid: diéronle un vitor  
los dos enemigos pueblos  
reconciliados, quedando  
ambos por él satisfechos.  
Mas el tumulto extinguido  
á estallar volvió de nuevo  
de repente, y de la liza  
por los dos lados opuestos.  
Por el del Norte, dejando  
en mitad del campo muerto  
á su caballo, pasándole  
la espada por los encuentros,  
llegaba á pié Diego Ordoñez  
desatentado y sangriento  
otro caballo y otro Arias  
desaforado pidiendo.

Y en vano por contenerle  
sus amigos y sus deudos  
hacian para impedirle  
entrar en la liza esfuerzos:  
él no oía ni veía  
desatinado y colérico,  
y ya contra él y por él  
iban gentes acudiendo.

A la parte sur del campo  
don Arias Gonzalo el viejo,  
armado hasta las mandíbulas  
desafiaba á don Diego.

En vano le sujetaban  
los zamoranos, asiendo  
las bridas de su caballo  
que él espoleaba frenético:  
en vano la misma Infanta  
que atropellando, con riesgo  
de su decoro, tras él  
se vino hasta el campamento,  
se le ponía delante  
desmelenado el cabello,  
con lágrimas conjurándole  
á desistir de su empeño.

Los pueblos y el mar se agitan  
fácilmente á cualquier viento,  
y los de Zamora y Burgos  
ya en remolino revuelto  
de Norte á Sur comenzaban  
á alzar tumbos turbulentos,  
agrupándose á sus bandos  
y las armas requiriendo.

El Cid y los adalides  
discurrían ya algo inquietos  
cómo echar agua y no sangre  
sobre aquel naciente incendio,



cuando del real destacándose  
en ruido y en polvo envueltos,  
un buen golpe de jinetes  
vieron correr hácia ellos.  
Dió el grito el Cid de «¡los moros!»  
y la contienda rompiendo,  
á los que del real venian  
unos y otros atendieron.  
Venian como una tromba;  
apénas tuvo el Cid tiempo  
para salir á caballo  
con cien nobles á su encuentro  
«¿Quién vá?» gritó espada en mano.  
«Paso haced,» le respondieron.—  
¿A quién?—Al Rey—¿A qué rey?  
—Al rey don Alfonso Sexto.

Y el infante don Alfonso  
con un numeroso séquito  
de cristianos y de moros  
en tren y atavío espléndidos,  
echó pié á tierra á la entrada  
del palenque; y le echó al cuello  
los brazos al apearse  
la infanta reconociéndolo.  
Estrechóla él en los suyos;  
y con imperioso acento  
dijo á ninguno y á todos  
dirigiéndose: «¿Qué es ésto?»—  
Todos callaron: el vulgo  
y los soldados por miedo  
de su continente altivo;  
y los jefes porque léjos  
se quedaron agrupados  
detrás del Cid, y en el centro  
de las haces burgalesas  
que se les iban uniendo.

El Infante atravesando  
la muchedumbre sereno,  
se fué al Cid y á él y á los suyos  
se dirigió repitiendo:  
«¿Qué es esto?—¿Burgos me esquiva  
cuando á mis tierras regreso?»

El Cid respondió con firme  
pero respetuoso acento:  
«Burgos, señor, os demanda  
con firmeza y con respeto  
una gracia, por su rey  
ántes de reconoceros.

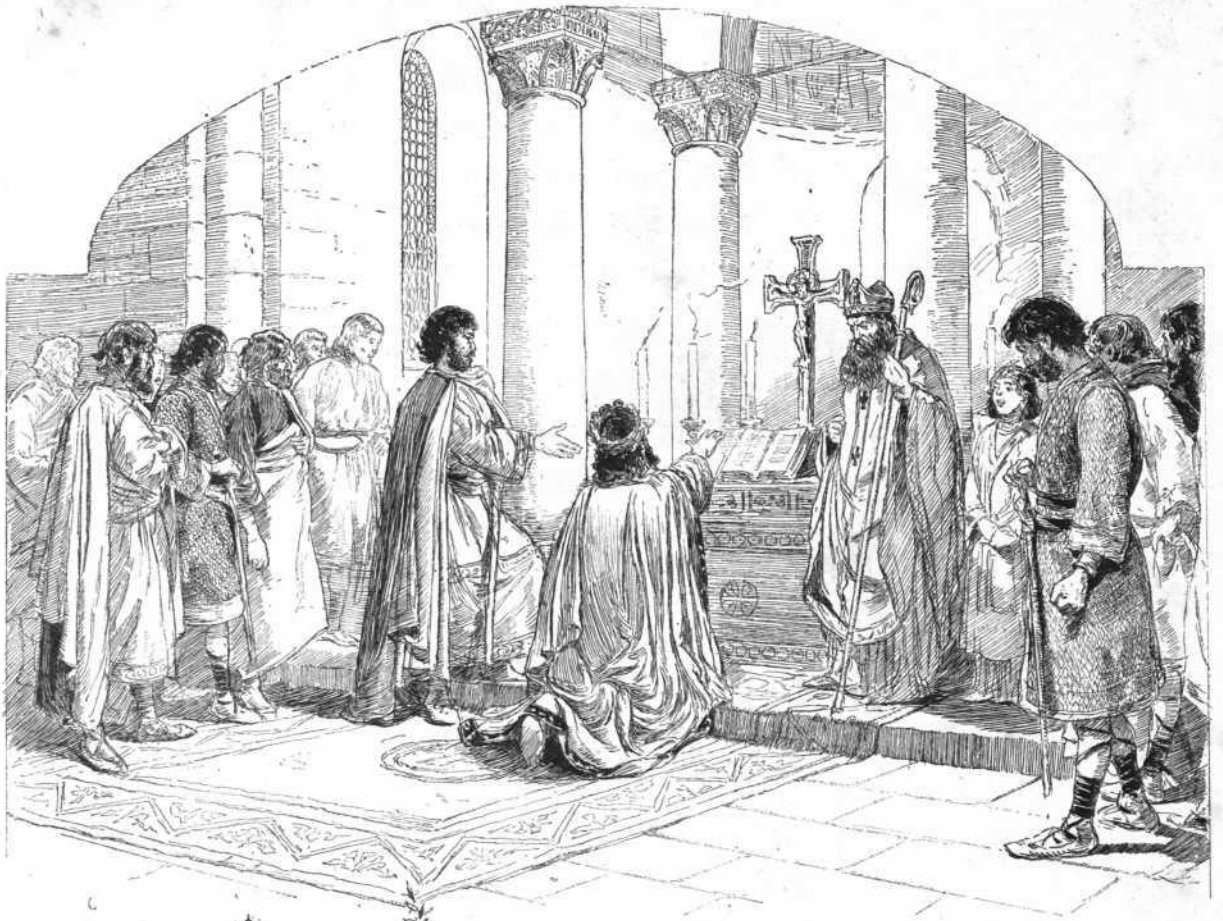
—¿Cuál?—De que estais inocente  
de una muerte el juramento.

—¿De la muerte de mi hermano  
muerto por D'olfos?—Por eso  
hubo aquí un juicio de Dios  
que deja de culpa ilesos  
á los de Zamora: á vos.....  
si jurais, os juraremos.»

Enmudecieron de asombro  
todos del Cid al arresto:  
y don Alfonso escuchándole  
enrojeció y frunció el ceño.  
«Jurad, le dijo don Per  
Anzules interviniendo:  
no hay ni papa excomulgado  
ni rey traidor—¡Por supuesto:  
dijo el infante, á este dicho  
del privado sonriendo:  
nada hay que jurar me impida.  
Juro.....—«Señor, en el templo  
de Santa Gadea es donde  
se jura y coronamiento  
de sus reyes hace Burgos.»  
Dijo el Cid: y el entrecejo

frunciendo Alfonso repuso  
mal conteniéndose: «Acepto.  
Id pues á esperarme en Burgos.»  
«Allí á esperaros iremos,»  
respondió el Cid saludándole:  
y las espaldas volviendo  
metióse en Zamora el príncipe  
con su hermana: convencieron  
y amistarón, perdonándose  
ambos, á Arias y á don Diego;  
y alzando los burgaleses  
el campo aquel día, dieron  
la vuelta á Burgos, quedando  
sin rey hasta el juramento.





1



n aquella edad bravía  
de gran fé y grandes peleas,  
habia en cortes y aldeas  
grande atraso todavía;

y áun comprendian muy mal  
córtes, pueblo y municipios  
cosas que hoy son ya principios  
de utilidad general;

y áun de las públicas rentas,  
al pensar en el empleo,  
con las rentas del correo  
no se habian echado cuentas.

Así que un noble de España  
cuando á campaña salia,  
á saber más no volvia  
de su mujer en campaña;

á no que por un azar  
hallándole en su camino,  
bagajero ó peregrino  
le hablaran de ella al pasar.

El Cid, que á Burgos volvió  
de él ausente un año largo,  
á hacerse comenzó cargo  
de lo que en él sucedió.

Dos cosas de consecuencia  
nuevas hallaba en su hogar,  
que añadian á la par  
pena y gozo á su existencia.

Una: que otra hija tenia,  
doña Sol, que era un hechizo;  
otra; que vió, cuando hizo  
sus cuentas, que empobrecia.

De Zamora habia el asedio  
sus dineros consumido,  
puesto que no habia habido  
saqueo y presas por medio.

Amor y honor en su hogar,  
á él al volver le esperaban,  
mas pobres con él tornaban  
sus hidalgos de Vivar.

Jimena se echó en sus brazos  
con fe y efusion prolijas,  
teniendo en brazos dos hijas  
de sus entrañas pedazos.

Su hijo, mancebo quinceno  
de tan precoz desarrollo  
que, alto y fuerte como un rollo,  
ya para la lid es bueno,

de su buena madre en pós  
salió á abrazarle; y el Cid,  
viéndole ya apto á la lid,  
dijo: «Bendígate Dios.»

Bibiana, vieja asturiana  
con fuerza y salud de moza,  
con los derechos que goza  
en la casa castellana,

le dió su abrazo al entrar  
tan sin aprension ni empacho,  
como si fuera un muchacho  
de la escuela del lugar.

Y así entró el Cid en su casa.  
Dejémosle allí dichoso  
miéntra el tiempo proceloso  
tormentas sobre él amasa;  
que en Castilla siempre al bueno,  
al grande y al que merece,  
en vez de loa parece  
que se le ha de dar veneno.

Miénttras doña Sol mamaba  
y hombre don Diego se hacia,  
y el Cid en órden ponía  
la hacienda que le quedaba,  
doña Urraca y don Alfonso  
se abrian camino ancho  
hasta el trono de don Sancho  
sin rezarle ni un responso.

¡Maldito afan de reinar,  
que hace á los reyes romper  
con el amor y el deber  
y á los muertos olvidar!

Doña Urraca, previsorá,  
sagaz y astuta, procura  
poner la vía segura  
desde Burgos á Zamora.

La infanta, siempre doncella,  
por rencor que en su alma abriga  
fué siempre dada á la intriga  
y Alfonso reinó por ella.

Este, que desde muy niño  
por la viudez de su padre  
la tiene en lugar de madre  
y gran respeto y cariño,  
la da una grande ingerencia  
en las cosas del Estado,  
y gran fe en ella le ha dado  
de su acierto la experiencia.

Atento á los intereses  
del nuevo Rey castellano,  
quiere á Castilla á su hermano  
dar contra los burgaleses.

Alfonso por sus consejos  
no debe en Burgos entrar,  
tras él sin poder llevar  
todos los demás concejos;  
y habiéndose don García  
de su prision escapado,  
debe ir contra el rebelado  
hasta ahogar su bandería.

Don Alfonso, obedeciendo  
sus consejos, acudió  
á Galicia, le venció,  
le encarceló; y se fué haciendo  
ver, respetar y temer  
cual solo rey por do quiera;  
haciendo á Castilla entera  
sus leyes obedecer.

Galicia, Asturias, Leon,  
cual reinos de él heredados,  
tributos, oro y soldados  
le dieron con sumision.

Entró en tratos é hizo asientos  
con los moros fronterizos,  
fijando á los tornadizos,  
templando á los turbulentos;

y con el aragonés  
y el navarro hecha alianza,  
trató bodas con Constanza  
de raza del rey francés;

y cuando al fin de año y meses  
con ayuda de su hermana,  
no vió contra él fuerza humana,  
se volvió á los burgaleses.

La infanta les conocia,  
y arriesgados y tenaces,  
que eran de todo capaces  
al mando del Cid, sabía:

y miéntras que no jurara  
Burgos por rey á su hermano,  
no fuera rey Castellano  
por más que se lo llamara.

Mas con el conocimiento  
de aquel pueblo audaz y noble,  
conoce que ha de ser doble  
la prenda y el juramento;

y da por cosa segura  
que, el juramento propuesto,  
del rey don Sancho en el puesto  
no le pondrá si no jura.

Sola empero esta ciudad  
de tal jura en el empeño,  
crée ya obstáculo pequeño  
la impuesta formalidad.

Y la infanta previsorá,  
teniéndolo todo á punto,  
y un buen ejército junto  
por don Alfonso en Zamora,

dijo un buen dia á su hermano:  
«Vé á Burgos, y no te apures,  
porque, jures ó no jures,  
sobre él tenderás tu mano;



pero al tenderla no olvides  
 que con sus nobles en lid,  
 si no atajas hoy al Cid,  
 te se alzarán muchos Cides.»



Decia bien á mi ver  
 la infanta en lo que decia:  
 mas mucho en su dicho habia  
 de ruin rencor de mujer.

## II

Doña Urraca era hembra astuta,  
 y todo en pró de su hermano  
 para la jura de Burgos  
 lo ha ido á solas amasando.  
 Doña Urraca, que experiencia  
 tenia de lo pasado,  
 no era hembra que el porvenir  
 encomendara al acaso,  
 y en Burgos ha ido metiendo  
 uno á uno partidarios  
 que en Burgos moviendo fueran  
 por don Alfonso los ánimos.  
 Diestramente dirigido  
 por sus consejos su hermano,

obró ántes de entrar en Burgos  
tan activo como cáuto;  
y ya por suya teniendo  
toda Castilla, y el acto  
de la jura como fórmula  
tomar no más afectando,  
mandó aderezarse en Burgos  
para habitarle el palacio,  
y envió á él su servidumbre,  
sus bagajes y caballos.  
Como gente de su casa  
fué metiendo hombres fiados,  
para darle en Burgos crédito  
y guardar su alcázar aptos;  
y con pretexto del doble  
acontecimiento fáusto  
de su advenimiento al trono  
y el matrimonio tratado,  
pues iba doña Constanza  
á la frontera llegando,  
desplegó en su vuelta á Burgos  
tánto lujo y aparato,  
que se vió bien que volvía  
á tomar determinado  
asiento en su trono en Burgos  
como un triunfador romano.

El Cid y los burgaleses  
venir así le dejaron,  
sin dar muestras de extrañeza  
ni ménos de sobresalto.  
Dejaron aposentarse  
en su alcázar y en sus barrios  
toda aquella extraña turba  
de moros y de cristianos,  
de árabes y de judíos,  
de borgoñones y francos,

que componian el séquito  
de su nuevo soberano.  
Mas resueltos á obligarle  
á llevar la jura á cabo,  
ó á negarle si él se niega  
la obediencia de vasallos,  
para que, ántes que al alcázar,  
tuviera que ir en llegando  
á Santa Gadea, todo  
los nobles lo prepararon.  
Desde la puerta de entrada  
de Burgos, por todo el tránsito  
de las calles hasta el templo  
las bocacalles barrearón;  
y cubriendo las barreras  
con colchas y con damascos  
desde la puerta hasta el templo  
le hicieron forzoso el paso.

A las diez de la mañana  
de un día limpio de mayo,  
llegó el nuevo rey á Burgos  
con séquito soberano  
de nobles y caballeros,  
de pajes y de soldados,  
de mercaderes y siervos,  
de acémilas y de carros;  
porque el rey Alfonso Sexto  
fué el rey más abigarrado  
en su corte y en su ejército,  
nutrido de todo cuanto  
fuerte, audaz, aventurero,  
advenedizo y bastardo  
habia en Europa entónces  
de pueblos cultos y bárbaros,  
con tal que fuese valiente,  
útil, resuelto y al caso

para dar á sus empresas,  
dispendios ó amores pábulo.  
Así que, del primer dia  
llegó á Burgos rodeado  
de aquellos heterogéneos  
elementos, que bizarros  
en su esencia y en su forma,  
dieron al fin, tiempo andando,  
á su reinado fastuoso  
un carácter tan romántico.

El Cid y los burgaleses  
barones y fijosdalgos  
salieron á recibirle  
hasta el puente de Malatos:  
y allí el honor de escoltarle  
como era ley demandaron,  
y entró en Burgos entre vítores,  
aclamaciones y cánticos.  
De los balcones echábanle  
trigo, arroz, yerbas y ramos,  
de los que llevaba llenos  
birrete, gorguera y manto.  
Todo era alborozo y vivas,  
danzas, ofrendas, regalos,  
y el rey, más que satisfecho,  
de ello iba maravillado;  
porque hallar tan sólo un frio  
acogimiento esperando,  
se via acogido en Burgos  
con caluroso entusiasmo.  
Mas cuando vió barreadas  
las calles que á su palacio  
quebraban, y que á seguir  
recto á la iglesia obligábanlo,  
comprendió que la nobleza  
de Castilla daba al acto

de la jura más valor  
de lo que habia imaginado.  
Comprendió que el Cid y todos  
los con él coaligados,  
tomando á pechos la muerte  
de su antecesor don Sancho,  
sospechaban de él en ella;  
y ó con la jura lavarlo  
quieren de culpa, ó quedar  
horros de su desacato:  
mas viendo que ya era tarde  
para excusar el mal paso,  
subió hasta Santa Gadea  
no apercibirlo afectando.

Lleno está el templo de nobles  
y próceres castellanos,  
y más que lleno parece  
al Rey por ellos tomado:  
pues que de todas sus puertas  
cogidos tienen los vanos  
grupos de ellos, á propósito  
al parecer agrupados.

Con don Alfonso en el templo  
no cupieron y no entraron  
más que el conde Peranzules  
y los grandes dignatarios:  
su servidumbre, su escolta  
de leoneses, asturianos,  
franceses y borgoñones,  
quedaron fuera en el átrio.

El Cid en el presbiterio,  
ante el altar colocado  
tiene en un atril el libro  
de los Evangelios santos;  
y al pié, instrumentos de oculto  
perdido significado

un gran cerrojo de hierro  
y una ballesta de palo.

El Rey ante el escalon  
del presbiterio llegando,  
puso un pié sobre la grada  
y sobre el libro la mano:  
mas el Cid sin darle tiempo  
para desplegar sus labios,  
le dijo: «Para jurar,  
señor rey, arrodillaos:»  
y en cuanto ante él don Alfonso  
se arrodilló mal su grado,  
dijo el Cid con voz solemne  
de acento sonoro y claro:  
«Rey don Alfonso, á traicion  
murió en Zamora don Sancho;  
y los burgaleses, ántes  
en su trono de sentaros,  
por mí os piden juramento  
de que en tal asesinato  
no han tenido parte alguna  
vuestra alma ni vuestra mano.  
Jurad, pues; y tened cuenta  
con que si jurais en falso,  
os caerán las maldiciones  
que vais á oír en jurando.»  
—«Sí juro, dijo en voz alta  
el Rey, que el alma y las manos  
tengo de su sangre limpias:»  
y entre él y el Cid por lo bajo,  
el Cid en el presbiterio  
de pié y don Alfonso hincado,  
se entabló de nadie oído,  
rápidamente este diálogo:

EL REY

Mucho me aprietas, Ruy Diaz.

EL CID

Es que el lance es apretado.

EL REY No aprietes tanto que el hilo  
se te rompa entre las manos.

EL CID No importa, señor, si en ellas  
me quedo yo con los cabos;  
así no podrán traidores  
tenderos con ellos lazos.

EL REY Aprieta, pues; pero acaba  
de apretarme porque estallo.

Dijo el Rey bajo á Rodrigo,  
y éste siguió diciendo alto  
con voz tremenda, que puso  
en él y en todos espanto:  
«Rey Alfonso, si perjuras  
ante este libro sagrado,  
este cerrojo de hierro  
y esta ballesta de palo,  
permita Dios que te maten  
tambien á traicion villanos  
de las Asturias de Oviedo,  
nó de Castilla hijosdalgos:  
de cuero calcen abarcas,  
nó borceguíes con lazos;  
capas traigan aguaderas,  
nó manteletas ni mantos;  
con camisones de estopa,  
nó de holandas con recamos;  
en sendas burras cabalguen,  
nó en generosos caballos,  
embozaladas con cuerdas,  
nó enfrenadas con bocados:  
mátente por las aradas,  
nó por villas ni en poblado,  
con cuchillos cachicuernos,  
nó con hojas de Damasco.  
Permita Dios, rey Alfonso,  
si ante él aquí has perjurado,

que los que á traicion te maten  
como traidor de fe falto  
te saquen el corazon  
por el siniestro costado,  
y se lo echen á los lobos  
y á los cuervos para pasto.»  
«¡Basta!—exclamó el Rey en pié  
poniéndose exasperado:  
—¡basta, Ruy Diaz, que es mucho  
para tí y para mí tanto!  
Ya juré lo que quisisteis  
tú y tus nobles castellanos:  
ya hice yo lo que debia,  
mas tú has hecho demasiado:  
y ese cerrojo de hierro  
y esa ballesta de palo  
como fincan en mi jura  
tambien fincan en mi agravio.  
Y pues juré, dadme libres  
las puertas; hacedme paso,  
ú os tendré aquí por traidores  
contra su rey conjurados.»

Tal don Alfonso diciendo  
y el altar abandonando,  
se dirigió hácia la puerta  
y gritó el Cid: «¡al Rey paso!»  
Abriéronse ante él las puertas  
á la voz del Cid: rodearon  
á Alfonso don Peranzules  
y todos los de su bando;  
y el Rey, del templo á la puerta  
volviéndose al Cid, que impávido  
desde el altar le miraba  
marcharse, le dijo airado:  
«Cid, pues tantas alas tienes  
que volar quieres tán alto,



vé á buscar para extenderlas  
mejor viento y más espacio.  
De hoy en nueve días sal  
de mis tierras por un año,



y á ellas no vuelvas si á ellas  
yo, tu señor, no te llamo.»

Dijo el Rey; é iba á bajar  
la escalinata del átrio,  
cuando el Cid le dijo á voces  
y con sus voces parándolo:

«Por un año me destierras,  
yo me destierro por cuatro:  
mas no olvides, rey Alfonso,  
que hoy que de tus tierras salgo  
juro no volver á ellas  
hasta que me hayas llamado  
tres veces arrepentido;  
porque yo estos años cuatro  
te doy para que conozcas  
que soy tu mejor vasallo,

y pues las alas me sueltas,  
pienso, rey, volar tan alto,  
que te has de espantar sintiendo  
que en mis alas te levanto.»

Dijo el Cid; y el rey Alfonso  
ó esquivo ó amedrentado,  
salió en silencio del templo  
trémulo, ceñudo y pálido.

## III

Es la noche de aquel día:  
dos horas há que Jimena  
con sus hijos va camino  
de San Pedro de Cardeña.  
Lo más rico de su haber  
lleva cargado en acémilas,  
y trescientos caballeros  
para su custodia lleva:  
y miéntras del cláustro á sombra  
va á ampararse de Dios ella,  
el Cid esta noche en Burgos  
á darse al diablo se queda.

Solo está el Cid ya en su casa,  
un solo criado vela  
de ella en un postigo falso  
esperando á álguien de fuera;  
y el Cid, que en su cuarto tiene  
aderezada una mesa  
con tres cubiertos, á solas  
esperando se impacienta.  
Al romper el toque de ánimas  
de Burgos en las iglesias,  
como ecos de las campanas,  
sonaron en la escalera  
los pasos acompasados  
de los que á su cita llegan,

exactos como las horas,  
que jamás faltan ni yerran.

Eran dos viejos, que echando  
con tiento á un lado la puerta,  
se presentaron envueltos  
en dos hopalandas negras.

Dos viejos de aspecto humilde,  
de faz grave y barba luenga,  
que ante el Cid algo encogidos  
ó recelosos se muestran.

El Cid, no muy á sus anchas  
tampoco ante ellos, la mesa  
les señaló á ella invitándoles,  
é hizo al criado una seña.—

A luz de dos candilones  
colgados en dos cadenas,  
sentáronse, y el criado  
dejó servida la cena.

No era un festin; un solomo  
de venado con lentejas,  
un hojaldre con pichones,  
pan fresco y vino de Rueda  
sirvió el Cid á sus dos huéspedes,  
sin tener su edad en cuenta,  
con profusion, y empezó  
á comer él con presteza  
militar: pero los viejos,  
que por lo visto no esperan  
tanto saciar su apetito  
como abrir plática seria,  
no hicieron honra á los platos;  
porque con sóbria abstinencia,  
con tres bocados mostrando  
dejar su hambre satisfecha  
y con un sorbo su sed,  
mostraron tener abiertas

más que con la hambre las bocas  
con la atención las orejas.

Y fuera porque empachados  
se hallaran en la presencia  
del Cid, ó porque supiesen  
que era un pretexto la cena  
para otro asunto que el Cid  
tratar con ellos quisiera,  
á que él trabara la plática  
aguardaban con paciencia.

El Cid que allá en sus adentros  
á la cuestión daba vueltas,  
cuando juzgó del convite  
salvadas las apariencias,  
apartó el plato, al criado  
echó, aseguró la puerta,  
y el diálogo con sus huéspedes  
entabló de esta manera:

«Sabeis, y si lo ignorais  
yo os lo digo, que el Rey me echa  
de sus reinos y que yo  
me voy mañana á otras tierras.  
Como soy buen campeador,  
mi porvenir y mi hacienda  
están en el campo, y voy  
á haceros una propuesta.  
Necesito de dineros  
para partirme á la guerra;  
y como en esa partida  
llevo por mí las noventa,  
prestadme diez mil florines,  
y yo os entregaré en prenda  
dos arcas de metal bueno  
y de pedrería llenas.  
Si al fin de un año y un día  
no os he pagado, vendedlas.

Mas hay una condicion;  
pertenecen á una iglesia  
y al haber de mi mujer;  
y como seria mengua  
para mí y para mi esposa  
que ojos y manos hebreas  
sobre prendas tan sagradas  
por mi culpa se pusieran,  
habeis sólo de fiaros  
en mi palabra y nobleza  
sin abrir esas dos cajas  
y sin mirar lo que encierran.»

Y así diciendo el buen Cid  
les mostró dos arcas viejas  
en un rincón á lo oscuro  
de aquel aposento puestas.

Los dos judíos al Cid  
oyeron con calma atenta  
y de consultarse á solas  
le pidieron luégo vénia.  
Otorgóla el Cid: hablaron  
ellos un minuto apénas  
por lo bajo, y el más viejo  
le dió al Cid esta respuesta:

«Sabemos, señor, quién sois;  
vivimos en vuestra tierra  
y á vuestra merced estamos;  
enviadnos las cajas vuestras,  
el dinero os enviaremos  
con el que mandeis con ellas  
y..... el Dios de Abrahan de todos  
tome las obras en cuenta.»

Mostróse el Cid satisfecho:  
los judíos con serena  
resignacion, ó fiando  
en su palabra de veras,

con humildad saludándole  
partieron: en la escalera  
encontraron al criado,  
que á la luz de una linterna  
les condujo hasta el postigo;  
y el Cid, al sentirles fuera,  
como un hombre á quien le quitan  
de los lomos una peña,  
respiró á plenos pulmones  
diciendo allá en su conciencia:  
«¡Que me la perdone Dios  
y me la depare buena!!!»

## IV

El templo de la abadía  
de San Pedro de Cardaña  
de los oficios católicos  
con la salmódia resuena.  
Sus ámbitos perfumando  
dos incensarios humean,  
y el humo las vivas luces  
de sus rosetones templa.  
El sacro altar resplandece  
de flores cargado y velas,  
cuyo reflejo hacen móvil  
las colgaduras espléndidas.  
Damascos y terciopelos,  
brocados y ricas telas  
visten del piso á las bóvedas  
de su fábrica las piedras;  
y, complemento estruendoso  
de la católica fiesta,  
al vuelo de las campanas  
parece que el suelo tiembla.

Está atestada la nave  
de gente hincada en hileras,

como en órden de milicia  
y en aparato de guerra;  
no se ve más que brillar  
armas, ondular cimeras  
y tremolar estandartes  
desde el altar á la puerta.



En él el abad, anciano  
de alba barba y calva testa,  
de espléndidos ornamentos  
vestido, misa celebra.

La noble Jimena Gomez  
con sus dos hijas pequeñas  
la oye al lado de la Epístola  
hincada en cojin de seda:  
El Cid al del Evangelio  
con cristiana reverencia

la oye tambien, circundado  
de adalides hasta treinta:  
y en mitad del presbiterio  
su hijo Diego Díaz vela  
sus armas que ante sí tiene  
y en las manos su bandera.  
El Cid sale desterrado,  
y con el Cid se destierran  
quinientos hombres de Burgos,  
que por el Cid al Rey dejan.  
El Cid sale desterrado  
y saca por vez primera  
á campaña á su hijo Diego,  
aguilucho que ya vuela.  
El Cid sale desterrado;  
mas con él á Burgos dejan  
la juventud, la hidalguía  
y la honra burgalesas.

De Dios á amparo, y del Rey  
contra el desamparo quedan  
de San Pedro en la clausura  
su esposa y sus hijas tiernas;  
y al partir á su destierro,  
el Cid con su hueste fiero  
la bendicion de Dios pide  
y el buen abad se la echa.  
Alzó el buen viejo las manos  
sobre todas las cabezas,  
y ante él se doblaron todas  
como de Dios en presencia.  
Y aquella cruz que en el aire  
trazó con su mano trémula,  
fué á dar á las almas todas  
un nuevo gérmen de fuerza.  
La fe cristiana que el alma  
de los creyentes alienta



da á su espíritu del mar  
y del huracan la fuerza;  
y esa cruz de la que rastro  
ni sombra en el aire resta,  
infunde una fe en sus almas  
que hasta el cielo las eleva.  
Bendijo el abad la hueste  
en nombre de aquella eterna  
Trinidad que el universo  
sobre su palma sustenta;  
y tremolando don Diego  
Díaz con ambas muñecas  
la bandera de Vivar,  
se alzó en pié la hueste entera;  
y el Cid que de el presbiterio  
domina toda la iglesia,  
dijo estas palabras, símbolo  
de su fe caballeresca:

«Padre abad de la abadía  
de San Pedro de Cardaña,  
que fundaron mis abuelos  
de tributo al rey exenta:  
tú enterraste aquí á mis padres  
que me oyen desde su huesa,  
y á tí encomiendo mis hijas,  
mi mujer y mi honra; ténlas  
á tu amparo hasta que torne  
vencedor, ó hasta que muera.  
Y dile al rey de Castilla  
si te pregunta por ellas,  
que yo la honra de mi casa  
dejo aquí de mi fe en prenda:  
que ilesa deje mi honra  
cual su honra yo dejo ilesa:  
y que cuando con un reino  
para él conquistado vuelva,

ajustaremos entre él  
y los burgaleses cuentas.  
Castellanos desterrados  
con el Cid, que no nos pueda  
llamar nunca malos hijos  
nuestra patria en nuestra ausencia.  
Si el Rey nos expulsa ingrato,  
á la patria representa;  
vamos á la lid por él  
que será lidiar por ella.  
Caballeros desterrados  
con el Cid, ¡á la frontera!  
¡á caballo y lanza en ristre  
por el Rey que nos destierra!»  
«¡Viva el Cid!»—gritó la hueste  
con unísona é inmensa  
y potente voz, cuyo eco  
estremeció las vidrieras  
del templo, yendo á perderse  
sus sonoras ondas trémulas  
por la altura en el vacío,  
por la llanura en la selva.

Abrazó el Cid á sus hijas  
y á su esposa y á la vieja  
Bibiana y al viejo abad  
y á los viejos que le quedan  
á su servicio: y el són  
al oír de las trompetas,  
montó á caballo, se puso  
de su hueste á la cabeza  
y partieron los de Burgos  
con el Cid á la pelea,  
tan alegres como mozos  
convidados á una feria.

## V

Aquí, y ántes de seguir,  
debe el autor decir algo  
que quisiera, como hidalgo  
de Castilla, no decir.

Mas aunque sólo un romance  
escribe y de luenga edad,  
decir de ella la verdad  
debe en él á todo trance.

Y es: que entónces un varon  
poderoso, desterrado  
por su rey, se iba á otro Estado  
á servir á otra nacion.

Y como entónces España  
estaba de reyes llena,  
que por razon mala ó buena  
andaban siempre en campaña,  
por el más fútil motivo  
el mejor campeon cristiano  
para irse á un campo pagano  
ponia pié en el estribo.

Y agotaba sus tesoros  
un rey cristiano, para ir  
un hermano á combatir,  
en pagar huestes de moros;  
y no era entre estos mal visto  
que un moro á sueldo tuviera  
toda una mesnada entera  
de caballeros de Cristo.

Vencedor ó derrotado,  
el rey á quien se adheria  
el desterrado, salia  
con él rico ó arruinado;  
y así allegaban tesoros  
ó perdian sus pendones

los desterrados varones,  
ya cristianos ó ya moros;  
y el rey que les desterraba,  
si tan potentes los via  
que por fuertes los temia  
ó de ellos necesitaba.

les levantaba el destierro;  
y no echaba lo pasado  
sobre el rey ni el desterrado  
baldon, mancilla ni yerro.

Hoy fueran estos señores,  
que al moro daban ayuda  
contra cristianos, sin duda  
renegados y traidores;

pero del Cid en la edad  
no eran cosas excesivas  
estas, y eran relativas  
fe, virtud y lealtad.

Con que el Cid va desterrado  
y el Rey sus feudos le embarga:  
si el Rey su destierro alarga  
él se ha de ver obligado  
á vivir por cuenta suya,  
y para dar el Cid paga  
á su hueste, tal vez haga  
algo que en su pró no arguya.

Mas si hace tal, ¡vive Dios!  
que no hacen de ello memoria  
la tradicion ni la historia,  
y no he de ir contra las dos  
yo, que autor de estos romances  
tengo por mi héroe al Cid,  
y debo al grande adalid  
sacar bien de malos lances.

Ni él pudo hacer más ni ménos  
de lo que entónces se hacia,

ni dar de él es cuenta mia  
más que resultados buenos;  
y como en último, todo  
por el éxito se mide,  
si él sale bien, ¿quién nos pide  
el cómo, el porqué, ni el modo?





Estas cosas, si bien pasaron en muchos años, las juntamos en este lugar, por no perturbar la memoria si se dividieran en muchas partes.—Mariana, *Historia de España*, libro IX, cap. XI.

I

El Rey y sus cortesanos,  
si no olvidaron al Cid  
porque le temian, viéronle  
con satisfaccion partir;  
y un muy poderoso aliado  
recibió su envidia ruin  
de la infanta de Zamora  
en el odio mujeril.  
Doña Urraca vino á Burgos  
á la Reina á recibir,  
y ocupó el puesto de honor  
de su boda en el festin.

Instalada en el alcázar  
por el Rey, de dirigir  
se encargó la casa real  
con altivez señorial.

El Rey no la iba á la mano,  
y se pudo presumir  
que mientras ella pudiera  
de su rencor femenil  
el veneno de su hermano  
en el ánimo inferir,  
no correría en la corte  
muy buen aire para el Cid.

El Rey con su nueva esposa  
pasó medio año feliz,  
dando á sus estados orden  
eclesiástico y civil.

Con ayuda de un concilio  
que hizo en Burgos reunir,  
en nombre del Papa puso  
coto al ménos si no fin  
á la vida escandalosa  
del clero, que andaba allí  
vago y embarraganado  
y enfangado en vicios mil.  
Costóle esto en cada diócesis  
y parroquia entrar en lid  
con feligreses y clérigos,  
hechos á tan mal vivir;  
tuvo que multar cabildos  
y municipios, y en fin  
que leer sendos libelos  
é injurias grandes que oír.

Mas aquel papa Ildebrando,  
que de uno á otro confín  
de Europa á pueblos y á reyes  
hizo á sus plantas rendir,

no aceptando en este mundo  
poder ni ley sobre sí,  
sostuvo al Rey, y los clérigos  
tuvieron que sucumbir.  
Se cambió el misal mozárabe  
por el romano en latin,  
se marcó en el rito el uso  
del alba y sobrepelliz;  
comenzaron indulgencias  
y reliquias á venir  
por la mediacion de un nuncio  
de Roma, que empezó allí  
de los buenos castellanos  
á enviar florin trás florin;  
y todos quedaron bien,  
y no hubo más que pedir.

Atajáronse los vicios,  
comenzó á la gente vil  
una justicia severa  
y necesaria á regir;  
y un año de paz, si no hizo  
de Burgos á fe un jardin  
del Eden, se pudo al ménos  
tal cual en Burgos vivir.

En todo lo cual no hay duda,  
pues a por b y c por i  
lo cuenta, y lo copian todos,  
el buen don Lucas de Tuy.

Mas al fin del año el Rey  
de Sevilla y el Emir  
de Córdoba, só pretexto  
de guerrear entre sí,  
por las fronteras cristianas  
se metieron, el país  
talando sin dejar grano  
de trigo ni de maíz,



dejando aldeas y pueblos  
hechos montones de hollin;  
de modo que tuvo Alfonso  
contra los dos que salir.

Topó con ellos; mas fué  
con suerte tan infeliz,  
que hay cronista que barrunta  
que empezó ante ellos á huir.

Mas corriendo por acaso  
aquellos rumbos el Cid,  
sobre ellos dió; uno tras otro  
los venció; y con tan sutil  
ingenio como lealtad,  
hizo á Burgos conducir  
á Alvar Fañez para el Rey  
un espléndido botin.

El Rey le aceptó sin ceño  
sin decir ni nó ni sí,  
y del Cid los enemigos  
no supieron qué decir.

Nadie en la corte chistó;  
mas no fué entre el pueblo así;  
porque con la tosquedad  
primitiva é infantil  
de aquella edad, empezó  
en gritos á prorumpir,  
encendiendo luminarias  
con alegría pueril;  
con que nadie pudo en Burgos  
aquella noche dormir,  
por las voces incesantes  
de «¡viva el Cid! ¡gloria al Cid!»  
De modo que al otro dia  
queriendo muchos partir  
con el Cid á reunirse,  
y al Rey en són de motin.

pidiéndoselo, viendo éste  
su autoridad en un tris,  
el desentendido haciéndose  
les dejó sin verles ir.

Mas ni levantó el destierro  
al generoso adalid,  
ni tuvo para Alvar Fañez  
una palabra gentil.

---

Rayaba el sol; los judíos  
Manasés y Benjamin  
que al Cid sobre sus dos arcas  
dieron florines diez mil,  
dormían sobre unas pajas  
allá en el zaquizamí  
de un caseron viejo en donde  
se juntaba el sanhedrin.

De repente su escalera  
vieja sintieron crujir  
bajo el pié de un hombre que  
llamó á su chirivital.  
La cerradura era lo único  
que habia de bueno allí;  
aunque era un lujo harto inútil  
en huronera tan ruin.

Llamó el que subía y dijo  
en la puerta al sacudir  
con los nudillos: «En nombre  
del Cid, no temais y abrid.»  
Alzáronse los judíos  
asombrados: y al abrir,  
entró Alvar Fañez diciéndoles  
sin ceremonia: «Hé aquí  
los diez mil florines de oro  
que al burgalés adalid

Ruy Diaz habeis prestado;»  
y en el suelo sin tapiz  
tiró dos sacos, no viendo  
mueble capaz de sufrir  
peso tal; y añadió luego  
que los tiró: «Y advertid  
que hay unos cuantos de más  
como interés mercantil.  
Con que en paz y á Dios; que tengo  
poco tiempo.»—«Pero oid,  
dijo Manasés cogiéndole  
por la capa; ¿os vais de aquí  
sin las arcas?» Y Alvar Fañez  
dijo echándose á reir:  
«¡Si no tienen más que piedras  
y herraje, que yo cogí  
en la capilla que echamos  
abajo en casa de Ruy!»

Miráronse los judíos  
estupefactos, y al fin  
dijo el más viejo: «¡Dios Santo!  
¿y si á él le toca morir  
y nó vencer?»—«¿Qué importaba,  
dijo Alvar, judío vil,



si estaba bajo las piedras  
la fe y palabra del Cid?»

## II

Y así pasó el primer año  
del destierro de Rodrigo  
doña Jimena, al abrigo  
de su enclaustramiento extraño:  
y en horas de afan prolijas,  
viendo á sus hijos crecer,  
oraba al Supremo Sér  
por el padre de sus hijas.

## III

La corte del rey Alfonso,  
en moral no muy severo,  
en el dar muy manilargo,  
y en el justiciar muy recto,  
iba en gala y opulencia  
rápidamente creciendo,  
y su fama se extendia  
de dia en dia más léjos.  
La boda con la francesa  
y el haber bajo su cetro  
vuelto á unir los cinco Estados  
de que su padre hizo reinos;  
el apoyo de un Pontífice  
de tan indomable genio  
y poder tan absoluto  
como fué Gregorio sétimo;  
las victorias con que iban  
sus Estados en aumento  
y del botin de las guerras  
contra los moros el cebo,  
á Burgos y á su servicio  
rápidamente atraieron  
muchos ilustres barones  
y príncipes extranjeros,

ganosos de oro y de gloria  
y de mostrar sus alientos,  
ó de saciar su codicia  
en batallas y torneos.

De su poder y grandeza  
pagado del crecimiento  
con su auxilio, le aceptaba  
don Alfonso satisfecho,  
y salia contra moros,  
que siempre falsos é inquietos  
ó los tributos negaban,  
ó guerreaban entre ellos.  
Salian con él los príncipes  
y barones forasteros,  
y le daban y ganaban  
con él honor y provechos.  
Mas los moros eran muchos,  
y Castilla en creces yendo,  
y la envidia y el temor  
de tal acrecentamiento  
levantándola enemigos  
y suscitándola émulos,  
no bastaba para tantos  
del castellano el ejército.

Partió en mil setenta y seis,  
á principios de febrero,  
contra los de Andalucía  
por ver templado el invierno;  
mas los moros de Aragon  
cuando partirse le vieron,  
la frontera de Castilla  
entraron á sangre y fuego.  
Los campos de Santisteban  
dejaron tras de sí yermos,  
sin cosechas, sin ganados  
y de vivientes desiertos.

El Rey cuando junto á Córdoba  
llegó en mal hora á saberlo,  
con el pesar y la ira,  
mesóse barba y cabellos;  
y juró tomar venganza  
tál de Aragon en volviendo,  
que no se olvidara de ella  
Aragon en mucho tiempo.

Mas le ganó el Cid la mano:  
porque á Aragon acudiendo  
con grande auxilio de moros  
y hueste de aventureros,  
que habia ido á la zaga  
en sus triunfos reuniendo,  
cobró la presa y metióse  
del moro por los terrenos.  
Obligó á rendirle párias  
á seis moros reyezuelos,  
y se llevó las riquezas  
de más de cuarenta pueblos.  
Mas olvidando en su gloria  
que con el rey de Toledo  
tenia el rey don Alonso  
hecho de por vida asiento,  
metióse sin reparar  
por el confín de su reino,  
y hasta á Alcalá llevó el daño,  
huir á su Jeque haciendo.

Y un día despues que á Burgos  
llegó don Alfonso sexto,  
llegó Alvar Fañez las llaves  
de Santisteban trayendo,  
las de cuatro villas fuertes  
y seis castillos roqueros,  
con tres mil cautivos moros,  
treinta mulos y camellos

cargados de telas, armas,  
plata y valiosos objetos,  
y una carta en la que el Cid  
decía al Rey no más que esto:

«Aceptad, Rey, esos dones,  
y haced cuenta que yo mismo  
desde el destierro que cumplo  
de hinojos os los presento.»

Por la ciudad derramándose  
los que con Alvar vinieron,  
contaron á los de Burgos  
del buen Cid los altos hechos;  
y tornaron á aclamarle  
tumultuados los plebeyos,  
celebrando sus victorias  
con luminarias y fuegos.

La áura popular del héroe  
amenguar se propusieron  
los cortesanos; mas nó  
(por no poder) con el pueblo,  
sinó con el Rey. «El Cid  
más rey que vos, le dijeron,  
rompe con pueblos y reyes  
los pactos que habeis vos hecho.»

De su autoridad celoso  
el Rey, iracundo y ciego,  
al buen Cid mandó esta carta  
en vez de agradecimientos:  
«Si atendeis que de los brazos  
vos alce, atended primero  
si no es bien que con los mios  
cuide de alzaros al cielo.  
Bien estais afinado,  
que es pavor veros enhiesto;  
y asiento es asaz debido  
la tierra al hombre soberbio.

Descubierto estais mejor,  
despues que se han descubierto  
de vuestas altanerías  
los mal guisados excesos.  
¿En qué os habeis empachado  
que desde hace dos inviernos  
non vos han visto en las córtes,  
puesto que córtes se han fecho?  
¿Por qué, siendo cortesano,  
traeis la barba y cabello  
descompuesto y desviado  
como los padres del yermo?  
Mas aunque vos lo pregunto  
asaz que bien os entiendo.  
Bien conozco vuestas mañas  
y el semblante falagüeño.  
Querreis decir que cuidando  
de mis tierras y pertrechos,  
non cuidades de aliñarvos  
la barba y cabello luengo.  
Atropellasteis mis pactos  
con el moro de Toledo,  
á quien yo juré alianza  
y amistad miéntras viviéramos.  
Al de Alcalá contrallasteis  
mis treguas, paz y conciertos,  
bien como si el poder mio  
vos estuviera sujeto:  
y á los fronterizos moros  
diz que teneis por tan vuestros,  
que os adoran como á Dios.  
¡Grandes algos habreis de ellos!  
Cuando á mis tierras volví  
despues del fatal suceso  
del Rey don Sancho mi hermano,  
por D'olfos á traicion muerto,



besaron mi mano todos  
y por rey me obedecieron:  
sólo vos me contrallasteis  
tomándome juramento.  
En Santa Gadea lo hice  
sobre los cuatro Evangelios,  
sobre el balleston de palo  
y el gran cerrojo de hierro;  
mas á Bellido matárais  
si ficierais como bueno;  
que no ha faltado quien dijo  
que tuvisteis asaz tiempo.  
Fasta el muro le seguisteis;  
y al entrar la puerta adentro,  
bien cerca estaba quien dijo  
que non osasteis de miedo;  
y nunca fueron los míos  
tan astutos y mañeros,  
que cuidasen que don Sancho  
muriese por mis consejos.  
Murió porque á Dios le plugo  
allá en sus juicios secretos,  
quizás porque de mi padre  
quebrantó los mandamientos.  
Por estos desaguizados,  
desavenencias y tuertos,  
con título de enemigo  
vos desterré de mis reinos:  
y tendré vuestos condados  
fasta saber por entero  
con acuerdo de juristas  
si confiscaros los puedo.  
Yo os desterré por un año,  
van ya dos y no habeis vuelto;  
no volvais hasta que os llame;  
pues si volveis, por San Pedro

y por San Millan os juro  
que enforcar os haré luégo.»

Estas palabras injustas  
escribia Alfonso sexto,  
inducido de envidiosos  
al Cid, gloria de su tiempo.

## IV

Alvar no leyó esta carta  
que el Rey sellada le dió,  
mas con ella comprendió  
que quiere el Rey que se parta.

Mas él ántes de partir,  
ha resuelto al monasterio  
de Cardeña, con misterio,  
sin que el Rey lo sepa ir.



Endosó, pues, un disfraz,  
montó un rocin de mal ver,  
y ambulante mercader  
arribó á Cardeña en paz;  
y miéntras vil mercancía  
vende al vulgo, dió á Jimena,  
de oculto en moneda buena,  
la suma que el Cid le envia;

pues como todo su haber  
le tiene el Rey embargado,  
con el botin de soldado,  
acude él á su mujer.

Y al Rey para no irritar,  
que pobre le quiere y deja,  
con precaucion se maneja  
por su mujer al mirar.

Hé aquí por qué modo extraño  
y por qué buen mensajero,  
nuevas recibió y dinero  
de su marido aquel año.

Y Alvar otra vez partido,  
quedó en sus penas prolijas  
viendo crecer á sus hijas,  
y orando por su marido.

## v

Dos años despues la Reina  
dió á luz una linda infanta,  
que yendo y viniendo dias,  
fué la reina doña Urraca.  
Cuarenta despues del parto,  
domingo por la mañana,  
sale á misa de parida,  
la reina doña Constanza.

Los pueblos y reyes toman  
de cualquiera circunstancia  
favorable, pié y motivo  
para festejos y danzas.  
Así que con este fáusto,  
toda la ciudad es gala,  
yerbas y flores sus calles,  
colgaduras sus ventanas,  
música y vivas su atmósfera;  
y sus matutinas auras,

sueltas á vuelo, estremecen  
las estruendosas campanas.  
El Rey y don Peranzules  
y toda la cortesana  
turba, sirviendo á la Reina,  
á la iglesia la acompañan.  
Una montañesa, moza  
vigorosa y colorada,  
lleva á la infanta en los brazos,  
bestia de cría y de carga.  
Doña Urraca, á quien diez lustros  
de doncellez avinagran,  
va en litera sonriendo,  
mas febril, doliente y flaca.  
El Rey va tan satisfecho  
como la Reina galana;  
los cortesanos sonrien,  
victorea el pueblo y canta;  
y del palacio á la iglesia  
la real comitiva avanza,  
de oro, perlas, seda y plumas,  
como ondulante cascada.  
Ya del pórtico del templo,  
en la comba escalinata,  
el obispo bajo un pálio  
con su clero le esperaba,  
envuelto en la nube móvil  
trasparente y aromada,  
del humo de áloe y mirra  
que diez incensarios lanzan;  
y ya iba el Rey con séquito  
atravesando la plaza,  
cuando un tropel bizarrísimo  
salió á interrumpir su marcha.  
Sobre un caballo que airoso,  
corvetea, bufa y piafa,

y flecos y lambrequines  
por el empedrado arrastra,  
armado de punta en blanco,  
pero sin broquel ni lanza,  
hecho un San Miguel venia  
Alvar Fañez de Minaya.  
Tras él venia un faráute,  
que en un cofre de oro y nácar,  
forrado de red de aljófar,  
trae dos llaves y una carta.  
Tras él vienen treinta esclavos  
vestidos á la africana,  
con treinta caballos árabes  
de la más hermosa raza;  
que, encubertados con ricos  
paramentos de batalla,  
traen treinta alfanjes colgados  
en las sillas enmalladas;  
y detrás de los caballos  
vienen cinco mulas blancas,  
con veinte talegos de oro  
en monedas acuñadas.

Paróse el Rey contemplando  
comitiva tan bizarra,  
entre absorto por su lujo  
y ofendido por su audacia;  
mas despejóse su ceño  
al oír estas palabras,  
que, echando pié á tierra, díjole  
Alvar Fañez de Minaya.

«Señor Rey, estas dos llaves  
son de Alcocer y de Alhama,  
y el río Jalon os riega  
treinta villas tributarias,  
que en esos treinta caballos  
os traigo representadas;

y en esas talegas viene  
lo que por vuestras os pagan.  
El Cid, vuestro buen vasallo  
que os las conquistó, me manda  
á que os las dé por albricias,  
y os saluda en esta carta.»

Sonrió graciosamente  
don Alfonso y dijo: «Dádmela,  
despues la leeré despacio:  
llevad vos todo esto á casa  
y esperadme, allí hablaremos  
de la iglesia á la tornada.»

Y esto dicho y haciendo ánimo  
de avanzar el rey, se echó Alvar  
á un lado haciéndole calle:  
y miéntras el Rey las gradas  
subía y á verle al paso  
sacaba su cara pálida  
la infanta de la litera,  
Alvar Fañez de Minaya  
se fué á palacio seguido  
del pueblo que le aclamaba.  
Y durante los oficios,  
á los reyes y á la Infanta  
distrajo el pueblo, que al Cid  
daba vivas en la plaza.

## VI

Al medio dia en palacio,  
el rey de vuelta del templo  
estaba á solas con Alvar,  
del Cid la carta leyendo;  
y unas veces sonreía,  
y otras enarcaba el ceño,  
segun la impresion que hacian  
sus renglones, que eran estos:

«Señor, dado os hé dos años  
para que tuvierais tiempo  
de reflexionar, y en calma  
leyerais lo que os contesto.  
Téngovos de replicar  
y de contrallarvos tengo,  
que no han pavor los valientes  
ni los no culpados miedo.  
Si finca muerta la honra  
á manos de los denuestos,  
ménos mal será enforcarme  
que el mal que me haceis con ellos.  
Yo seré en tierra homildoso:  
mas ved bien que no os ofendo  
si teniendo los mis brazos  
cuido alzarme sin los vuestros.  
Dos vegadas hubo córtés  
desde antaño, por invierno,  
mas un año me impusisteis  
y yo cuatro de destierro.  
En Leon ficisteis córtés;  
y yo los campos corriendo  
fazañas fice, y desfice  
de los moros los pertrechos.  
Lo fecho en Alcalá vedes,  
non lo que fica primero;  
y es mal juzgador quien juzga  
sin mirar todo el proceso.  
Folgad, señor, que los moros  
respeten mis fechos buenos,  
que si no me los respetan  
non vos guardarán respetos.  
Asaz me pareceis blando,  
pues que de tiempo tan luengo  
de apretarvos en la jura  
vos duele el escocimiento.

Porque os apreté allí mucho,  
os saqué de aquel aprieto,  
y no quedó en vuestra honra  
por mí ningun cabo suelto.  
Mentirá quien me achacase  
que hube en lo de D'olfos tuerto;  
pues á más que sin espuelas  
cabalgué por prisa y yerro,  
consta á todos lo que fice  
en su fuga y en el reto.  
Mas siempre vencen falsías  
la fe de los nobles pechos:  
y pues gasté mis haberes,  
en prez y servicio vueso,  
y de lo que voy ganando  
os hago señor y dueño,  
nada me confiscaredes  
vos, ni vuestos consejeros;  
pues mal podredes tollerme  
faciendas que no poseo.  
De hoy más seré facendoso:  
pero de vos cerca ó léjos,  
aunque para mí me gane  
nunca para vos me pierdo.  
En prueba os mando las llaves,  
los tributos y los pechos  
de las tierras que conquisto  
para vos y por vos tengo.  
Vos me habedes desterrado,  
movido segun entiendo  
de envidiosos ó cobardes,  
por escuchar los consejos.  
No tornaré á vuestra corte:  
mas por Dios que con mis fechos  
os ireis de sus falacias  
y mi lealtad convenciendo.



Tenedme, pues, mis condados,  
confiscadme vos mis feudos,  
idme vos quitando haciendas.....  
yo os iré ganando pueblos:  
y á este paso, rey Alfonso,  
fío en Dios que acabaremos,  
vos por hacerme justicia,  
ó yo por vos en ser muerto.»

Esto escribia atrevido,  
el noble Cid, respondiendo  
á las querellas injustas  
del Rey don Alfonso sexto.

Al concluir de leer  
dijo el rey á Alvar: «Soberbio  
me escribe aún: mas su escrito  
no quita á sus obras mérito.  
Decidle que no le llamo  
ni le levanto el destierro,  
porque no cobren los moros  
con su retirada aliento.  
Que le serán á Jimena  
todos sus bienes devueltos,  
y que del tiempo pasado  
ni se acuerde, ni me acuerdo.»

No le satisfizo mucho  
á Alvar de Minaya esto;  
mas el rey no pasó á más,  
y se contentó con ello.

## VII

Y yendo á Jimena á ver,  
tal noticia la fué á dar;  
pero la santa mujer  
no quiso á Burgos volver,  
ni sus haciendas cobrar.

En vano con sutileza  
la arguyó Alvar: sus razones  
escuchó ella con tristeza  
y desechó con firmeza  
del rey las proposiciones.



«Que el rey me ponga en olvido,  
dijo: y hacedle saber  
que, en destierro mantenido  
el Cid, no irá su mujer  
donde no está su marido.

»Que al rey desplazca ó le cuadre,  
yo apoyo en bases muy fijas  
mi deber de esposa y madre:  
de aquí no saldrán mis hijas  
si no las saca su padre.»

Y aquella mujer modelo  
de amor y fe conyugal,  
sobre su faz echó el velo  
y á amparo siguió del cielo  
en la soledad claustral.

---

Y el rey, ya fuese ofendido  
de aquella repulsa audaz,  
ó contento de poder  
tal pretexto aprovechar  
para no cumplir su oferta  
y ser con el Cid leal,  
ni la devolvió sus feudos,  
ni volvió al Cid á mentar.

Alvar Fañez, que era hombre  
expertísimo y sagaz,  
que la corte conocía  
y que sabía sondar  
el ruin corazón humano,  
viendo una conducta tál,  
vió bien que era con el Cid  
el rey ingrato y falaz,  
y que dominaba en Burgos  
una influencia fatal  
que no dejaría al Cid  
volver á Burgos jamás.  
Mas Alvar Fañez, que sonda  
el porvenir perspicaz,  
y que conoce del pueblo  
español la calidad,  
dijo para su conciencia:  
«Rey don Alfonso, mal vás;  
lo que el rey niegue á su héroe  
su pueblo se lo ha de dar,  
y si tu pueblo del Cid  
en hacer su ídolo dá,  
los siglos vendrán estrechos  
á su gloria popular.»

---

Cuestion de España; el que vale  
tiene en vida tal vez pan

si se lo gana; y es, muerto,  
una gloria nacional.

## VIII

Murió el buen Aly Maimon:  
sucedióle su hijo Hisen:  
y surgió, no sé por quién  
provocada esta cuestion:

«Muerto el padre, que en su tierra  
á don Alfonso amparó,  
¿puede Alfonso, si ó no,  
al rey Hisen mover guerra?»

Tiene Alfonso grande afan  
por conquistar á Toledo;  
los moros siempre con miedo  
de que lo pretenda están:

y creen con supersticion  
que si lo llega á emprender,  
debe realizarlo y ser  
cumplida una prediccion.

Mas siendo Hisen un rey bueno  
y habiendo amistad pedido,  
hubiera una infamia sido  
romper con el agareno.

Y dijo el rey: «Es cuestion  
fuera de tiempo y lugar;  
yo tengo que respetar  
al hijo de Aly Maimon.»

Y cumplió el rey satisfecho  
su deber sin pesadumbre:  
mas la cuestion es ya lumbre  
que arde, y el fuego está hecho.

Al fin del año murió  
Hisen: su hermano Abd-al-wil,  
hombre feroz, cruel y vil,  
al trono trás él subió;

y no curando de hacer  
paz ni amistad con Castilla,  
gobernando con mancilla  
y haciéndose aborrecer,  
volvió á surgir la cuestion  
bajo esta faz: ¿A Abd-al-wil,  
siendo un tirano tan vil  
aunque hijo de Aly Maimon,  
puede mover el Rey guerra?  
y dijo el Rey: «Solamente  
si me pidiera su gente  
contra él que entrara en su tierra:»

y aquí varió la cuestion  
y se volvió á preguntar:  
«¿Se puede ó nó provocar  
semejante peticion?»

Nada esta vez el Rey dijo;  
mas dicen que un cortesano  
dijo: «Siendo él tan tirano,  
os lo pedirán de fijo.»

Un año despues vinieron  
á Burgos amedrentados  
dos moros, que disfrazados  
de Toledo huir pudieron;  
y revelando las mil  
infamias de aquel mal rey,  
dijeron: «Por fuerza ó ley  
hay que echar de allí á Abd-al-wil;»

y gentes de autoridad  
y poder los toledanos,  
la cuestion los castellanos  
plantearon en puridad

preguntando: «Si el Rey entra  
por la tierra toledana  
¿qué recibimiento encuentra  
entre la grey musulmana?»

Los moros á esta pregunta  
interrumpieron la plática:  
y que se hizo diplomática  
la cuestion se me barrunta,  
    porque seis meses despues  
una comision entera  
pidió al Rey que se metiera  
por sus tierras á través;  
    y dijo: «Excepto la chusma  
fanática é inconsciente,  
está ya toda la gente  
para aguardarte á la husma.»

    Y yo ignoro cómo fué,  
mas se acabó la cuestion;  
á este hijo de Aly Maimon  
nadie le debia fé.

    El Rey levantó banderas  
contra él, alistando gente  
nó en sus tierras solamente  
sinó en tierras extranjeras;  
    y al eco de sus clarines,  
á sus huestes acudieron  
mil héroes que vinieron  
de los más luengos confines;  
    y aluvion de hierro y mallas,  
como catorce nublados  
lanzó catorce batallas  
de valerosos soldados  
    por los campos de Toledo,  
y ante ellos los berberiscos  
por valles, llanos y riscos  
huian blancos de miedo.

    Luégo el rey de Badajoz,  
el de Córdoba y Sevilla  
á atajar al de Castilla  
acudió á cual más veloz:

pero era su hueste tal,  
que con ímpetu pujante  
se los llevó por delante  
y lo pasaron muy mal.

Huyeron; se adelantó  
don Alfonso hasta la vega  
que el Tajo estruendoso riega  
y vista á Toledo dió:

pero fuerte y enrocada,  
Abd-al-wil bien pertrechado  
y el invierno adelantado,  
emprendió el Rey la tornada.

Dejó yermas las campiñas  
y desiertos los lugares;  
sin rama los olivares  
y sin vástagos las viñas.

Pasando como un torrente  
y dejando trás sí el llanto,  
la miseria y el espanto,  
dijo: «¡Hasta el año siguiente!»

Tal era entónces la guerra:  
tal es lo que llama gloria  
el mundo hasta hoy: tal la historia  
de nuestra española tierra.

---

Y aquí entro yo en la cuestion:  
Abd-al-wil era un tirano;  
es verdad: mas en razon  
entremos: ¿su sinrazon  
daba razon al cristiano?  
¿Era ó no era el toledano  
un hijo de Aly Maimon?  
¿Qué era pues el Castellano?  
Sigamos la narracion.

---

Volvia á Burgos triunfante  
y persuadido el monarca  
de que lo puede y lo abarca  
todo de allí en adelante.

Y en esta fé y persuasion  
otros viviendo sin duda,  
llegó á demandarle ayuda  
un moro de otra cuestion.

A Adofir, señor de Grados,  
una zalagarda mala  
le armó el feroz Almofala  
y le quitó sus estados.

Acudió al Rey Adofir  
contra Almofala: y el Rey  
un medio de buena ley  
sus triunfos para seguir



ver creyendo en tal demanda,  
le acogió benevolente,  
y echándole de su gente  
delante, le dijo: «Anda.»

Echó el moro y guió á Grados;  
mas Almofala, hombre fiero,  
Grados muy fuerte y entero  
y sus moros muy bragados,



detuvo ante él más de un mes  
al Rey, que al fin comprendía  
que el tiempo que allí perdía  
le iba á hacer falta despues.

Vió que iba á ser gran desdoro  
tras del triunfo de Toledo  
cejar dejándole ledo  
ante un reyezuelo moro:

vió que por un compromiso  
sin prevision aceptado,  
iba ó nada ó demasiado  
hacer allí á ser preciso:

y buscando un adalid  
que por su honor lidie y venza,  
pensó, tal vez con vergüenza,  
la vez primera en el Cid.

Mas recordando lo dicho  
por el Cid al desterrarse  
y temiendo que emperrarse  
le ocurriera en tal capricho,

le escribió así: «A mi presencia  
ven; y haz cuenta que te llamo  
tres veces, y que reclamo  
como tu rey tu asistencia.»

Vino el Cid: por él quedó  
sobre Grados: y en un mes  
dió con Grados á través  
y al rey Almofala envió

amarrado en un rocin,  
para que el Rey de él hiciera  
lo que más le conviniera  
lo mismo que del botin.

¡Gran triunfo! ¡Gran lealtad!  
¡Grande alegría en Castilla!  
El Cid es la maravilla  
de su patria y de su edad.

Es el primer adalid  
de España, el terror del moro:  
y es de Castilla desdoro  
que no éntre en Burgos el Cid.

El pueblo le pide á gritos  
los cortesanos le aclaman,  
los soberanos le llaman,  
y horros todos! todos quitos!  
¡Viva el Cid! gritan ufanos  
los nobles y los villanos  
los grandes y los chiquitos.

## IX

En aquel mismo palacio  
donde ha ya más de años veinte  
que al rey don Fernando el Cid  
presentó sus cinco reyes;  
y en aquel mismo salon  
donde á sus córtes presente,  
contra Roma y Alemania  
alzó el Cid su voz valiente,  
el rey don Alfonso sexto  
al Cid á su gracia vuelve,  
y en sus brazos le recibe  
agradecido y alegre.

El pueblo que, ébrio de gozo  
por el alcázar se mete,  
atropellando sus guardias  
y sin respeto á sus reyes,  
para ver y victorear  
y bendecir á su héroe,  
al custodio de la patria,  
al ídolo que enaltece,  
presencia la noble escena  
y en entusiasmo se enciende  
viendo al Rey que al Cid abraza  
de esta manera diciéndole:

«Ceñid los brazos al cuello  
del Rey que asaz bien os quiere,  
por ser brazos de tal home  
que el mundo otro par no tiene.

»Non excuseis de abrazarme:  
que brazo de home tan fuerte  
desentollescen mis tierras  
y las de moros tollescen.

»Facedlo que bien podeis,  
é cuidad non me manchedes  
que aún finca en las vuestas armas  
la sangre mora reciente.

»No atendais tuertos que os fice,  
pues en tan buen fin fenecen;  
que un home á quien reyes sirven,  
á mí servirme no debe.

»Si vos desterré, Rodrigo,  
fué porque á moros que crecen  
desterreis de mis fronteras  
y alto vuestos hechos vuelen.

»No os eché yo de mi reino  
por falsos que vos mal quieren,  
mas porque en tierras ajenas  
por vos mi poder se muestre.

»De Alvar Fañez, vuestro primo,  
recibí vuestos presentes  
no en féudo vuesto, Rodrigo,  
sinó como de parientes.

»Las banderas que ganasteis  
á los árabes de allende,  
por mandadería vuesa  
en Cardaña las pondredes.

»La vuesa Jimena Gomez  
que tanto vos quiso siempre,  
porque la he desmaridado  
ponerme pleitos pretende.

»No escucheis, Cid, sus querellas  
cuando á mí las enderece,  
que á quien las toma el marido  
no perdonan las mujeres.

»Andad á verla á Cardeña,  
que pienso que allí os atiende  
más ganosa allí de veros  
que vos á mí aquí de verme.

»Andad, y desenojadla  
porque no ansíe mi muerte,  
creyendo mal que de mí  
la dijeran malquerientes.

»Id y á volver preparaos  
al campo, porque sabedes  
que los valientes y el hierro  
con la quietud se enmohecen.

»Id, y prendedme los brazos  
otra vez: que bien merecen  
prenderse á su rey en paz  
los que cinco en guerra prenden.»

Esto dice el Rey al Cid  
á quien abrazado tiene;  
y el pueblo prorumpe en gritos  
tan desaforadamente  
y aplaude con tal estrépito,  
que del alcázar parece  
que el pavimento se hunde  
y el techo abajo se viene.

---

Alvar Fañez que sagaz  
está en todo, á todo atiende,  
todo lo observa y lo pesa  
y vueltas lo da en la mente;  
Alvar que sabe que el habla  
servir en el mundo suele

para con lo que se dice  
ocultar lo que se siente,  
comprendió bien que la corte  
al Cid más que admira teme,  
y al popular entusiasmo  
y no á su entusiasmo cede.  
Mas Alvar que al Cid conoce,  
y á la infanta, y á los reyes,  
y á la corte de Castilla,  
y de Burgos á la gente,  
de tal recepcion durante  
la ceremonia solemne,  
lo estaba todo observando  
en sus adentros diciéndose:  
«¡Bah! los hombres y los rios  
todo es que cojan corriente;  
que en cogiéndola, ya sólo  
Dios ó el diablo los detiene.  
Ya el Cid va corriente abajo;  
si por medio no se meten  
Dios ó el diablo, la carrera  
ni Rey ni Roque le tuercen.»

## X

De palacio el Cid Ruy Diaz  
salió en triunfo como entró,  
como el héroe de Castilla  
y en ella sin superior.  
En premio y en desagravio,  
el Rey por juro le dió  
á Bribiesca y á Escalona,  
á Berlanga y á Muñon.

El Cid tiene satisfechos  
ya su orgullo y su valor:  
nadie hay ya que no le tenga  
ó miedo ó admiracion;

y con lo que el Rey le ha dado  
y lo que él en lid ganó,  
no hay ya sobre él más que el Rey.  
Mas de Alvar la apreciacion  
era exacta: el Rey tenia  
más que entusiasmo temor,  
y el Rey ni entónces ni nunca  
leal con el Cid obró.  
El Cid no volvió á la corte,  
ni de su Rey al favor,  
por más que ante ella el Rey, falso,  
de favores le colmó.  
El Rey le dijo: «Tú eres  
de Castilla el Campeador:  
vé por Castilla á campear:  
tus feudos guardaré yo;  
y pues de Castilla el héroe  
eres, sélo á condicion  
de no dejar de campear  
de Castilla un dia en pró.»  
Y el Cid despues de á Cardeña  
que volver tiene á Aragon,  
donde campean los moros  
ó su rey cuando ellos nó.  
Esto, segun pensaba Alvar,  
era ir de la suerte en pós;  
porque cuanta más corriente  
hombres y rios, mejor.  
Mas como en la vida humana  
todo lo compensa Dios,  
y no ser feliz en ella  
es humana condicion,  
Dios á este astro sin mancilla,  
que en la historia es casi un Sol,  
á este rey incoronado,  
á este inmachito floron

de las crónicas de España,  
con las espinas que no  
le ciñó la frente, quiso  
coronarle el corazón.

Dios es justo; sus pecados  
de su edad fueron error;  
pecó por no saber más,  
es verdad: pero pecó.  
Y así como sus virtudes  
no dejó sin galardón,  
su pecado sin castigo  
no dejó tampoco Dios.

## XI

Con bélica comitiva  
aún para un rey no pequeña,



corre el Cid con ansia viva  
la senda que monte arriba  
va de Burgos á Cardena.

Ya avista sus capiteles,  
ya ve en su puerta y ventanas  
su blason de seis cuarteles,  
y oye que sus monjes fieles  
le volean las campanas.

Ya al átrio que salen ve  
su esposa y sus hijas, que

le esperan con hondo afán,  
y á los monjes que de pié  
tras ellas y en torno están.

Su bizarro hijo don Diego,  
á quien su padre el Cid dió  
un corcel que ardiente y ciego  
parece que alienta fuego,  
fué el primero que llegó;

y en grupo que huye al pincel  
y á la pluma, con su madre  
y hermanas quedó el doncel  
hasta que fué á unir á él  
su gran figura su padre;

y nunca el arte pagano  
pudo ni en su Laocon  
crear grupo tan galano;  
porque el grupo castellano  
tenia fe y corazón.

Dos chispas con que el cristiano  
da vida á su creación:  
que no cupieron en don  
al arte griego y romano  
en su fría inspiración.

Lloró el Cid cuando Jimena  
y sus hijos le abrazaron.  
Basta: porque de una escena  
de estas jamás copia buena  
pluma ni pincel sacaron.

De piedad cristiana ejemplo  
marido y mujer, en pos  
llevándose de los dos  
sus tres hijos, en el templo  
entraron á orar á Dios.

Él de sus padres difuntos  
lloró ante la sepultura;  
y ella al recordar los puntos



de su muerte, les vió juntos  
del firmamento en la altura.

Cuando tan santo deber  
juzgaron cumplido haber  
como debian, contentos  
del claustro á sus aposentos  
fueron marido y mujer.

## XII

Aquella noche sus cuentas  
con el Abad ajustó  
el buen Cid, y aseguró  
á Cardeña grandes rentas.

Dió á los monjes gracias mil  
por la guarda de su honor,  
y presentes de valor  
con largueza muy gentil.

Y concluyendo de hacer  
con los monjes y Jimena  
y sus hijos sóbria cena,  
se fueron á recoger.

Entónces en su aposento  
ántes de irse á reposar,  
á solas á platicar  
se pusieron un momento.

Era la primera vez  
que el Cid á dormir tranquilo  
iba en aquel santo asilo:  
¡y ya era tiempo pardiez!

pues más de veinte años há  
que la guerra por hacer,  
no estuvo con su mujer  
tan libre como ahora está:

y desde su edad primera,  
no habian tenido ocasion  
de abrirse su corazon  
con satisfaccion entera.

Así que libre de todo  
cuidado y del mundo ajeno,  
entró el Cid de gozo lleno  
en plática de este modo:

«Al fin, Jimena de mi alma,  
nos torna Dios á juntar,  
y al fin podemos gozar  
unos momentos de calma.

No te hablaré de mi amor  
ni me hables tú á mí del tuyo:  
pues no hubo á lo que yo arguyo  
otro que el nuestro mayor.

¡Qué pesares tan prolijos,  
qué ausencias nos le han probado!  
mas no hablemos del pasado:  
hablemos de nuestros hijos.»

Jimena palideció  
y se nublaron sus ojos.  
«¿Qué te da miedo ó enojos  
ahora?»—él la preguntó.  
«Nada, Rodrigo,» dijo ella.  
«Algo por Dios te apesara,  
pues veo impresa en tu cara  
de oculto pesar la huella.

Como marido y mujer  
que nos podamos echar  
algo en rostro, ni pensar  
me ocurre, ni puede ser.

Tú y yo por el cómo y cuándo  
y porqué casado habemos,  
ejemplo que dar tenemos  
al mundo, y lo estamos dando.

Ni hay que dudar, ni yo dudo  
de tí, ni nadie es posible  
que piense tal imposible;  
con que de argumento mudo.

Cuando á los hijos nombré,  
la color te se mudó.  
¿Son malas mis hijas?

JIMENA No.

EL CID ¿Os faltó alguno?

JIMENA No á fe.

EL CID Si álguien osó, claro dilo:  
aunque el mismo Rey sido haya,  
que él nunca se tiene á raya  
y tengo el alma en un hilo.

JIMENA Nadie osó, Rey ni vasallo,  
ni osara jamás, Rodrigo.

EL CID Es que el Rey...

JIMENA Que nó te digo:  
mi palabra basta.

EL CID Callo.

Mas rõe tu corazon  
pesar oculto, y yo creo  
que por los hijos: lo veo  
y estas penas de ambos son.  
¿Mal te ha parecido Diego?

JIMENA ¡Mi hijo parecerme mall!

EL CID Es un mancebo cabal.

JIMENA Me enorgullece.

EL CID ¿Pues luego  
qué te inquieta, qué te apena  
por el hijo ó por las hijas?  
¡Los ojos en tierra fijas!  
Habla: ¿qué tienes, Jimena?

JIMENA Nada.

EL CID ¿Un secreto conmigo?

JIMENA Es una supersticion.

EL CID Mas ¿tiene alguna razon?

JIMENA Para mí sí, mi Rodrigo.

EL CID Pues habla: que cuando á haber  
llega la apension más leve,

ser comunicada debe  
entre marido y mujer.

JIMENA Ya te he dicho que no es más  
que una ruin supersticion.

EL CID Dí lo que es en conclusion.

JIMENA Acaso á ofenderte vas.

EL CID ¡Angel de mi hogar! ¿qué puede  
haber en tí que me ofenda?  
Expílicate: que comprenda  
tu aprension, y entre ambos quede.  
¿Qué temes?

JIMENA Tan sólo á Dios.

EL CID Mas ¿por qué por nuestros hijos  
temes á Dios?

JIMENA Porque fijos  
sus ojos de ellos en pós  
deben de estar y..... perdona,  
Ruy; yo te amo, te venero:  
mas Dios juzga justiciero.

EL CID Mas á los justos abona.  
¿Qué tiene que hacer de Dios  
con mis hijos la justicia?

JIMENA ¡Ojalá sea propicia  
con los hijos de los dos!

EL CID Jimena, me estás abriendo  
ante la mente un abismo,  
que lucho conmigo mismo  
por no entender que comprendo.

JIMENA Perdóname, Ruy; perdona  
mi supersticion: mas temo  
que hay algo ante el Sér Supremo  
que en su ley no nos abona.  
El delito de los padres.....

EL CID Yo al tuyo.....

JIMENA ¡No lo recuerdes!

EL CID ¡El juicio creo que pierdes!

- JIMENA ¡El alma no me taladres!
- EL CID Tú sabes cómo y porqué:  
la ley y el honor me abonan.
- JIMENA La ley y el honor perdonan  
aquí..... pero Dios, no sé.
- EL CID ¡Jimena!
- JIMENA Yo quise en mí  
mi creencia sepultar;  
tú me mandastes hablar:  
tú mandas; yo obedecí.  
Ya sabes, pues, mi Rodrigo,  
cuál es la supersticion  
que roe mi corazon.  
Y yo la parto contigo.
- EL CID Razon no tiene á mi ver:  
mas tú eres, mujer, tan santa,  
que desde hoy al Cid le espanta  
lo que espanta á su mujer.  
Mas quédese entre los dos;  
nunca más nos lo digamos.  
Jimena, es tarde: durmamos:  
déjalo en manos de Dios.

---

Es disposicion divina:  
toda humana criatura  
sobre la tierra camina  
royendo alguna amargura,  
ú ocultando alguna espina.

Misterios de la existencia,  
poder de la fe, influencia  
de la educacion..... ¿quién sabe?  
no hay quien por llevar no acabe  
un gusano en la conciencia.

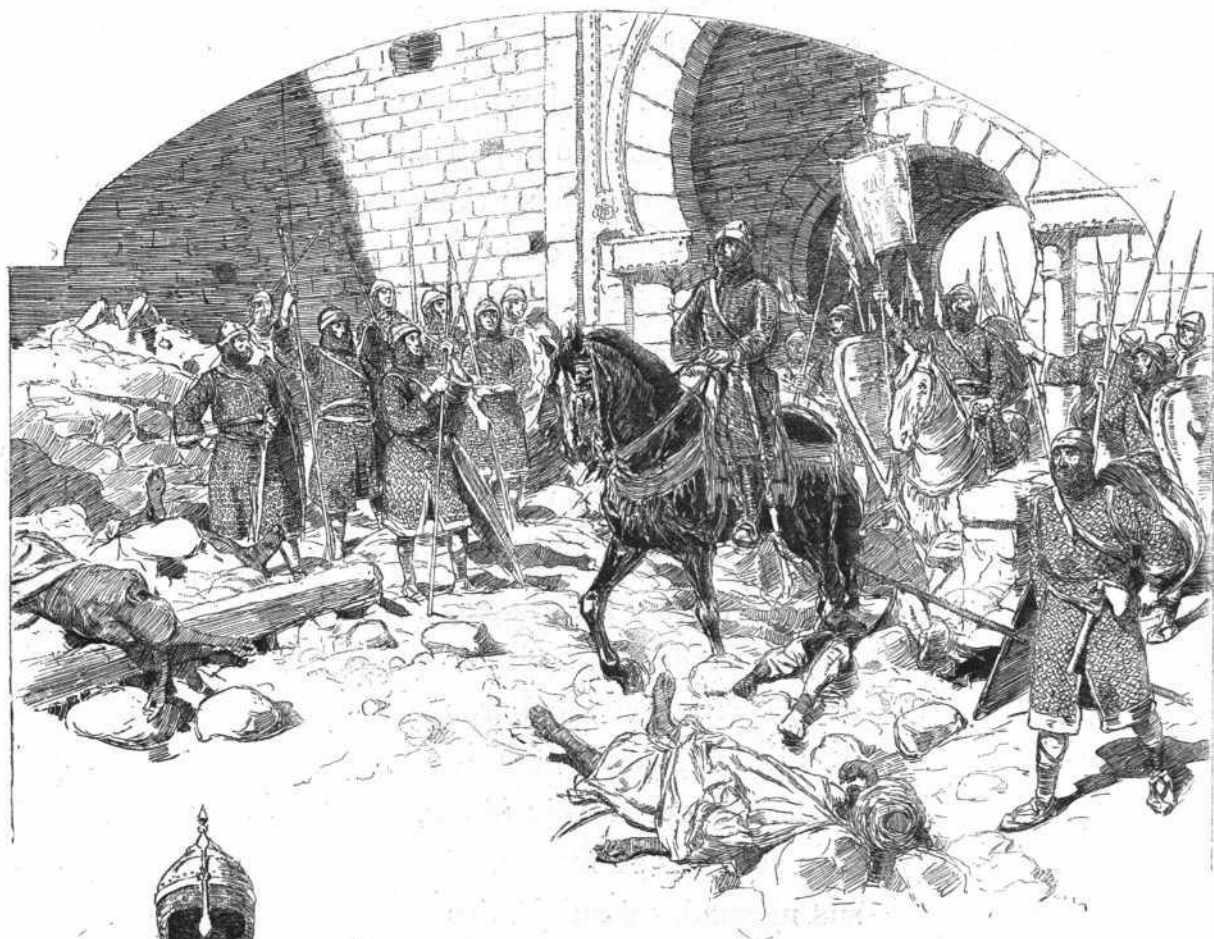
Y el que más crece y se eleva,  
aquel venturoso al cual

no hay ya poder que se atreva.....  
ese es quien al cuello lleva  
más apretado el dogal.

—  
Vuelve el Rey sobre Toledo  
y el Cid se vuelve á Aragon:  
y el Cid..... (hablemos muy quedo)  
por primera vez el miedo  
percibe en su corazon.

A Aragon lleva Rodrigo  
su hijo don Diego á la lid:  
Jimena queda al abrigo  
del claustro, y guarda consigo  
á las dos hijas del Cid.





I

A condesa de Carrion dió á luz dos hijos gemelos y á Dios el alma al parirlos: quince años hacia de esto. La condesa parió tarde; el conde, que ella más viejo, viendo crecer á sus hijos rayaba cási en decrepito: mas hombre que habia cuidado no más que de sí viviendo, iba á cumplir ochenta años robusto y sano de cuerpo. Este conde de Carrion, sus padres y sus abuelos, no habian tenido nunca más afan que el del dinero;



y por juntarle y doblarle,  
nunca mientes habian puesto  
ni en las glorias de la patria,  
ni en las guerras de su tiempo.  
Tan aislados de la corte  
como esquivos con el pueblo,  
vivieron encastillados  
cual judíos avarientos.  
Tenian en subterráneos,  
cuevas y silos secretos  
todo su oro, y lo aumentaban  
con logrerías y préstamos.  
El rey Fernando, su hijo  
don Sancho, los caballeros  
más ilustres de Castilla  
y hasta don Alfonso mesmo,  
para sostener su hueste,  
sus mesnadas ó su ejército  
en campaña, muchas veces  
á sus arcas acudieron.

El conde actual secundado  
por un viejecillo enteco  
y apergaminado, que es  
su agente y su consejero,  
hacia grandes ganancias  
procuradas en silencio  
por aquel grande agibílibus,  
en cálculos gran maestro.  
Hombre con vista de lince,  
con olfato de sabueso,  
como anguila escurridizo  
y como raposa diestro,  
por cualquier puerta pasaba,  
cabia en cualquiera hueco,  
llegaba á cualquier altura  
á cualquier trato dispuesto.



Con ribetes de retórico,  
de astrólogo y leguleyo,  
y en Carrion, segun los casos,  
hombre de curia y comercio,  
era en Carrion el factotum;  
y á sus ignaros plebeyos,  
segun el caso, servia  
de agente, escribano y médico.  
Él va y viene por el conde,  
tal vez cerca, tal vez léjos;  
de dia, de noche, á pié,  
en mula, solo ó con séquito.  
A veces desaparece  
un dia ó un mes entero;  
y á veces en un tenducho  
que tiene en la plaza abierto,  
bodega, almacen, oficio,  
cueva y casa, en que revuelto  
tiene algo de todo, pasa  
toda una estacion expuesto.  
Allí recibe, consulta,  
compra, vende, da remedios,  
escribe, cambia monedas  
y acepta prendas á empeño:  
fia á las mujeres, presta  
semillas á los labriegos,  
y se aviene al cobro siempre,  
sin ser á nadie molesto.  
Este sér, á quien se llama  
en Carrion Maese Luengo,  
sin que nadie sepa de él  
ni patria ni nacimiento,  
ni si lleva nombre tál  
por apodo ú abolengo,  
es del avariento conde  
un tuautem mefistofélico.

Este hombre tiene sus cuentas  
y de su casa el gobierno,  
recibiendo de él lo que hoy  
se llama tanto por ciento;  
sin que le haya puesto el conde  
jamás sobre sus derechos  
cuestion, ni en sus cuentas nunca  
el reparo más pequeño.

El conde cuando sus hijos  
año tras año crecieron,  
se los fió cual le había  
fiado su oro y secretos.  
Y el conde con todo el mundo  
avaro como un hebreo,  
era con él generoso  
y con sus hijos espléndido.

Espléndido y generoso,  
bien entendido, respecto  
de su ruindad y avaricia  
de los hombres con el resto.  
Su esplendidez con los hijos  
llegó hasta darles dos perros,  
dos halcones y dos flacos  
asturianos caballejos.

Cuanto á maese pedian  
para reteles, anzuelos,  
trampas y hurones, maese  
se lo procuraba luégo.

En suma, lo que hoy haria  
cualquier ricacho hidalgo  
de Carrion, hacian él  
y el conde con los mozuelos:  
y eran estos lo que hoy  
serian, ni más ni ménos,  
los de un viejo ex-mayorazgo  
de Alcorcon ó Ciempozuelos.

Mas poco despues que Alfonso  
se tornara de Toledo  
y ántes que, jurando en Burgos,  
se llamara Alfonso Sexto,  
del viejo conde cambiaron  
casa, negocios y genio,  
á causa de un imprevisto  
y extraño acontecimiento.

En mil y setenta y dos  
se estableció en los terrenos  
de Carrion un peregrino:  
el cual, con permiso prévio  
del conde, hizo su morada  
de un torreoncillo viejo,  
en santuario convertido  
en el picacho de un cerro.  
El viejo conde, que nunca  
pensó bien de un forastero,  
el peregrino á maese  
encomendó un poco inquieto.  
Fué y vino y tornó maese  
desde Carrion al cerruelo,  
desde el cerruelo á Carrion  
y volvió al fin satisfecho.  
El solitario era un hombre  
inofensivo; sincero  
cristiano, á quien por un áspero  
confesor hecho muy crédulo  
y escrupuloso, traian  
á buscar en el desierto  
paz para el alma intranquila  
su fe y arrepentimiento.  
Dos años de penitencia  
habíanle sido impuestos  
en la soledad de un monte  
por el obispo de Oviedo,

y él á cumplirla venia  
en lugar del suyo léjos,  
donde sus cuentas incógnito  
pudiera hacer con el cielo,  
y parecia hombre noble  
y á comodidades hecho:  
tal dijo maese al conde,  
creyéralo ó no creyéralo.  
Maese y el solitario  
entrando en conocimiento,  
fueron trabando amistad  
é intimando; y año y medio  
del conde con beneplácito,  
vivió en la ermita el romero,  
llegando á ser la amistad  
de él y maese un misterio.  
Y un dia fué á verle el conde:  
muchos iban los mancebos  
á oirle contar leyendas,  
de las que sabia cientos.  
Y un dia fué él al castillo;  
y al cabo costumbre haciendo,  
y necesidad tornándose  
la costumbre, concluyeron  
del romero en el castillo  
por necesitar: cediendo  
á la influencia que ejerce  
el que es más sobre el que es ménos.  
El ermitaño era un hombre  
de mundo y de buen consejo,  
cuya condicion mostraban  
sus alzados pensamientos;  
y aunque á su nombre y su historia  
jamás habia alzado el velo,  
su traza es de buen cristiano  
y su aire de caballero.

Poco á poco del buen conde  
se fué en la casa ingiriendo;  
viéndolo el mismo maese  
y áun ayudándole á ello.



Y un dia..... una noche de esas  
de nevada y ventisquéo  
que pasaban en Carrion  
los cinco al amor del fuego,  
hizo al conde el peregrino  
este discurso discreto,  
exponiendo sus ideas  
con aire franco é ingenuo:  
«Señor conde, ántes que torne  
al mundo, al que deber tengo  
de volver, mi penitencia  
cumplida, que será presto,  
os diré como cristiano  
é hijodalgo lo que siento.

»La vuestra es raza de halcones  
no de buhos, ni mochuelos:  
vuestros hijos tienen alas  
y deben alzar su vuelo

á una region en que cacen  
águilas y no vencejos.  
Segun lo que á catorce años  
fuertes y ágiles les veo,  
ya de que monten caballos  
y empuñen lanzas es tiempo.  
Con ejercicio en las armas  
y trato de mundo, pienso  
que pueden dar á Castilla  
honor y á su padre nietos.  
Yo, que bajo esta esclavina  
soy otro del que parezco,  
y ántes de endosar este hábito  
calcé espuela y blandí acero,  
ántes de volver al mundo,  
si no os ofende, me ofrezco  
á enseñarles de las armas  
y del caballo el manejo:  
que aunque para mí más logra  
que las armas el ingenio,  
áun para ir de este por rumbos  
saber de aquellas es bueno.  
Y como conozco todos  
los linajes solariegos  
de Castilla, de Aragon  
y demás cristianos reinos,  
os haré de ricas hembras  
casaderas un recuento,  
con dos de las cuales llegue  
á ser Carrion casi un reino.  
Dos mozos que son tan nobles  
y tan ricos y tan recios,  
hasta á las hijas del Cid  
á aspirar tienen derecho.»

Dijo el penitente: el conde  
calló y frunció el entrecejo,

y á los muchachos los ojos  
les chispearon de contento.

El cómo fué no se sabe,  
ni importa mucho saberlo:  
el caso es que al fin del año  
el cambio era tan completo  
en Carrion, que ya en justar  
eran los muchachos diestros,  
y habia armería y cuabras  
y hueste de Carrion dentro.

El año de mil y ochenta,  
el primero en que á Toledo  
taló el Rey, murió maese  
de un modo extraño y horrendo.  
Fué á Burgos y no volvió;  
al pié de un despeñadero  
en el fondo de un barranco  
se halló su tronco sangriento.  
¿Cayó en él ó en él le echaron?  
Jamás se supo: sus restos,  
presa de cuervos y lobos,  
reconocerse pudieron  
por sus ropas y sus cuentas  
que se encontraron con ellos:  
y el conde al sentir tal pérdida  
se alegró de tal encuentro.  
Mas no tuvo gran lugar  
de echarle mucho de ménos,  
porque el incógnito al punto  
suplióle y tomó su puesto.  
Y hecho él del conde á las cuentas  
y el conde de él á los cuentos,  
nadie se quejó del cambio  
y allí se quedó el romero.

Al año siguiente el conde,  
segun constó en documentos  
perdidos ya, pidió al Rey  
un extraño privilegio:  
y fué doblar su condado  
de Carrion en sus gemelos,  
es decir, crear dos condes  
de igual título y derechos.  
El Rey, que segunda vez  
iba á dar tala á Toledo  
y que ya debia al conde  
desde tiempo atrás dineros,  
pensó..... ¿quién sabe si fué  
suyo ó nó tal pensamiento?  
darse por quito del oro  
á cuenta del privilegio.  
Y se le otorgó: á los condes  
homónimos previniendo  
que con él se apersonaran  
en la corte para verlos.

Vinieron acompañados  
de un ayo: el mismo romero  
en hábito penitente  
encapuzado y envuelto.  
En la corte un poco toscos  
los muchachos parecieron,  
y el ayo con quien venian  
asaz raro compañero;  
mas pasaron por galanes  
por ser ricos como Cresos,  
y nadie faltó del ayo  
del hábito al miramiento.  
El Rey, á quien importaba  
no entrar en cuentas ni en cuentos  
con su padre, á los dos mozos  
otorgó cuanto pidieron ;



y entraron, segun el conde  
manifestaba deseos,  
de doña Urraca por pajes  
y á su merced se pusieron.  
Acostumbráronse pronto  
en el alcázar á verlos  
sin extrañeza, de tantas  
extrañas gentes en medio.  
De los condes de Carrion  
tal fué el extraño comienzo;  
aunque lo calla la historia  
y hay quien lo tiene por cuento.

## II

Don Alfonso, por su suerte,  
de sus hermanos por muerte  
y por su ingenio y valor,  
de España era el rey más fuerte  
y aspiraba á emperador.

Fué extraña excentricidad:  
los reyes conquistadores  
de aquella revuelta edad,  
tuvieron debilidad  
por hacer de emperadores.

Siendo Toledo el Estado  
moslémico más antiguo  
á los godos conquistado  
y por los moros guardado  
á Castilla más contiguo,

Don Alfonso comprendió  
que si á Toledo ganaba,  
de cuanto el moro ganó  
desde que en España entró,  
lo mejor le arrebatava.

Cabeza Toledo siendo  
del imperio moslemin,

al moro en la frente hiriendo,  
va á ser golpe tan tremendo  
el principio de su fin.

¡Gloriosa era tal proeza!  
Después de conquista tal,  
con tal gloria y tal riqueza  
bien podría á su cabeza  
ceñir diadema imperial.

Y atropellando por todo,  
sobre Toledo se fué:  
y tiempo ha que sabe el modo  
de poner del reino godo  
en la capital el pié.

Y con fuerza y con amaños  
la atacó y la corrompió,  
y la taló por seis años;  
y al cabo de inmensos daños  
el sétimo la sitió.

¡Gran tempestad se levanta!  
árabes y castellanos  
predican la guerra santa:  
la gente que se arma espanta  
entre árabes y cristianos.

¡Ay de la Toledo mora!  
ya suena su última hora,  
el Rey se entra á sangre y fuego  
por su tierra do va ahora  
de poder y ambicion ciego.

Cuanto célebre en valor  
y en nobleza hay en Europa,  
lleva Alfonso en su redor:  
toda Europa da favor  
á su empresa y á su tropa.

A más de sus leoneses,  
gallegos y castellanos,  
lleva el Rey aragoneses,

alemanes y franceses,  
borgoñones é italianos.

Tanto su empresa se aprecia,  
que no hay rey que no le acuda  
con oro ó con mano recia:  
y hasta fueron en su ayuda  
los Paleólogos de Grecia.



Los reyes de Badajoz,  
de Córdoba y de Sevilla  
acudieron á una voz;  
mas como el rayo veloz  
los arrolló el de Castilla.

¡No hay remedio para tí,  
capital mahometana!  
Dios te quiere para sí;  
tu mezquita marroquí  
será catedral cristiana.

Ya desamparada y sola  
te ves; toda tu comarca  
se rinde á Alfonso ó la inmola;  
su pendon, solo, enarbola  
Abdarwil como monarca.

Ejército mercenario,  
mas fanático y tenaz,  
á pesar del vecindario  
le sostiene temerario  
de todo exceso capaz.

Cinco meses la mantuvo  
contra el destructor asedio:  
bravos asaltos sostuvo;  
mas vióse al fin sin remedio,  
y al fin que rendirse tuvo.

Por hijo de Aly Maimon  
salvó Abdarwil la existencia;  
vencido, mas sin baldon,  
salió con hueste y pendon:  
y fué á ser rey de Valencia.

Cayó Toledo la altiva  
por más que la foseó el Tajo,  
y puesta en la peña viva  
tuvo el viento por arriba  
y las ondas por debajo.

Fin de tan dichosa lid,  
miéntras el clero consagra  
su vega, como adalid  
mayor, en Toledo el Cid  
entró por puerta Visagra.

Y enarbolando el pendon  
de Castilla y de Leon  
en los alcázares reales,  
de la ciudad y arrabales  
dió á Alfonso la posesion.

Golpe fué al moro fatal

y fué de la Europa entera  
la alegría universal;  
y quedó Castilla fiera  
con su conquista imperial.

El Rey armó caballero  
á don Diego; que, aunque mozo,  
fué en hazañas el primero,  
y el mundo cristiano entero  
hizo fiestas de alborozo.

Y un corredor bereber  
envió el Cid á su mujer:  
quien, cuando la gloria supo  
que á España y á su hijo cupo,  
lloró y tembló de placer.

Y ante el altar prosternándose,  
por su hijo y el Cid á Dios  
oró, al par congratulándose  
su espíritu y espantándose  
de la gloria de los dos.

Y donde el godo en poder  
del moro empezó á caer,  
allí la mora grandeza  
siendo herida en la cabeza  
se comenzó á estremecer.

Fué la conquista mejor  
desde Pelayo hasta allí;  
y de dos reinos señor  
el Rey, pagado de sí  
se tituló emperador.

Casas dió, barrios enteros,  
privilegios y exenciones  
á los bravos caballeros  
y barones extranjeros  
que seguian sus pendones.

A todos de algo hizo don,  
é hizo corte de Toledo;

y al buen Cid por galardón  
le envió á lidiar á Aragon  
de él ó del moro con miedo.

Y andando por su camino  
dijo Alvar Fañez al Cid:

«que el Rey te quiere imagino  
léjos de él y siempre en lid.»

Y el Cid dijo: «es mi destino.»

—Pues no es la lid mala senda:  
ándala sólo por tí.

—¿Quieres, Alvar, que al Rey venda?

—No, Ruy: más hazle que entienda  
que le entiendes.

—Lo haré así.

Y yendo por su camino

se entraron en Aragon:

y el Cid iba algo mohino,

y Alvar sembrando ladino

en su alma una tentación.

### III

Hay mujeres á las cuales  
tan bien la doncellez sienta,  
que vida muy larga alcanzan  
acaso por ser doncellas;  
mas doña Urraca, tal vez  
no siendo una mujer de éstas,  
por esta ó por otra causa  
sin serlo aún se hizo vieja.  
La mayor de sus hermanas,  
pasaba de los cincuenta;  
pero flaca y enfermiza  
parecía ya decrépita.

El Rey no la iba á la mano:  
de él y de su alcázar dueña,

en gran respeto tenía  
como si su madre fuera.  
Tenia aposento aparte,  
guardias, servidumbre y rentas,  
y no fué la reina nunca  
como doña Urraca reina.

Los dos condes de Carrion,  
que no fueron á la guerra  
de Toledo y se quedaron  
por pajes suyos con ella,  
pasaban en el alcázar  
una inútil vida quieta,  
pues la infanta del rey sólo  
por mandato les acepta.

El romero encogullado  
con ellos tiene vivienda,  
maestro, ayo, mayordomo  
y consejero; mas ni entra  
en los cuartos de la infanta  
jamás, ni habla en su presencia,  
y un respeto profundísimo  
por ella tiene ó afecta.

Cuando pasa ante él ó al paso  
con ella tal vez se encuentra,  
la hace paso y dobla humilde  
sobre el pecho la cabeza:  
pero despues que ha pasado  
y entre tanto que se aleja,  
hasta donde á verla alcanza  
torvo y tenaz la contempla  
hasta perderla de vista,  
con dos ojos que chispean,  
y lanzan rayos vibrantes  
como los de una culebra.

La infanta no es hosca ni áspera,  
pero es una mujer séria,

y su servicio no es  
cosa que mucho divierta.  
Los gemelos de Carrion,  
algunas veces bostezan  
en el cuarto de la infanta;  
y el romero les alienta  
con gracia á hacer su servicio  
y á llevarlo con paciencia,  
por ser cosa el de la infanta  
con la que se honran y medran.  
«Mejor es servir, les dice,  
á doña Urraca en la mesa  
y el oratorio, que al rey  
en la lid é ir á la guerra.



Aprended á cortesanos,  
que aquí se vive y se huelga,  
miéntras otros por vosotros  
en la lid se descabezan.»



Y avezados los dos mozos  
á entrar en la dependencia  
de aquel hombre, le obedecen  
y hallan sus razones buenas.  
Mas la infanta tiene dias  
de insufrible impertinencia,  
y ataques de un histerismo,  
que más cada dia arrecian.  
Los médicos la propinan  
sus pócimas: mas no aciertan  
á atajar la enfermedad  
que la roe la existencia.  
Consúmese dia á dia  
presa de mortal tristeza,  
y los hay en que un instante  
nada más el lecho deja.  
Complácela solamente  
la soledad más completa;  
y ya tienen prevenido  
al Rey los hombres de ciencia  
que ha de morir sin sentirlo,  
cual vidrio que el aire quiebra.  
El Rey la deja á su antojo  
vivir y morir: atenta  
su servidumbre está, nunca  
con ella, mas de ella cerca.  
Nada se la niega nunca,  
nadie jamás la impacienta,  
ni se la da carta alguna,  
para que imposible sea  
que conmocion imprevista  
acelere su hora extrema.

Una tarde, casi noche,  
doña Urraca en una de esas  
horas de melancolía  
hipondriáca é histérica,

yacia en su lecho á solas,  
entre la luz y tinieblas,  
complacida en verse aislada  
del mundo que la molesta,  
cuando asaltada de pronto  
de imprevisto mal, las fuerzas  
que la faltaban sintiendo,  
pidió auxilio con gran priesa.  
Mas no llegó su voz débil  
nada más que á las orejas  
del de el sayal que guardaba  
por los gemelos las puertas.  
Llegóse éste en la penumbra  
hasta el lecho de la enferma,  
y ofreciéndola una copa  
que tiene á la cabecera,  
la dijo: «bebed, señora;»  
y á su voz, la infanta trémula  
sintió que se le erizaba  
el cabello en la cabeza.  
Tendió adelante las manos  
como á quien, dormido, aqueja  
una pesadilla y la halla  
realidad cuando despierta.  
Abrió la boca; pero ántes  
de que algun nombre saliera  
de entre sus labios, el monje  
la mano en ellos poniéndola,  
«¡Yo! ¡yo!» la dijo: y la infanta  
cual vidrio que el aire quiebra,  
cayó hácia atrás en la almohada  
con la congoja postrera.  
Quedó doña Urraca inerte,  
y el monje inerte sintiéndola,  
á su aposento volvióse  
sin que nadie le sintiera.

Quedó la cámara á oscuras:  
cerró la noche, y sus lentas  
horas pasando, y la infanta  
luz no pidiendo, á la puerta  
del camarín, de puntillas  
se acercó una camarera.  
Paróse, espíó, escuchó;  
mas bullir no percibiéndola,  
llamóla y amedrentóse  
de no recibir respuesta:  
dió un grito: corrieron todos  
quién al Rey, quién á la Reina  
á avisar; y trás los reyes  
la servidumbre revuelta  
de la infanta entró en la cámara:  
y de pié á su cabecera  
hallaron ya á los gemelos  
de Carrion, que con atenta  
curiosidad contemplaban  
á su ayo; que hombre de ciencia  
al parecer, de la infanta  
pulsaba la mano yerta.  
Y ántes de que la ansiedad  
del Rey razon le pidiera  
de su inspeccion, aquel hombre  
con acentuacion siniestra  
y voz que dió miedo á todos,  
dijo: «La infanta está muerta  
y fria ya. Su alma ahora  
está á Dios dando sus cuentas.»  
Postróse á orar: sacó el Rey  
de la cámara á la Reina,  
y trás el Rey, de ella fueron  
saliéndose todos fuera.

## IV

Dios es Dios, dicen los árabes  
y dicen exactamente,  
pues Dios siendo incomprensible,  
ser definido no puede.

Dios es Dios: y Creador  
infalible, omnipotente,  
sabio y justo, en lo creado  
el equilibrio mantiene.

Dios es Dios: él creó al hombre  
para que en la tierra fuese  
libre y feliz, entregándosela  
con sus males y sus bienes.

El hombre, de Dios sujeto  
á las inmortales leyes,  
camina sobre la tierra  
feliz ó infeliz haciéndose  
segun la senda que elige,  
segun la vida que tiene,  
segun el mal ó el bien siembra,  
y él se prepara su muerte.

El hombre inventó la guerra  
é hizo de locas sandeces  
principios que ciego sigue  
y por los que ciego muere.

Quién por el honor se mata;  
cosa que cada uno entiende  
desde el rey hasta el ladron  
de manera diferente.

Quién se mata por dinero,  
quién se mata por los reyes;  
quién se hace matar por fe  
en cosas que no comprende;  
quién es héroe, y quién es mártir;  
mas pocos naturalmente,

hallan su fin en el cabo  
de la carrera que emprenden;  
y en la mar se hunde el marino,  
y en la lid sucumbe el héroe,  
y es natural que en el riesgo  
muera quien en él se mete.  
Mas hay hombres que al nacer  
predestinados parece  
que nacen para ver cómo  
muere por ellos la gente.  
Los reyes y los pontífices  
de muy larga vida, suelen  
dejar tras de sí más muertos  
que el terremoto y la peste.  
Don Alfonso fué uno de estos:  
para que al trono subiese  
murieron sus dos hermanos:  
y como casó seis veces,  
reinó cuarenta y tres años  
y vivió setenta y nueve,  
que enterrar á sus hermanos  
tuvo y á sus seis mujeres.  
A don García el primero,  
que murió preso teniéndole  
por lo que razon de estado  
llaman los inteligentes.  
Le enterró en Leon con grillos  
como él mandó penitente;  
ó despechado y rabioso,  
segun á mí me parece.  
Le enterró con régia pompa  
y funerales solemnes:  
mas régias honras y grillos,  
son yerros un poco fuertes.  
Ahora á doña Urraca: luégo  
á doña Elvira, que tienen

sepulcro en Leon, y cuyos  
epitafios aún se léen.  
Vió morir por él á miles,  
de cristianos y de infieles;  
y de amigos y enemigos,  
cerró tumbas á centenes.  
Así que este rey de España,  
gastó todos sus haberes,  
en enterrar muchos muertos  
y hacer á extraños mercedes.  
Y como la muerte á ciegas  
y á mal hacer tira y hiere  
á los mejores, y mata  
á aquellos que más merecen  
vivir, del rey don Alonso  
fué sino marcar los meses  
de su reinado con lápidas  
mortuorias; que á la presente  
edad guian por la suya  
sobre huellas indelebles,  
para dar con nombres y hechos  
en su edad grandes y célebres.

---

Peleaba en Aragon  
el Cid, por él, con un Jeque  
que se llamó rey de Denia  
y allí reinó independiente.  
Astuto, inquieto, ambicioso,  
el Cid le venció dos veces;  
mas otras dos volvió á alzarse,  
tan tenaz como valiente.  
La tercera, revolviendo  
todo Aragon, alzó hueste,  
y su mismo rey don Sancho  
logró que se le adhiriese.  
Salieron ambos al campo

contra el Cid: salióles éste  
al encuentro y dió sobre ellos  
al amanecer de un viérnes.  
Siete horas duró la lid;  
Sancho y sus aragoneses  
sostuvieron á los moros,  
como si cristianos fuesen.  
¡Mal pecado y mengua grande  
para don Sancho, que aleve  
faltó á la fe á los cristianos,  
en pró de los Bereberes!  
Don Diego Diaz topándose  
del rey de Aragon en frente,  
adelantósele, vivo  
con intencion de cogerle.  
Cercóle con su batalla;  
pero acorralado viéndole  
llegó con su guardia negra  
Alfagib á socorrerle.  
El Cid á salvar á su hijo,  
cargó allí toda su hueste,  
y se salvó por milagro,  
don Sancho del campo huyéndose.  
Cayó Alfagib en la lidia,  
y en vez del rey por cogerle,  
don Diego se le echó encima:  
mas la africana serpiente  
le mordió en el corazon;  
porque abrazado teniéndole,  
le sumió en él la gumía  
por la union del coselete.  
Los brazos aflojó el mozo;  
de sí el moro le echó inerte,  
y aprovechando el espanto  
de los del Cid, de repente  
levantóse ágil, metióse

entre sus negros, y asiéndose  
de las crines de un caballo,  
montó á salto, y salvo fuése.



Quedó el campo por el Cid;  
pero quedó infelizmente  
en él de su hijo el cadáver.  
¡Qué dirá su madre al verle!

v

El rey don Alfonso sexto  
logró con esta victoria,  
ser el primer rey de España,  
y el mejor quisto en Europa:  
y el darle tan alto puesto,  
tal grandeza y tanta gloria,  
costó de su sangre al Cid,  
la más noble y pura gota,  
de su prole el mejor vástago,  
la fe y esperanza toda  
de su casa, y de su alma  
la pesadumbre más honda.



En San Pedro de Cardaña  
con la más solemne pompa,  
mandó el rey hacer á su hijo  
régias exequias mortuorias.

Impuso á toda su corte  
asistencia obligatoria,  
y fué á presidir él mismo  
la fúnebre ceremonia.

El camino de Cardaña  
cubrió de tiendas y escoltas,  
para que las nobles damas,  
prez de su corte fastuosa,  
hallaran en ida y vuelta  
paz, refrigerios y sombra,  
y ocasion los pueblos próximos  
de hacer feria ventajosa.

El hueco del átrio al pórtico  
cubrió con toldos de lona,  
mullendo bajo él de arena  
el empedrado y las losas;  
y en línea recta las ramas  
de los árboles con hojas  
ligando, alargó del templo  
hasta la selva la bóveda:  
para que bajo ella viera  
la multitud en la hora  
de los oficios, la fúnebre  
solemnidad religiosa.

Mandó al Cid su guardia régia:  
de telas de rica estofa  
enlutó el templo, y tendió  
su pavimento de alfombras.  
Mandó al obispo y al clero;  
las chirimías, las trompas,  
los coros y los salmistas  
y mangas de las parroquias;

en fin, cuanto dar podia  
al Cid y á su santa esposa  
consuelo y honra en su pena,  
la mundana vanagloria.

Jimena con fe cristiana  
y resignacion heróica,  
sobre el cadáver de su hijo  
oró y lloró silenciosa;  
y concentrando en su espíritu  
su pesadumbre recóndita,  
ni al Cid por más no afligirle,  
dijo una palabra sola.

De abstinencia, insomnio y llanto  
que atestiguan su congoja  
trás dos dias, bajó al templo  
la dignísima matrona.

En frente al rey, que seguia  
del cabildo la salmodia,  
sobre un cojin de velludo  
negro, de plata con borlas,  
se arrodilló con sus hijas,  
envuelta como una sombra,  
en un ancho velo negro,  
prendido á su negra toca.  
Doña Elvira y doña Sol,  
ya gentilísimas mozas,  
apagadas por el llanto  
de sus mejillas las rosas,  
modestas, graves, inmóviles,  
del Cid esperanza ahora  
única ya, y del gentío  
admiracion por lo hermosas,  
atrajeron hácia sí  
las miradas y almas todas  
de los circunstantes; presa  
de esa tierna y melancólica

exaltacion que producen  
las ceremonias católicas,  
con que los que de la nada  
vienen, á la nada tornan.

Los dos condes de Carrion  
que, por el favor que logran  
del rey, entre su más íntima  
servidumbre se colocan,  
con osada impertinencia  
y terquedad enojosa,  
las contemplaron de modo,  
que estaban como amapolas.  
Concluidos los oficios,  
llegó la tremenda hora  
de sepultar el cadáver  
y sellar sobre él la losa.  
La firmeza de Jimena  
llegó hasta allí: y allí rotas  
las dos fuentes de las lágrimas  
y la voz, entre nerviosas  
convulsiones, cayó en brazos  
de sus dos hijas que, prontas  
en su auxilio, la creyeron  
á espirar tambien muy próxima.  
Mientras Jimena en un síncope  
perdía vista, memoria  
y sentimiento, cumpliósese  
la inhumacion piadosa:  
y cuando volvia en sí,  
ya Alfonso con voz monótona,  
despedia el duelo y se iba  
quedando la iglesia sola.  
Vuelta en sí Jimena, madre  
cristiana, con fe valerosa,  
tornó á postrarse ante Dios  
y oró así más de una hora.

Cuando volvió á presentarse  
al Rey, ya de sí señora  
era, como él firme y grande  
del Cid Ruy Diaz la esposa.  
El Cid ante la grandeza  
de fe tan dominadora,  
sintió entrar en su alma el miedo  
y asombrado contemplóla.  
Dudó si se cumpliría  
su aprension supersticiosa:  
recordó que les quedaban  
dos hijas..... y sudó á gotas,  
como Cristo al rechazar  
en Gethsemaní la copa,  
y por sus hijas su alma  
pidió á Dios misericordia.



## VI

Muerta ántes que él doña Urraca,  
su misteriosa enemiga;  
muerto por su gloria el áspid  
de la cortesana envidia,  
terror de la mora gente  
y adoracion de Castilla,  
todos creyeron que el Cid  
á la corte volvería.  
Mas nada el Rey habló de ello,  
y un mes trascurriendo iba,

y el Cid moraba en Cardeña  
con Jimena y con sus hijas.  
Y el Rey al Cid no llamaba  
y el Cid no se despedía,  
y Cardeña para el Cid  
debe ser mansion tristísima.  
Pasó otro mes; Alfagib,  
el moro que la morisma  
tiene más bravo, más firme  
de alma y de más dura vida,  
levantando nueva hueste,  
con invasion imprevista  
se entró por tierras de Burgos  
hasta dar sobre Medina.  
A tal insulto y audacia,  
montó don Alfonso en ira,  
y esta carta desde Burgos  
escribió al Cid con gran prisa:  
«Los males del alma encuentran  
en los campos medicina,  
y á tí tan sólo en los mios  
respeto la morería.  
En campaña está otra vez  
Alfagib: sobre su pista  
ponte y no envaines la espada  
hasta dejarle sin vida.  
Toma tu hueste y mis huestes  
si crees que las necesitas:  
yo cuidaré de tus tierras,  
agrándame tú las mias;  
y por Dios que no te pares  
hasta dejármelas limpias  
de moros, aunque tras ellos  
tengas al mar que dar vista.»

Súplica ú orden, los reyes  
ordenan cuando suplican;

y al Cid toca concluir  
con aquel moro la lidia.  
Si es órden, no tiene réplica,  
y si súplica, es justísima;  
órden ó súplica, el Cid  
cumplir esta determina.  
Y miéntras echa su gente  
á los caballos las sillas,  
con el correo del rey  
le mandó estas breves líneas:  
«Señor, hay males del alma  
que no curan medicinas,  
ni el aire de ningun campo  
ni de corte alguna alivian.  
Pero hay hombres que, más fuertes  
que el mal que les martiriza,  
por curar de las del rey,  
no curan las propias cuitas.  
Yo soy de esos; parto al campo  
por vos y vuelvo á la lidia:  
yo os cuidaré vuestras tierras,  
cuidad vos de mi familia.  
Y si Dios no me abandona,  
de mí no os daré noticia  
hasta que tras de los moros  
al mar tirreno dé vista.»  
Partió el Cid y agradeciό,  
el rey su pronta partida,  
aunque echó á baladronada  
lo de avistar la marina.  
Y á Jimena, como á esposa  
de un hombre de tal valía  
queriendo tratar, fué á hacerla  
á Cardeña una visita.

---

## VII

Cuando el Rey al irla á ver  
la brindó en Burgos á entrar  
con él, la santa mujer  
no quiso á Burgos volver,  
ni en él su rango cobrar.

En vano con sutileza  
la arguyó el Rey: sus razones  
escuchó ella con tristeza  
y desechó con firmeza  
del Rey las proposiciones.

En vano la dió á entender,  
que tenia que casar  
dos hijas; y que, á su ver,  
en la corte habia de ser,  
nó en Cardaña ni en Vivar.

«De eso, señor, áun no cuido:  
es pronto—dijo ella—y ya  
sabeis que, de Burgos ido  
el Cid, su mujer no está  
bien allí sin su marido.»

Discreto el Rey no insistió;  
su escrúpulo mujeril,  
ó respetó ó lo afectó;  
y con largueza gentil  
á sus hijas regaló.

La dejó servicio y oro  
de su real casa, y tesoro  
con que sostener su porte  
de dama de alto decoro,  
y dió la vuelta á su corte.

Y aquella mujer modelo  
de amor y fe conyugal,  
con sus hijas y su duelo,  
siguió al amparo del cielo  
en la soledad claustral.





I

Alfagib venció Minaya,  
y de moros pié á pié  
limpiando la tierra fué  
de Aragon hasta la raya.

Allí con el Cid se unió,  
quien, de sus victorias fruto,  
cobra allí pecho y tributo  
de los reyes que venció:

y allí, del Rey adalid,  
aunque manda por el Rey,  
de nadie recibe ley,  
tan señor como él, el Cid.

Agarenos y cristianos  
le dan tan alto decoro,  
que no hay rey cristiano ó moro  
con humos más soberanos:

y cristianos y agarenos  
tan suyos por allí son,





que el mismo rey de Aragon  
es por allí que el Cid ménos.

Allí Minaya, el más fiel  
de los suyos, su pariente  
más cercano, y de su gente  
el tenido en más por él,

vueltas dando en su cabeza  
á una idea que tiempo ha  
que en ella bullendo está,  
de Alhama en la fortaleza

con el Cid entró en consejo;  
y haciéndole en él entrar,  
empezó vueltas á dar  
á su pensamiento viejo.

Y como grande en el mundo  
no se hizo en un dia nada,  
ni grande empresa ó jornada  
nadie acabó en un segundo,

dando vueltas á su idea  
siguieron ambos á una,  
de plantearla con fortuna  
para cuando tiempo sea.

Y el Cid siguió aquella tierra  
sin superior y sin par  
y á su Rey sin consultar  
gobernando en paz y en guerra;

y alcanzó tal poderío  
por toda aquella comarca,  
que en ella como monarca  
vivió y mandó á su albedrío.

Hizo tratos con los reyes  
de los Estados contiguos;  
ratificó los antiguos,  
juntó milicias, dió leyes,

fundó templos, municipios  
y villas: pobló lugares,

asalarió mudejares;  
y estableció, en fin, principios,  
costumbres, párias é impuestos  
que rigieron adelante  
cual por príncipe reinante  
y por real derecho puestos.

Y dejando la llaneza  
y sencillez castellanas,  
con ínfulas soberanas  
ostentó lujo y grandeza:

y aunque todo lo ordenaba  
á nombre de Alfonso sexto,  
su nombre estaba bien puesto  
y el Cid en su puesto estaba;

y así, sin que nadie lea  
en su mente claramente,  
Alvar y el Cid en su mente  
daban vueltas á una idea.

Y siguió dando sus vueltas  
el mundo; y allende el mar  
comenzáronse á juntar  
cien tribus que andaban sueltas.

Y la region Mauritana  
ganaron tras bravas lides  
los fieros Almoravides,  
raza valiente africana;  
y fué en verdad maravilla  
cómo desde allende el mar  
vino tambien á estallar  
tal tempestad en Castilla.

La historia es oscura cosa:  
y es fuerza que raíz prenda  
en su verdad la leyenda  
galana y maravillosa.

Y hé aquí de aquella invasion,  
que presa de gente extraña

por poco no hace á la España,  
la histórica tradicion.

Dicen que el rey de Castilla  
se enamoró en mala hora  
de una hermosísima mora  
hija del rey de Sevilla.

Dicen otros que el cristiano  
quien se enamoró no fué,  
sino ella y que le dió pié  
para tomarla la mano.

Hay quién crée que el moslemita  
al cristiano se la dió,  
y quién que él se la robó  
al hacerle una visita.

Ello es que, por él cristiana  
tornada, la mora hermosa  
fué, quién dice que su esposa  
y quién que su barragana.

Mas, concubina ó mujer,  
todos contestes están  
en que, marido ó galan,  
por ella á España perder  
arriesgó en tal ocasion,  
por ella entrando en campaña,  
tras de atraer sobre España  
de moros nueva invasion.

Y fué así; el rey sevillano  
padre de la linda mora,  
sabiendo cuán ciego adora  
á su hija el rey castellano,  
por valedor atraerse  
al Almoravid pensó,  
y de Alfonso imaginó  
de la autoridad valerse.

El andaluz se mecia  
en el ambicioso sueño

de ser el único dueño  
de toda la Andalucía;  
y dijo al rey burgalés:  
«Si yo al Almoravid llamo  
solo, á mi solo reclamo  
que acuda difícil es;  
mas si los dos á la par  
pedímosle ayuda, de hecho  
que cruza al punto el estrecho;  
y si yo llego á reinar  
en toda la Andalucía,  
no habrá más que una frontera  
y será la España entera  
nada más que tuya y mia.»

La erró Alfonso suponiendo  
que dando al rey de Sevilla  
un gran reino, iba Castilla  
á ganar, su suegro siendo;  
y el de Sevilla, apoyado  
en la autoridad cristiana,  
de langosta musulmana  
trajo á Sevilla un nublado.

Pero fué mal para todos;  
porque Aly, el fiero adalid  
que el Emir Almoravid  
mandó al reino de los godos,  
viendo que aquella era presa  
rica y bella á maravilla,  
mató en lid al de Sevilla;  
tomó por suya su empresa,  
y adelantó tan sin miedo,  
con tan feliz osadía,  
que rindió la Andalucía  
y entró en tierras de Toledo.

Comprendió el rey castellano  
qué error habia cometido

y campeó: mas fué vencido  
dos veces por el pagano;  
y de su insensato amor  
único inmediato fruto,  
recogió afliccion y luto,  
vencimiento y deshonor.

Todos los moros que párias  
de tiempo atrás le rendian,  
del Almoravid se unian  
con las huestes á él contrarias:

y hubo un momento en que España  
estuvo para volver  
toda del moro á poder  
en esta infeliz campaña;

porque el rey Almoravid  
Yussuf, pasando el estrecho,  
mató á Aly; mas tomó á pecho  
por él la tremenda lid.

¡Justicia sea hecha al Rey!  
Supo el yerro de su amor  
compensar con un valor  
y una fe de buena ley.

En tamaña adversidad  
Alfonso, con alma fiera,  
llamó á sí de Europa entera  
á toda la cristiandad.

Y teniendo, solo, el Cid  
bien sujeta su region,  
le acudió el rey de Aragon:  
y acudieron á la lid

nobles del Loira y del Sena,  
don Raimundo el Borgoñés,  
y el luégo rey portugués  
don Enrique de Lorena:

y nobles cien además  
alemanes é italianos,

que á los bárbaros paganos  
hicieron volver atrás:

y con su ayuda Castilla  
volvió á aquellas hordas fieras  
á arrojar de sus fronteras  
hasta Córdoba y Sevilla.

¡Pesadilla atroz fué aquella!  
Al cuello se echó una soga  
que por poco no le ahoga  
el Rey por su Zayda bella:

mas respiró Alfonso al fin,  
al salir de aquel mal sueño  
viéndose aún rey y dueño  
del castellano confin.

Y con pródiga largueza  
como á Toledo al tomar,  
sin tino comenzó á dar  
á la extranjera nobleza.

Dió y dió: hasta que darno hallando,  
les dió sus hijas nacidas  
en ley, y hasta las habidas  
por hurto y de contrabando:

y aquellos nobles señores  
tomaron con alegría  
el hurto y la bastardía  
de sus augustos amores.

Y hay quien quiere á este rey mal  
porque dió á un aventurero  
pié para ser el primero  
que hizo reino á Portugal.

Verdad es que estuvo á pique  
de perder á España entera,  
si en su ayuda no acudiera  
con otros mil don Enrique;

mas si salvó la nacion,  
tambien la mermó despues

por pagar al Lorenés  
de España con un jiron.

Salvóse él en una tabla:  
mas echó á España á perder  
por una extraña mujer  
y un conde de extraña fabla.

Cuando volvió á despertar  
de aquella atroz pesadilla,  
supo y vió con maravilla  
los hechos del de Vivar.

Miéntras él se habia expuesto  
á perder hasta su herencia,  
el Cid llegó hasta Valencia  
y habíala sitio puesto.



## II

Sitiada tiene á Valencia  
el Burgalés capitan:  
y ésta fué su grande hazaña  
y la mayor de su edad.

Sitiada tiene á Valencia;  
y hasta ella para llegar  
tuvo que hacer maravillas  
de brio y sagacidad.

Para llegar á Valencia  
y expeditos conservar  
los caminos, y enémos  
no dejar de sí detrás,  
tuvo que pasar tres años  
de vigiliás y de afán,

de reyes cristianos y árabes  
haciéndose respetar.

A quién le ayudó en sus lides;  
á quiénes les puso en paz;  
á quiénes venció en batalla;  
á quiénes dió libertad.  
Tuvo á alguno que vender;  
tuvo á alguno que comprar;  
por muchos ayudar se hizo;  
tuvo, en fin, cáuto, sagaz,  
prudente, osado y constante  
para dar cima á su plan,  
tántos odios é intereses  
que extinguir y concordar,  
tántos riesgos que prever  
y tanta dificultad  
que vencer hasta Valencia  
las vías para allanar,  
y á los moros comarcanos  
hasta ver prendidos ya  
en la red de su estrategia  
é incapaces de dañar,  
hasta tenerlos por suyos  
por fuerza ó por voluntad;  
y ayudado de Alvar Fañez  
en su idea pertinaz,  
hizo en fin tales prodigios  
de valor y habilidad,  
que fueron trabajos de Hércules  
y labores de Titan.

Mas al fin sitió á Valencia,  
cuya opulenta ciudad  
tienen los Almoravides,  
que ayudaron á matar  
al hijo de Aly Maimun;  
de cuya muerte fatal



la venganza dió ocasion  
al Cid para ir la á sitiar.

Defendiéronse los moros  
con fiera heroicidad;  
mas atacóles el Cid  
sin dejarlos respirar  
dia ni noche sin tregua  
hasta que sin poder más  
tuvieron amedrentados  
con él que capitular.

De moros y de cristianos  
fué asombro conquista tál,  
y postróse ante el Cid todo  
el Aragon musulman.

Cuando se supo el buen éxito  
de una empresa tan audaz,  
difícil aún para un rey  
poderoso por demás,  
llevada á cabo por sólo  
un infanzon de Vivar,  
los señores de Aquitania,  
del condado catalan,  
de Tolosa y de Narbona,  
de Beziers, Tarbes y Dax,  
del Rosellon y el Pirene  
oriental y occidental,  
los príncipes más ilustres  
de toda la cristiandad,  
enviaron sus mensajeros  
al Cid á felicitar;  
y fueron del Cid tan altos  
el poder y autoridad,  
que quedó sobre la tierra  
con los reyes por igual.

Mas él luégo que en Valencia  
se vió, determinó enviar

por ella pleito homenaje  
á su señor natural.

Y el rey don Alfonso sexto  
vió un dia á Burgos llegar  
á Alvar Fañez de Minaya,  
con don Tello Sandoval,  
don Diego Ordoñez de Lara  
y otros nobles de solar  
burgalés, con lujo y porte  
de una embajada real.

Doscientos caballos árabes  
al Rey conducidos van  
por esclavos africanos;  
traen en el arzon de atrás  
de la silla un saco de oro,  
y en el de adelante están  
puestos doscientos alfanjes  
en tahalís de Tafilat.

Los esclavos, negros, traen  
como esclavos de un Sultán  
ajorcas y brazaletes  
y collares de coral:  
y los sacos traen del Rey  
el blason particular  
como si fuesen dineros  
de su renta personal.

Alvar Fañez de Minaya  
en el salon al entrar  
en donde el Rey presidiendo  
córtes en Burgos está,  
afinojóse; y pidiéndole  
su régia mano á besar,  
del Cid le entregó una carta  
á guisa de credencial.

Decia: «Rey don Alfonso:  
desde Burgos hasta el mar

libre el camino os he puesto;  
ved si mandais algo más.  
Valencia es vuestra: las párias  
que vuestra por ser os da  
van en doscientos saquillos  
de á cien doblas cada cual.  
Las tierras que hay intermedias  
desde Castilla hasta acá,  
tambien son vuestras; las tengo  
en nombre vuestro no más:  
y tengo el placer, señor,  
de haberos podido dar  
más tierra que vuestro padre  
os dejó por heredad.  
En premio, señor, enviadme  
á mi mujer, que tendrá  
en ver el mar que no ha visto  
un grandísimo solaz:  
y si os pluguiere venir  
por él un paseo á dar,  
decídmelo, para haceros  
de aloe un barco labrar.  
No extrañeis, señor, mi oferta  
ni mi estilo algo oriental;  
que á fuerza de andar con árabes  
tengo algo de árabe ya:  
mas culpaos á vos sólo  
si cambié de natural,  
pues vos me habeis hecho siempre  
entre los moros morar.  
Para que aquí no concluya  
por leer en el Koran  
en vez de en los Evangelios,  
atrévome os á rogar  
que me enviéis obispo y clero  
y campanas y lo al,

esta ciudad moslemita  
cristiana para tornar.  
Y aunque os vayan á decir  
que toda el Africa va  
á venir á recobrarla,  
tranquilo, señor, estad:  
yo la sabré defender  
como la supe tomar,  
y miéntras yo viva en ella,  
cristiana y vuestra será.



Con esto os beso las manos;  
y os ruego que me tengais  
por vuestro mejor vasallo  
y servidor más leal.»

El rey don Alfonso sexto  
era hombre harto perspicaz  
para no ver que ya el Cid  
de él estaba casi á par:  
y como Alvar con los suyos  
con aparato triunfal

la ciudad habian cruzado  
á palacio ántes de entrar,  
ya por el Cid todo Burgos  
entusiasta, era capaz  
de alzarse contra el Rey mismo  
por el héroe de Vivar.

Don Alfonso al ver el riesgo  
de su popularidad,  
del mismo riesgo hizo base  
para hacerse popular.

Tomando, pues, una pluma,  
en llano estilo cordial,  
escribió al Cid en respuesta  
estas palabras no más:

«Valencia y todas las tierras  
que has sabido conquistar,  
ántes son tuyas que mías,  
puesto que tú me las das.  
Ténlas, pues, por mí ó por tí  
como te acomode más,  
ó haz con ellas á tus hijas  
un dote y feudo condal.

Con Alvar irá Jimena  
á Valencia á ver el mar;  
y si á mí me viene antojo  
de mecerme en su cristal,  
al Cid, señor de Valencia,  
pediré hospitalidad;  
no como á un vasallo mio  
sino como á un rey mi igual:

«que vasallos como tú  
»que á su rey un reino dan,  
»si no son reyes como él,  
»con él merecen reinar.»

Ante los ojos del pueblo,  
del palacio en el umbral,

expuso Alvar esta carta  
 que le dió el Rey sin sellar;  
 y cuando del contenido  
 se enteró el pueblo leal,  
 rompió en aplausos de modo  
 que pareció un huracan.

Y si al Cid sirvió bien Alvar,  
 tampoco al Rey sirvió mal;  
 y si bien lo hizo el Rey, bien  
 le supo Alvar ayudar.

## III

Y yendo á Jimena á ver  
 tales nuevas la fué á dar:  
 y aquella santa mujer  
 con lágrimas de placer  
 se las oyó relatar.

Y cuando de él llegó á oír  
 que el Rey la daba licencia  
 á Valencia para ir,  
 quiso al instante partir  
 con sus hijas á Valencia.

Siempre que el Rey la brindó  
 su alcázar, jamás le hirió  
 con negativa absoluta;  
 mas, cauta, jamás volvió  
 á su corte disoluta.

¿Fué vanidad personal?  
 ¿Fué afan de guardar su extraña  
 posicion excepcional?  
 ¿ó fué, fiel, casta y leal,  
 la mejor mujer de España?

Mujer del Cid Campeador  
 de su padre matador  
 y casada por el Rey,  
 de ser se impuso la ley  
 santuario de fe y honor.

Y lo fué: y en la nacion  
do un rey de moral tan ancha  
alardeó de corrupcion,  
no echan en ella una mancha  
ni historia ni tradicion.

Aquella mujer dotada  
de tal fe y tan buen sentido,  
de Dios se estuvo amparada  
miéntras el Rey separada  
la tuvo de su marido:

y en cuanto el Rey la soltó,  
paloma que busca el nido  
que su único amor labró,  
desde el convento voló  
al hogar de su marido.

Y el Rey comprendió asombrado  
que miéntras él por un lado  
su reino á palmos perdia,  
por otro á piés se lo habia  
engrandecido un soldado.

Y no sabemos decir  
si con placer ó pesar  
vió á aquel soldado cumplir  
su palabra de seguir  
á los moros hasta el mar.

Y nadie podrá saber  
si el Rey en su corazon  
al Cid en Valencia al ver,  
llegó del Cid á tener  
más miedo que admiracion.

## IV

Ya en Valencia está Jimena,  
y dama de altas virtudes,  
como quien es de su estado  
los altos deberes cumple.  
No es menester que á ello nadie

la impela ni la estimule;  
la basta de sus deberes  
el sentimiento que nutre.  
Valencia es ciudad muy rica  
y de muy antiguo surten  
de Asia y África su mercado  
los bajeles que á él acuden.  
Sus moros son laboriosos,  
cultivan, labran, construyen;  
y es Valencia un paraíso  
que á poca labor produce  
la más exquisita seda,  
la fruta y uva más dulce,  
los arroces más nevados  
y las más suaves legumbres.  
Su gente es bella y alegre,  
su clima suave y salubre;  
un mar tranquilo la baña,  
la alumbra un cielo sin nubes,  
un aire sano la orea,  
y eterno verdor la cubre,  
que mil manantiales riegan  
que en sus mil pensiles surgen.  
Los moros que en ella moran  
han vivido en servidumbre  
de usurpadores alarbes  
ó de piratas de Túnez:  
así es que son recelosos  
y taimados, por costumbre  
de verse de unos ó de otros,  
bajo el yugo que mal sufren.  
Al dar en manos del Cid  
y por conquista, presumen  
que van cual nunca del yugo  
á sentir la pesadumbre:  
y el trato, vida y comercio



con los cristianos eluden,  
y en el fondo de sus casas  
torvos y tristes se sumen.  
En vano el Cid, para que ellos  
mal porvenir no se auguren,  
les prodiga, aunque vencidos,  
paternas solitudes;  
los moros, escarmentados  
de halagos y mansedumbres  
de sus tiranos, que empiezan  
en miel y en sangre concluyen,  
oyen, callan y se esquivan,  
sin que en nada coadyuven  
á establecer en Valencia  
la amistad á todos útil.

Mas hé aquí que en la mañana  
del primer dia de octubre  
á la luz de aquel sol tibio  
que en su cielo limpio luce,  
llega á Valencia Jimena,  
y los cristianos prorumpen  
en vivas y aclamaciones  
que á los moriscos aturden.  
Los moros, cuyas mujeres  
jamás la faz se descubren  
en público, á ver á aquella  
por curiosidad se suben,  
á los terrados, se asoman  
á las rejas, y á sus múfís  
y kadís ven que se postran  
ante el carro que conduce  
á Jimena y á sus hijas,  
sombreado de gasa y tules  
y tirado por seis mansos  
alazanes andaluces.  
Aquellas públicas fiestas

entre moros no comunes,  
aquellas tres hermosuras  
que al sol sus semblantes lucen,  
hacen al fin que abandonen  
sus casas, y que se agrupen  
á ver aquellas tres damas;



que el efecto les producen  
de tres hurís que descienden  
de las bóvedas azules  
del paraíso cristiano  
entre oro, luz y perfumes.

Jimena al dia siguiente  
sin temor de que la insulten  
ni se la atrevan los moros  
á quienes respeto infunde,  
comenzó á dar á sus pobres,  
á aliviar á los que sufren,  
á hablar á los que la esquivan,  
y á hacer de ellos, en resúmen,  
mansas ovejas que siguen  
al pastor que las conduce,  
en vez de toros que al yugo  
se resisten que les unce.  
Poco á poco comenzaron  
á ver sin odio las cruces,  
á abrir tiendas y talleres  
y mercados; y sus lúgubres

semblantes tornando alegres  
comenzó la muchedumbre  
á asistir á sus mezquitas  
sin que sus ritos perturben  
los cristianos; sin que al paso  
á las mujeres injurien,  
ni á nadie roben ni vejen  
ni en nada del triunfo abusen.  
Y los moros que á Jimena  
y á sus hijas atribuyen  
de sus bravos vencedores  
la fraternal mansedumbre,  
comenzaron á mirarlas  
como á tres santos querubes  
del cielo cristiano enviados  
por Dios á que les escuden.  
Tornó, pues, Valencia á ser  
el eden que era: y discurren  
ya por sus calles los moros  
sin miedo ni incertidumbre,  
dejando libres por ellas  
vagar sus doncellas núbiles,  
sus esposas, sus esclavas  
y sus hijos, sin que curen  
de echar la llave á sus puertas  
ni de cerrar sus baúles,  
dando á Aláh gracias de que hoy  
tal libertad les procure.

Así en Valencia Jimena,  
la dama de altas virtudes,  
como quien es, de su estado  
los altos deberes cumple.  
Y así está el Cid en Valencia;  
y de esta conquista ilustre  
no fué la prez el lograrla,  
sino el conservarla inmune.

## V

Y la conservó: y en vano  
Búcar sobre ella se puso,  
para cobrarla del Cid  
el mar cruzando iracundo.  
El Cid volver hizo al árabe  
á sus desiertos incultos,  
en la playa de Valencia  
abriendo á seis mil sepulcro.  
Otra vez volvió del Africa  
tan tenaz como sañudo  
Búcar, y otra le hizo el Cid  
darse á la mar dando tumbos.  
El Cid mantuvo á Valencia  
sin favor de rey alguno  
con sólo su corazón  
y el aliento de los suyos:  
y el mantenerse cinco años  
como por él la mantuvo,  
fué asombro del universo  
y gloria eterna de Burgos.  
Mantúvola: y pudo darse  
de rey de Valencia humos,  
pues fué, cuanto reino era  
de Valencia mora, suyo.  
De reyes moros en ella  
cual rey recibió tributos,  
y hasta Aragon se extendian  
de ella los confines últimos.  
El Cid la abasteció pródigo,  
la embelleció, la repuso,  
la almenó; y aspillerándola  
y cerrándola con muros  
flanqueados de torreones  
y reforzados con cubos,

la guarneció con milicias  
de hombres mozos y robustos.  
La fama su nombre y hechos  
llevó á tan opuestos rumbos,  
que un barco del rey de Persia  
á los piés del Cid condujo  
una lujosa embajada  
y un cargamento de frutos,  
gomas, perlas, chales, pájaros  
y leones melenudos,  
y caballos conducidos  
por siervos de pelo rufo,  
piel negra y uñas doradas  
camarcandanos y núbios.  
Todo ello especificado  
en una hoja de oro puro,  
que escrita una carta al Cid  
tráe en caracteres kúficos:  
que le presentó de hinojos  
un rajáh, que en un discurso  
pomposísimo ofrecióle  
del rey de Persia el saludo.

Nada faltó, pues, al Cid  
para ser rey: de rey tuvo  
tierras, poder, influencia,  
rentas, ejército y lujo.  
Se alojó en alcázar régio,  
y tuvo en él que hacer uso  
de reales atavíos,  
armas, y talares túnicos;  
porque aquel lujo exterior  
en un cristiano profuso,  
era para con los moros  
necesario y oportuno.  
Fué, en fin, el Cid de Valencia  
tan distinto del de Burgos,

como un manto de brocado  
y un gaban de paño burdo.  
La noble Jimena Gomez  
tuvo de reina recursos,  
y dió cual reina á los pobres,  
y gracias de ello al Dios sumo.  
Las hijas del Cid ataron  
sus cabelleras con nudos  
de perlas como princesas,  
siendo el amor y el orgullo  
de Valencia; los dos ángeles  
buenos del pueblo, que en grupos  
se juntaba á bendecirlas  
cuando salian en público.

Bibiana al verse entre moros  
y á sus señores tan unos  
con ellos, veia siempre  
en vida tál algo turbio;  
y allá á sus solas decia:

«Pues señor, yo me confundo:  
jamás creí que todo esto  
pudiera andar así junto.  
¿Somos cristianos ó moros?»  
Y en su entendimiento rudo,  
de algun castigo de Dios  
siempre andaba con barruntos.

Mas Valencia era un eden,  
y el reino de España único  
donde árabes y cristianos  
vivian cual pueblos cultos;  
los árabes con sus mútfis  
en sus mezquitas seguros,  
de las católicas fiestas  
entre el campaneó y júbilo.

Así que el Cid una noche  
en el reposo nocturno

y en el dichoso retiro  
de su alcoba, decir pudo  
á su Jimena en voz baja:  
«Ahora, Jimena, presumo  
que ya el alma no te acosan  
aquellos miedos absurdos.  
Por Dios, por tí y por mi patria  
hice cuanto en hombre cupo:  
más áspera penitencia  
que yo no hizo hombre ninguno.  
Treinta años lidié, y Dios creo  
que dió á nuestras penas punto.»

Jimena suspiró y dijo  
solamente: «Dios es justo.»

## VI

Su porvenir á Dios fian:  
¡bueno Dios se lo depare!  
que si es grande su justicia,  
su misericordia es grande.  
Todo el Cid lo espera de ésta;  
pues en su mente no cabe  
la idea de un Dios sañudo,  
vengativo é implacable.  
Mas Jimena, amamantada  
de Asturias en los breñales  
con las leyendas fantásticas  
de las creencias vulgares,  
sólo en su justicia piensa;  
en los ejemplos fundándose  
que oyó contar desde niña  
á peregrinos y frailes,  
y allá con Bibiana á solas  
teme siempre, aunque ambas callen,  
que Dios en sus hijas venga  
al descabezado padre.

Para ellas el fin de Diego  
es ya una prueba palpable,  
por más que el Cid simplemente  
á azar de la lid lo achaque.  
Sueños, preocupaciones,  
quimeras.... aunque ¿quién sabe  
si justos presentimientos  
é instinto de hija y de madre?

Seis meses despues, de un dia  
lluvioso al caer la tarde,  
del rey don Alfonso al Cid  
llegó á Valencia un mensaje.  
El mensajero venia  
precedido de un faráute,  
con las armas de Castilla  
en pecheros y espaldares.  
Es un rey de armas que ostenta  
blason y colores reales,  
trayendo escolta detrás  
y pendoncillo delante:  
grande honor que al Cid Ruy Diaz  
el rey don Alfonso hace,  
siendo el Cid vasallo suyo  
como á monarca tratándole.  
El mensaje era una carta,  
en cuyas sencillas frases  
venia á un tiempo una súplica  
y una órden irrecusable:  
pues una parte debia  
de hacer el Rey, y otra parte  
tocaba al Cid: mas la suya  
habia el Rey hecho ántes.  
Decia así: «Cid, Ruy Diaz,  
cual tú por mí cuitas graves  
pasas, yo de tí me ocupo  
con solicitud constante.



Sólo para hablar contigo,  
emprendo á Requena un viaje;  
vente, pues, para Requena  
porque contigo allí hable  
de un negocio, que deseo  
que ántes que lo husmée nadie,  
á solas y de palabra  
entre ambos á dos se trate.»

El Cid vió que no podia  
hacer que el Rey le esperase,  
y resolvió ir á Requena  
sin más tiempo que el de armarse.  
Miéntras á armarse y vestirse  
doña Jimena ayudábale,  
de la misiva del Rey  
dió el Cid á Jimena parte.  
«¿Qué te parece? la dijo,  
el Rey como á sus iguales  
nos trata.»—Y dijo Jimena:  
«No sé por qué no me place.»

Al llegar el Rey, al Cid  
halló en Requena esperándole  
y díjole: «Anduve recio,  
mas por los piés me ganaste.»  
Y dijo el Cid: «Por las manos  
ó por los piés, lidie ó ande,  
siempre, señor, me está bien  
que algo os sobre ó algo os gane.  
Me hubiera desesperado,  
señor, el que me esperaseis:  
vos sois el rey y yo soy  
vuestro vasallo: mandadme.»  
Pagado de tal respuesta  
sonrió el Rey; y, abrazándole,

díjole: «Luego hablaremos,  
que traigo cansancio y hambre.»  
Y sentándose á yantar



y al lado suyo sentándole,  
y tras de yantar, el Rey  
á solas con él quedándose,  
dijo al Cid, sencillamente,  
como quien somete y trae  
al juicio de un buen amigo  
un negocio íntimo y grave:

«Yo no sé, buen Cid Ruy Diaz,  
si tú sabes ó no sabes,  
que á los condes de Carrion  
servicios debo importantes.  
—Nunca les ví en las batallas:  
observó el Cid.—Pues no obstante,  
repuso el Rey, en las mias  
tuvieron siempre gran parte.  
Fué el viejo conde riquísimo,  
y á la corte ántes de enviarme  
á sus hijos, me habia enviado  
cuentos largos de contarse.  
Murió el viejo sin hablar  
de sus cuentos; mas rogándome

que tuviera con sus hijos  
más cuenta que con su padre.  
Los chicos son buenos mozos,  
y son nobles como infantes,  
y son ricos como Cresos  
y se portan como táles.  
Jamás me pidieron nada  
hasta hoy, que piden que trate  
contigo que con tus hijas  
en matrimonio se casen.  
Yo nada he comprometido,  
siendo cosa que te atañe  
á tí sólo: mas te cuento  
lo que hay, y creo que baste.»  
Del Rey escuchó el discurso  
sereno el Cid, y al cerrarle  
el Rey de tal modo, dijo:  
«Señor, para mí es bastante  
que mi Rey me abra su alma,  
de ella un secreto fiándome.  
Tánta por vos he vertido  
que os debo toda mi sangre:  
pues necesitais mis hijas  
para que de empeño os saquen,  
yo no las caso: las doy  
al Rey para que las case.  
—¿Y Jimena?—dijo el Rey.  
Y el Cid dijo:—Aunque es su madre,  
es mi mujer y jamás  
se opondrá á lo que el Rey mande.  
—Entendámonos, buen Cid,  
yo no mando en cosas tales.  
—Mas venido hais por mis hijas:  
yo os las doy: creo que baste.  
—Y yo las tomo á mi amparo  
como si fuera su padre.

Y dijo el Cid:—Haced cuenta  
que lo sois desde este instante.  
Y si mal porvenir logran  
ved que vos se le labrasteis:  
hacedlo, señor, con ellas  
como el Cid con vos lo hace.»

Dió el Rey las gracias al Cid,  
prometiéndole probarle  
lo que su fe en él estima  
cuando tal caso llegare.  
Y llamando luégo á todos  
los que en su compañía trae,  
publicó los tratos hechos  
con el Cid: ofreció darle  
ocho mil marcos de plata  
cuando sus hijas se casen:  
mandó haberlas en depósito  
á su buen tío Alvar Fañez,  
que por pedidas las tenga  
hasta que se desposaren,  
cual si del Rey fueran hijas  
y en guarda él se las fiase.

Llamó el Rey luégo á los condes  
y les mandó que homenaje  
hiciesen al Cid Ruy Diaz  
y las manos le besasen.  
Hiciéronlo así los condes  
ante el Rey y ante sus grandes  
é hizo allí el Rey infantazgo  
á Carrion, y á ellos infantes:  
É invitando el Cid á todos  
á que en las bodas se hallasen,  
partió el Rey, y á la frontera  
salió el Cid acompañándole.

Cuando á Jimena en Valencia  
dió el Cid de lo hecho parte,  
sabido, no gustó de ello,  
y dijo: «Poco me place  
emparentar con los condes,  
magüer sean de linaje  
y ricos; mas si así cumple  
á Dios, á tí y al Rey..... hágase.»

Y se hizo: en malhora un dia  
de febrero, á trece y mártes,  
los gemelos de Carrion  
por el Rey hechos infantes,  
llegaron acompañados  
de su ayo, de los magnates  
burgaleses, y gran séquito  
de servidores y pajes.  
Entráronse por Valencia  
como adalides triunfantes,  
yendo con su comitiva  
al alcázar á apearse.  
Presentáronse á las novias,  
que al verles ruborizáronse,  
ricos regalos de bodas  
ofreciéndolas galanes.  
El obispo don Jerónimo  
con mitra, entre dos ciriales,  
la bendicion de la Iglesia  
les dió en un altar portátil.  
Hubo aquella noche fuegos,  
bírrias, pandorgas y bailes,  
y cena, y hasta alta noche  
los festejos prolongáronse.  
Con cirios y chirimías  
á sus cámaras nupciales  
solemnemente á los novios

llevaron, felicitándoles,  
el obispo, los testigos,  
y de Castilla los grandes,  
y Alvar Fañez por el Rey  
padrino y representándole;  
y de la cámara doble  
ante el umbral, en las faces  
dándoles paz uno á uno,  
fueron todos abrazándoles.  
Lloró el buen Cid de alegría;  
lloró Jimena; y quedáronse  
las novias con sus maridos.....  
y sin sus hijas los padres.

Hubo diez dias de fiestas  
como en las bodas reales,  
y holgáronse en ellas juntos  
los cristianos y los árabes.  
Los condes con sus mujeres  
por Valencia paseáronse,  
de sus preseas de bodas  
por Valencia haciendo alarde.  
El Cid les dió del rey persa  
las joyas inestimables,  
y á Tizona y á Colada  
su par de espadas sin pares.  
Les dió seis yeguas tordillas  
tan ligeras como el aire,  
y seis caballos ruanos  
bardados para el combate;  
Y á admirarles y á aplaudirles  
se apiñaban por las calles,  
cuando en ellos cabalgaban,  
cristianos y musulmanes.  
Fueron diez dias de gozo,  
y á las gentes que á mirarles

se llegaban, parecieron  
los dos condes muy galanes.

## VII

Mas no era todo oro y rosas  
en la Valencia del Cid,  
ni las fiestas y la huelga  
eran frutos del país.

Al cabo de mes y medio  
en Valencia de vivir  
los condes, como en Eden  
musulman con sus hurís,  
les llamó el Cid una noche  
cuando se iban á dormir,  
y en su aposento metiéndoles  
les dijo á los dos así:

«Yernos míos: el rey Búcar,  
poderosísimo Emir  
marroquí, con grande armada  
viene por mar contra mí.

Tenaz y no escarmentado,  
aunque una vez le hice huir,  
contra Valencia revuelve  
y mañana estará aquí.

Mis yernos sois, y yo os quise  
de su llegada advertir,  
porque seais los primeros  
en entrar con él en lid.

Para ello buenos caballos  
y finas armas os dí:  
con que mañana, apretad;  
y hasta mañana, dormid.»

---

Cómo sentó á los dos condes  
noticia tal, á decir  
no se atrevieron jamás  
las nobles hijas del Cid.



EL sol del siguiente día  
la luz apenas rayando,  
subió el Cid á una alta torre  
á explorar el mar y el campo.  
La mar se via á lo léjos  
toda cubierta de barcos,  
y por el campo huir de ellos  
á la ciudad los paisanos;  
los hombres con sus aperos  
y con sus armas cargados,  
y las mujeres sus hijos  
trayendo asidos y en brazos.  
Las escuchas y vigías  
al ver á los africanos,  
dieron la alarma y echáronse  
las campanas á rebato.  
Cubriéronse en un momento  
las defensas de soldados;



y los moros de Valencia  
hechos al gobierno blando  
del Cid, y más que á él temiendo  
ya á sus correligionarios,  
acudieron á los muros  
á ayudar á los cristianos;  
pues los moros mudejares  
como apóstatas mirados  
por los berberiscos, eran  
contra los suyos más bravos.  
El cuadro era animadísimo,  
pintoresco el espectáculo  
de las carabelas árabes  
en su arribo y desembarco.  
Se acercaban á la playa  
cual banda de ánades blancos,  
y en tierra echaban sus hombres  
sus blancas lonas plegando.  
Unos salían en botes,  
otros sacaban á nado  
sus corceles de batalla,  
camellos y dromedarios.  
Todo era tumulto, gritos,  
caídas y encontronazos;  
y en tal desórden, de moros  
se iba la playa llenando.  
El Cid llamó á sí á Jimena,  
y tras Jimena llegaron  
sus hijas sobresaltadas  
y sus maridos muy pálidos.  
Acudió Alvar de Minaya  
y el buen escudero honrado  
don Ordoño y el valiente  
Pero Bermudo su hermano.  
Y acudió en fin la nodriza  
Bibiana, que por sus años

llegó la última, mover  
no pudiendo aprisa el paso.  
«¡Ah perros!—decía el Cid—  
salid, salid, que aquí estamos.»  
Y bajo uno á otro sus yernos  
se decían: «¡Mira cuántos!»  
Doña Jimena y sus hijas  
veían con sobresalto  
desembarcar tántos moros  
é irse por la playa entrando;  
y el Cid las decía: «¿Veis  
todo ese fiero aparato  
de guerra y todo ese tren  
de camellos y caballos?  
pues cuanto más traen, con más  
se hallan luégo embarazados,  
porque luégo entran en lid  
en desórden como bárbaros.  
Esa es la ventaja nuestra:  
nosotros, disciplinados,  
con plan combinado entrándoles,  
cuantos más son, más matamos.

Jimena, á quien no alentaba  
su militar entusiasmo,  
viendo tal turbion de moros  
escuchaba al Cid temblando;  
y éste á Alvar Fañez volviéndose  
y á los deudos y allegados  
que tenia en torno, díjoles:  
«Vamos, amigos, salgamos  
á darles la bienvenida  
como hombres bien educados,  
y que vean estas damas  
que sabemos hacer algo.»  
Y el Cid, sus yernos, Minaya  
y Ordoño y Bermudo echando

por su caracol torcido,  
de la torre se bajaron.  
A poco el Cid y sus deudos,  
de un escuadron muy bizarro  
de castellanos jinetes  
á la cabeza, amparados  
de las huertas por los árboles,  
furiosos desembocaron  
como una tromba en la playa  
sobre los árabes dando.  
Estos que andaban sin miedo  
en su multitud fiados,  
al verse asaltados ántes  
en grande pavura entraron.  
«¡Alá huakbar!» exclamaban  
los árabes reculando;  
y el Cid matando é hiriendo  
gritaba: «¡Cristo y Santiago!»  
Los moros cuán pocos eran  
viendo al fin, avergonzados  
se rehicieron y cercáronles  
grandes alaridos dando.  
Doña Jimena y sus hijas  
no les vieron más; y en lo alto  
de la torre, por perdidos  
dándoles se arrodillaron.  
Mas miéntras ellas arriba  
por ellos á Dios orando  
temblaban, lo hacian ellos  
como demonios abajo.  
El Cid echaba por tierra  
con cada bote un pagano,  
y Minaya una cabeza  
cortaba con cada tajo.  
Entre un cerco de cadáveres  
y de sangre sobre un lago

quedaron los burgaleses,  
de los moros con espanto.  
Mientras los que le cercaban  
vacilaban, esperando  
el refuerzo que pedían  
á gritos desesperados,  
el Cid amagó una carga  
hácia adelante, aclarando  
tras de sí el espeso círculo  
de los moros engañados.  
—¡Vuelta! vuelta!—gritó entonces  
rompiendo por lo más claro,  
y emprendió la retirada  
abriendo á los suyos paso.  
Los moros que comprendieron  
del Cid ya tarde el engaño,  
le vieron con rabia inútil  
volver á Valencia salvo.

Los dos condes de Carrion  
en el centro colocados  
de la hueste, no tuvieron  
que hacer más que ver callando:  
mas al volver grupas, ellos  
á retaguardia quedaron  
por su miedo ó su torpeza,  
y lo vieron con espanto.  
Bermudo habiendo advertido  
que eran de espíritu flacos,  
á la vera se les puso  
previniendo un feo caso.  
Y á tiempo fué; porque un moro  
de gran talla y bien montado  
que tenazmente veníales  
la retaguardia picando,  
alcanzó audaz á don Diego;  
y éste en lugar de afrontarlo

espoleó el cansado potro,  
 á las crines agarrado.  
 Bermudo con imprevisto  
 quiebro, y bote zurdo y rápido  
 tendió al moro, y á las bridas  
 de su montura echó mano.  
 Dióselas listo á don Diego  
 y dijo: «Tomad, cuñado;  
 decid, que al moro matasteis  
 que le montaba, y honraos  
 con mi golpe; que pues nadie  
 volvió la cara á mirarlo,  
 callaré del Cid por honra  
 tomando la vuestra á cargo.»  
 El Cid que oyó hablar tras él,  
 la faz sin parar tornando  
 dijo: «¿Qué fué eso?» y Bermudo  
 respondió con desparpajo:



«Que don Diego mató un moro,  
 »y siendo bueno el caballo  
 »que traia, le recoge  
 »como campeador de garbo.»

Pagóse el Cid del buen hecho,  
 sonrió á los dos her manos,

y entró en Valencia á sus hijas  
tan buenas nuevas llevando.

Búcar asedió á Valencia  
de tomarla esperanzado  
siendo los del Cid tan pocos  
y sus musulmanes tántos;  
pero el Cid la mantenía,  
y el cerco se iba alargando  
y segun perdía él gente  
los del Cid cobraban ánimo.  
Los dos condes de Carrion,  
don Diego por lo pasado  
con el moro, y por andar  
con tercianas don Fernando,  
no habian gran papel hecho,  
mas tan mal no habian quedado,  
y el Cid les miraba bien  
al de sus hijas mirando.  
Nadie, por respeto al Cid  
hubiera emitido un fallo  
contra su valor, si en tierra  
no diera con él el diablo.  
Quiso su mala fortuna  
que una siesta, reposando  
el Cid, con el codo puesto  
en el brazal del escaño,  
y apoyada la cabeza  
en la palma de la mano,  
su sueño estuvieran ellos,  
Ordoño y otros guardando.  
Hablaban de juglerías  
y reian por lo bajo,  
ahogando sus carcajadas  
en la boca con la mano

por no despertar al Cid,  
cuando de pronto estallaron  
voces de «¡guarda el leon!»  
que aturdieron el palacio.  
Era que el mayor de aquellos  
del rey de Persia regalo,  
habíase de su jaula  
por un descuido escapado.  
El leon, al que tal vez  
en Persia habian hecho manso,  
contento de verse libre,  
dando rugidos y saltos,  
se fué de cámara en cámara  
metiendo, hasta que en el cuarto  
dó estaba el Cid presentóse  
la melena espolvoreando.  
Bermudo, Ordoño y los otros  
que allí estaban, esperaron  
á ver qué hacia, los hierros  
á precaucion empuñados;  
mas los condes de Carrion,  
sólo á su miedo escuchando,  
dieron dos pruebas ridículas  
de un miedo indigno de hidalgos.  
Don Fernando de un sillón  
se escondió tras el respaldo,  
como si contra una fiera  
fuese tal mueble resguardo,  
y don Diego como huyera  
un chisco de un espantajo,  
salió de la sala huyendo  
por un postigo excusado.  
El Cid con calma serena  
se fué al leon, y atusándolo,  
la greña le asió y llevóselo:  
lo que pareció milagro.

Enjaulóle; al leonero  
riñó por su mal cuidado,  
y á su aposento volvióse:  
mas á sus yernos buscando,  
le dijo Ordoño riendo:  
«De uno yo os daré recáudo,  
que aquí se agachó por ver  
si era el leon hembra ó macho.»  
Y echando á tierra el sillón  
mostró al conde don Fernando  
trémulo aún de pavora  
cual liebre cogida en lazo.

Sonrojóse el Cid por él:  
mas su sonrojo dió en asco  
cuando supo que don Diego,  
ciego y desatentado  
de pavora, unos corrales  
vecinos atravesando,  
en un muladar, huyendo,  
había consigo dado.

Una situación ridícula  
es para el hombre más sabio  
atolladero del cual  
jamás sale bien parado;  
y el Cid, aunque hombre de guerra,  
hombre de instinto y de tacto,  
quiso evitar que el ridículo  
por él llegase hasta escándalo.  
Calló, pues; llevóse á todos  
tras de sí, y salió del cuarto,  
dejando en él sin decirle  
nada al conde don Fernando.  
Pero produce el ridículo  
peor herida que el dardo;  
la de éste se venda y tapa  
y aquel no hay cómo taparlo;



y las heridas al aire  
con él se enconan, y al cabo  
matan : y las del ridículo  
pulverizan como el rayo.  
Lo de los Condes se supo  
hasta entre el vulgo villano;  
y honra que el vulgo mancilla  
jamás se limpia de fango.

## II

Con los condes de Carrion  
venido habia á Valencia  
el sombrío encogullado  
que con ellos se aposenta.  
Desde que al Conde su padre  
Dios llamó á la vida eterna,  
quedó en Carrion cual si fuese  
de la condal parentela.  
De seglar y de eclesiástico  
á un tiempo con apariencia,  
puesto que el sayal se endosa  
por temporal penitencia  
y en él viviendo, en el mundo  
que puede cumplirse prueba:  
para el mundo bajo el hábito  
á amparo está de la Iglesia.  
Eran costumbres del tiempo;  
y en todos en nuestra tierra,  
haciendo á pelo y á pluma  
ha habido y hay gente de ésta.  
Si es disfraz es bueno y cómodo;  
pues con él cubre completa  
su figura y su aire oculta  
si es que disfrazarse intenta.  
Si de buena fe lo endosa,  
tiene la ventaja inmensa

del respeto que se capta  
la buena fe en todas épocas.  
Ayo, intendente y maestro,  
y consejero, gobierna  
en Valencia como en Burgos  
de los dos Condes la hacienda.  
Los mozos de seso escasos,  
dominados por su inercia  
y su vanidad de infantes,  
por él gobernar se dejan.  
Y como él jamás en nada  
les coarta ni escaséa  
y les alivia del peso  
de cuidados y de cuentas,  
viven, hechos desde jóvenes  
á estar en su dependencia,  
como pródigos pupilos  
en generosa tutela.  
Observa aquel personaje,  
como en Burgos, en Valencia  
una intachable conducta  
y una absoluta reserva.  
Jamás sale de su círculo,  
jamás relaciones mezcla  
con las que contraen los Condes  
y á su deber se concreta.  
Administra, disciplina  
la servidumbre; sustenta  
en buen orden de la casa  
oficios y dependencias;  
y no hay nada que el servicio  
desnivele ni entorpezca,  
y siempre está á su mandato  
todo á punto y todo en regla.  
Como en nada se entromete  
y en nada por nada entra

ni aspira á mando ni influjo  
en Castilla ni en Valencia;  
como de administrador  
sólo el papel representa  
y en el interior gobierno  
de casa no más se emplea,  
ni nadie de él se apercibe,  
ni nadie de él se recela,  
y todos dentro de casa  
de los Condes le respetan.  
A nadie tal vez gustando  
su aire sombrío y faz tétrica  
y á nadie siendo simpático  
tal vez, nadie se le acerca.  
Desde que á Valencia vino  
tomó una costumbre nueva,  
pasea de noche; acaso  
por necesidad higiénica  
de movimiento y de aire;  
pero sólo se pasea  
por las calles silenciosas  
que la morería puebla.  
Y al pasar ante los moros  
reunidos á sus puertas  
al *Salam aléika* de ellos,  
*aleikum Salam* contesta.  
Santon cristiano creyéndole,  
á su virtud ó á su ciencia  
remedio ó socorro pidenle  
de enfermedad ó miseria:  
y él al enfermo visita,  
y alarga al pobre monedas  
y á ningun moro el cristiano  
remedio ó socorro niega.  
Alguna vez en la casa  
de enfermo ó pobre le espera

alguno con quien á solas  
bajo y aparte conversa.



Y alguna vez uno de esos  
sigue á la playa desierta  
y algo de la mar aguardan  
segun lo que la contemplan.  
Mas siempre á la despedida  
de estos, al *Salam aleika*  
dice: *askut wa Allah iaunek*,  
silencio y Dios te proteja.  
Jamás vuelve tarde: asiste  
de los Condes á la cena  
siempre, y á solas con ellos  
entónces de sobremesa,  
es cuando de sus negocios  
les habla, y les aconseja,  
y, alma de ellos, le obedecen  
como al viento las veletas.  
Y ángel bueno para ellos  
ó divinidad maléfica,

él parece que ha de ser  
quien les salve ó quien les pierda.  
Hé aquí porqué del mal dia  
en la noche á horas primeras  
en su cámara á los Condes  
decia de esta manera:  
«Reasumamos los hechos  
y saquemos consecuencias.  
Los hechos son que os sacó  
los primeros á pelea  
y os puso en riesgo de muerte  
á retaguardia á la vuelta,  
dó á tí te ayudó Bermudo  
sin que tú se lo pidieras.  
Que hoy en el cuarto en que estabais  
metió un leon; cuya fiera  
con vosotros fuera brava  
aunque con él sea doméstica.  
Ahora oid: de estos dos hechos  
saco yo estas consecuencias:  
os sacó el Cid los primeros  
á lid porque allí murierais.  
Visto que saliais horros,  
en ya fatigadas bestias  
os dejó á la retaguardia  
para que el moro os cogiera.  
Al ver que vuestros caballos  
conservaban aún sus fuerzas,  
Bermudo contra un moro ébrio  
por mándrias os dió defensa.  
El Cid, que os dió sus dos hijas  
sólo al Rey por deferencia  
ó por no poder negárselas,  
no quiere que sean vuestras.  
Y al sacaros contra Búcar  
y al echaros una fiera,

sólo quiso en ambos casos  
vuestra muerte ó vuestra afrenta;  
pero muertos ó afrentados  
es aquí una cosa mesma:  
con que de la muerte se huye  
y las afrentas se vengan.  
¿Quereis seguir mi consejo?  
Salgámonos de Valencia  
con sus hijas; yo os diré  
cómo habeis de devolvérselas.»  
Los condes mozos que andaban  
con las mandíbulas trémulas  
en casa del Cid, corridos  
de papura y de vergüenza,  
aceptando el mal consejo  
resolvieron con vileza  
disimular hasta cuando  
vengarse y huir pudieran.

Huir no necesitaron:  
el Cid, que está que revienta  
de cólera por sus yernos,  
mas que con ellos no piensa  
desfogarla, sus enojos  
porque á sus hijas no hieran,  
determinó aquella noche  
contra los moros volverla.  
Llamó á consejo á sus jefes  
y adalides de más cuenta,  
y una salida nocturna  
les propuso. Una tormenta  
amagaba; al estallar,  
entre granizo y centellas,  
del campo moro asaltaron  
estacadas y trincheras.  
Dentro ya del campo, dieron  
fuego á prevenidas teas,

y empezaron como diablos  
á incendiar chozas y tiendas.  
Los moros supersticiosos,  
desvelados de sorpresa,  
al ver tántas luces móviles  
cobardes se desconciertan.  
Los del Cid van de concierto  
en bien concertada empresa:  
los moros desconcertados  
á concertarse no aciertan.  
Los del Cid hieren y matan,  
derriban, rompen é incendian,  
y al pabellon del rey Búcar  
el Cid á caballo llega.  
Búcar tuvo apénas tiempo  
para echarse á la carrera  
sobre un caballo espantado  
sin arneses y sin riendas.  
El Cid gritaba siguiéndole:  
«¡Yo soy el Cid! ténte, espera!»  
Búcar taloneaba el bruto  
y cerraba las orejas.  
Los moros con él huyendo  
llegaron á la ribera,  
y á las ondas se arrojaron  
á alcanzar sus carabelas.  
Empezó á rayar el alba  
y con alegría inmensa  
de los del Cid, alumbró  
de moros libre á Valencia.  
Búcar y los venturosos  
que no quedaron en tierra  
muertos ó esclavos, al África  
tornaban á remo y vela.  
Cogió el Cid botin riquísimo,  
apresó huestes enteras;

el tesoro del rey Búcar,  
su favorita Zuleika,  
su alfanje de puño de oro,  
su fez con borlon de perlas;  
diez y ocho xeques aliados  
que por salvar la existencia  
ofrecieron en rescate  
tánta plata como pesan,  
y tántos caballos que hubo  
que venderlos por las ferias.  
Y en medio de un campaneo  
triumfal y de la frenética  
gritería de las turbas  
que casi en vilo le llevan,  
cubierto de sangre y lodo  
llegó al pié de la escalera  
de su alcázar, el buen Cid  
y á los brazos de Jimena.

Al cerrar de aquel buen dia  
la noche azul, á presencia  
del Cid, pidieron los Condes  
de ser admitidos vénia.  
El noble Cid recibióles  
como si olvidado hubiera  
lo pasado, y cual debia  
á los que sus yernos eran.  
De partirse á Carrion ellos  
le demandaron licencia  
y de llevarse consigo  
sus mujeres á sus tierras.  
El Cid, pues son sus maridos  
y poder tienen sobre ellas,  
se la otorgó, pero díjoles  
con voz firme y faz serena:  
«Lleváoslas y tratádmelas  
como á hidalgas ricas hembras,



que os las dió el Rey, y son hijas  
mias y mujeres vuestras.»

Ambos se lo prometieron,  
y en las nocturnas tinieblas  
partieron con sus mujeres,  
siervos, bagajes y acémilas.

Jimena abrazó á sus hijas  
de angustia insólita presa,  
cual si en vez de ir á sus casas  
ambas al suplicio fueran:  
y el Cid salió á acompañarlas  
hasta el confín de las huertas,  
de la vega á la salida  
con emocion despidiéndolas.  
Cuando vió el Cid alejarse  
su comitiva por ella,  
dijo á su sobrino Ordoño:  
«Síguelos á la encubierta;  
porque el corazon me acosa  
no sé qué inquietud secreta;  
que hombres cobardes con hombres,  
no son buenos con las hembras.»  
Dió á Ordoño un tabardo burdo  
y una corredora yegua,  
y aquel partió trás los Condes,  
y el Cid se tornó á Valencia.

Y miéntras á ella volvía,  
lleno de inquietud y pena  
á sí mismo se decia:  
«¿Si tendrá razon Jimena?  
¿Si Dios á toda una grey  
por culpa de uno condena?  
¡Mas de *Él* no puede ser ley  
ley tan de justicia ajena!  
Buenos yernos me dió el Rey!  
Dios nos la depare buena.»

Y en su corazon leal  
sintiendo de algun mal hecho  
presentimiento fatal,  
se fué aquella noche al lecho;  
pero se duerme muy mal  
con afan al suyo igual;  
y el Cid, á lo que sospecho,  
no hizo sueño de provecho  
con presentimiento tal.

## III

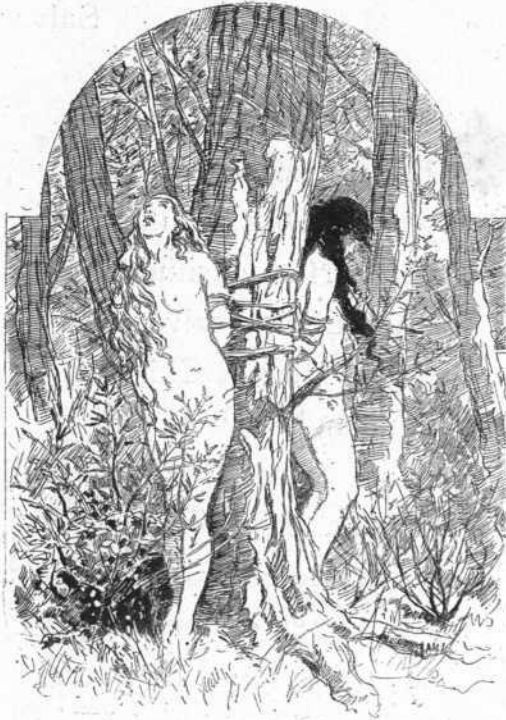
Ardia en fiestas Valencia;  
el placer era comun  
entre el cristiano y el moro;  
y entre el Koran y la Cruz  
habia un lazo de union:  
la justicia y la virtud  
del Cid que hacia dichosos  
ambos pueblos; que segun  
su rito y genio, aplaudian  
su brio y solitud  
en pró de la que fué corte  
del hijo de Aly Maimun;  
dando al moro los cristianos  
seguridad y quietud  
para hacer sus saltos árabes  
y merendar su kuzkuz.  
Al són de sus motes bárbaros  
marroquís y tumbuctús  
y sus agrios guitarrillos  
que conservamos aún,  
bailaban sus danzas godas,  
y entre oro, flores y luz  
é incienso, con salmos é himnos  
daban gracias á Jesus.  
Jimena y el Cid pasaron  
dos dias de honda inquietud,

cual si resonara en su alma  
la voz de algun mal augúr.  
Traspuso el sol del segundo  
y comenzó el cielo azul  
de la noche á entenebrarse  
bajo el lóbrego capuz.  
De repente, descuajando  
la puerta, como un alud  
cayó en la cámara Ordoño,  
y exclamó el Cid: «¡Aquí tú!»

—Yo, dijo Ordoño que entrando  
al cansancio se rindió,  
dando en el suelo sin habla  
falto de respiracion.  
Ayudóle el Cid á alzarse;  
Jimena se le acercó  
de miedo y de angustia trémula;  
y dijo Ordoño: «Señor,  
dejadme tomar aliento;  
y perdonadme los dos  
si os hago el alma pedazos  
con lo que á deciros voy.  
—¡Habla!—exclamó el Cid ceñudo.  
—¡Habla, Ordoño, habla por Dios!  
dijo Jimena sintiéndose  
desfallecer. Alentó  
Ordoño y con contristado  
semblante y cóncava voz,  
comenzó de su deshonra  
la tremenda relacion.  
Mas Ordoño, hombre de espada  
pero no hábil narrador,  
así por dar pormenores  
el alma les torturó:  
«Les fuí segun me mandasteis  
siguiendo con precaucion,

hasta que en Tormos pararon  
ya en mitad del cielo el sol.  
Fuí á apostarme al otro lado  
del lugar, y de Aragon  
á la vista del camino;  
del pueblo á poco salió  
toda su gente llevándose  
las acémilas en pós,  
y de Aragon por la via  
á buen paso continuó.  
Yo esperé oculto á los Condes  
en la choza de un pastor  
hasta que salieron: iban  
doña Elvira y doña Sol  
entre sus maridos, yendo  
como escucha y conductor  
aquel hombre encogullado,  
su guía y su perdicion.  
En vez de seguir camino  
derecho, aquel gran traidor  
les metió en el robledal,  
y eché á pié tras ellos yo.  
De los troncos guareciéndome  
y á rastra como un huron,  
fuí sin perderles la huella  
del monte hasta lo interior.  
Cuando aquel vil en lo espeso  
en seguro se juzgó,  
léjos de toda vereda  
y de toda poblacion,  
echó pié á tierra; los Condes  
tambien; cada cual ató  
su bestia á un árbol, y entónces  
oí de Elvira la voz;  
mas ni entendí sus palabras  
ni ví por qué voces dió,

pues me hube de echar de bruces  
 con gran precipitacion;  
 porque, á la voz de mi prima,  
 los tres con ojo avizor  
 escudriñaron en círculo  
 cuanto su vista abarcó.  
 A poco hasta mí llegaron  
 grandes gritos de dolor  
 con que espiritadas pedian  
 vuestras dos hijas perdon.



—¡Acaba por Cristo! ¿qué era  
 de ellas?—el Cid exclamó.

—Y siguió Ordoño:—Azotábanlas  
 desnudas á ambas á dos.

Se hincó Jimena aterrada:  
 y un salto atrás el Cid dió,  
 encrespándosele de ira  
 las greñas como á un leon.

—¿Y no les mataste?—dijo:  
 y dijo Ordoño:—Señor,

si á mí me mataran ellos,  
 ¿quién fuera de ellas en pró?  
 ¡solas, desnudas, atadas,  
 con los lobos, que en monton  
 en husmeándolas hubieran  
 acudido en derredor!

Convencido y aterrado  
 el Cid, por tal reflexion,  
 calló un momento, mas rápido  
 así el diálogo anudó:

CID Mas ¿qué es de ellas?

ORDOÑO Salvas.

CID ¿Dónde?

ORDOÑO En la choza del pastor.

Por muertas se las dejaron,  
 y como Dios me inspiró  
 yo cubrí su desnudez  
 y atendí á su salvacion.

Entónces el Cid, los ojos  
 llameándole de furor,  
 de un balcon que da á la plaza  
 sobre el barandal se echó;  
 y asiendo el clarin que lleva  
 colgado en el cinturon,  
 su agudo toque de guerra  
 furioso al aire lanzó.

Surgieron como evocados  
 sus hombres bajo el balcon,  
 y el Cid gritó con voz tal  
 que la plaza estremeció:  
 «¡A caballo por mis hijas!  
 y de ellas y de mi honor  
 á pedir cuentas al Rey  
 y á los condes de Carrion!»

A este toque y á este grito  
 Jimena se levantó,

y abrazándose á su esposo  
del miedo con el temblor  
le dijo:—«¡Dios nos castiga!  
humillémonos á Dios.»

Y el Cid en la frente pálida  
besándola con amor,  
dijo irguiéndose radiante  
de fe sin supersticion:  
«¡De Dios acepto el castigo;  
pero de los hombres, nó!»

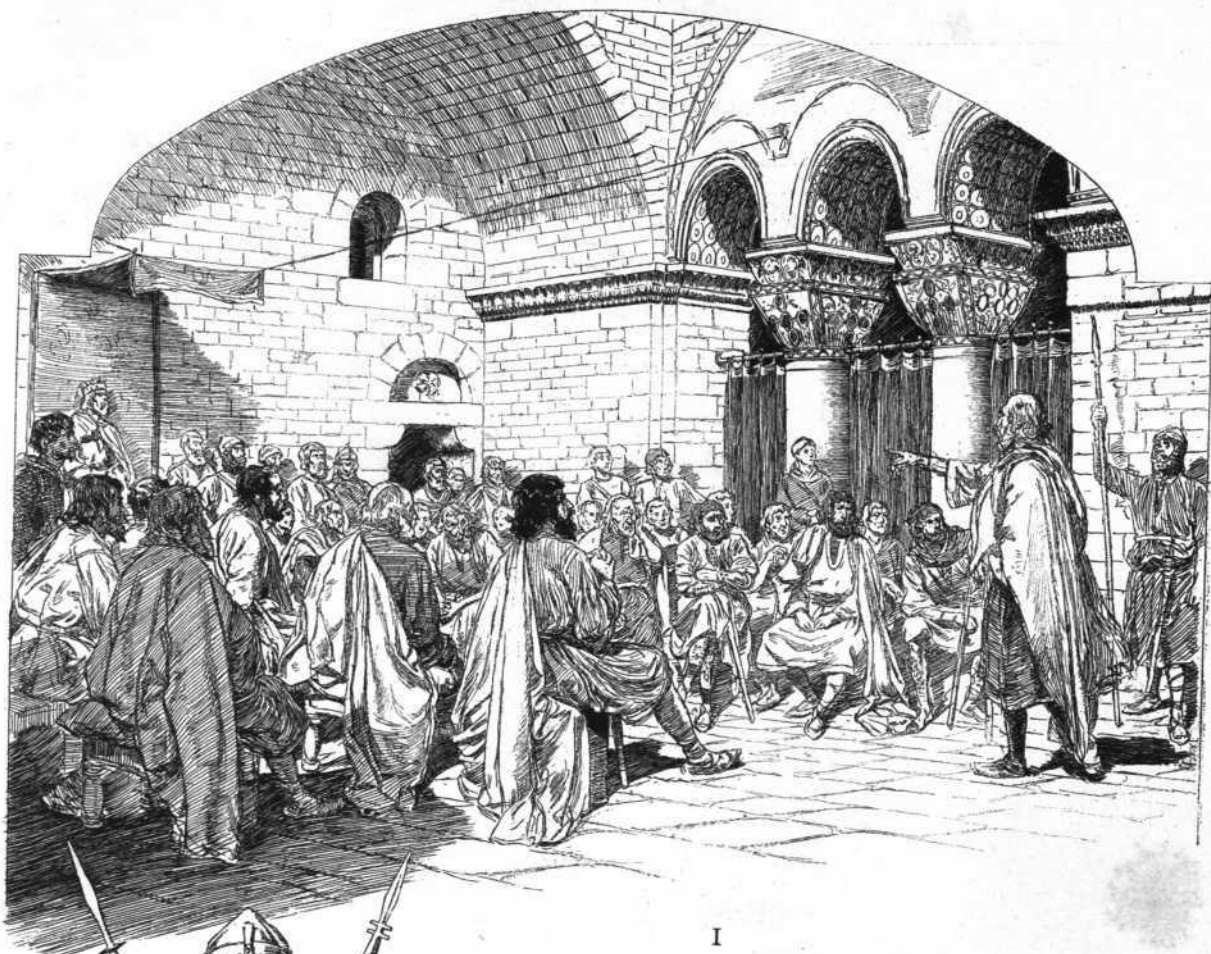
## IV

Cundió por Valencia al punto  
la nueva del hecho atroz,  
y cambióse la alegría  
en ira é indignacion.  
Alvar Fañez de Minaya  
al alcázar acudió  
con todos los ricos homes  
y adalides; y en monton  
de cristianos y de moros  
multitud tras él entró,  
á dar testimonio al Cid  
de su pesar y adhesion.

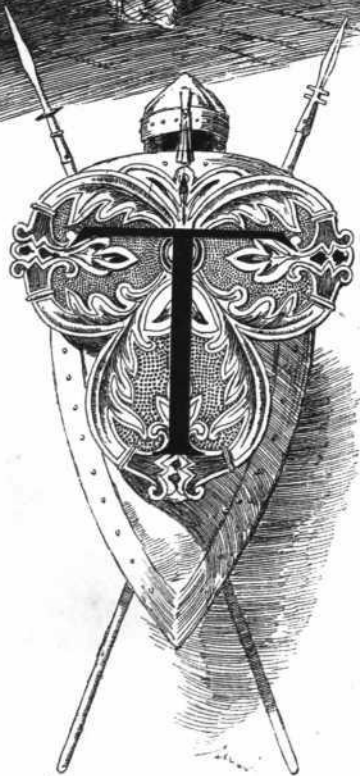
Alvar, dando á todos gracias  
por el Cid, les despidió:  
y templando sábiamente  
su primera exaltacion:  
«Pensemos primero en ellas,  
dijo al Cid: que si el Rey nó,  
para hacer justicia en ellos  
bastamos nosotros dos.»

---





I



ORNÓ aquella noche Ordoñez  
del buen pastor á la choza,  
con tres literas cerradas  
guardadas por buena escolta.  
Llevaba Bibiana en una  
bálsamos, lienzos y ropas  
para Elvira y Sol, heridas  
en la carne y en la honra.  
Trajéronlas á Valencia:  
en sus brazos recibiólas  
Jimena deshecha en lágrimas;  
y su lamentable historia  
queriendo su padre y ella  
saber de su misma boca,  
ellas respondieron sólo  
de ira y de vergüenza rojas:  
«¡Venganza! hasta estar vengadas  
»dejadnos mudas y sordas.»



Su justo horror comprendiendo  
á recordar su deshonra,  
respetaron su reserva  
delicada y pudorosa.

Las tres damas á llorar  
se encerraron su congoja,  
y el buen Cid con Alvar Fañez  
venganza á concertar pronta.

Hombre Arias de buen consejo,  
dió al Cid el de que á la hora  
al Rey ante sí mandase  
una carta clara y corta.

Dictóselas, pues, Minaya  
y él de su puño escribióla  
concisamente, encerrándola  
en estas palabras pocas:

«Rey mi señor: vos tratasteis  
»de mis dos hijas las bodas,  
»y en sus maridos las disteis  
»verdugos que las azotan.  
»En el robledal de Tormos  
»ayer amarradas, solas,  
»azotadas y desnudas  
»las dejaron. A vos toca  
»hacerlas justicia, y voy  
»á pedíroslo en persona:  
»porque para su venganza  
»poder y brío me sobran.  
»Mas como vos sois mi rey  
»y de ellas padrino, pronta  
»de vos espero la una  
»á antes de tomar la otra.»

Esta carta breve, clara,  
firme á par que respetuosa,  
fiada á Pero Bermudo  
fué con orden perentoria

de partir al Rey á dársela,  
anunciándole la próxima  
llegada del Cid en córtés  
á hacer su demanda en forma.  
Partió Bermudo, la noche  
al caer: y al rayar la aurora,  
novecientos caballeros  
que á seguir al Cid se aprontan  
le esperaban ya en el patio;  
y los caballos que monta  
en jornada y en combate,  
piafaban sobre sus losas.  
Dejando el Cid á Jimena  
por él de gobernadora,  
y á Alvar Fañez de Minaya  
por adalid de sus tropas,  
en lo alto de la escalera  
armado de casco y cota,  
de esquinelas y quijotes,  
de brazales y manoplas,  
apareció en tren de guerra,  
envolviendo su persona  
un manto blanco, que airoso  
terciado á medias le emboza.  
Saludó su aparición  
la gente, unánime toda  
en mostrarle cuán á pechos  
su afrenta y su causa toma.  
A despedirle al umbral  
salió Jimena su esposa;  
y al abrazarle le dijo  
puesta en su oreja la boca:  
«Ruy, no entres en lid tú mismo,  
que no es justo que tú expongas  
una vida tan honrada  
contra gente tan traidora.

—Descuida, la dijo el Cid,  
y quédate sin zozobra:  
que yo pondré en buenas manos  
mi colada y mi tizona,  
y no entrarán en la lid  
más que mis espadas solas:  
á no que.... un rey éntre en ella  
de nuestras hijas en contra.  
—¡Dios no lo quiera y ampare  
nuestra cáusal—dijo ansiosa  
Jimena; y el Cid repuso:  
—Dios aprieta, mas no ahoga.»  
Montó á caballo: rompió  
la marcha; y haciéndose ondas  
se abrió paso victoreándole  
la gente cristiana y mora.

Su sobrino Ordoño Ordoñez  
quedándose atrás á posta,  
esperó á Alvar, que platica  
con el Cid y órdenes toma.  
Salió Alvar hasta los muros;  
y al tornarse, en una angosta  
calleja al meterse, Ordoño  
le abordó sin ceremonia.  
—Tio, le dijo, escuchadme  
dos palabras que me importa  
deciros aquí que nadie  
nos oye ni nos estorba.  
—Dí—le respondió parándose  
Minaya: y con misteriosa  
precaucion entabló Ordoño  
plática así:

ORDOÑO

Hay una cosa  
que ayer no dije yo al Cid  
de sus hijas en la historia,

y sobre la cual os pido  
consejo.

MINAYA

Dí.

ORDOÑO

Entre las hojas  
de los chaparros, á rastra  
avanzando como una onza  
que caza, llegué al teatro  
de aquella escena afrentosa.  
Solas creí ya á mis primas:  
pero con asombro y cólera,  
ví á aquel ayo de los condes  
que, rezagado, con sorna,  
las decia, ya á caballo:



«Conque hasta mas ver, señoras.  
Yo perdí por vuestro padre  
nombre, amor, fortuna y honra:  
veinte años hace que rumio  
esta venganza sabrosa,  
y miéntras de él cobro el resto,  
me he cobrado esto en vosotras.»

- MINAYA ¡Y no lo matastes!
- ORDOÑO No era  
 cuestion de entónces.—Si tornan  
 los tres sobre mí, ¿quién salva  
 de los lobos á las otras  
 amarradas á dos árboles?
- MINAYA Es verdad.
- ORDOÑO Decidme ahora:  
 ¿se lo digo al Cid?
- MINAYA Jamás.
- ORDOÑO ¿Le mato?
- MINAYA En cuanto le cojas.
- ORDOÑO ¿No adivináis vos quién sea?
- MINAYA ¿Quién da en ello?—¡Uno á quien de honra,  
 nombre y bienes privó el Cid!
- ORDOÑO Y de amor.
- MINAYA Eso y más obra  
 la ciega casualidad  
 en la guerra. En nuestra propia  
 tierra y la extraña hemos hecho  
 tántos estragos, tan hondas  
 desgracias hemos causado,  
 tántos palacios y chozas  
 quemado, tántas familias  
 exterminado, que es cosa  
 natural que haya como ese  
 algunos.—Tocóle novia,  
 tierras, parientes y pruebas  
 perder á ése... y ¿quién sonda  
 de esa existencia el misterio?
- ORDOÑO Mas, tio, aquella faz hosca  
 y aquella voz y aquel aire  
 y aquel ojo; á la memoria  
 no os trajeron el recuerdo  
 de alguno visto en remota  
 tierra ó edad?

MINAYA

Yo no hice alto  
en él: quizás le reconozca  
si le miro atentamente.

Mas, entre los mil que ódian  
al Cid y á los que de él somos,  
desde el sitio de Zamora  
y el juramento de Burgos,  
ése que rúmia en la sombra  
tal venganza contra el Cid  
es víbora ponzoñosa  
de que es menester librarle  
cuanto ántes y á toda costa.

ORDOÑO

Esa corre de mi cuenta.

MINAYA

Pues no la dejes que corra.

ORDOÑO

Ya sabemos dónde el nido  
tiene.

MINAYA

Pues en él sofócala,  
ántes que como á sus hijas  
toque al Cid con su ponzoña.  
Mas, si puedes, hazlo, Ordoño,  
sin que él ni la tierra lo oiga  
que hombre que sabe secretos  
del Cid que todos ignoran,  
que tales infamias fragua  
contra el Cid y así las logra  
preparándolas veinte años  
con tenacidad diabólica,  
debe morir sin hablar:  
de una estocada bien honda  
en los pulmones ó ahogándole  
con la cuerda de una horca.

Siguió Minaya, esto dicho,  
su camino, y mientras trota  
él por la ciudad, Ordoño  
trás del Cid pica y galopa.  
Mas iba así discurriendo:

«No es comision muy honrosa  
para un noble, hombre de guerra;  
mas bien mi tio razona.

Se ahuma al grajo: se atrapa  
entrampándola á la zorra,  
se aplasta al sapo y la víbora,  
y á un mónstruo se le acogota.  
Y á más, arriesgar debemos  
los de Vivar vidas y honras  
por las del Cid, aunque infames  
muramos en la picota.»

Así razonaban todos  
los de Vivar, gente tosca,  
mas del Cid en cuerpo y alma,  
de él y de su honor idólatras.

## II

Los de Carrion entre tanto  
no se dormian: el mónstruo  
que fraguó su crímen, díjoles  
de hacerlo justicia el modo.

El conde Don Suer Gonzalez,  
riquísimo y poderoso  
baron, viudo de la infanta  
doña Elvira la de Toro,  
de doña Urraca privado  
y el más tenaz y más hosco  
enemigo del Cid, era  
tio de los condes mozos.  
A él se fueron, y con él  
entrando el ayo en colóquio  
vuelta completa y distinta  
faz dió á su hecho alevoso.  
Dijo que el Cid por quitarles  
sus hijas con sus tesoros  
y sus regalos de bodas,

á que asintió temeroso  
 del Rey, les dejó en la lid  
 á la merced de los moros,  
 el valor con qué salváronse  
 atribuyéndose Ordoño.  
 Que viendo que por su brío  
 de la lid salian horros,  
 les echó un leon doméstico



para el Cid y algunos pocos  
 de los suyos; mas que á ellos  
 iba á arrojarse furioso,  
 y que á no huir, desarmados,  
 hubiérales hecho trozos;  
 y en fin, que el Cid, no pudiendo  
 matarles bién y de modo  
 que accidental pareciese,  
 puso taimado ante todos  
 en deshonor y en ridículo  
 á sus yernos, y llevólos  
 con arte infernal á verse  
 sumidos en tal oprobio.  
 Befados, escarnecidos,  
 deshonorados, encerrólos  
 durante el sitio en sus cámaras  
 para impedir que animosos



desmintieran sus calumnias  
con hechos bravos y heróicos,  
partido haciéndose acaso  
contra el Cid, de ellos celoso.  
Que corridos y afrentados  
les hizo salir con dolo  
de la ciudad por la noche  
temiendo algun alboroto:  
y entónces ellos, de la ira  
y la vergüenza en el colmo,  
se vengaron en sus hijas  
en el robledal de Tormos.

Con esta infernal destreza  
dió vuelta el ayo al negocio  
tan favorable á los condes,  
que el juicio contradictorio  
pudiera bien sostenerse  
contra el Cid, cuando á los ojos  
del rey y de jueces fuera  
el someterle forzoso.  
Don Suero, en su enquina antigua  
contra el Cid, con alborozo  
viendo la causa así vuelta  
contra él, se la echó á hombros.  
Juntó partido, hizo bando,  
armó escándalo mañoso  
y alzóse en pró de los condes  
y contra el Cid amparólos.  
Bajo esta faz colocado  
el hecho atroz de los mozos  
por la malicia diabólica  
de su instigador incógnito,  
estando en Toledo córtés  
celebrando, con asombro  
la carta y queja del Cid  
recibió el rey don Alfonso;

Y, padrino de sus hijas,  
tomó el Rey á grande enojo,  
el mal hecho de los Condes  
como afrenta hecha á sí propio.  
Comunicóla á las córtés;  
mas ya la intriga y el oro  
en ellas habian creado  
parte y bando por los otros.  
Don Suero con grande audácia  
acusó al Cid de orgulloso,  
que dándose aires de rey  
habia pretendido loco  
ser más que el rey en Castilla,  
intentando por el cobro  
de la dote asesinar  
de sus hijas á los nóvios.  
Que siendo él un vil labriego  
de Vivar, y de los Godos  
reyes descendientes ellos,  
le habia sido ventajoso,  
pues su villanía honraba,  
tan desigual matrimonio.  
Que habia obrado con sus yernos  
como hombre facineroso  
y felon, á ir invitádoles  
á su casa, y en su propio  
hogar tratádoles luégo  
tan mal y tan sin decoro,  
que hasta hizo que de inmundicia  
les enlodasen el rostro,  
para decir que se echaron  
en sitio inmundo medrosos;  
y que cuando ellos con brio  
se salvaron de aquel ogro,  
en sus hijas se vengaron  
con mucha razon en Tormos.

Que él acusaba por ellos  
al Cid de vil y alevoso,  
y que estaba á apadrinar  
á sus dos sobrinos pronto.

Al oír tales denuestos  
contra el héroe más famoso  
por su lealtad é hidalguía  
de todo el mundo católico,  
los más nobles castellanos  
echaron mano á los pomos  
de sus espadas, en liza  
convirtiendo el consistorio.  
Los de Don Suero llegaron  
hasta sacar de los forros  
las suyas delante al Rey;  
quien de ira y vergüenza rojo  
por su dignidad ajada,  
puesto de pié ante su sólio  
su cetro y sus reyes de armas  
metió en aquel pandemonium.

Apaciguóse el tumulto:  
avergonzáronse todos;  
pidieron al Rey excusa,  
tornó el congreso al reposo  
y el Rey dijo: «El Cid me anuncia  
que llegará aquí muy pronto  
y hasta oírle yo, de parte  
del Cid ausente me pongo,  
porque no creo, ni pienso  
que ninguno de vosotros  
crerá, que tal caballero  
dé en tan gran facineroso.

«Gracias, Señor, dijo entrando  
»el Cid descubierto y solo;  
»tras treinta años de ser lo uno  
»no puedo en un mes ser lo otro.

»Escrita os envié mi queja  
»y estoy mi demanda pronto  
»á entablar contra mis yernos:  
»sed vos juez entre nosotros.»

Mandó el Rey al Cid Ruy Diaz  
poner al pié de su trono  
un escabel, y sentarse  
de infante con el decoro.  
Nombró en seguida seis Próceres,  
tribunal de jueces probos  
que el pléito del Cid juzgasen:  
presidirle hizo á propósito  
á Don Ramon de Borgoña  
yerno suyo, que en el código  
del honor era tenido  
por el profesor más docto;  
y abrióse en córtés el juicio  
presente el rey don Alfonso  
y ante él acusó á los condes  
el Cid de palabras sóbrio.  
Limitóse á repetir  
lo escrito al Rey; afirmólo  
con juramento y pidió  
el combate y el divorcio.  
Don Suero, y sirviendo á éste  
de mentor el ayo torvo  
de los condes, defendióles  
en un discurso capcioso  
tornando el hecho en pró suya.  
El Borgoñon, diestro y lógico,  
fué en pró del Cid deshaciendo  
su inverosímil embrollo.  
Discutiéronlo en secreto  
los seis jueces, y en apoyo  
del Cid hallando las pruebas  
sentenciaron á los mozos:

á devolver á Ruy Diaz,  
como él demandaba, todo  
el dote de sus dos hijas,  
sus dos espadas, el oro,  
plata y joyas del rey Persa,  
que era un haber muy valioso,  
y los caballos y arneses  
y por último el divorcio;  
debiendo además quedar  
por infames y alevosos  
si al juicio de Dios no osaban  
apelar y á salir horros.

Don Suero y los del partido  
de los de Carrion con él  
dijeron que el Cid mostraba  
avaricia y mala fe.  
Que demandando el divorcio  
y el dote, mostraba bien  
que lo que el Rey habia hecho  
intentaba él deshacer;  
lo que de hombre tan avaro,  
que habia obrado con doblez,  
y que mentia perjurio,  
se podia suponer.

El Cid, sintiéndose herido  
con armas de tan ruin ley,  
dijo, ante el Rey y sus córtés  
poniéndose altivo en pié:

«Yo ni he mentido jamás;  
»ni hoy ni nunca mentiré:  
»cuando yo digo ésto es esto,  
»éso y no más és lo que es.  
»En una contienda de honra  
»entre hidalgos de mi prez

»y hombres que azotan á hembras,  
 »no eran jueces menester.  
 »Quién soy yo y quién son los condes  
 »saben todos y yo sé:



»si pido que mis espadas  
 »y mis alhajas me den,  
 »no las pido por miseria  
 »ni por sórdido interés:  
 »las pido porque en sus cintos  
 »sin honra aquéllas no estén:  
 »y éstas, porque yo con ellas  
 »sólo á mis hijas doté;  
 »y pues de ellas se divorcian  
 »derecho no han á su haber.

»Que han azotado á mis hijas  
 »es tan cierto, que en su piel  
 »de los sangrientos azotes  
 »las cicatrices se ven;  
 »por eso pido el combate,  
 »sangre suya para ver;  
 »que es justo que la justicia  
 »sangre por sangre me dé.

»¡Sinó!.... yo jamás al campo  
»me he de echar contra mi Rey:  
»mas soy el Cid y á Vivar  
»sobre Carrion echaré.»

Dijo el Cid, y como un hombre  
resuelto con su deber

á cumplir, volvió á sentarse  
con reposo en su escabel.

El Rey dió por bueno el fallo  
y á los dos condes un mes  
para entrar en lid cerrada  
con el Cid, siendo él el juez.

Don Suero y los de su bando  
al Cid por escarnecer  
de imponerle condiciones  
tuvieron la avilantez.

Don Suero dijo que él iba  
padrino en la lid á ser  
y que no terciaba en ella  
por no hacerla de uno á tres:  
mas que del Cid rechazaba  
la entrada en ella, porque  
los condes son dos y mozos  
y el Cid uno y viejo es.

Todos los nobles de seso  
se volvieron contra él  
ante injuria tan excéntrica,  
inútil y descortés.

Y el Cid dijo sonriendo  
con soberano desden:

«Lo que vos y vuestros condes  
rechazais no es mi vejez,  
sino la liza conmigo  
por miedo que me teneis.  
Mas podeis tranquilizaros  
vos y ellos; porque á mi vez

rechazo yo campeones  
que no están á mi nivel.  
Mis dos espadas por mí  
en buenas manos pondré,  
y entrad en lid los tres juntos  
contra mis dos, y vereis  
que mis dos campeones bastan  
y sobran para los tres.

—Han de ser nobles de raza,  
dijo don Suero.—¡Pardiez!  
repuso el Cid,—no descenden  
de los godos: mas si hacer  
no pueden por su abolengo  
con los de Carrion papel,  
entrarán por ser sobrinos  
míos y de mi mujer.

No han azotado á ninguna,  
mas porque á la par estén,  
yo que azoten á los vuestros  
á los míos mandaré.»

Se echó á reir la asamblea,  
sin poderse contener;  
y despidiendo á sus próceres,  
dijo al Cid riendo el Rey:

«Cosas tenedes, buen Cid,  
«que harán de vos hablar bien  
«por más siglos que años diz  
«que vivió Matusalen.»

Y asiéndose de su brazo  
con familiar sencillez,  
se entró con él en su alcázar  
convidándole á comer.

### III

Su vénia al Rey pidió el Cid  
para tornarse á Valencia,



y el Rey se encargó en su ausencia  
del cuidado de la lid:

y habiendo cobrado aquel  
su tizona y su colada,  
nombró quien en la estacada  
entrase á lidiar por él.

Per Bermudo, hombre de entero  
corazon y de buen puño,  
y el Burgalés Gustios Nuño,  
buen mozo y buen caballero.

Los dos sus sobrinos son  
hijos de primos hermanos,  
y de los dos deja en manos  
su cáusa y satisfaccion;

y para el conde don Suer  
por si terciã, deja en fin  
á Gil Gomez Antolin,  
sobrino de su mujer.

Caballos y armas les dió,  
y con sus buenas espadas  
de sus hijas ultrajadas  
la venganza les fió.

Su fe como buen vasallo  
amparando de la ley,  
encomendados al Rey  
les dejó, y montó á caballo.

Bajó el Rey familiarmente  
á despedirle hasta fuera  
del porton, porque lo viera  
desde la plaza la gente:

y díjole así al partir:  
«Ó yo quien soy no he de ser,  
»ó te han de satisfacer:  
»tranquilo te puedes ir.»

Ido el Cid y Alfonso vuelto  
al alcázar, á aprestar

la lid comenzó: á llevar  
á cabo la lid resuelto.

Más dias don Suer pedia:  
en los treinta se cerraba  
el Rey: y el tiempo pasaba  
y se iba el mes dia á dia.

Los dos condes á Carrion  
sin vénia del Rey se fueron:  
pasó el mes y no volvieron,  
ni se hubo de ellos razon.

El Rey ordenó á don Suer  
que ante él á Carrion se fuese  
y á sus sobrinos dijese  
que les iba el Rey á ver.

Don Suer á Carrion partió:  
mas en són de rebeldía  
defensas y bandería  
á levantar comenzó.

Acudieron con bandera  
á las de Carrion sus gentes,  
con señales evidentes  
de que miedo ó traicion era;  
mas ántes que en rebelion  
se alce y la traicion se apreste,  
con una crecida hueste  
cayó el Rey sobre Carrion.

Tuviéronsele que abrir  
de las dos banderas juntas  
los jefes, á sus preguntas  
sin saber lo qué decir.

Dió al Rey don Suero á entender  
que en ellos no habia dolo:  
que todo aquello era sólo  
seguro en Carrion poner.

El Rey con acento duro  
dijo: que donde él estaba,

ninguno necesitaba  
más que de él fe ni seguro:  
y que si al día siguiente  
no se efectuaba la lid,  
daria á Carrion al Cid  
con condes, feudos y gente.

Osó don Suero alegar  
con excusa subrepticia  
que no iba el Rey con justicia  
entre él y el Cid á juzgar:

y que pues ya se mostraba  
por el Cid ántes del duelo,  
contra su fallo ante el cielo  
por los Condes protestaba.

Entónces echando el manto  
atrás, y furioso irguiéndose  
dijo el Rey, hácia ellos yéndose  
con gesto y voz que dió espanto:

«Ni de ellos ya ni de vos  
»dilaciones más prolijas  
»quiero aceptar. ¡Voto á Dios!  
»dad pró al Cid vosotros dos  
»que azotasteis á sus hijas.

«Pues con azotes herís  
»á mujeres, hombres malos,  
»ó como hombres os batís,  
»ó como perros morís  
»en una picota á palos.»

Nadie habia visto jamás  
tan airado á Alfonso sexto,  
y á su voz y ante su gesto  
se echaron todos atrás.

Mandó la lid prevenir:  
y abriendo puente y rastrillo  
la guarnicion del castillo  
hizo sin armas salir:

é izando su real pendon  
sobre el castillo condal,  
quedó como feudo real  
el condado de Carrion.



## IV

El Cid en el Rey fiado  
tornó á Valencia á cuidar  
de su casa y de su estado,  
y tranquilo el resultado  
de la contienda á esperar.

Y allá con él esperaban  
del éxito de la lid  
noticias que no llegaban,  
y esperándolas temblaban  
las tristes hijas del Cid.

Pasó dia á dia un mes:  
pasó de otro una quincena  
y otro dia, y dos, y tres;  
y andaba el Cid de través  
por consolar á Jimena.

Hecho de mil dudas centro  
disimulaba Rodrigo,

mas del corazon adentro  
daba á mil dudas abrigo:  
un mal paso..... un mal encuentro,  
un ímpetu de Bermudo,  
un descuido de Antolin,  
un maca en un escudo,  
lanza, freno ó malla pudo  
dar á la lid un mal fin.

Del Rey no dudó jamás:  
mas hechos á la traicion,  
teme que hagan otra más  
ó que se hayan vuelto atrás  
los traidores de Carrion.

É insomne, febril y ayuno,  
va y viene, alerta, intranquilo,  
todo siéndole importuno,  
sin confiarse á ninguno  
y con el alma en un hilo.

Jimena andaba tras él  
sin abordarle jamás:  
y haciendo su mal más cruél  
verter lágrimas de hiel  
de él la sentia detrás:

é iban ambos á la puerta  
del camarin de sus hijas,  
jamás para nadie abierta,  
y andaban de ellas alerta  
mirando por las rendijas.

Y en su camarin cerradas  
inmóbles, mudas y fijas  
en el suelo sus miradas,  
de su venganza, azotadas,  
desesperaban sus hijas.

Y en el corredor oscuro  
al encontrarse los dos,  
un beso el Cid casto y puro

la daba como seguro,  
diciéndola: «Espera en Dios.»

Y otra semana del mes  
pasó, y de la otra quincena  
otro más, y dos y tres;  
y andaba ya de traves  
tras de su esposo Jimena.

Y estaba ya en su buen sino  
desesperanzado el Cid,  
pensando, perdido el tino,  
en ponerse ya en camino  
para el campo de la lid,

cuando una tarde á un balcon  
dó suele permanecer  
con profunda distraccion,  
del vidrio y de su afliccion  
mirando á través sin ver,

sintió Jimena á su oído  
llegar de caballos ruido  
y de tumulto rumor;  
que, acercándose, nutrido  
íbase haciendo y mayor.

Hecha asaltos á esperar  
de los moros, á espiar  
aplicó su vista activa,  
y á poco en la plaza entrar  
vió una inmensa comitiva.

Viene el primero arrogante,  
sobre un alazan pujante  
que arrastra rica mantilla,  
un rey de armas de Castilla  
con batidores delante.

Viene tras él Gustios Nuño;  
y junto á Gustio Antolin  
con un ojo como un puño,  
y en la faz con un rasguño

y sobre un manso rocín.

Bermudo con tardo andar  
trae su corcel de batalla  
sin encapazonar:  
que algo ambos contra una valla  
se hubieron de quebrantar.

Y en larga y cuádruple hilera  
viene empolvada trás este,  
del buen Cid la hueste fiera,  
y en torno y tras de la hueste  
gritando Valencia entera.

Dióla un vuelco el corazon,  
que cási perdió el sentido  
á Jimena; y el balcon  
acudió á abrir su marido  
de aquel alboroto al són:

Sus hijas, que en su aposento  
le oyeron con sobresalto,  
de agitacion sin aliento  
abrian en tal momento  
otro mirador más alto.

Mas ya el mensajero real  
con rapidez se apeaba  
en el patio principal,  
y el pueblo el patio asaltaba  
rompiendo el ceremonial.

Cuando al tramo alto salieron,  
padres é hijas ya le vieron  
subir, sin ninguno en pós  
de los que con él vinieron,  
las gradas de dos en dos:

que por el placer de dar  
las albricias el primero  
á las damas de Vivar,  
por ellas el mensajero  
su decoro echó á rodar.

Mas cuando á sus pies llegó,  
á su dignidad atento  
de real heraldo, cobró  
su aire oficial y mostró  
grande aplomo y buen talento.

«Por cumplir con vos mejor,  
dijo al Cid, al honor real  
por poco hago poco honor:  
mas va aquí el vuestro, Señor,  
é ir aprisa no es ir mal.»

Y con garbo cortesano  
puesta en tierra una rodilla,  
poniendo un pliego en su mano,  
dijo: «Del rey de Castilla  
para el héroe castellano.»

Y entregado el pliego real;  
como era costumbre y ley  
del régio ceremonial,  
dió un viva al Cid y otro al Rey  
con aplauso universal.

Y el pueblo que suponía  
lo que el escrito encerraba,  
con tremenda gritería  
oir lo escrito pedía  
y al Rey y al Cid victoreaba.

Dió el pliego el Cid conmovido  
á Alvar Fañez de Minaya  
que al palacio había acudido;  
y el gozo teniendo á raya  
calló el pueblo y prestó oído.

Mas del Rey no siempre atento  
y en calma el escrito oyó:  
porque ébrio á cada momento  
de entusiasmo y de contento  
á Minaya interrumpió.



Y he aquí lo que el pergamino  
del rey al Cid contenía,  
todo escrito de su puño  
desde la fecha á la firma.

«Cid, Ruy Diaz de Vivar,  
dí de mi parte á tus hijas  
que muestren al sol sus caras  
pues no han sus almas mancilla.»

Yo mismo por tí encargado  
de su honra que era la mia,  
te doy testimonio y cuenta  
de la lid en estas líneas.  
Los Condes la hicieron ascos  
y buscaron evasivas,  
mas yo á la razon les traje  
y en Carrion se abrió la lidia.  
Lo hicieron más como buenos  
que su maldad prometía:  
pláceme de ello por todos  
pues no hubo allí cosa indigna.  
Bermudo pasó á don Diego  
á través de la loriga  
de una lanzada que en pago  
le dió de una gran caída:  
mas mozo es tan duro de alma  
como recio de costillas,  
pues trás golpe tan tremendo  
dió lanzada tan magnífica.  
Tendió Gustio á don Fernando  
debajo de su rodilla;  
y él vencido, confesándose,  
confesó su alevosía.  
Al conde don Suer Gonzalez  
terciar hice yo en la liza  
harto de su atrevimiento  
y procaz altanería:

mas lo hizo tan como bueno,  
que á no ser porque la ira  
le cegó y le perdió al cabo,  
nos empata la partida.

Gil Antolin por fortuna  
tiene el alma tan tranquila  
como ligeras las manos:  
con rapidez nunca vista  
del conde al primer descuido  
le descargó con tal prisa  
seis tajos en la cabeza,  
que le hizo el casco ceniza.  
Cayó don Suero sin habla,  
mas dí á Antolin que te diga  
cómo siente lo que lleva  
en el ojo y la mejilla.

Vengado estás: ya no hay Condes  
de Carrion: su tierra es mia:  
murió el uno en el palenque,  
no sé el otro donde exista.

Vengado estás: díme ahora  
si te acomoda, Ruy Diaz,  
que el rey que aquel tuerto hizo  
le enderece y le corrija.

Para su hijo don Ramiro,  
el rey don Sancho García  
de Navarra, por esposa  
me demanda á doña Elvira:  
y al rey de Aragon le tengo  
á doña Sol prometida  
para el infante don Pedro:  
si ellas se avienen, envíasas.

Su padrino soy; las debo  
dos maridos: conque dílas  
que en cambio de malos condes  
buenos príncipes reciban.

Así obra tu Rey contigo:  
vé si algo más necesitan  
para quedar satisfechas  
de mí Jimena y tus hijas:  
que porque ellas me perdonen  
y ella quede por mi amiga  
haré cuanto en poder quepa  
de Alfonso, sexto en Castilla.»

Volvió al Cid Alvar la carta:  
volvió Jimena á la vida,  
y á sus hijas abrazándose  
dijo llorando: ¡Hijas mias!  
El Cid se enjugó una lágrima,  
y de tal cuadro á la vista  
el pueblo rompió frenético  
en aullidos de alegría.

---

A sus tres campeones dió  
las gracias públicamente  
el buen Cid, les abrazó  
y retiróse: y la gente  
en triunfo se les llevó.

Como un enterrado vivo  
á quien la losa se quita,  
dá ansioso al pulmon activo  
el hálito fugitivo  
del aire en que resucita,  
así á solas respiraron  
en su alcázar al entrar  
las dos hijas, que quedaron  
libres de infamia y tornaron  
á ser gloria de Vivar.

Bendijéronlas contentos  
sus padres: y todos faltos  
de palabras y de alientos

trás de tantos sobresaltos,  
ganaron sus aposentos.

En una grande afliccion  
y en una alegría inmensa  
jamás las palabras son  
del sentimiento expresion:  
quien siente, ni habla ni piensa.

Minaya en tanto perdido  
tras de un hombre y una idea,  
del palacio habia salido  
con la turba confundido  
que al Cid y al rey victorea.

Y cuando entre tal tropel  
con Gustio y Bermudo dió  
á su vez á éste y aquél  
«¿Y Ordoño?»—les preguntó:  
mas nada sabian de él.





I

L rey don Alfonso sexto  
 que á Ruy Diaz desterró  
 ó como rey ofendido  
 de la jura por rencor;  
 ó á influjo de doña Urraca  
 que le amó y le aborreció:  
 ó porque hacia al Rey sombra  
 hombre que, al Rey superior  
 mostrarse osaba, pidiéndole  
 descargos de un hecho atroz;  
 ó por envidia de ruines;  
 ó de Estado por razon;  
 al cabo de veintiun años  
 ó porque el tiempo aplacó  
 su encono: ó por comprender  
 que era exceso de rigor:  
 ó en la buena fe del Cid  
 por sincera conviccion:



ó atendiendo á sus hazañas,  
ó porque tanto creció  
en el favor de sus pueblos  
que de él tuvo el Rey temor:  
ó porque, por sí tomando  
de sus hijas el baldon  
como su padrino, hizo  
uno de ambos el honor:  
ó, en fin, por razon de Estado  
que es razon de contra y pró,  
por lo pasado dió al Cid  
completa satisfaccion,  
liberal recompensando  
su lealtad y valor:  
y el rey don Alfonso sexto  
que al Cid con él igualó,  
más fuerte que desterrándole  
fué otorgándole perdon.  
El rey don Alfonso sexto  
al Cid identificó  
con su raza real, en ella  
dando á sus hijas padron.  
Despues de la lid, llevólas  
á su alcázar, y las dió  
en él de infantas el trato  
y la régia estimacion;  
miéntras sus segundas nupcias  
cual padrino de las dos  
trataba con los infantes  
de Navarra y Aragon.  
En fin, cuando se efectuaron,  
él mismo las entregó  
en la frontera á los príncipes  
con tan régia ostentacion,  
tan cargadas de regalos,  
que ir no pudieran mejor

á ser de veras sus hijas  
doña Elvira y doña Sol.  
Quedó satisfecho el Cid  
y en Valencia se quedó  
con Jimena, de su estado  
como rey en posesion.

Cuarenta años han pasado  
desde que el Cid Campeador  
á camppear contra los moros  
por primera vez salió.  
Su nombre dió á su centuria  
y áun á tiempo posterior  
de *tiempos del Cid* el título,  
de fe y de gloria expresion.  
Su nombre hasta hoy desde entónces  
es símbolo del honor,  
de la fe y la lealtad,  
á los que nunca faltó.  
Su vida fué ejemplo heróico  
de incontrastable teson  
en pró y sosten de lo que él  
derecho y deber juzgó.  
Opuesto á toda extranjera  
inútil innovacion,  
que á establecer propendiese  
derecho contra el honor,  
el fuero ó la independencia  
de su patria, rehusó  
á las prodigalidades  
del rey Alfonso sancion.  
Pero áunque á extraños hacérselas  
desatinado le vió,  
el desden y los peligros  
dándole á él por galardón,  
impertérrito en su fe,

sin envidia y sin rencor,  
á su rey, su fe y su patria  
su existencia consagró.  
Desterrado de Castilla,  
la calumnia, la traicion  
y la envidia le mordieron  
sin piedad: mas su valor,  
su lealtad, su constancia,  
su honda fe y noble teson,  
á la envidia amordazaron,  
á la calumnia feroz  
arrancaron la vil lengua;  
y alma y pura como el sol,  
basada en su prez, su gloria  
á la fin resplandeció.  
Su vida fué ejemplo heróico,  
modelo sin par hasta hoy  
del caballero cristiano  
y del hidalgo español.  
Mucha gloria dió á Castilla:  
tres reyes de esta nacion  
debieron á sus victorias  
de su reino lo mejor.  
Fiel cristiano y buen creyente,  
con fe y sin supersticion,  
al atraso de su siglo  
su instinto se adelantó.  
Creyente, pero no crédulo,  
cristiano, pero español,  
de África, Alemania y Roma  
á Castilla emancipó.  
Lidió con la cruz al pecho  
por su patria y por su Dios,  
la avaricia rechazando  
bajo faz de religion.  
Sobre arábigas mezquitas



muchos templos levantó,  
de los Papas en Castilla  
rechazando la intrusion;  
y entre Cristo y los Pontífices,  
con instinto superior  
á su tiempo y á los nuestros,  
hacer supo distincion.

El rey don Alfonso sexto  
fué quien más contribuyó  
con su esquivéz á ganarle  
de sus pueblos el favor.  
Con los árabes veinte años



en trato ó lid le dejó,  
y tuviéronle los árabes  
miedo y consideracion.  
Alejado de los suyos,  
con los árabes trabó

relaciones que templaron  
su cristiana exaltacion:  
y puesto entre las dos razas,  
lo bueno en él se fundió  
del espíritu de una  
y otra civilizacion;  
y aunque en la guerra á los moros  
como á lobos acosó,  
en la paz les puso de hombres  
en la noble condicion:  
y adalid tan alentado  
cual sagaz negociador,  
ante sí sembró el espanto,  
tras de sí la estimacion.  
El leal de los leales,  
de los grandes el mayor,  
el mejor entre los buenos,  
el sin par miéntras vivió,  
tuvo huestes como rey,  
de señores fué señor,  
tuvo reyes por vasallos;  
y al campear con su pendon  
y su hueste por España,  
la victoria le siguió  
de cristianos y de moros  
con igual admiracion.  
Venció siempre : y los vencidos  
le acataron sin rencor,  
porque dió fin de los bárbaros  
y á los vencidos perdon.  
Fué buen hijo, fué buen padre;  
y á la esposa que eligió  
guardó siempre alto decoro,  
casta fe y leal amor.  
A ella el suyo de su padre  
la cabeza le costó:

y él la dió por su cabeza  
todo entero el corazon.

Cuarenta años han pasado  
desde aquella hazaña atroz,  
y cuarenta de cariño  
de ella han hecho expiacion.  
Mas son muchos cuarenta años,  
arrostrados al rigor  
de fatigas sin reposo  
como el Cid los arrostró.  
Son un siglo cuarenta años  
de vivir ojo avizor  
en lid, más que con los moros,  
con la envidia y la traicion!  
Cuarenta años que ha vivido  
por Castilla campeador,  
por las noches al sereno,  
por el dia al viento y sol,  
consumido han de su cuerpo  
la sustancia y el vigor;  
y su barba ha encanecido,  
y su testa encalveció,  
y sus ojos se han nublado,  
y su piel curtió el sudor,  
y sus miembros ya están rígidos,  
y su carne enflaqueció:  
y sus hombros se curvaron  
bajo el peso abrumador  
del arnés, con que en los campos  
á caballo trasnochó.  
Aun conserva su alma entera  
de su espíritu el valor;  
pero el Cid no es más que un hombre  
y los hombres tierra son :  
y la tierra es polvo que hizo

de la nada el Criador,  
y el polvo debe á la nada  
volver de donde salió.

Y el Cid un día de junio  
teniendo abierto el balcon,  
dijo á Fañez:—«Tengo frio,»—  
y apretaba ya el calor.

A la faz desencajada  
Alvar Fañez le miró,  
y le dijo:—«Primo, acuéstate  
si estás mal. —Será mejor,  
dijo el Cid febril temblando,  
porque en verdad malo estoy  
y por vez primera el lecho  
menester hé;»—y se acostó.

Su buena esposa Jimena,  
á pesar de la estacion,  
con una piel de bisonte,  
dón del Persa, le abrigó.  
Salióse Alvar de la cámara,  
y al salir al corredor,  
apresurado Bermudo  
al encuentro le salió;  
y sin darle tiempo á que él  
le preguntara,—«Señor,  
le dijo, los moros vuelven;  
avisad al Cid.»—Hoy nó».  
—¿Por qué?—Porque fuera sólo  
doblar su peligro: Dios  
le envia hoy para que lidie  
algo que el moro peor.  
—¿Con quién lidia?—Con la fiebre,  
que es la que rinde al leon.  
—Pasará como la de éste.  
—El que una jamás sufrió

corre riesgo en la primera:  
por si acaso y miéntras voy  
por los médicos para él,  
en armas la hueste pon.

## II

Eran los almoravides  
gente brava: y estrelládose  
habia contra el Cid solo  
su valor do quier triunfante.  
Por eso, sólo abatidos  
por el Cid sus estandartes,  
contra el Cid solo en Valencia  
revolvian más tenaces.  
Tres veces huyó ante el Cid  
Búcar: mas no era cobarde,  
y tomar juró á Valencia  
ó en Valencia sepultarse.  
Y esta vez con los de Murcia  
y Algeciras coligándose,  
bogaba trayendo al flanco  
los murcianos Almogávares.  
De noche arribó á las costas,  
de noche hizo el desembarque:  
y al presentarse él por tierra  
bloqueó el puerto con sus naves:  
y esta vez por tierra y mar  
se ve bien que Búcar trae  
otra táctica en sus huestes  
y en su cerebro otros planes.  
Esta vez se ha prevenido  
con tratos secretos ántes  
de hacerse á la mar, y cuenta  
con secretos auxiliares.  
Esta vez no se presenta  
con uno de esos ataques

tumultuosos, con que traban  
todas sus lides los Árabes;  
los cristianos no han podido  
ni desordenar sus haces  
en dos salidas inútiles,  
ni impedirle que acampase:  
y Búcar, ó esperando algo  
que ha menester, ó arrogante  
á que salga provocando  
al Cid, que ve que no sale,  
á asegurar se limita  
su campamento delante  
de Valencia, escaramuzas  
á provocar limitándose.  
Cristianos y árabes guardan  
campo y ciudad vigilantes;  
y escaramuzan, los unos  
á los otros observándose.

El Cid entre tanto presa  
de la calentura yace,  
sin saber qué es de sí mismo  
y sin que de él sepa nadie.  
Prudente y no sin recelo  
de *algo*, en Valencia, Alvar Fañez  
cuida bien de que el secreto  
de su enfermedad se guarde;  
porque al temer por su vida  
ó de ménos al echarle,  
ni se envalentone Búcar,  
ni los cristianos desmayen.  
Teme Alvar de los faqués  
que, como á husmear alcancen  
la falta del Cid, con Búcar  
se entiendan ó la plebe alcen:  
y Búcar, no viendo al Cid,  
ó recela que le trame

alguno de sus ardidés  
al asalto provocándole,  
y espera que se descubra,  
ó aguarda para asaltarle  
algo de él sólo sabido  
con que ventaja le saque.  
Bermudo y Gustios las órdenes  
de Alvar llevan y le traen  
las noticias, manteniéndose  
en vigilancia incesante;  
para que si el mal del Cid  
entra en crisis favorable,  
y la ciencia lo domina  
y quiere Dios que se salve,  
la traicion no se urda dentro;  
y haya cuando se levante  
que pelear dentro y fuera  
con moros y mudejares.

Así han pasado tres días;  
y á pesar de los calmantes  
y las pócimas, el Cid  
de su letargo no sale.  
A veces con los delirios  
de la fiebre que le abate  
parece en lucha, y profiere  
mil incoherentes frases.  
A veces con torpe esfuerzo  
los ojos y brazos abre,  
como si fantasmas viese  
ó visiones abrazase;  
y á lo que se le comprende  
delira con santos y ángeles,  
con San Miguel y Santiago,  
y los suyos tutelares  
San Pedro y la Santa Vírgen;  
á cuyas sombras ó imágenes

se recomienda ó escucha,  
como si le contestasen.



Los médicos se desvelan  
con inútiles afanes,  
la fiebre que le devora  
sin atinar cómo atajen;  
y temen ya al mismo tiempo  
que libre de sí al dejarle,  
tan débil su cuerpo deje  
que al extinguirse le mate.  
¡Miserable ciencia humana,  
vida humana miserable,  
que cuando son más precisas  
son más vanas y más frágiles!

La noche del cuarto día  
cambió el buen Cid de semblante,  
y entró en un calor, un sueño  
y una calma naturales.  
Volvió al alma de Jimena  
y á los pocos familiares  
y médicos que le velan  
la esperanza; y despertándose



el Cid al amanecer,  
ya de fiebre sin señales,  
sonrió á su buena esposa  
y dijo á los circunstantes:  
«Mi fin se acerca: la muerte  
ha llamado á mis umbrales  
y Dios me llama á su juicio:  
á Alvar aprisa llamadme,  
y miéntras le doy mis últimas  
instrucciones terrenales,  
que el Sacramento y los óleos  
el obispo me prepare.»

Echóse á llorar Jimena  
oyendo palabras tales,  
y se alzó Alvar que velaba  
del Cid muy poco distante:  
y hecho á obedecer sus órdenes  
sin dudar ni replicarle,  
ordenó lo que mandaba  
el Cid que se aderezase.

Oyendo éste los sollozos  
de Jimena, en aquel trance  
incapaz de sofocarlos,  
la dijo hácia ella tornándose:  
«No llores, Jimena mia:  
cuando mi cuerpo te falte  
contigo estará mi espíritu:  
las almas son inmortales;  
y estando unidas las nuestras  
de Dios ante los altares,  
Dios las mantendrá ligadas  
aunque los cuerpos separe.»

Miéntras Jimena, escondiendo  
la faz en los cabezales  
del Cid, lloraba de hinojos  
el mayor de sus pesares,

el obispo don Jerónimo  
llegó con sus capellanes  
y el Cid se incorporó un poco,  
Alvar su primo ayudándole.  
Con faz serena y voz flaca,  
porque iba debilitándose  
lentamente, dijo á todos  
y especialmente á Alvar Fañez:  
«Oid mi voluntad última  
y cuidado de que se acate.  
Mi alma es de Dios y á Dios vuelve:  
de las villas y lugares  
que conquisté de los moros  
al rey entregad las llaves;  
que yo por suyas las tuve  
sin pensar en rebelarme.  
Decídselo así: no quiero  
que ni hoy ni en lo de adelante,  
mi lealtad de la duda  
ni con la sombra se manche.  
Los bienes por mí heredados,  
los que adquirí por rescates  
de los vencidos, los que hube  
por dádivas personales  
del rey Persa y de otros reyes  
y xeqes cristianos y árabes,  
y el tesoro que he juntado  
para mantener mis haces,  
son míos, y se los lego  
á Jimena: si quitárseles  
intenta alguno, valedla  
contra quien á tal osare.  
Mis hijas son hoy infantas  
y ricas: por mí su madre  
las bendiga, y de mis algos  
parte las dé, si la place.

Mi cuerpo debe en San Pedro  
de Cardena sepultarse,  
en donde están enterrados  
mi hijo don Diego y mis padres.»

Aquí se interrumpió el Cid  
fatigado unos instantes  
para alentar, y siguió  
despues de reanimarse:  
«He soñado que habian vuelto  
los moros; tal vez me engañe;  
mas si no he soñado, de ello  
Dios se ha servido avisarme.  
Si Búcar sitia á Valencia,  
sin mí no ha de sustentarse  
por Castilla: y yo no quiero  
que Búcar, muerto, me ultraje.  
Después que muera y mi cuerpo  
con cuidado se embalsame,  
colocad en mi armadura  
y á caballo mi cadáver:  
y ántes de alborear el dia,  
á la cabeza llevándome,  
salgan de Valencia todos  
los que no quieran quedarse  
aquí, con cirios y antorchas  
los salmos penitenciales  
por mí cantando, y de Burgos  
echen camino adelante.  
Mi hueste partida en tres,  
una á los que partan guarde,  
y otras dos en las tinieblas  
de Búcar el campo asalten.  
Que yo amedrente á los moros,  
ó que los rompa Alvar Fañez,  
para sacaros á salvo  
áun muerto seré bastante.»

Esto dicho, y el esfuerzo  
con que habló debilitándole,  
sobre el pecho la cabeza  
dejó caer desmayándose;  
pero la separacion  
de su espíritu y su carne  
se efectuó en lenta agonía,  
como lid de dos titanes.  
En sí volvió y confesóse  
y comulgó: y á animarse  
tornó y á rendirse; y próximo  
viendo su fin, oleáronle.  
Lloraban todos; y oíanse  
los esfuerzos desiguales  
y postrimeros que hacia  
su estertor agonizante.  
De repente, cual si toda  
su vitalidad cobrase,  
se reanimó, y en el lecho  
por sí solo incorporándose,  
dijo: «Acércate Jimena,  
que te bendiga y te abrace.»  
Jimena deshecha en lágrimas  
fué ante su esposo á postrarse;  
y al poner en su cabeza  
sus dos manos vacilantes,  
todos para recibir  
su bendicion prosternáronse.  
«Dios te bendiga conmigo»  
dijo el Cid: y en inefable  
exaltacion y á un influjo  
celestial trasfigurándose,  
cual respondiendo á un espíritu  
que invisible le llamase,  
dijo con su último aliento:  
«¡Allá voy!» y cayó exánime.

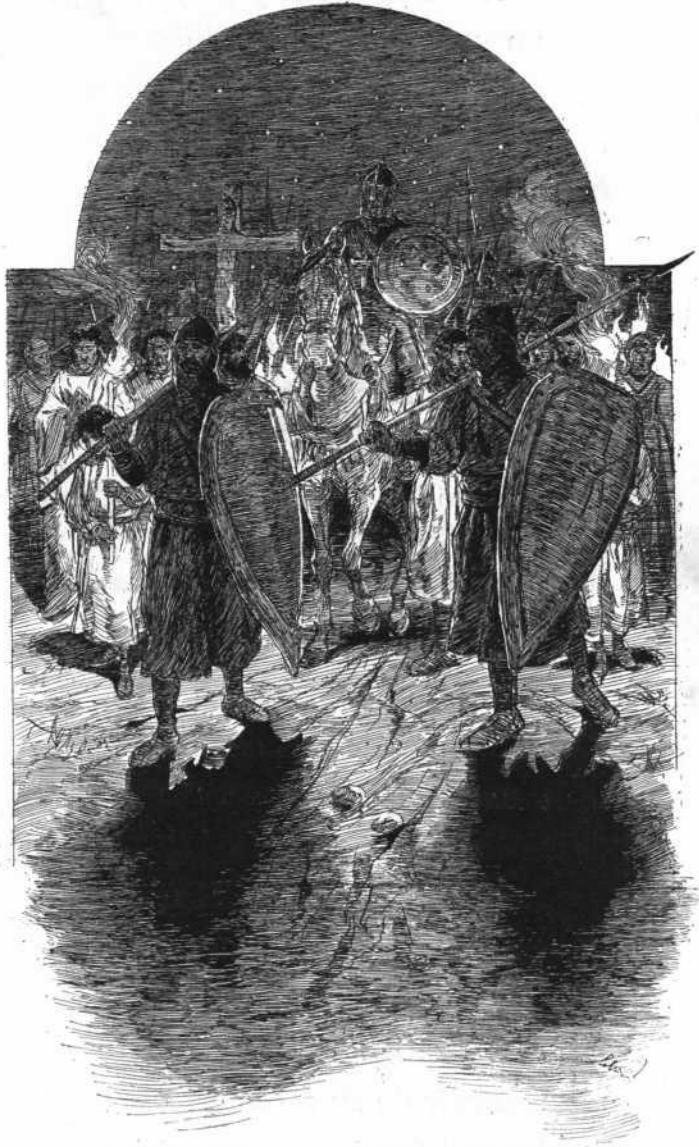
## III

Murió el Cid como cristiano:  
y en el intervalo corto  
de su lucidez postrera,  
ejemplo maravilloso  
de pericia militar,  
de conocimiento sólido  
de las dos razas ibéricas,  
y de un valor generoso  
hasta su postrer suspiro,  
dió el plan y detalló el modo  
de salvar á sus cristianos  
y lograr un triunfo póstumo.

La estratajema del Cid  
era en aquel tiempo tosco  
lo que un buen plan estratégico  
hoy, y de la audacia el colmo.  
Los árabes, más fanáticos  
que diestros, con más arrojo  
que saber, sólo en sus huestes  
miraban lo numeroso.  
Cual fatalistas sin miedo  
de la muerte, ágiles, sóbrios,  
un Emir juntaba muchos  
presto y le costaban poco.  
Mas fiándose fanáticos  
en Dios y en su sino, indómitos  
al orden y disciplina,  
y en los planes defectuosos  
de cercos y de batallas  
sin union ni mútuo apoyo,  
solian á sus Emires  
ser, cuantos más, más incómodos.  
El asedio de una plaza  
en su táctica, á su antojo

conducia cada tribu  
á estilo y sistema pr6prios.  
Sus estancias muchas, débiles  
sus trincheras y sus fosos,  
á unas de otras separaban  
los naturales estorbos  
del terreno: y lomas, breñas,  
tajos, barrancas, arroyos  
torrenciales y áun acequias;  
todo lo áspero, lo bronco  
y lo difícil, cual fuerte  
guardado con abandono,  
jamás cerraban bloqueándola  
la plaza sitiada en torno.  
Donde ellos al enemigo,  
no veian, de sus ojos  
y de su brazo al alcance  
no se creian: tan tontos  
en eso cual de su Sahara  
los avestruces, que, estólidos,  
se creen seguros si esconden  
su cabeza tras un tronco.  
Por eso de los cristianos  
los ataques, más metódicos  
y combinados, traian  
á su hacinamiento exótico  
casi siempre la sorpresa,  
siempre un inmenso alboroto:  
y, en triunfo ó derrota, siempre  
un infinito destrozo.  
Alvar Fañez como el Cid  
conociendo bien á fondo  
el carácter de ambos pueblos,  
de la ciudad los contornos  
y la fe en él de sus huestes,  
su pesar ahogando en lo hondo

de su corazón, activo,  
diestro, vigilante y pródigo,  
proveyó del plan del Cid  
del éxito para el logro,



á todo lo necesario  
con empeño perentorio.  
Cuidó del sigilo é hizo  
guardar la ciudad celoso,  
porque de nada pudieran  
apercibirse los moros:  
y al fin del segundo dia  
estaban á partir prontos

los cristianos de Ruy Diaz  
con su cuerpo y sus tesoros.

---

Era alta noche y muy lóbrega:  
un vapor caliginoso  
tendia entre cielo y tierra  
de parda neblina un toldo.  
En el campamento árabe  
vigilaban perezosos  
centinelas descuidados  
de su ejército el reposo:  
y el rey Búcar en su lecho  
bregando con el insomnio  
se revolvía, á la par  
esperanzado y dudoso.  
Fiaba en alguién que dentro  
crear debía un trastorno  
infernál y una traición  
que viniera en su socorro:  
y casi desesperado  
la esperaba, receloso  
de aquella inacción del Cid  
y aquel su silencio insólitos.

Ya casi al sueño rendido,  
comenzaban vagarosos  
á surgir de su cerebro  
los mil fantásticos mónstruos  
y delirios inconexos,  
disparatados, ilógicos  
informes, mudos é ingrátidos,  
que en giro vertiginoso  
nos hacen ver al dormirnos  
círculos, losanjes, rombos,  
rayos, chispas y polígonos,  
ya muy lejanos, muy próximos,



excéntricos y concéntricos,  
ondulantes, giratorios,  
trémulos, reverberantes,  
chispeadores ó fosfóricos,  
ántes de que los sentidos  
nos embargue el misterioso  
poder del sueño: gemelo  
de la muerte, que al gran pozo  
de la nada nos asoma  
con el gran poder narcótico,  
que suspende nuestra vida  
por un diario periodo.  
Mientras entre sus quimeras  
creía él lejano, sordo  
y extraño sentir un ruido  
incomprensible..... entre el polvo  
de la neblina los árabes  
centinelas, á sus ojos  
sin atreverse á dar crédito,  
veían realmente absortos  
como una doble serpiente  
de luz salir poco á poco  
de Valencia, á sus anillos  
dando inmenso desarrollo.  
Conforme iba aproximándose,  
sentían el són monótono  
de la salmodia cristiana  
de los oficios mortuorios;  
pareciendo á los alarbes  
mudos y supersticiosos,  
que iba brotando la tierra  
de sus abismos recónditos,  
dos interminables filas  
de espíritus luminosos,  
y una procesion fantástica  
de salamandras y gnomos.

Nada hay para el hombre ignaro  
más temible y pavoroso  
que lo absurdo, lo fatídico,  
lo indefinido y lo incógnito.  
De aquella parte del campo  
los árabes silenciosos  
y agrupados, contemplaban  
tál espectáculo atónitos.  
Alguno creyó entre aquella  
móvil claridad sin foco  
distinguir al Cid: mas era  
sin duda fingido, apócrifo,  
en sombra, evocado acaso  
para causarles asombro:  
porque era un Cid mudo, rígido  
é inofensivo: muy otro  
del Cid que ellos conocían,  
asolador, impetuoso,  
ántes sentido que visto.....  
y nadie vivo creyólo.  
Y como á ver no alcanzaban  
distintamente los rostros  
de los que pasar veían  
entre la neblina; y como  
su masa móvil cubría  
un trecho más espacioso  
que las batallas del Cid  
dos veces y áun cuatro y ocho:  
y como iba lentamente  
sumiéndose entre los bordos  
de un desfiladero, abierto  
entre un peñasco de abrojos  
tupido, y un bosquecillo  
de silvestres sicomoros,  
del campamento esquivándose  
en su movimiento combo;

los moros se aglomeraban á la trinchera afanosos, creyendo aquello un efecto de un artificio diabólico.

Búcar despertó creyendo sentir cual de un terremoto ó un trueno lejano un ruido aún inexplicable : ansioso por lo que esperaba, echóse fuera del lecho, su corvo alfanje asió, y de la tienda fuera, anhelante escuchólo. Era cuando aquella turba fantástica, como el lomo de un lago que se desagua por compuerta ó dique roto, se iba mermando y sumia su última luz en lo fosco del bosque, trás sí dejando un silencio tenebroso.

De repente estalló horrísono del campamento en el fondo de inesperado combate el estruendo tumultuoso: y entre la mar y su estancia, rasgar sintió el aire cóncavo el clarín del Cid: era Alvar que aprovechando el asombro y la atención de los árabes llamada á un lado á propósito, el campamento de Búcar asaltaba por el otro.

Al mismo tiempo Bermudo como una tromba impetuoso cayendo en él, sin ser visto por los deslumbrados ojos

de los que viendo las luces  
no le veían, furioso  
por el lado de Valencia  
entró arrollándolo todo.  
Búcar cayó atropellado  
en el tumulto y lo lóbrego  
de la noche por los de Alvar  
sin conocerle.—Los moros,  
fascinados por lo que obra  
suponían del demonio,  
oyendo por todas partes  
«¡el Cid! ¡el Cid!»—y medrosos  
no viendo al rey ni á sus jeques  
parecer, pensaron sólo  
en salvarse, y espantados  
diéronse á huir como corzos.

Bermudo y Alvar juntáronse,  
según su plan en el rojo  
pabellón de Búcar, meta  
puesta por su valor loco;  
y viendo alegres el éxito  
de su desatino heróico,  
y resuelto por el Cid  
de Valencia el abandono,  
antes de que con el alba  
se rehicieran los moros,  
saqueando su campo aprisa,  
rápidos y cautelosos  
volvieron riendas, saliéndose  
de los valencianos cotos:  
y al rayar de un día turbio  
alcanzaron, de despojos  
cargados, á Antolin Gil  
con el pueblo y con los pocos  
que escoltaban á Jimena  
y al cadáver de su esposo.

Cuando entraban ya seguros  
en cristiano territorio,  
en sí volviendo el rey Búcar  
se halló cubierto de lodo,  
desgarrado, contundido,  
y teniendo de sí en torno  
á los faquís de Valencia  
que le lavaban el rostro.

Cuando del todo el sentido  
recobró, oyó mudo y torvo  
la muerte del Cid y el cuento  
de su revés desastroso:  
y exaltando al fin su espíritu  
la cólera y el sonrojo,  
dijo á los faquís: «¡Traidores!  
pero ¿qué haciais vosotros  
allá dentro?—Emir, le dijo  
el más anciano de hinojos  
postrándosele: esperábamos  
vuestro enviado, que el depósito  
de las armas y al Cid muerto  
entregarnos prometiónos.

—¿Y qué es de él?—Partió y no ha vuelto.

—¡Traidor rumí! vendió á todos.

Mas si es muerto el Cid, y Aláh  
nos da aunque á tamaño costo  
á Valencia, el triunfo es mio.  
¡Dios es grande y yo le adoro!»

Y postrándose con ese  
fanatismo religioso  
de los árabes, con él  
se echaron por tierra todos.

¡Extraño caso! increíble,  
si no dieran testimonio  
de él tradiciones y crónicas  
y no fuera un hecho histórico.

Dicen que su plan al Cid  
dió San Pedro su patrono,  
y que se vió al lado de Alvar,  
sobre su caballo tordo,  
á Sant-Yago, de la España  
el protector y el Apóstol;  
pero el autor de este libro  
los cree delirios piadosos.



## IV

## CONCLUSION

Jimena y Alvar mandaron  
corredores por delante,  
para los cristianos reyes  
del duelo con el mensaje;  
y en unas andas y á hombros  
del Cid llevando el cadáver,  
continuaron poco á poco  
hácia Cardeña su viaje.

Segun iban avanzando,  
salian de todas partes  
á ver los mortales restos  
cristianos y mudejares;  
y por do quier bendecíanle,  
y por do quiera llorábanle,  
por do quier reconociéndole  
bueno, generoso y grande.

Cuando á Cardeña llegaron,  
ya estaban allí esperándoles  
el Rey, la Reina, del Cid  
los dos yernos, los infantes  
de Aragon y de Navarra;  
sus hijas, que inconsolables  
en llanto amargo rompieron  
al abrazar á su madre:  
y de cien cristianos príncipes  
los enviados y faráutes,  
de aquel gran duelo partícipes  
y en él sus representantes.  
Alfonso habia preparado  
al Cid régios funerales,  
en que oficiaron el Nuncio  
del Papa, obispos y abades;  
al que asistieron con cirios  
concurso inmenso de frailes,  
arciprestes y canónigos,  
la corte, los principales  
dignatarios, la nobleza,  
los consejos populares;  
y cuyo oficio cantaron  
seises, salmistas y chantres.  
Cuando llegó de meterle  
en su sepulcro el instante,  
Jimena y Alvar instaron  
por que no se le enterrase.

Su cuerpo, que embalsamado  
entre aromas orientales  
de los que envió el rey de Persia,  
trascendía un olor suave,  
mostrando bien aliñados  
cabello y barba, el semblante  
muy aseado, los ojos  
cerrados con tan buen arte  
que parecía dormido,  
sin tener de repugnante  
nada mortal, conservaba  
su expresión serena y grave,  
con qué, más que de hombre muerto,  
representaba de imagen  
de patriarca dormido  
exposición venerable.

El Rey y el clero acordaron  
que expuesto se le dejase  
junto al altar, según pide  
Alvar y á Jimena place.

Y ésta hizo voto con él  
en Cardeña de encerrarse,  
á velar su cuerpo inerte  
hasta morir consagrándose.  
Ejemplo sin par de esposa,  
renunció á cortes y alcázares,  
para siempre de sus hijas  
y del mundo separándose.

Entónces el Rey el duelo  
despidiendo, de él delante  
á desfilar comenzaron  
Nuncio, obispos, clero, grandes,  
y emisarios y adalides,  
y todos los personajes  
castellanos y extranjeros,  
la mano al partir besándole.



Y estando en tal ceremonia  
asistiéndole Alvar Fañez,  
vió á Ordoño que recostado  
en un pilar esperábale.

Concluyó el duelo: partió  
el Rey: y el reino al hallarse  
sin el Cid, quedó como árbol  
sin sombra y alma sin ángel.

Así que el Rey el camino  
tomó de Burgos, los ojos  
en torno echó Alvar buscando  
á su buen sobrino Ordoño.  
Este, que le habia seguido,  
le abordó al punto; abrazólo  
aquél diciendo: «¡Loado  
sea Dios, que vuelves!—Y todo  
dejándolo rematado  
para siempre.—¿Sí?—Sí.—¿Cómo?  
—Apartémonos dó á solas  
podamos hablar.»—Y el pórtico  
del monasterio dejando,  
y entrándose entre los olmos,  
del soto, á solas el diálogo  
anudaron de este modo:

ALVAR. Habla.

ORDOÑO Si no ando tan listo,  
nos estaba hilando un copo  
con cuyo hilo hace una red  
en que nos entrapa á todos.  
Mas yo le así bien los cabos:  
cogí conmigo tres mozos  
de Vivar, que hallé en la liza  
de Carrion, y á mi propósito  
instruyéndoles, mostréles  
al hombre y les dije sólo:

«Importa cogerle vivo,  
sin sangre y sin alboroto.»  
En cuanto él previó del duelo  
el éxito, cauteloso  
y taimado, fué del pueblo  
entre el tumulto y el polvo  
esquivándose del campo;  
y de una zanja en el fondo  
hallando camino oculto,  
creyó escapar, é irse horro.  
Pero mis dos Vivareños,  
á abrigo de haldas y cotos  
como culebras siguiéndole,  
no quitaron de él el ojo.  
De las ruinas de una ermita  
en los paredones rotos  
fué á meterse; y nos despista  
si nos dormimos un poco.  
La ermita tenia un silo;  
pero quedó como un zorro  
en cueva de dos salidas  
acechado por dos osos.  
Por aquel silo dejé  
entrar dos espías moros:  
mas les confesé al salir,  
y ahogué al uno, y ahorqué al otro.  
Viendo, en fin, el caso urgente  
y el tiempo ya perentorio,  
le sorprendí á él en su antro;  
y de una peña en el cóncavo  
dando con pruebas que me eran  
menester...

ALVAR (*impaciente*). Acaba pronto.

¿Quién era?

ORDOÑO. Aliado de Búcar  
y compadre del demonio.

ALVAR. Pero ¿quién era? ¡Por Cristo,  
que me tienes en un potro!

ORDOÑO. Juzgado vos por sus hechos  
de los que hallé testimonios:  
mató á un príncipe: engañó  
y difamó á don Alfonso  
perdió y robó á los tres condes,  
á doña Urraca dió un tósigo,  
azotó á mis nobles primas,  
juntó en Valencia un manojo  
de traidores en el tiempo  
que estuvo allí con nosotros;  
de las cuevas del alcázar  
falseó las llaves mañoso;  
prometió á Valencia á Búcar;  
y si á tiempo no le cojo,  
incendia una de estas noches  
la leña de nuestros sótanos,  
nos arma á los mudejares,  
abre á Búcar los cerrojos  
del postigo bajo, y diestro  
nos ahuma como á tordos  
en un sauce, en el alcázar  
por él convertido en horno.

ALVAR. Pero ¿quién era?

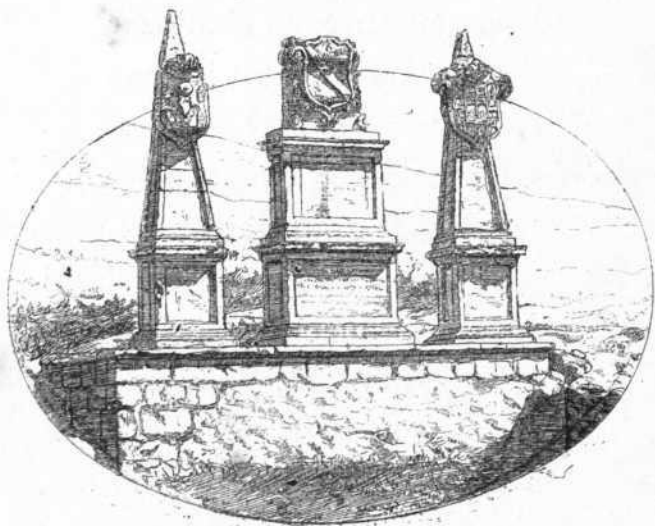
ORDOÑO. El más vil,  
y el más gran traidor del globo;  
su nombre será en Castilla  
de toda infamia sinónimo.  
Yo le llevaba á Valencia  
para que, según los códigos  
juzgado, acabase en público  
y en patíbulo afrentoso;  
pero viendo, del camino  
guarecido tras un bordo,  
venir el convoy del Cid,

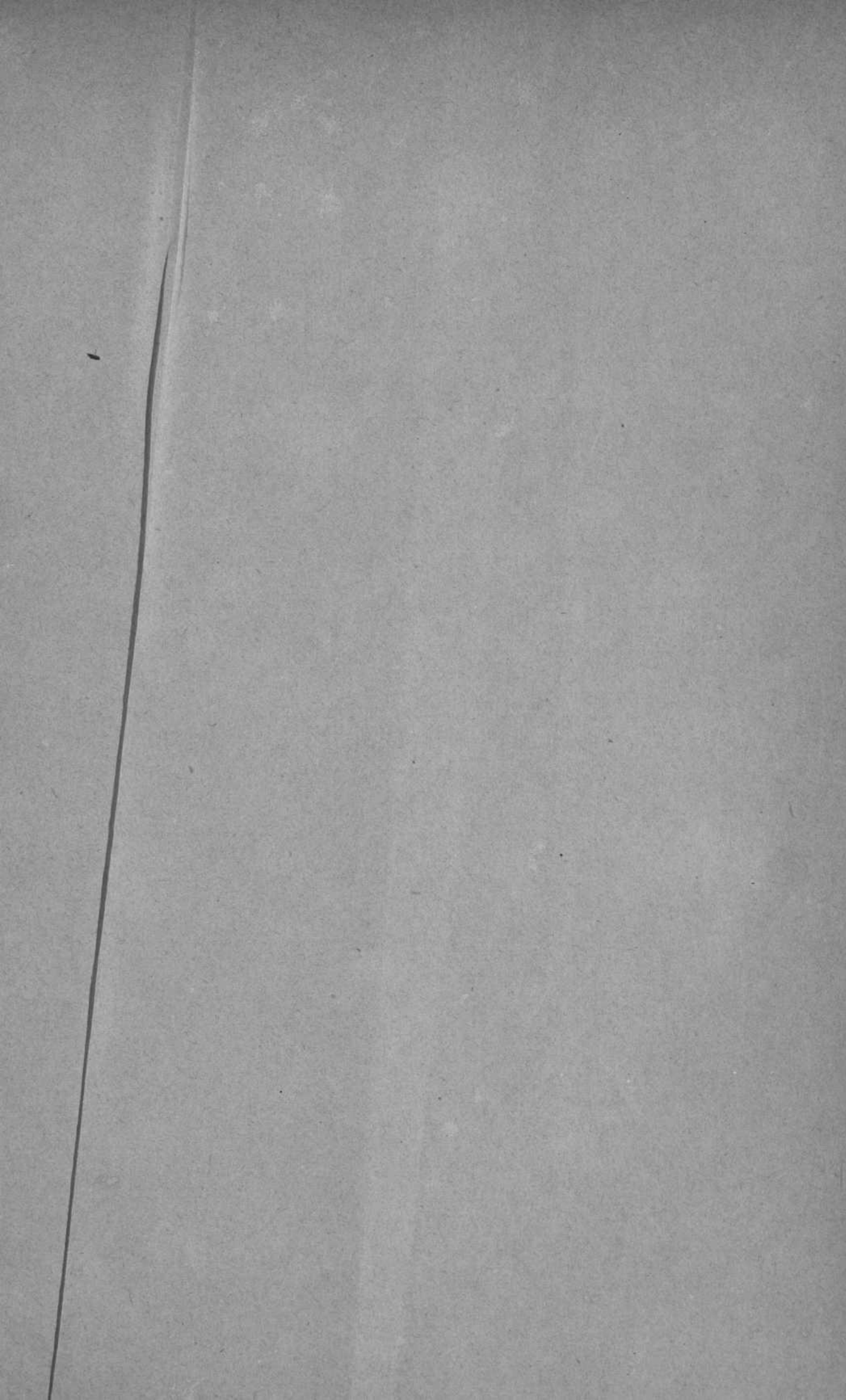
por no daros más estorbos  
ni pesadumbres, metíle  
en el robledal de Tormos.  
Le até á uno de los de marras;  
y como á un perro rabioso,  
le clavé con un venablo  
por las espaldas al tronco.  
—¡Cómo á don Sancho!—dijo Alvar  
recordando melancólico  
la gran traicion de Zamora.  
—Ley del Talion—dijo Ordoño;  
si vos le hubierais cogido,  
su fin no hubiera sido otro  
que el suyo.

ALVAR.                    ¡Torpe de mí!  
¿era, pues?.....

ORDOÑO.                Bellido D'Olfos.

FIN







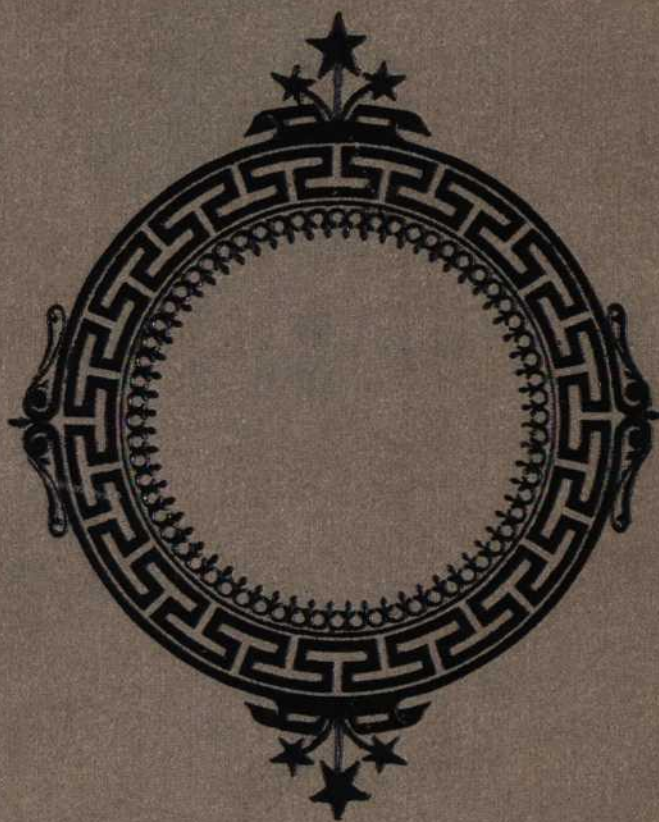














G 41823

